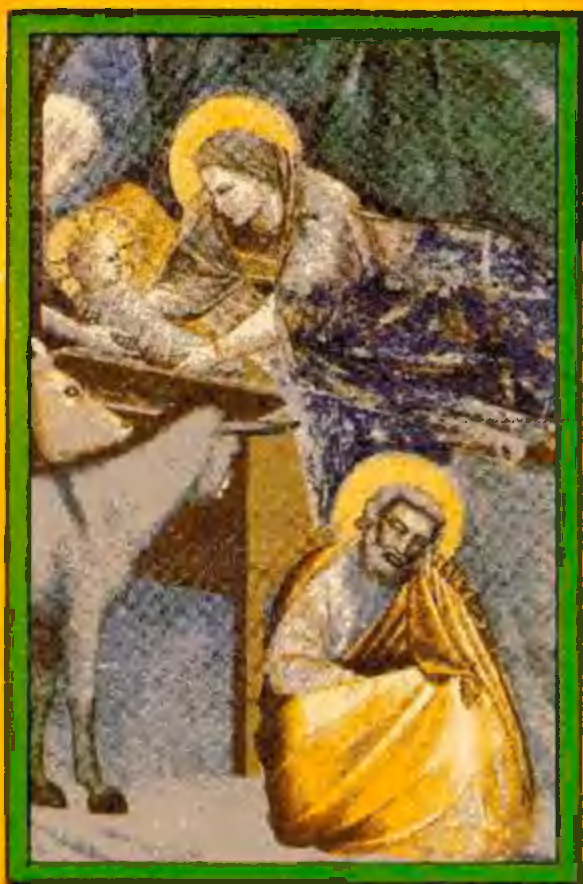


ALFREDO SAENZ, S. J.



SAN LEON MAGNO
y los
MISTERIOS de CRISTO

Dedicó este libro a sus hermanos en el sacerdocio y a sus amigos, Carlos M. Ruiz y Carlos Lo-
pez, incansables promotores de la cultura y la
literatura de la tierra, en una obra que
que nos haya sido dada en la tierra.

Además lo dedica a los hermanos sacerdotes de
distintos lugares que han ayudado al desarrollo de
Pinar durante sus años de estudio en esta tierra.
Ellos son "mi gloria y mi corona", como decía San
Pablo de sus hijos espirituales. Los tengo siempre
presentes en mi memoria, uno por uno. También
juntos en "los momentos juveniles del de-
sarrollo de Pinar", como en el caso que nos
de desarrollo de Cristo y de la Iglesia. Los tengo
los momentos que experimentan por ser hijos de
Padre de todos sus hijos y tribulaciones.

Finalmente lo dedico a los amigos, Sagrados del
Sacerdocio así como a los estudiantes que en
sus estudios en Pinar y tener como "su
poeta", sea claro y en potencia.

I N D I C E

Introducción	11
1. León el Magno	11
2. El defensor de la fe	17
3. El predicador	22
4. El liturgo	25
5. Obras de San León	26
Bibliografía	31
Capítulo Primero: LA CELEBRACION DE LOS MISTERIOS	37
I. PRESENCIALIDAD DE LOS MISTERIOS	39
1. Presencia de Cristo, el Misterio Original	39
2. Presencia de los misterios de Cristo	43
II. ESTRUCTURA DE LA CELEBRACION	53
1. La lectura	53
2. La admiración	57
3. La fe	60
4. La inteligencia	63
5. El gozo	66
6. El consentimiento	68
7. El ministerio de la predicación	76
Escolio. Las fiestas y las estaciones	84

Capítulo Segundo: LOS MISTERIOS NATALICIOS	91
I. EL MISTERIO DE LA NAVIDAD	93
1. El nacimiento de Cristo: plenitud de la historia	93
A. Plenitud de los signos y figuras del Antiguo Testamento	94
B. Plenitud de la sabiduría	101
C. Plenitud de la luz: el Sol Nuevo	103
D. Maravilla de Dios y causa de nuestra alegría	108
2. El misterio salvífico de la unión hipostática	111
A. La unión hipostática en sí	111
B. La unión hipostática como condición de salvación	119
C. La fe en la unión hipostática: requisito para la celebración	122
D. La paz: fruto de la unión hipostática	126
3. El Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre se haga hijo de Dios	128
A. Injertarse en la Encarnación	129
B. Desciende para que ascendamos	132
C. Asombro ante tal maravilla	134
4. Nacimiento de Cristo y nacimiento de la Iglesia	136
A. Navidad y nueva raza	137
B. La Virgen hecha fecunda y las aguas virgenes de la Iglesia Madre	139
II. EL MISTERIO DE LA EPIFANIA	143
1. La Epifanía, prolongación de la Navidad	143
2. La Epifanía, manifestación a los gentiles	147
3. Los Magos	154
4. La Epifanía, hoy	159

Capítulo Tercero: LOS MISTERIOS PASCUALES 163

I. LA PREPARACION: EL TIEMPO DE CUARESMA 166

1. La Cuaresma, preludio de la Pascua 166

2. La Cuaresma, combate contra el demonio 170

A. Participación en las tentaciones y en la victoria de Cristo 170

B. La contrapartida de las tentaciones: el misterio de la Transfiguración 176

3. La Cuaresma, época de progreso espiritual 178

A. Templos vivos de Dios 179

B. La ascética de las virtudes 181

C. La caridad, fuego de la vida espiritual 185

4. Las prácticas cuaresmales 189

A. El ayuno 189

a. La institución del ayuno 190

b. Ayuno de cuerpo y alma 192

c. Ayuno de herejías 195

d. El ayuno como milicia 197

e. El ayuno y la contemplación 200

B. La limosna 202

a. La institución de la limosna y su alcance 202

b. Limosna y ayuno 205

c. La limosna es a Cristo 209

d. Limosna y remisión de los pecados 213

e. Limosna y naturaleza 216

II. LA PLENITUD: EL MISTERIO DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION	218
1. El misterio de la Pasión	218
A. La Pasión: culminación de las figuras y centro de la historia	219
a. La Pasión, meta de la historia de salvación	219
b. La Pasión y el velo que se rasga	228
c. La Pasión, centro irradiante de salvación	234
B. La Pasión y la unión hipostática	237
C. La Cruz de Cristo: trofeo de victoria	245
a. La Cruz, anonadamiento triunfal	246
b. La Cruz, trono de juicio y de salvación	249
c. La Cruz, victoria sobre el demonio	252
d. La Cruz, fuente del Bautismo y de la Eucaristía	256
D. Cristo sufre por nosotros	261
E. La Pasión y la vida espiritual	266
a. La Pasión, sacramento y ejemplo	266
b. La Pasión, comienzo de la mortificación	269
c. La Pasión y la disposición al martirio	272
d. La Pasión, exigencia de nueva vida	274
2. El misterio de la Resurrección	277
A. Dios resucita el cuerpo que asumió	278
B. La Resurrección y la vida nueva	282
III. LA CONSUMACION: EL MISTERIO DE LA ASCENSION Y DE PENTECOSTES	289
1. El misterio de la Ascensión	289
A. La Ascensión, triunfo de Cristo	290
B. La Ascensión y la elevación de los corazones	294

2. El misterio de Pentecostés	299
A. El Espíritu Santo en la Trinidad	301
B. El Espíritu Santo como plenitud	304
C. El Espíritu Santo y la predicación de la Iglesia	306
 Escolio. El culto de los Santos	309
1. Las Bienaventuranzas	309
2. El apóstol San Pedro	312
A. Pedro, roca de la Iglesia	312
B. León se funda en Pedro	314
C. Pedro y Pablo: fundamentos de la Roma cristiana	317
3. Los otros Santos	320
 Apéndice. Carta a Flaviano, obispo de Constantinopla	323

INTRODUCCION

Recientemente publicamos un estudio sobre la **celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín**, que constituyó el tema de nuestra tesis para el doctorado en teología, defendida en Roma en 1970. La favorable acogida que dicho libro recibiera nos animó a emprender otro semejante, referido esta vez a San León Magno.

La presente obra se basa en un curso que a lo largo de un año hemos dictado para los estudiantes de teología en el Seminario Arquidiocesano de Paraná. Diverge de la anteriormente publicada, como el lector podrá fácilmente constatarlo, porque tiene menos pretensiones de aparato crítico, limitándose al análisis del pensamiento propio de San León. En aquélla, en cambio, por tratarse de una tesis de índole más científica, nos vimos obligados a ampliar nuestra investigación abarcando los autores relacionados con San Máximo, en orden a descubrir los posibles interflujos doctrinales. Lo común a ambos libros es el intento de exponer el pensamiento de dos Santos Padres tocante a los misterios de la liturgia, en base a sus sendas series de homilias. Nos parece por ello que resultan complementarios, en consideración de lo cual hemos excluido de éste lo que ya está dicho en aquél.

1. León el Magno

A pesar de que San León vivió en un período altamente significativo en la historia de la Iglesia y de la humanidad, ejerciendo durante el mismo una actividad ver-

daderamente protagonista, sin embargo los datos biográficos que de él se conservan son sumamente escasos. Nació, al parecer, en la ciudad de Roma, si bien esto mismo es discutible, ya que algunos le asignan origen toscano, en base a una mención del "Liber pontificalis" donde refiriéndose a él se dice que era "natione Tuscus". Lo que sí sabemos de cierto es que nació a fines del siglo IV, probablemente entre los años 390 y 400, sin poderse determinar con exactitud la fecha precisa. Conocemos también el nombre de su padre: Quintiano. Asimismo es un dato plenamente confirmado que San León vivió en Roma, al menos desde su adolescencia.

Muy joven aún, sintió el llamado de Dios al sacerdocio. Mientras se preparaba para subir al altar de Dios, varios Papas, intuyendo sus admirables cualidades, lo asociaron estrechamente a sus personas, introduciéndolo así en el gobierno de la Iglesia universal. Fue precisamente durante su juventud cuando los bárbaros presionaron con vigor sobre el decadente Imperio Romano. Sería falso imaginarse aquellas "invasiones" al estilo moderno, como si se tratase de ejércitos perfectamente organizados, respondiendo a estrategias preestablecidas. El enemigo más peligroso no era el que acechaba en las fronteras imperiales sino el que había logrado enquistarse en el interior de las provincias romanas a través de aquellos primeros grupos godos que el Imperio había admitido en su seno bajo el irónico título de "defensores". Más que de invasión habría que hablarse de lenta pero progresiva infiltración en la madeja del Imperio.

Durante el reinado del gran emperador Teodosio, aquel que declaró el catolicismo como la religión pública del Imperio Romano, en varias ciudades estallaron gravísimos conflictos entre la población civil y las respectivas guarniciones, compuestas en buen número por germanos. La muerte de Teodosio significó la desaparición de la única personalidad política capaz de salvar el Imperio. Ala-

no, jefe de poderosas hordas de bárbaros, quedaba dueño del campo. Presionando desde el norte de Italia sobre las desfallecientes divisiones del ejército imperial, su incansable avance no encontró impedimentos de consideración. Llegado a las puertas de Roma, no vaciló en alzar las murallas de esa ciudad, considerada por los viejos romanos como invencible —Roma invicta—, logrando allí un suculento botín. Este hecho, del cual el joven León fue testigo presencial, ha de haber conmovido su alma tan profundamente romana, tan amante de las gloriosas tradiciones del Imperio, ahora oficialmente católico. 7

El 29 de septiembre de 440, León accede al Supremo Pontificado de la Iglesia. Fue entonces nuevamente testigo —y protagonista— de otro hecho terrible. Los bárbaros ya surcaban desembozadamente los caminos romanos en todas direcciones, sin encontrar obstáculo alguno digno de ser tenido en cuenta. Las pezuñas de los caballos germánicos convertían el Imperio en un páramo, haciendo imposible que volviese a crecer el pasto de la civilización y de la cultura. El mundo antiguo estaba en agonía. Atila era el terror de Europa. No había poder humano capaz de frenar el galope tendido de sus jinetes, rechazándolos hacia el Este, de donde provenían. Ni la complicada diplomacia bizantina, ni el poder de otros grupos bárbaros estaban en condiciones de hacerlo. Aquel a quien las aterrorizadas multitudes llamaban "el azote de Dios", amenazaba aquí y allá con la destrucción total. Tras ocupar Aquileya, y de asolar luego tanto Milán como Pavia, el camino a Roma quedaba una vez más expedito. En la vieja capital imperial ya no habitaba siquiera el Emperador, Valentiniano III, quien se había refugiado con su corte en Ravena, protegido allí de sus enemigos por los pantanos que rodean dicha ciudad y los mosquitos que hostigan a sus merodeadores, teniendo a sus espaldas el mar como alternativa de emergencia para el caso de una huida necesaria hacia Constantinopla. El Senado romano, abandonado a su suerte, no imaginó mejor solución que enviar a

los Hunos una embajada esplendorosa a ver si así lograban impresionar a esos bárbaros. Nadie más adecuado para presidirla que el Papa León. En compañía de Avienus, que había sido cónsul, de Trigesius, antiguo prefecto de la ciudad, y de un grupo de sacerdotes, salió al encuentro del Invicto jefe bárbaro. Ignoramos los términos de la conversación. Lo cierto es que, como escribió Próspero de Aquitania, en crónica redactada en vida del gran Papa, "se había logrado aquello que León esperaba del cielo, con una confianza que jamás abandona a los hombres piadosos". Algunos hablaron de una presunta aparición del apóstol San Pedro, que habría atemorizado grandemente a Atila. Según otros, el jefe de los Hunos se habría espantado cuando le contaron que el rey visigodo Alarico había muerto repentinamente poco después de haberse apoderado de Roma. Lo cierto es que, tras su conversación con el Papa, abandonó Italia, mientras San León era recibido con alborozo como libertador de Roma. Esto acaeció el 451.

II Cuatro años más tarde, Genserico, rey de los Vándalos, tribu que se caracterizaba por sembrar el terror a su paso (no en vano conservamos hasta hoy la palabra "vandalismo" para expresar el saqueo y la depredación), amenazó con invadir a Roma. Careciendo ésta de Emperador y de ejército, otra vez debió León asumir dicha vacancia. Recurriró entonces a la misma táctica que con Atila, saliéndole al encuentro con todo su clero hasta la "Porta Portuensis"; sin embargo esta vez no obtuvo el mismo resultado, ya que si bien logró que el jefe bárbaro no quemara la Ciudad y masacrara a sus habitantes, no pudo preservar a Roma de un saqueo que duraría dos semanas. Con todo, su intervención mitigó la crueldad del invasor hereje (Genserico era arriano y no pagano como Atila). En su sermón 84, pronunciado en la octava de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, alude a ese hecho, al tiempo que se lamenta porque el pueblo, en el aniversario de su liberación, no acude a la iglesia para dar gracias, como lo había

hecho masivamente en el transcurso de aquellos aciagos días (1).

Los hechos que acabamos de relatar muestran hasta qué punto llenó San León el vacío de poder que caracterizara a su época, sin que ello significase renuncia alguna de su parte a la tesis agustiniana de un gran Imperio Católico, es decir universal, con una cabeza espiritual y una cabeza temporal. Toca al Emperador, afirma enfáticamente, la potestad real "no sólo para el gobierno del mundo sino sobre todo para la defensa de la Iglesia". Insiste asimismo en sus escritos sobre la colaboración que debe reinar entre la autoridad espiritual y el poder temporal, entre el Papa y el Emperador, en razón de la soberanía que Dios tiene no sólo sobre la Iglesia sino también sobre el Imperio (2). Tanto la salvación de las almas cuanto el bien común temporal, brotan para San León de la pax christiana, de Cristo, que es nuestra paz, teniendo su común fundamento en el misterio de la Encarnación (3). Coincidente con la del Papa era la posición de Valentiniano III al asociar la grandeza de la vieja Roma — "*romanae dignitas civitatis*" — con la eminente dignidad del obispo de Roma — "*meritum Petri*" —. Sin embargo, el Imperio de Occidente estaba ya excesivamente debilitado, para llevar adelante una empresa de tanta magnitud, quedándole tan sólo unos treinta años de vida. El ideal de la Cristiandad no podía ser por ese entonces sino una esperanza.

La acción entera de este gran Papa, tanto la suya propia espiritual como las diversas suplencias que debió realizar en el orden temporal, se muestra imbuida de un alto sentido de dignidad y autoridad: San León se sabe representante y vicario de Cristo, que no en vano es "el Señor";

(1) Cf. San León Magno, Homilias sobre el año litúrgico, La Editorial Católica (B.A.C.), Madrid, 1960, pp. 362-363.

(2) Cf. epístola 80, 2: PL 54, 933; 156, 3: PL 54, 1120.

(3) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 6 (26) 3. ed. cit., pp. 98-100; allí se cita a Ex. 2, 14.

de ahí su prestancia señorial. El nutrido epistolario del Santo, el más rico que nos haya legado la antigüedad cristiana hasta Gregorio Magno, comprende 143 cartas, reflejándose en ellas los más grandes problemas doctrinales y políticos de su turbulento pontificado. En el excelente artículo que Battifol dedica a la figura de San León en el "Dictionnaire de Théologie Catholique", ha quedado magistralmente relatada la imponente actividad de este Papa: la mera lectura de esas columnas nos deja poco menos que apabullados. Estaba en todas las cosas, y lo estaba con indeclinable dignidad. Su excepcional personalidad, tan dotada y tan noble, le permitía ser a la vez capaz de una energía indomable cuando se trataba de algún asunto doctrinal, y de una delicadeza llena de ternura para con los extraviados que volvían a la verdadera senda. Atinadamente han señalado algunos estudiosos que San León aparece en su tiempo como una grandeza aislada y única: San Agustín ya había muerto, San Cirilo estaba cerca de su fin; los nombres más notorios en el catolicismo de su época no trascendían la estatura de un Teodoro, Próspero o Casiano; los obispos de las grandes diócesis eran mediocres como Flaviano, dudosos como Anatolios, escandalosos como Dióscoro. Entre todas las grandes sedes de su tiempo, sólo en la sede de Roma el catolicismo mantenía firme y alta su dignidad.

San León, que murió el año 461, fue el gran Papa del siglo V. Al igual que a Gregorio I, quien gobernaría la Iglesia más de un siglo después, la posteridad le confirió el título de "Magno", como se lo conoce aún hoy en la historia de la Iglesia. Sólo que Gregorio fue un Papa que miró más bien hacia el futuro, hacia el gran proyecto de Cristiandad, que se encarnaría en la Edad Media; San León, en cambio, quien vivió en uno de los momentos cruciales de la historia, tiene toda la grandeza del herebero, consciente del tesoro que ha recibido, al que supo salvar de la barbarie y transmitirlo a la posteridad.

Duchesne nos ha dejado una hermosa página que

resume la figura histórica del gran Papa: "León vive en una Italia víctima de los terrores de Atila, en una Roma insultada por Genserico. Deb'ó ir a parlamentar con esos dos flagelos de Dios, tratando de imponerles algún respeto por la majestad del Imperio agonizante. Ante sus ojos se desplomará la casa de Teodosio en espantosas catástrofes. Y en medio de esas convulsiones del Estado, debió mantener el espíritu atento hacia el Oriente, donde la fe perduraba sin cesar, luchar contra sus potentados eclesiásticos, la violencia de los monjes, las sediciones de Jerusalén y de Alejandría, contra la chatura de los concilios, a veces contra el mismo Soberano. Sus admirables cartas, sin hablar de sus documentos públicos, dan testimonio de su actividad y de su sabiduría. Sus sermones, de una verdadera efocuencia de pontifice, calmo, simple, majestuoso, nos lo muestran en medio de su pueblo en el ejercicio ordinario de su deber pastoral. Las conmociones de afuera no han dejado en él sino débiles huellas: inquebrantable en la serenidad de su alma, León habla como escribe, no dejando jamás de pensar, de sentir y de obrar como romano. Al oírlo y verlo actuar, los senadores de Valentiniano III con frecuencia habrán debido soñar en sus colegas de la antigua república, en esas almas invencibles a quienes ninguna prueba doblegaba" (4).

2. El defensor de la fe

San León se nos ha mostrado como el "defensor civitatis". Con mucha mayor razón se podría decir que fue el "defensor fidei". El texto de Duchesne, con que cerramos el anterior apartado, alude a las luchas doctrinales que tuvieron por principal escenario el ámbito del Oriente cristiano. En una época de grandes vicisitudes en este campo, San León supo imponer con entereza la ortodoxia tradicional, deslindando cuestiones sustanciales tocantes principalmente a la encarnación y la unión hipostática.

(4) *Histoire ancienne de l'Eglise*, t. III, p. 680.

*Adopcióndose, no se especifica lo humano
Antioquie y Nestorio*

Ya desde su juventud, y consiguientemente desde mucho antes de tomar las riendas de la Sede de Pedro, fue testigo de grandes controversias cristológicas. Las discusiones sobre el misterio de Cristo habían comenzado, por claro, varios siglos atrás. Los dos siglos que precedieron al de nuestro Santo — los siglos III y IV — se habían consagrado a determinar las relaciones que medían entre lo divino y lo humano en Cristo, concretándose dichos análisis en las definiciones del Concilio de Nicea, el año 325, y del Concilio de Constantinopla, el año 381. Los Padres de ambos Concilios se gozaron en destacar la asombrosa armonía de las dos naturalezas que coexisten en Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios. Dos escuelas teológicas contemporáneas rivalizaban en enfatizar uno de los dos aspectos de Cristo: la Escuela de Alejandría, en base a categorías platonizantes, consideraba a Cristo principalmente desde el prisma de su divinidad; la Escuela de Antioquía, por su parte, formada en la tradición aristotélica, abordaba el misterio de Cristo destacando su humanidad. Ambas posiciones fueron legítimas, y se enriquecieron mutuamente, engendrando teólogos de gran relevancia, como San Atanasio y San Cirilo la Escuela de Alejandría, y San Juan Crisóstomo la de Antioquía. Pero al mismo tiempo dieron pie a dos errores, por exageración de las antedichas enfatizaciones: la Escuela de Antioquía engendró a Nestorio, que ponía en Cristo una persona humana coexistente con la divina; y la Escuela de Alejandría dio a luz a los Monofisitas, que negaban la naturaleza humana de Cristo.

San León, quien como dijimos vivió su juventud en Roma, fue testigo del gran influjo que por entonces ejercía la doctrina de Nestorio así como de la valiente lucha que San Cirilo de Alejandría emprendiera contra el obispo hereje de Constantinopla. Estaba León en Roma cuando los dos adversarios, Cirilo y Nestorio, recurrieron al Papa, San Celestino, para ampararse respectivamente en él. Junto al jefe de la Iglesia, León tomó parte activa en la con-

denación del error de Nestorio. Asimismo intervino ante Casiano, el famoso autor de las "Collationes", pidiéndole, o mejor, "mandándole" que publicara algo al respecto. Efectivamente, Casiano publicó sus "Libri VII de incarnatione Christi contra Nestorium" (5), lo cual muestra la autoridad de que ya gozaba León.

Durante su juventud fue también espectador de la gran contienda teológica en torno al tema de la gracia, con epicentro en el África romana, donde se había instalado el monje Pelagio, de origen Inglés. Este monje tan exigente exageraba el valor de la voluntad humana y la rectitud original de nuestras inclinaciones, en detrimento de la oración y particularmente de la gracia y del mundo sobrenatural. También respecto de la herejía pelagiana, León tomó parte activa junto a las autoridades de la Iglesia. E incluso parece que fue él quien redactó una compilación sobre la gracia llamada "Indiculus", teniendo ante la vista los errores de Pelagio.

Queremos con esto decir que ya desde joven experimentó el celo por la ortodoxia, el amor a la verdad y el aborrecimiento del error, cualidades típicas de todo auténtico pastor, y que a él lo caracterizarían de manera eximia a lo largo de todo su Pontificado.

Una vez elegido Papa desplegó en esta materia una impresionante actividad tanto en Occidente como en Oriente. Si nos atenemos al Occidente, su lucha en favor de la disciplina eclesiástica y de la ortodoxia doctrinal fue infatigable. En lo que hace al primero de esos campos, zanjó cuestiones sobre la fecha de la celebración de la Pascua (6), y las condiciones de vida del clero. Pero más allá de las cuestiones disciplinarias se abocó a la defensa de la fe. Los manicueos, bastante influyentes en África, habían tenido que huir de allí a raíz de las invasiones de los vándalos, para refugiarse en Italia, e incluso en Roma,

(5) PL 50, 9-212.

(6) Cf. epístola 18; PL 54, 655-664.

donde escandalizaban por sus prácticas inmorales y sus falsas doctrinas. San León, que vela en el maniqueísmo la sentina de todas las herejías, no sólo mandó quemar sus libros, sino que exhortó a los fieles a denunciar a los sacerdotes maniqueos clandestinos: "es necesario entregarlos para que no puedan subsistir en ninguna parte de nuestra ciudad" (7). A los recaitrantes los entregaría al brazo secular (8). Asimismo, y en estrecha relación con los obispos del norte de Italia, Milán, Ravena, Turín, Aquileya, se lanzó a la lucha contra el pelagianismo (9) y el maniqueísmo. Hizo también todo lo que estuvo a su alcance para lograr que las diversas Iglesias locales aceptasen la fe expresada en el Concilio de Calcedonia (10). Estas intervenciones, tanto en el orden de la disciplina como de la doctrina, excedieron los marcos de la península Itálica, irradiándose hasta la Galia, norte de África y España; en lo que atañe a esta última región, nuestro Santo se opuso vigorosamente al priscilianismo español que no era, a su juicio, sino una especie de reviviscencia, si bien mitigada, del maniqueísmo (11), redactando una especie de "Syllabus" con los errores priscilianistas.

La situación del Oriente cristiano era aún más grave en lo que toca a la ortodoxia en la fe. El año 448, Eutiques, de tendencia monofisita, fue reprobado en un sínodo de Constantinopla, presidido por Flaviano, Patriarca de dicha ciudad. Eutiques recurrió entonces al Papa San León, a quien envió un alegato en su favor. El Santo, con esa prudencia tan sobrenatural que lo caracterizaba, prefirió esperar el informe de Flaviano; tras recibirlo, redactó una de sus más célebres cartas, de contenido dogmáti-

(7) Hom. llamada de las colectas 4 (9) 4, ed. cit., p. 160. Sobre este tema vuelve en hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 3 (16) 3-6, pp. 36-37.

(8) Cf. epístola 18: PL 54, 823-824; 12: PL 54, 845-850.

(9) Cf. epístola 1: PL 54, 533-537; 2: PL 54, 557-600.

(10) Cf. epístola 27: PL 54, 945-950.

(11) Cf. epístola 15: PL 54, 677-698.

co, que pasó a la historia con el nombre de "Tomus ad Flavianum", donde expuso con insuperable claridad la doctrina católica sobre la unión de las dos naturalezas en la única persona de Cristo, quedando así definitivamente condenada esta secuela del monofisismo (12). Eutiques se negó a admitir la sentencia del Papa, y amparado por el emperador Teodosio II, organizó un concilio partidista que decidió el destierro de Flaviano, el cual moriría camino al exilio. El Papa, como es obvio, desaprobó enérgicamente lo allí realizado, y tras conseguir que el nuevo patriarca de Constantinopla aceptase íntegramente su carta dogmática a Flaviano, accedió a la celebración de un Concilio ecuménico que finalmente se realizó en Calcedonia el año 451, bajo la presidencia de sus propios legados. En dicho Concilio el Papa logró la aceptación de la doctrina católica; tras la lectura de su carta a Flaviano, los obispos allí reunidos exclamaron: "¡He aquí la fe de los Padres, he aquí la fe de los Apóstoles! Todos nosotros creemos así, así creen los ortodoxos. Sea anatema el que no cree de este modo. ¡Pedro ha hablado por la boca de León!". La intervención de San León ante los 500 obispos de Calcedonia fue decisiva.

Afirma Battifol que el empuje de San León en su lucha contra las herejías se funda no sólo en su celoso amor por la ortodoxia sino también en su recto concepto de la unidad de la Iglesia — la "universalis Ecclesia", como frecuentemente la llamaba — de la cual por ser Obispo de Roma se sabía centro de cohesión. No que él haya inventado esta idea, antes bien la ha heredado, pero dándole todo su calor y su inteligencia. En un tiempo en que el Imperio Romano se derrumbaba, agrega Battifol, en que el Oriente católico con el monofisismo caminaba hacia el cisma, en que el Occidente, colado de caza de los bárbaros, veía pronto desaparecer su último emperador, el Papa León luchó por consolidar la

(12) Al fin de este libro, publicamos en apéndice la traducción de dicha carta.

única autoridad que restaba, la de la "Catholica", de la que era el jefe visible. Y concluye: "Il est un pape du vieux monde, mais l'ancienne Eglise n'en a pas connu de plus complet ni de plus grand" (13).

Hoy los restos de San León descansan en la Basílica de San Pedro, junto al Señor cuyas prerrogativas divinas y humanas supo exponer y defender con tanta lucidez y coraje, "velando para que el lobo, siempre al acecho, no saquee el rebaño", según reza el epitafio. Benedicto XIV lo proclamó en 1754 doctor de la Iglesia universal.

3. El predicador

El maestro de la doctrina es también maestro en el arte de la oratoria. Las homilias de San León que han llegado hasta nosotros, pronunciadas entre los años 440 a 461, generalmente muy breves, son modelos de elocuencia sagrada; de una elocuencia sencilla pero profunda, elevada, penetrante, paternal, vigorosa. Según Battifol, no han sido taquigrafiadas, sino escritas personalmente por él, antes o inmediatamente después de ser pronunciadas (14). Tales predicaciones en nada se asemejan a las palabras de un funcionario. Brotan del fondo de sus entrañas, porque San León es un heraldo de la fe, un proclamador de las hazañas de Dios, un profeta que anuncia las magnanímidades divinas con fe viva y expansiva. Su palabra fue no sólo sonido sino evocación, debiendo suscitar en sus oyentes un profundo sentido del misterio celebrado, y una suerte de nostalgia por la grandeza de dicho misterio, que trasciende en tan alto grado la mezquindad de la humana inteligencia. Los sermones de San León nos traen al recuerdo aquellos majestuosos mosaicos de Cristo, contemporáneos suyos, que presidían los ábsides de las basílicas romanas, o el imponente Pantokrator de las iglesias bizantinas.

(13) Art. León I, en Dictionnaire de Théologie Catholique 17, col. 240.

(14) Cf. ibid, col 279.

Tanto sus homilias como sus cartas se caracterizan por un estilo hecho de prosa esmerada, pureza de lenguaje, concisión de formas y claridad de ideas. No han de ser muchos los escritores u oradores que hayan sabido manejar con tanta solvencia los recursos de la retórica clásica. El latín eclesástico alcanza en San León una de sus cumbres. Sus sermones deben ser leídos en alta voz y en su idioma original, si se quiere gozar del esplendor de la idea escondida en una forma casi perfecta. San León es un momento culminante del genio romano, hecho de vigor, de contenido y de musicalidad. Ha asumido lo perdurable de la romanidad.

La nobleza de su estilo no depende tanto de la riqueza del vocabulario, cuanto de la estructura periódica y rítmica de las frases. Sistemáticamente regula sus cláusulas sobre la cantidad y el acento. La armoniosa cadencia que lo caracteriza prolonga la tradición del "cursus" latino, que en él encuentra su consagración. Pareció sentir preferencia por el recurso estilísticamente llamado de arsis-tesis, exponiendo una idea primero de manera positiva y luego negativamente, o al revés; se encuentran 477 ejemplos de empleo de dicho recurso en sus homilias. Goza asimismo con las antítesis. Citemos una, a modo de ejemplo: "Dominus sit / non ille qui stant / impulit in ruinam / sed ille qui deiecit / erexit in gloriam (tome-mos por señor no al que conduce a la ruina a los que están de pie, sino al que levanta a los caídos a la gloria)" (15). Recurre también con frecuencia a los juegos de palabras: "fenus pecuniae funus est animae (la usura del dinero es la muerte del alma)" (16); o aludiendo al demonio que ataca a Cristo en la Pasión: "Malitia nocendi avida, dum lrruit, ruit, dum capit, capta est (su perversidad, ávida de herir, al lanzarse se desplomó, al querer prender quedó presa)" (17). Como agudamente observa J. Le-

(15) Hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 1, ed. cit., p. 284.

(16) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 6 (17) 3, ed. cit., p. 59.

(17) Hom. sobre la Pasión del Señor 9 (80) 3, ed. cit., p. 249.

clercq: "Esta alternativa y esta oposición de expresiones y de sentencias cortas se prestaba admirablemente para expresar las antinomias aparentes del misterio de Cristo y su sublime conciliación, el contraste notable que hay entre sus dos naturalezas así como su unión maravillosa. Se podría encontrar que algunos de esos paralelismos son artificiales; sin embargo, en conjunto, representan una cosa muy distinta y mucho más que un mero recurso: revisiten el valor de un símbolo" (18).

Pero donde en última instancia radica la quintaesencia de la belleza de su estilo es en el tono de sus homilias: en ellas todo se reviste de dignidad, de solemnidad, y de esa sobriedad romana tan perceptible en los antiguos textos de la liturgia.

En cuanto a la originalidad de su pensamiento, debemos decir que San León es deudor de varios autores precedentes o contemporáneos, si bien supo dar a sus sermones una impronta del todo propia, al punto que parece plenamente original. No es posible saber si conoció o no la lengua griega, pero de lo que sí consta es de que frecuentó obras de diversos Padres griegos. Así por ejemplo encontramos en él ideas de San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, Teófilo de Alejandría, y especialmente de San Cirilo de Alejandría, a quien recurre abundantemente por la intervención destacada que éste tuvo en las lides cristológicas que caracterizaron la época de San León. Respecto de los Padres latinos, uno de los que más han influido en él es San Agustín, a quien cita en diversas ocasiones; asimismo San Ambrosio, San Hilario, San Gaudencio de Brescia, San Cipriano y San Jerónimo. En el curso de nuestros análisis no señalaremos, por las razones antes apuntadas, dichos influjos en los textos concretos que iremos citando. Para ello podrá leerse con provecho las introducciones y notas que se encuentran en la edición francesa de los ser-

(18) Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes, 22 bis, intr., p. 53.

mones de San León, de la colección "Sources Chrétiennes" (nº 22, 49 y 74).

4. El liturgo

Quizás se podría decir que San León consideró la liturgia como el centro de su vida, pero la liturgia entendida no tan sólo como un ritual que debe cumplirse, sino como el misterio de Cristo que se actualiza siempre de nuevo con toda la grandeza de su gracia original. A partir de su inserción en dicho misterio cobra sentido todo el resto de su actividad, tanto en el orden doctrinal como en el campo temporal.

Se dice a veces que fue San Gregorio Magno el arquitecto supremo de la liturgia primitiva. Por nuestra parte pensamos que tal calificación debería corresponder más bien a San León, el gran organizador de la liturgia antigua, el autor de admirables textos litúrgicos que venciendo los siglos han llegado hasta nosotros. Fue asimismo nuestro Santo quien mandó edificar o embellecer diversos edificios de culto. A él se le atribuye, por ejemplo, el mosaico que ornaba la fachada de la basílica de San Pedro, y probablemente el que cubría su ábside; por orden suya se habría reedificado la basílica de San Pablo, víctima de un rayo, cuyo actual mosaico absidal, aunque relocated, constituiría una hermosa expresión de la fe cristológica de San León; de su tiempo sería también el ábside de la basílica de León, etc.

Tradicionalmente le ha sido atribuido el "sacramentario" más antiguo. Como se sabe, para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa los sacerdotes se valían en un principio de diversos opúsculos. El llamado "sacramentario leoniano", que hoy se conoce más con el título de "sacramentario veronense", por haber sido encontrado en la biblioteca capitular de Verona, es una colección de esos opúsculos. Es posible que en él se encuentren fórmulas redactadas por San León; sin embargo ello no basta para

que sea atribuido íntegramente a nuestro Santo, ya que contiene también textos de otros Papas. Aparte de este sacramentario, algunos autores sostienen que varias de las actuales oraciones que cierran las lecturas de la primera parte de la Vigilia Pascual han salido directamente de la pluma de nuestro Santo, basándose principalmente en el parentesco de las ideas y el parecido de las formas.

Pero lo que más importa no es tanto la atribución formal de uno u otro texto determinado a San León cuanto la inspiración cierta que el Santo ejerció sobre los antiguos formularios litúrgicos. Se ha observado que el ritmo que caracteriza las frases de sus sermones está en perfecta consonancia con el que se advierte en las oraciones de la liturgia tradicional. Resulta con todo prácticamente imposible determinar si fue la liturgia la que influyó en el estilo oratorio de San León, o si fue San León quien influyó en la redacción de los textos litúrgicos. Lo importante es la afinidad que existe entre ambos, y que permite ver en San León a un eximio representante de la oración antigua. Como bien dice el P.M. Garrido, O.S.B. en su introducción a los sermones de nuestro Santo, el estilo sagrado de San León "permite dar a su pensamiento una forma en armonía con la grandeza de la liturgia que la inspira y la dignidad del pontífice que la celebra" (19).

Su gran mérito, no igualado por Padre alguno de la Iglesia, es el de habernos enseñado con inteligencia sin par el sentido teológico y espiritual de las fiestas litúrgicas. San León es el gran teólogo del año litúrgico, y de la liturgia en general, el teólogo más imbuido en el sentido del misterio que se esconde detrás de los sobrios formularios litúrgicos.

Nos queda un texto del cual es autor seguro, y que pertenece a la época en que aún no era sacerdote. Los ocho distícos que lo componen se han conservado hasta el

(19) Homilias sobre el año litúrgico, ed. cit., Intr., p. 14

da de hoy, grabados en torno a la piscina del Bautisterio Lateranense. Por la densidad y belleza de su contenido lo incluimos aquí con su ulterior traducción:

GENS SACRANDA POLIS HIC SEMINE NASCITVR ALMO
QVAM FECVNDATIS SPIRITVS EDIT AQVIS

MERGERE PECCATOR SACRO PVRGANDE FLVENTO
QVEM VETEREM ACCIPIET VNDA NOVVM

NVLLA RENASCENTVM EST DISTANTIA QVOS FACIT VNVM
VNVS FONS VNVS SPIRITVS VNA FIDES

VIRGINEO FAETV GENITRIX ECCLESIA NATOS
QVOS SPIRANTE DEO CONCIPIT AMNE PARIT

INSONS ESSE VOLENS ISTO MYNDARE LAVACRO
SEV PATRIO PREMERIS CRIM NE SEV PROPRIO

FONS HIC EST VITAE QVI TOTVM DILVIT ORBEM
SYMENS DE CHRISTI VVLNERE PRINCIPIVM

CAELORVM REGNVN SFERATE HOC FONTE RENATI
NON RECIPIT FELIX VITA SEMEL GENITOS

NEC NYMERVS QVEMQVAM SCLLERVN NEC FORMA
[SVORVM]
TERREAT HOC NATVS FLVMINE SANCTVS ERIT

Nacen aquí en materna semilla los que han de ser consagrados
[en este mundo];
el Espíritu los engendra en las aguas fecundadas.

Pecador que has de ser purificado, hazte sumergir en el río
[sagrado];
al que recibirá viejo, la ola llo hará] nuevo.

No hay diferencia alguna entre los que renacen, a ellos los
[hace uno]
una sola fuente, un solo Espíritu, una sola fe.

La Iglesia madre concibe en su seno virginal a los nacidos
que mediante la espiración de Dios el río da a luz.

Si quieras ser sin mancha hazte lavar en este baño,
ya estés oprimido por el pecado paterno ya por el propio.

Este es la fuente de la vida que purifica todo el orbe
tomando su principio en la herida de Cristo.

Los renacidos en esta fuente esperad el reino de los cielos;
la vida bienaventurada no recibe a los que han nacido una
[sola vez].

No asuste a nadie el número de los pecados ni su forma;
el que nace en este río será santo.

5. Obras de San León

Dejando de lado las obras de atribución dudosa, o más que dudosa, como el Sacramento Veronense, pertenecen incuestionablemente a San León una notable serie de cartas y un rico conjunto de sermones.

A. LAS CARTAS. Contiene su epistolario 173 cartas, la mayoría de las cuales tienen su texto críticamente establecido. Allí han dejado sus huellas los principales asuntos y problemas de la época: la herejía de Eutiques, el concilio de Calcedonia, el gobierno de las Iglesias locales, las relaciones con el Emperador, la fecha de la Pascua, etc. Debido a su peculiar importancia es menester destacar el famoso "Tomus ad Flavianum", extensa carta de índole dogmática, a que ya nos hemos referido. Por lo que dichas cartas cejan trasuntar advertimos hasta qué punto logró nuestro Santo polarizar la totalidad de la Iglesia en torno a su Sede de Roma. La lectura corrida del epistolario de San León nos confirma en la impresión que nos dejan sus sermones: se trata de una personalidad relevante, que supo unir de manera admirable el ejercicio de la autoridad con la suavidad de las formas. La figura de San León emerge imponente de su epistolario, con mayor vigor quizás que de sus mismas homilias.

Las cartas de nuestro Santo han sido recopiladas en

la edición de los hermanos Ballerini, reimpresa por Migne, en su *Patrologia Latina* 54, columnas 581-1218. De las 173 epístolas allí incluidas, 20 son apócrifas y 30 son cartas de las que él es destinatario.

B. LAS HOMILÍAS. Han llegado hasta nosotros 97 sermones o "tractatus" de San León, dispuestos de acuerdo al año litúrgico, según se celebraba en su tiempo. Nos quedan 10 sermones sobre la Navidad, 8 de Epifanía, 12 para el tiempo de Cuaresma, 1 acerca de la Transfiguración, 19 sobre la Pasión, 2 acerca de la Resurrección, 2 sobre la Ascensión, 3 de Pentecostés, 4 con ocasión del ayuno de Pentecostés, 9 sobre el ayuno de septiembre, 9 sobre el de diciembre, y 6 homilías exhortando a la generosidad en las colectas. Asimismo 4 sermones para las fiestas de diversos Santos (San Pedro, San Pablo y San Lorenzo), 1 sobre las Bienaventuranzas, 5 con motivo de su consagración episcopal o aniversario de la misma, y 1 contra la herejía de Eutiques.

La serie de sus sermones se encuentra en Migne, *Patrologia Latina* 54, columnas 141-468, donde se incluyen homilías de segura autenticidad, seguidas por algunas que se consideran como apócrifas. Últimamente A. Chavasse ha publicado una edición crítica de los textos en la colección patristica "Corpus Christianorum", tomos 138 y 138A.

Nuestro estudio se limitará al análisis de los sermones de San León, aludiendo tan sólo de paso a sus cartas, cuando ello viniere al caso. El benévolo lector sabrá perdonarnos las numerosas y extensas citas de Santo que jalonan este tomo, pero pensamos que la única manera de acceder a la familiaridad con el pensamiento y la persona de los Padres es a través de la frecuentación directa y amplia de sus propios textos.

Para comodidad del lector, y en orden a posibilitar la consulta directa en la obra de San León, tomaremos nues-

tras citas, como ya hemos comenzado a hacerlo, de una versión que está al alcance de todos, la preparada por el P. Manuel Garrido Bonaño, O.S.B. (20), si bien permitiéndonos pequeños retoques en favor del estilo castellano o de la fidelidad al texto original. Dada la esplendidez con que San León maneja la lengua latina, incluiremos entre paréntesis el texto original, cuando la belleza o la profundidad de las citas así parecieren requerirlo.

(20) Cf. San León Magno, Homilias sobre el año litúrgico, La Biblioteca Católica (BAC), Madrid, 1969. Lamentablemente no se trata de una edición bilingüe, contentando tan sólo la traducción en español. El número de la homilía que en las citas va entre paréntesis, corresponde a la numeración que emplea la edición de Migne en Patrologia Latina 54. Últimamente se ha publicado entre nosotros la traducción de sus Homilias sobre la Navidad, Lunen, Buenos Aires, 1963.

BIBLIOGRAFIA

- BAJGER F., *Ecclesologia s. Leonis Magni ex epistulis desumpta*, Diss., Roma, 1957.
- BARTNIK C., L'interprétation théologique de la crise de l'empire romain par Léon le Grand, en *Revue d'histoire ecclésiastique* 63 (1968) 745-784.
- BATTIFOL P., Léon I, en *Dictionnaire de Théologie Catholique* 17 (1926) 218-301.
- La siega apostolique, Paris, 1924, pp. 417-618.
- BERGELLINI E., L'imitazione di Cristo nel Sermone de tempore di S. Leone Magno, en *Vita Monastica* 22 (1968) 221-234.
- BORELLA P., S. Leone Magno e il "Communicantes", en *Ephemerides liturgicae* 60 (1946) 93-101.
- BREZZI P., *San Leone Magno*, Roma, 1947.
- BURGIO G., Le ragioni dell'incarnazione secondo s. Leone Magno, en *Studi Francescani* 37 (1940) 81-94.
- BURKE F. M., *The Church in the Works of L. the Gr.*, Washington, 1945.
- CALLEWAERT C., S. Léon le Grand et les textes du Léonien, en *Sacris Erudiri* 1 (1948) 36-123.
- S. Léon et le "Communicantes" et le "Nobis quoque peccatoribus", en *ibid.* 123-164.
- CAMELOT Th., Saint Léon le Grand successeur de saint Pierre, en *Vie Spirituelle*, 1961, 521-529.
- CAMPOS J., La epistola antipriscilianista de S. León Magno, en *Helmantica* 13 (1962) 193-233.
- CAPELLE B., Valeur spirituelle du Carême d'après s. Léon, en *Questions liturgiques et paroissiales* 35 (1954) 104-114.
- CORTI G., Pietro, fondatore e pastore perenne della Chiesa. Il pensiero di S. Leone Magno e del suo tempo, en *Scuola Cattolica* 85 (1957) 25-58.

COTE R., *Sacramentum et exemplum chez s. Léon*, Diss., Strasbourg, 1967.

CRISTIANI L., *Saint Léon le Grand*, en *Ami du Clergé*, 1961, 290.

CHAVASSE A., *Les fêtes de Carême, célébrées aux temps de s. Léon le Grand (440-461)*, en "Miscellanea G. Lercaro", Roma, 1966, I, pp. 551-557.

DEKKERS E., *Autour de l'oeuvre liturgique de S. Léon*, en *Sacris Eruditio* 10 (1958) 383-398.

DENIS A., *La théologie de l'ascension d'après s. Léon le Grand*, Diss., Lyon, 1959.

DE ROSA B., *Il digiuno liturgico nei sermoni di s. Leone Magno*, en *Annali del P. Istituto S. Chiara* 11 (1961) 19-91.

DE SOOS M. B., *Le mystère liturgique d'après saint Léon le Grand*, Münster, 1958.

Présence du mystère du salut dans la liturgie d'après S. Léon, en *Ephemerides Liturgicae* 73 (1959) 116-135.

DOLLE R., *Un docteur de l'aumône, S. Léon*, en *La Vie Spirituelle* 96 (1957) 266-287.

L'entrée dans le carême avec S. Léon, en *Assemblées du Seigneur* 26 (1962) 69-90.

S. Léon, commentateur de la Passion, *ibid.* 34 (1963) 78-97.

DOMINGUEZ DEL VAL U., *S. León Magno y el "Tomus ad Flavianum"*, en *Helmantica* 13 (1962) 183-233.

DU MANOIR H., *Saint Léon et la définition dogmatique du Chalcedoine*, en *Année théologique*, 1951, 291-304.

DUVAL Y., *Sacramentum et Mysterium chez saint Léon le Grand*, Diss., Lille, 1959.

S. Léon et la Tradition, en *Recherches de science religieuse* 48 (1960) 166-184.

EIZENHOFER L., *Das Opfer der Glaubigen in den Sermonen Leos des Grossen*, en F. X. Arnold y B. Fischer, *Die Messe in der Glaubensverkündigung*, Friburgo, 1960, pp. 19-107.

EMMI B., *Leone ed Eutiche*, en *Angelicum* 29 (1952) 3-42.

FARAONI V., *Il primato della sede di Pietro nei "Sermones" di S. Leone Magno*, en *Palaestra del Clero* 51 (1972) 727-734.

FERNANDEZ C., *La gracia según San León el Grande*, México, 1951.

GALLI R., *San Leone Magno e i suoi scritti*, en *Didaskaleion*, 1930, 51-235.

GALTIER P., *S. Cyrille d'Alexandrie et S. Léon le Grand à Chalcedoine*, en *Das Konzil von Chalcedon*, ed. A. Grillmeier y H. Bacht, t. I, Würzburg, 1951, pp. 345-387.

GEORGI H., *Die Kirche als Abbild Christi nach Leo dem Grossen*, Diss., Würzburg, 1961.

GRANATA A., *Note sulle fonti di S. Leone Magno*, en *Rivista di storia della Chiesa in Italia* 14 (1960) 263-282.

GUILLAUME A., *Jeûne et charité dans l'Eglise latine des origines au XI^e siècle*, en particulier chez saint Léon le Grand, Paris, 1954.

HALLIWEL W., *The style of Pope St. Leo the Great*, en *Patristic Studies* 59 (1939).

HERVE DE L'INCARNATION, *La grace dans l'oeuvre de s. Léon le Grand*, en *Recherches de théologie ancienne et médiévale* 22 (1955) 17-55, 193-212.

HOFMANN F., *Die Osterbotschaft in den Predigten Papst Leos des Grossen*, en *Paschatis sollemnia*, Freiburg, 1959, pp. 76-88.

HUDON G., *La perfection chétienne d'après les sermons de saint Léon le Grand*, Paris, 1958.

S. Léon le Grand, en *Dictionnaire de Spiritualité*, 71 (1976) col. 597-611.

JALLAND T., *The Life and Times of St. Leo the Great*, Londres, 1941.

JOSSUA J. P., *Le Salut, Incarnation ou Mystère pascal chez les Pères de l'Eglise de s. Irénée à s. Léon le Grand*, Paris, 1968, pp. 251-382.

JOUNEL P., *Au lendemain du XVe centenaire de saint Léon le Grand*, en *Maison Dieu*, 1962.

JURDIN R., *Le Pape chez Attila*, en *Nouvelle Revue Française* 17 (1969) 161-168.

KOEP E., *Die Sünde nach Leo dem Grossen*, Diss., Köln, 1962.

KONIG F. S. Leone Magno, dottore dell'unità della Chiesa, en *Angelicum* 39 (1962) 277-293.

KRÜMER A., Die Sedes Apostolica der Stadt-Roms in ihrer theologischen Relevanz innerhalb der abendländischen Kirche bis Leo I, Diss., Freiburg, 1975.

LAURAS A. S., Léon le Grand et la tradition, en *Recherches de science religieuse* 48 (1960) 166-184.

Etudes sur Léon le Grand, ibid. 49 (1961) 491-499.

S. Léon et l'Écriture sainte, en *Texte und Untersuchungen* 81 (1962) 127-140.

S. Léon le Grand et le Manichéisme romain, ibid. 108 (1972) 203-209.

LEPELLEY, Les mystères chrétiens chez s. Léon le Grand, Diss., Paris, 1955.

S. Léon le Grand et la cité romaine, en *Revue de sciences religieuses* 35 (1961) 130-150.

MCGOVERN L. J., The Ecclesiology of St. Leo the Great, Diss., Roma, 1957.

MESA C. E., El concilio de Calcedonia. Notas históricas: Eutíques, San León Magno, en *Verdad y Vida* 10 (1952) 367-382.

MIKAT P., Die Lehre von Almosen in den Kollekten-predigten Papst Leos des Grossen, en *Perennitas*, Münster, 1963, op. 23-38.

MOZERIS D., Doctrina sancti Leonis Magni de Christo restitutore et sacerdote, Munster, 1945.

MUELLER M. M., The vocabulary of Pope St. Leo the Great, en *Patristic Studies*, Washington, 1943.

MURPHY F. X., Peter speaks through Leo, en *Patristic Studies*, Washington, 1952.

NICOLAS M. J., La doctrine christologique de S. Léon, en *Revue Thomiste* 51 (1951) 609-660.

OROZ RETA J., San León, papa de la romanidad, en *Helmantica* 13 (1962) 163-191.

San Agustín y San León Magno frente al destino de Roma, en *Augustinus* 9 (1964) 175-191.

PASQUAL J. A., El misterio pascual según San León Magno, en *Revista Española de Teología* 24 (1964) 299-314.

PELLEGRINO M., La doctrina del cuerpo místico in s. Leone Magno, en *Scuola Cattolica* 67 (1939) 611-615.

L'influsso di S. Agostino su S. Leone Magno nei Sermoni sul Natale e sull'Epifania, en *Annali del Pont. Ist. Sup. di Sc. e Lett. S. Chiara* 11 (1961) 101-132.

Temi dominanti nei sermoni natalizi di S. Leone Magno, en *Miscellanea C. Fighi*, Milán, 1964, pp. 97-115.

PICCARI T. M., "Tomus ad Flavianum" ed il cosiddetto sacramentarium Leonianum nel Magisterium Ecclesiae dei secoli V-VI, en *Angelicum* 29 (1952) 76-109.

POLO G., Maria nel mistero della salvezza secondo papa Leone Magno, Diss., Vicenza, 1975.

PSCHMADT J., Leo der Grosse als Prediger, Elberfeld, 1912.

RAHNER H., Leo der Grosse, der Papst des Konzils en *Das Konzil von Chalkedon*, ed. A. Grillmeier y H. Bacht. t. I, Würzburg, 1951, pp. 323-339.

REGNIER A., Saint Léon le Grand, Paris, 1910.

RIBER M., La reparación en San León Magno, Diss., Roma, 1973.

RIVERA J. F., San León Magno y la herejía de Eutíques desde el sínodo de Constantinopla hasta la muerte de Teodosio II, en *Revista Española de Teología* 9 (1949) 31-58.

RIVIERE J., La rédemption chez s. Léon le Grand, en *Revue de sciences religieuses* 9 (1929) 17-42, 153-187.

SAINT-CHERON A. de, Histoire du pontificat de saint Léon le Grand et de son siècle, Paris, 1846.

SCALFATI I., San Leone il Grande e le invasioni dei Goti, Unni e Vandali, Roma, 1940.

SIEBEN J. H., Leo der Grosse über Konzilium und Lehrprimat des römischen Stuhles, en *Theologie und Philosophie* 47 (1972) 357-401.

SPEDALIERI F., La Madre del Salvatore nella soteriologia di S. Leone Magno, en *Marianum* 25 (1963) 23-38.

SPINDELER A., Papst Leo I über die Mitwirkung Marias bei der Erlösung, en *Münchener theologische Zeitschrift* 10 (1959) 228-234.

STOCKMEIER P., *Leo I des Grossen Beurteilung der kaiserlichen Religionspolitik*, München, 1959.

Imperium bei Papst Leo dem Grossen, en *Texte und Untersuchungen* 78 (1961) 413-420.

STUDER B., "Consubstantialis Patri - consubstantialis matri". Une antithèse christologique chez Léon le Grand, en *Revue des études augustinienne* 18 (1972) 87-115.

Il concetto di "consostanziale" in Leone Magno, en *Augustinianum* 13 (1973) 599-607.

Die Einflüsse der Exegese Augustins auf die Predigten Leos des Grossen, en *Forma futuri* (Mélanges M. Pellegrino), Turin, 1975, pp. 915-930.

TESTARD P. M., *Le mot "sacramentum" dans les sermons de saint Leon le Grand*, Paris, 1948.

Léon le Grand et les textes du Léonien, en *Sacris Erudiri* 1 (1948) 36-164.

S. Léon le Grand auteur de la grande formule "Ad virginem sacras" du sacramentaire léonien, en *Sacris Erudiri* 6 (1954) 282-326.

Autour de l'oeuvre liturgique de S. Léon le Grand, en *Sacris Erudiri* 10 (1958) 363-398.

Une messe de S. Léon pour l'Ascension, en *Ephemerides Liturgicae* 67 (1953) 201-209.

TUILLIER A., Le primat de Rome et la collégialité de l'épiscopat d'après la correspondance de s. Léon avec l'Orient, en *Nuovo Didaskaleion* 15 (1965) 53-67.

ULLMANN W., *Leo I and the theme of Papal Primacy*, en *Journal of Theological Studies* 11 (1960) 25-51.

WILLWOLL G. E., La missione di Roma negli scritti di Leone Magno, en *Civiltà Cattolica* 93 (1942) 33-39, 152-159.

ZANNONI G., De romantate s. Leonis Magni, en *Latinitas* 3 (1964) 180-188.

CAPITULO PRIMERO

LA CELEBRACION DE LOS MISTERIOS

Cuando San León habla de las realidades sobrenaturales lo hace con sorprendente naturalidad. Es ello algo muy propio de los Santos: considerar natural el mundo sobrenatural. En los sermones de nuestro Santo, que tantas referencias incluyen del ámbito cultural, jamás se lo advierte tentado de reducir la liturgia a una mera expresión de índole ritual o a fórmulas frías y estereotipadas. Para él, tanto Cristo, Protagonista absoluto del acto cultural, cuanto los misterios de Cristo, que son la concreción de su proyecto salvífico, no se pierden ni diluyen en las brumas de la historia sino que están presentes, aquí y ahora, con la misma eficacia que tuvieron en el origen.

actor inspirador de Hb

En el presente capítulo analizaremos, a partir de los sermones de San León, diversos aspectos de ese "realismo sobrenatural", de esa visión laudante y contemplativa del acto cultural. Nos referiremos primeramente a la presencia salvífica de Cristo en la celebración litúrgica así como de los misterios por Él realizados, y luego trataremos de sistematizar los diversos datos que la predicación de San León nos ofrece acerca de la estructura de la celebración litúrgica.

I. PRESENCIALIDAD DE LOS MISTERIOS

Por razones de claridad trataremos separadamente de la permanencia salvífica de Cristo y de la permanencia de los misterios de Cristo, si bien tal distinción resulta casi imperceptible cuando se trata del ámbito cultural.

1. PRESENCIA DE CRISTO, EL MISTERIO ORIGINAL

Si bien la expresión "misterio original" aplicada a Cristo —como gustan hacerlo algunos autores modernos— no se encuentra textualmente en San León, sin embargo el contenido de dicha expresión se halla en su pensamiento. Al fin y al cabo, el gran Misterio —o el gran Sacramento— es Cristo, el Hombre-Dios, sacramento de salvación, en quien toda la humanidad se ha visto regenerada. Es Cristo el signo visible y eficaz de la reconciliación entre lo divino y lo humano, divorciados hasta Él por el pecado de origen. Como se ve, la doctrina de la unión hipostática, tan privilegiada por nuestro Santo, está en la base de sus análisis litúrgicos.

La unión hipostática es el punto de partida y la razón del sacerdocio de Cristo. Y como la unión hipostática es irreversible —jamás podrá el hombre separar lo que Dios ha unido— así lo es el sacerdocio de Cristo, sumo y eterno, que permanece para siempre no sólo en su ser sino también en su actuación ministerial:

"Está presente el Señor Jesucristo en medio de los creyentes, por lo cual no temeraria, sino fielmente confiamos. Pues, aunque se sienta a la derecha de Dios Padre hasta que ponga a sus enemigos por escabel de sus pies (Ps. 109, 3), sin embargo no falta nunca el Sumo

Pontífice de la asamblea de sus pontífices, y con razón se lo canta por boca de toda la Iglesia y de todos los sacerdotes: **Tu eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec** (ibid. 8). El mismo es aquel cuya figura presignificaba el pontífice Melquisedec, que no ofrecía las oblaciones judías, sino que inmoló el sacrificio de aquel sacramento que nuestro Redentor consagró en su cuerpo y en su sangre (*sed illius sacramenti immolans sacrificium, quod Redemptor noster in suo corpore et sanguine consecravit*). El mismo es aquel cuyo sacerdocio el Padre decretó con la firmeza de un juramento insoluble que no había de pasar con el tiempo de la ley como el de según el orden de Aarón, sino que había de celebrarse permanentemente como el de según el orden de Melquisedec. Pues, así como entre los hombres el juramento que se presenta con estas fórmulas queda sancionado con pacto perpetuo, así también sucede con la declaración del juramento divino que se encuentra en estas promesas, fijadas en decretos inconvertibles; y, puesto que el arrepentimiento indica cambio de la voluntad, Dios no se arrepiente de aquello en lo que, según el beneplácito eterno, no puede querer otra cosa de lo que quiso" (1).

El sacerdocio de Aarón estaba destinado a desaparecer, porque su origen era terrenal. El sacerdocio de Melquisedec, en cambio, que proviene de lo alto, no está sujeto al desgaste del tiempo, y así es capaz de simbolizar mejor la permanencia del sacerdocio de Jesús:

"De Cristo se escribió proféticamente: **Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec** (Hebr. 7, 11), es decir, **no según el orden de Aarón**, cuyo sacerdocio, al propagarse por generación natural, tuvo un ministerio temporal y cesó con la ley del Antiguo Testamento, sino según el orden de Melquisedec, en el cual precedió la figura del Pontífice eterno. Ya que, el no referirse de qué padres nació, se entiende que en él se señala a Aquel cuya generación nadie puede narrar" (2).

(1) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3 (3), p. 385.

(2) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3, 1, p. 377.

Cristo ha quedado, por así decirlo, fijado en la cumbre de su sacerdocio, hecho, todo Él, ascua viva sacerdotal.

Sin embargo el sacerdocio de Jesús no se agota en su misterio individual. Cristo se ha anexado un cuerpo — un cuerpo sacerdotal — en su Esposa, la Iglesia. Por ser la Iglesia el cuerpo de Cristo, toda ella es sacerdotal. Como prolongación que es de la encarnación de Cristo, ha quedado en cierta manera sacerdotalizada, tanto en sí misma cuanto en los miembros individuales que la componen.

"Pues, aunque toda la Iglesia de Dios está organizada en distintos grados, a fin de que de la diversidad de miembros subsista la integridad del Cuerpo sagrado, sin embargo, como dice el Apóstol, todos somos uno en Cristo (1 Cor. 12. 13)... Por eso, amadísimos, es inseparable la sociedad y es general la dignidad en la unidad de la fe y del bautismo, según lo dijo la santísima voz del bienaventurado apóstol Pedro: Vosotros, como piedras vivas, sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo... Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2. 5.9).

Pues el signo de la cruz ha hecho reyes a todos los regenerados en Cristo y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes para que, además de este servicio especial de nuestro ministerio, todos los cristianos razonables y espirituales reconozcan que comparten una raza real y un oficio sacerdotal. ¿Qué hay tan regio como que el alma, subdita de Dios, rija su propio cuerpo? ¿Y qué hay tan sacerdotal como entregar al Señor la conciencia pura y ofrecer hostias inmaculadas de piedad desde el altar del corazón? Aunque, por la gracia de Dios, esto es común a todos, sin embargo es religioso y laudable a vosotros alegraros del día de nuestra exaltación como un honor propio para que en todo el cuerpo de la Iglesia no se celebre más que un sacramento del sacerdocio *ut unum colebraretur in toto Ecclesiae corpore pontificij sacramentum*!, que, por el óleo bendito derramado, lluyo más copiosamente en la parte supe-

rior, pero también baja no escasamente a la inferior (quod effuso benedictionis unguento copiosius quidam in superiora profluxit, sed non parve etiam in inferiora descendit)" (3).

El texto es denso. La universal Iglesia es un gran cuerpo sacerdotal. Y lo es precisamente en base a la presencia de Aquel en el cual todos somos uno. Viene aquí al caso el recuerdo de la figura de Aarón, postergado antes como símbolo del sacerdocio de Cristo, en favor de Melquisedec, por el carácter terreno transeúnte del sacerdocio aarónico pero retomado acá desde otro punto de vista. Porque también Aarón fue, a su modo, figura de Cristo. También él fue consagrado sacerdote (cf. Ex. 30, 25.30) mediante la unción con el óleo, que vertido abundantemente sobre su cabeza, fluyó por su barba y descendió hasta la orla de sus vestiduras (cf. Ps. 132, 2). Cristo, el nuevo Aarón, es la Cabeza, el primer Ungido, a partir del cual el óleo del sacerdocio se derrama por todo su cuerpo, hasta el último de los cristianos.

El sacerdocio de Cristo se actualiza pues en todo el cuerpo de la Iglesia, pero de una manera más eficaz en el sacerdote jerárquico, ya que sólo éste, con diferencia esencial y no de mero grado respecto al sacerdocio común de los fieles, hace las veces de Cristo en cuanto Cabeza del cuerpo. La presencia del Señor es en dicho caso mucho más intensa y vívida. Se trata de un sacerdocio vertical, efecto de una especial comunicación de lo alto:

"Cuando el sacramento de este divino sacerdocio viene a las funciones humanas, no se va por vía de generación ni se origina lo que produjo la carne y la sangre, sino que, cesando el privilegio de los padres y dejando a un lado la categoría de la familia, la Iglesia recibe como prelados a los que preparó el Espíritu Santo. De modo que en el pueblo de la adopción divina, todo el sacerdotal y real, la prerrogativa del origen terreno no

(3) *Ibid.* en el aniversario de su consagración episcopal 4. 1, p. 399

obtiene la unción, sino que es la bondad de la gracia celeste la que hace al Pontífice" (4).

Presente siempre en el conjunto de la Iglesia, Cristo sostiene de manera especial a sus sacerdotes, ministros de los sacramentos. Si el Señor no continuase ejerciendo su mediación sacerdotal, no habría en la Iglesia ni sacerdocio ni sacrificio. San León, convencido de que era Cristo quien seguía gesticulando salvíficamente por su intermedio, predicaba así a sus fieles en el aniversario de su consagración episcopal:

"No resulta para nosotros presuntuosa, amadísimos, esta fiesta, por la cual, acordándonos del don divino, honramos el día en que fuimos consagrado obispo, ya que piadosa y verdaderamente confesamos que, en todas las cosas que hacemos rectamente, Cristo es quien realiza la obra de nuestro ministerio (quod opus ministerii nostri in omnibus, quae recte agimus, Christus exsecutur)" (5).

2. PRESENCIA DE LOS MISTERIOS DE CRISTO

Ya hemos dicho que el Señor se hace presente no solamente en su calidad de sumo sacerdote sino también con los misterios mediante los cuales nos ha salvado. Si Cristo, como Hombre-Dios, es el gran sacramento, consecuentemente los actos salvadores por los cuales llevó a cabo su tarea redentora participan del carácter sacramental.

En razón de la unidad de su Persona, lo divino que hay en Cristo se manifiesta visiblemente en su humanidad, que es común a la nuestra, y así llegamos a conocer a Dios visiblemente, percibimos a Dios mediante la trans-

(4) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3. 1, p. 377.

(5) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 5 (5) 4. p. 385.

parencia humana de Cristo. Tal es el designio (*sacramentum*, en latín, *mysterion*, en griego) que Dios había establecido desde toda la eternidad. Pero este designio divino — el Misterio de Cristo — se concreta en los hechos que lo visibilizan y lo realizan — los misterios de Cristo —. Cada uno de ellos refleja de algún modo no solamente los planes de Dios sobre la humanidad sino también los atributos divinos, el amor de Dios, su poder, su justicia y su misericordia. No en vano San Ambrosio y San Agustín asociaban la palabra "*sacramentum*" (signo teofánico y eficaz) con cada uno de los acontecimientos salvadores y con las fiestas que los celebran (6).

La Encarnación, que hace de Dios un "*sacramento*", se prolonga de este modo en todo lo que Cristo ha hecho o padecido — "*acta*" y "*passa*", como se expresa Santo Tomás —. Tal Encarnación continuada se manifiesta en el conjunto de los "*sacramentos*", que revelan el rostro humano de Cristo y el rostro invisible de Dios, realizando en la existencia humana de Jesús el designio eterno de Dios sobre el hombre. Se da pues una suerte de orden salvífico que va de Dios a Cristo — el Misterio encarnado —, del Misterio de Cristo a los misterios de Cristo, de los misterios de Cristo a los misterios cultuales. No resulta por ello extraño que San León recurra habitualmente a la palabra "*sacramentum*" para referirse a las diferentes fiestas del año litúrgico. Habla así del "*misterio (sacramentum) del nacimiento de Cristo*" (7), el "*misterio (sacramentum) de la Epifanía*" (8), "*el misterio (sacramentum) de la Pasión del Señor*" (9), "*el misterio (sacramentum) de la Cruz de Cristo*" (10), "*el misterio (sacramentum) de la Resurrec-*

(6) Cf. G. Hudon, *La perfection chrétienne d'après les sermons de saint Léon le Grand*, Paris, 1963, pp. 143-146.

(7) Hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 1, p. 101.

(8) Hom. sobre la Epifanía del Señor 1 (31) 1, p. 123.

(9) Hom. sobre la Cuaresma 4 (42) 1, p. 173.

(10) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 1, p. 228.

ción" (11), "el misterio (sacramentum) pascual" (12), "el misterio (sacramentum) de la redención" (13). La palabra "sacramentum" tiene casi siempre el sentido de causa salvífica. Entre estas causas salvíficas y sus efectos en el alma de los cristianos están las celebraciones litúrgicas o conmemoraciones cultuales de los misterios, que aseguran la permanencia de los actos redentores a lo largo de los siglos hasta el fin de los tiempos.

La vida litúrgica de la Iglesia no es sino la actualización de los hechos salvíficos de Cristo en los miembros de su Cuerpo místico, a través de los misterios-sacramentos. De ahí la conocida expresión de San León:

"Lo que fue visible de nuestro Redentor ha pasado a los sacramentos (*quod i:aque Redemptoris nostri conspicium fuit, in sacramenta transivit*)" (14).

Cristo sigue viviendo en la Iglesia a través de los misterios, que en cierta manera prolongan su visibilidad. Algo semejante expresaba San Ambrosio cuando le decía a Cristo en forma de oración: "Te encuentro en tus misterios (*in tuis te invenio sacramentis*)" (15). El o es posible en razón de la trascendencia del Señor, que no está atado a un lugar y a un tiempo determinados. Si bien vivió en un lugar preciso y en un tiempo concreto, sin embargo por su condición de Verbo encarnado — experiencia absolutamente inédita en la historia de la humanidad — sus acciones no se agotan en ese espacio y en ese tiempo históricos sino que tienen la capacidad de proyectarse a todos los tiempos y lugares de la historia. San León alude a este tema en uno de sus sermones de Epifanía:

(11) Hom. sobre la Pasión del Señor 13 (64) 1, p. 282.

(12) Hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 1, p. 293.

(13) Hom. sobre la Cuaresma 3 (41) 1, p. 171.

(14) Hom. sobre la Ascensión del Señor 2 (74) 2, p. 307.

(15) Apología del profeta David 88.

"El misterio de esta fiesta concierne a los fieles de todos los tiempos y por ningún concepto se ha de tener como extraordinario un acontecimiento que, conforme a la economía temporal, adoramos como un hecho antiguo (*ut cognoscamus sacramentum praesentis festi ad omnium fidelium tempora pertinere; nec ullo modo habeatur insolitum, quod in dispensationum ordine adoratur antiquum*)" (16).

Y más adelante, en el mismo sermón:

"Es necesario que el misterio de la fiesta de hoy no tenga fin para nosotros: será celebrado eternamente si nuestras acciones agradan al Señor Jesucristo..." (17).

Cambian los siglos, cambian las personas, cambian los sacerdotes visibles, pero por sobre todo ese mundo sujeto al cambio campea la permanencia del Eterno Sacerdote, la permanencia del misterio, la permanencia de la fe:

"Por eso al plan de Dios, que era borrar el pecado del mundo, se extendería a todas las generaciones, a todos los siglos: y los misterios, según las diversas épocas, lejos de desconcertarnos, más bien nos reafirmarían, puesto que la fe que nos hace vivir (cf. Rom. 1, 17) no cambia con el tiempo (*ad omnium generationum saecula pertinere; nec turbarent nos, sed potius confirmarent mysteria, pro temporum ratione variata, cum fides, qua vivimus, nulla fuerit aetale diversa*)" (18).

La redención, ya antigua si la miramos en su realización histórica, más remota aún si la consideramos en su prefiguración veterotestamentaria, es siempre nueva en

(16) Hom. sobre la Epifanía del Señor E (38) 1, p. 151.

(17) *Ibid.* 4, p. 153.

(18) Hom. sobre la Natividad del Señor S (23) 3, p. 82. Comenta R. Dolle: "San León quiere decir que los 'misterios', es decir todo lo que toca a las relaciones entre Dios y el hombre (intervenciones de Dios y respuesta del hombre por el culto) han variado según los tiempos, según que fuese antes o después de la realización efectiva de la Encarnación, pero es la misma fe la que ha justificado a todos los hombres, cualquiera fuere el tiempo en que hayan vivido": Léon le Grand, *Sermons* I, 22 bis, p. 102, note 1.

sus efectos salvíficos, y abierta a su realización escatológica. El año litúrgico es una re-posición de la acción redentora anunciada en el Antiguo Testamento, realizada en Cristo y perennizada en sus frutos. A este respecto tiene San León un notable texto:

"Se ha levantado para nosotros el día de la nueva redención, día preparado desde largo tiempo, día de felicidad eterna. He aquí, en efecto, que el círculo del año actualiza de nuevo el misterio de nuestra salvación; misterio prometido desde el comienzo del mundo, otorgado al fin, hecho para durar siempre (*iluxit nobis dies redemptionis novae, praeparationis antiquae, felicitatis aeternae. Reparatur enim vobis salutis nostrae annua revolutione sacramentum, ab initio promissum, in fine redditum, sino fine mensurum*)" (19).

Los textos citados expresan con claridad una idea sumamente cara a San León. La celebración de un misterio de Cristo por parte de la Iglesia en el desarrollo del círculo del año constituye un *hodie* de salvación, un *dies redemptionis*. El Santo muestra cierta predilección por el adverbio "hodie", si bien no siempre lo emplea en el mismo sentido. A veces recurre a él simplemente para señalar el día en que está hablando (20); en otras ocasiones, para aludir también al día en que está hablando, pero en cuanto aniversario de un día pasado (21); finalmente, y es el sentido que más interesa a nuestro actual propósito, para referirse asimismo al día en que está hablando, pero en cuanto representa un día pasado (22). Transcribamos un texto con este último sentido, que se incluye en uno de sus sermones navideños:

(19) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 1, p. 72.

(20) Cf. por ej. hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 1, p. 115; hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 1, p. 129; 5 (35) 1, p. 139; 6 (36) 1, p. 141; hom. sobre la Pasión del Señor 1 (62) 3, p. 219; 3 (54) 5, p. 225, etc.

(21) Cf. por ej. hom. sobre la Ascensión del Señor 1 (73) 4, p. 305; hom. en la fiesta de San Lorenzo (85) 2, p. 285.

(22) Cf. por ej. hom. sobre la Natividad del Señor 1 (21) 1, p. 68; 6 (26) 2, p. 96; hom. sobre la Ascensión del Señor 1 (73) 1, p. 303.

"Hoy, amadísimos, ha nacido nuestro Salvador. Alegrémonos. No es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida para acabar con el temor de la muerte y llenarnos de gozo con la eternidad prometida. Nadie se crea excluido... Exulte el santo, porque se acerca el premio; alégrese el pecador, porque se le invita al perdón; animese el gentil, porque se le llama a la vida" (23).

Si analizamos el párrafo recién transcrito, el adverbio "hoy" parece allí significar que en ese preciso día se renueva en cierto modo el misterio del nacimiento de Cristo según la carne. El verbo "ha nacido", en pasado, da al adverbio "hoy" que lo precede el sentido de un aniversario. Pero, al seguir más adelante con las expresiones "exulte el santo... alégrese el pecador... animese el gentil", nos encontramos en plena actualidad. Sin embargo San León no hace ninguna transición, ni establece hito alguno entre las diversas fases, salvo las exigidas por la puntuación gramatical. Habla, sí, del misterio del nacimiento de Cristo como de una cosa ya acaecida; pero, al considerar los efectos de dicho misterio, alude a realidades presentes. Por una parte, lo que se conmemora es un acontecimiento histórico, irremediablemente pretérito; por otra, el don de vida que Dios comunica a través de ese hecho, no se agota en el pasado, sino que cada año se renueva con motivo de su conmemoración cultural. En el pensamiento de San León las celebraciones tienen la propiedad de ignorar, por así decirlo, el tiempo transcurrido desde la vida terrestre del Señor; recuerdan el pasado, pero también lo renuevan, permitiéndole obrar sobre el presente. El "hodie" litúrgico es un día que perenniza el hoy salvador, haciendo del acto de culto un auténtico día de renovación, abierto al día escatológico de la salvación final.

Refiriéndose San León, en la fiesta de Epifanía, al día en que Cristo, salvador del mundo, se manifestó por vez primera a los gentiles, acota:

(23) Hom. sobre la Natividad del Señor I (21) 1, p. 68.

"Este día no ha terminado tan completamente que con él haya pasado la virtud entonces revelada de la acción divina y que de ese acontecimiento no haya llegado hasta nosotros más que un recuerdo glorioso que acoge nuestra fe y honra nuestra memoria (Neque enim ita ille emensus est dies, ut virtus operis, quae tunc est revelata, transierit, nihilque ad nos nisi rei gestae fama pervenerit, quam fides susciperet et memoria celebraret); el don de Dios, por el contrario, se multiplica, y aún hoy nuestra época experimenta todo lo que entonces tuvo su comienzo (cum multiplicato munere Dei, etiam quotidie nostra experiantur tempora, quidquid illa habuerit primordia)" (24).

Podría decirse que los "días" en que Cristo realizó los misterios históricos de nuestra salvación son días sui generis, días que han quedado de tal modo fijados en su poder salvífico, que pueden ponerse al alcance de todas las generaciones. "Este día no ha terminado", acaba de decirnos San León, la "virtus" o fuerza en él escondida no se ha "gastado", ni llega hasta nosotros tan sólo a modo de recuerdo nostálgico. También nuestros tiempos — como aquéllos — son capaces de hacer "la experiencia" del acto salvífico. No cabe pues la tristeza por no habérsenos permitido ser testigos directos de los misterios; si nuestra fe es viva, las celebraciones culturales nos permitirán revivir como presentes aquellos hechos pretéritos que sólo relativamente están ligados al tiempo y cuyo alcance es eterno.

Encontramos propósitos semejantes a los enunciados en diversas homilias que San León pronunciara con motivo de otros misterios. Ya que volveremos sobre ellas al tratar separadamente de cada uno de los misterios, limitémonos ahora a un valioso texto complejo, que se incluye en uno de sus sermones sobre la Navidad, donde el Santo señala cómo todos los misterios se encuentran de algún modo en cada misterio representado, ya que los misterios de Cristo, si bien se celebran separadamente por razones didácticas y culturales, son de por sí indivisibles:

(24) Hom. sobre la Epifanía del Señor 6 (36) I. p. 144.

"Aunque este estado de infancia que el Hijo de Dios no ha juzgado indigno de su majestad se ha transformado con el tiempo en el estado del hombre perfecto, y, una vez consumado el triunfo de su pasión y de su resurrección, han terminado también los actos referentes a la humillación aceptada por nosotros, sin embargo, la fiesta de hoy, del nacimiento de Jesús de la Virgen María, renueva para nosotros los comienzos sagrados (*renovat tamen nobis hodierna festivitas nati Jesu ex Maria Virgine sacra primordia*), y, al adorar el nacimiento de nuestro Salvador, nos encontramos celebrando al mismo tiempo nuestros propios comienzos (*et cum Salvatoris nostri adoramus ortum, invenimus nos nostrum celebrare principium*). La generación de Cristo es, en efecto, el origen del pueblo cristiano, y el aniversario del nacimiento de la Cabeza es también el aniversario del cuerpo (*generatio enim Christi origo est populi christianí, et natalis capitis natalis est corporis*). Aunque cada uno es llamado en su orden y todos los hijos de la Iglesia se diferencian en la sucesión de los tiempos, sin embargo, como el conjunto de los fieles nacidos de la fuente bautismal ha sido crucificado con Cristo en su pasión, ha resucitado con Cristo en su resurrección, ha sido colocado a la diestra del Padre en su ascensión, así también con El ha nacido en esta natividad (*habebant licet singuli quique vocalorum ordinem suum, et omnes Ecclesiae filii temporum sint successione distincti, universa tamen summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac nativitate congeniti*." (25).

Quizás sea éste uno de los pasajes más atrevidos de San León en orden a explicar la presencialidad de los misterios de Cristo, gracias a la cual se hace posible la inserción solidaria del cristiano. El verbo *renovare* tiene acá un sentido fuerte, como si dijera "re-comenzar". El misterio se re-presenta en su realidad mística y en su gracia actual. El tema de la "presencia mística" ha ocupado la atención de diversos estudiosos, sobre todo en la primera mitad de nuestro siglo, especialmente por iniciativa de Odo Casel, monje de María Laach. No contentándose con la opinión más común entre los teólogos en favor de un in-

(25) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (26) 2, p. 56.

flujo de los misterios tan sólo por sus efectos salvíficos, el sabio benedictino ha ido más allá afirmando la presencia misma del misterio salvífico en la acción cultural. Y precisamente el texto de San León que acabamos de citar es uno de los textos patrísticos que aduce en favor de su tesis. "Esta vida del Señor Cristo Jesús — escribe en uno de sus libros —, este imponente curso que brota en las entrañas de la Virgen y en el pesebre y termina en el Irono de la majestad en las alturas, todo este *mysterium* se vive en el año litúrgico. *Renueva y se apropia* los hechos más grandes de la redención y no sólo medita e imita con buen ánimo la vida del Señor en todos sus pormenores. Esto último lo podría hacer un no bautizado. Lo cristiano y católico es *celebrar el *mysterium Christi**. Hay que con-celebrarlo de una forma la más concreta y tangible, grandemente divina. No por nuestros propios pensamientos — ¡cuán impotentes son éstos frente a las acciones de Dios! —, sino con la virtud del Espíritu de Dios. Pero, a su vez, tampoco esto reducido a unas ilustraciones o dones gratuitos, sino desde una dimensión de objetividad de la misma realidad espiritual. Los misterios litúrgicos nos representan las acciones salvíficas del Señor, desde su encarnación hasta su eterno poderío, con una *actualidad vivísima y concreta*, pero de un modo divinamente espiritual, como corresponde a Dios, que es Espíritu" (26).

Digamos finalmente que el misterio o sacramento no es tan sólo un acto salvífico de Cristo que nos llega a través de su realización cultural, sino que implica también un llamado actual a la santificación. Si el misterio se pone a nuestro alcance es para ofrecernos un ejemplo que nos incita a poner nuestra vida en consonancia con él. Tiene San León a este respecto un texto admirable que más adelante analizaremos con mayor atención:

"Este médico omnipotente nos preparó un doble remedio: uno, su sacramento, y otro, su ejemplo. Por el

(26) El misterio del culto cristiano. Dinor, San Sebastián, 1933, p. 162.

primero nos contiene el auxilio divino, por el segundo nos pide nuestro concurso humano. Pues, si Dios es el autor de nuestra justificación, el hombre le debe su devoción" (27).

Cristo es a la vez gracia —"sacramentum"— y ejemplo —"exemplum"—. El "sacramentum" es el gesto teándrico de Cristo que nos diviniza, el "exemplum" es la exigencia de Cristo a adecuar nuestra vida con Él mediante la imitación del misterio rememorado. De esta manera, como sostiene Hudon, las celebraciones culturales no son sino la aplicación de la redención de Cristo, salvador y ejemplar; en ellas y por ellas se actúa el poder reparador del Señor y se exige la imitación de cada uno de sus gestos. La vida cultural de la Iglesia va descubriendo al cristiano, a través del año litúrgico, el ejemplar de su santidad, de modo que poco a poco se pueda ir transformando en la imagen de Dios, según se le manifiesta en Cristo (28).

(27) Hom. sobre la Pasión del Señor 16 (87) 3, p. 277. La palabra "devoción" (*devotio*), que aparece con tanta frecuencia en las sermones de San León, significa una disposición de la voluntad que se adhiere a Dios y está dispuesta a hacer en todo su divino querer.

(28) Cf. op. cit. pp. 184-185.

II. ESTRUCTURA DE LA CELEBRACION

A partir de los sermones de San León trataremos de elaborar lo que podría denominarse "el dinamismo de la celebración cultural". Porque resulta inimaginable que la presencia de Cristo en la sagrada liturgia y la actualización de sus misterios salvíficos no provoque una suerte de santa conmoción en los espíritus de los que en tales misterios participan.

Nos limitaremos ahora al análisis de la primera parte de la liturgia de la Santa Misa. Como es sabido dicha parte se ordena esencialmente a la confección del Sacrificio y a la recepción del Sacramento eucarístico, presupuesta la presencia real y sustancial del Cristo que ya se había hecho presente misticamente en su palabra.

La celebración tiene una estructura determinada. Esigando aquí y allá en los sermones de San León, podremos dilucidar sus diversas fases.

1. LA LECTURA

La proclamación de los textos sagrados constituye el lazo de unión entre el acontecimiento salvífico y el instante actual, haciendo presente en cierta manera el hecho que en ellos se relata.

San León se refiere una y otra vez a este papel pontifical de la palabra, que al hacerse carne en la lectura, representa de algún modo al Verbo encarnado. Transcribamos algunos de sus textos.

"Continuamente debemos venerar en nuestros cora-

zones, con todo el honor que sea posible, este misterio de la misericordia divina, el más grande y el más poderoso; sin embargo, ahora con un sentimiento más vivo del ama y una mirada más pura del espíritu, pues no sólo el ciclo del año litúrgico, sino también la lectura del texto evangélico, nos presenta toda la obra de nuestra salvación" (29).

"Si cada año se ha querido celebrar con el honor del culto el recuerdo de este acontecimiento es para que, gracias a la recitación incesante del relato evangélico, se imprima cada vez más, en los sentidos de los que lo entienden, el misterio salvífico realizado por un insigne prodigio (ut dum evangelica historia incessabiliter recensetur, semper se intelligentium sensibus intersat salutiferum mysterium per insigne miraculum)" (30).

Las frases que el Santo deja brotar de su corazón nos van mostrando como de paso cuánto valora el papel que las lecturas cumplen en el ámbito del culto. Tales lecturas tienen para él un carácter muy diverso del que poseen las que podríamos hacer en la soledad de nuestro cuarto. Están dentro del marco de la liturgia y por consiguiente participan de su eficacia salvífica, "imprimiendo" en el corazón de quien las escucha el misterio conmemorado. Más aún, la lectura cultual hace posible una suerte de contemporaneidad con el hecho salvador.

"Aprovechate con fe de la historia evangélica. Considera lo que hizo el Señor, como si te encontrases en compañía de los apóstoles, tanto en su inteligencia espiritual como en una mirada corporal" (31).

Como se ve, la "contemporaneidad" con el acontecimiento tiene que ver con una cierta "visión" del mismo; en otros lugares recurrirá al símbolo del "tacto". Es verdad que los misterios salvíficos, por la densidad que los ca-

(29) Hom. sobre la pasión del Señor 5 (36) 1, p. 223.

(30) Hom. sobre la infancia del Señor 5 (35) 1, p. 139.

(31) Hom. sobre la Cuaremana 8 (48) 2, p. 194.

racterize, están más allá de la visión ocular y del tacto corporal. Pero de lo que aquí se trata es de una visión y un tacto sobrenaturales. Más importante que ver a Cristo con los ojos del cuerpo, más fructífero que tocarlo con las manos de carne, es contemplarlo con los ojos de la fe, tocarlo con las manos de la caridad. Los judíos que mataron a Cristo lo vieron sin fruto ("viendo no ven"), la Magdalena que quería palpar al Señor resucitado lo intentaba de manera inadecuada ("no me toques"). Si bien el tiempo y la distancia nos separan irremediabilmente del Cristo histórico, la fe tiene ojos de águila, capaces de atravesar el espesor de los siglos, la caridad tiene mano larga, capaz de cubrir distancias inconmensurables.

San León se refiere con frecuencia a esta visión y tacto sobrenaturales, facilitados por la lectura cultural. Lo hace por ejemplo en varios de sus sermones sobre la Pasión:

"El misterio de la Pasión, amadísimos, que el Señor Jesús, Hijo de Dios, ha aceptado por la salvación del género humano, y por la que, según su promesa, una vez levantado, todo lo ha atraído a sí, este misterio ha sido desvelado de un modo tan claro y luminoso por las palabras del evangelio, que para los corazones religiosos y piadosos no hay diferencia alguna entre oír lo que se ha leído y ver lo que ha sucedido (*non aliud sit audire quae lecta sunt, quam videre quae gesta sunt*). Por eso, teniendo una indiscutible autoridad el relato sagrado, hemos de esforzarnos, con la ayuda del Señor, para que nuestra inteligencia tenga una visión clara de lo que la historia nos ha hecho conocer" (32).

"Recibid, pues, sin ninguna sombra de duda, lo que los santos evangelios, escritos con el dedo de Dios (cf. Ex. 31, 18), nos declaran sobre la pasión del Señor Jesucristo y admitid tan evidente el orden de los hechos como si los hubieseis visto con vuestros ojos o tocado con vuestras manos (*tam... manifestum, quam si omnia corpore et visu attingeretis et tactu*)" (33).

(32) Hom. sobre la Pasión del Señor I (52) I, p. 218.

(33) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (89) 3, p. 244.

Alude asimismo a esta presencialidad en una de sus homilías sobre el nacimiento del Señor. El canto que entonaron los ángeles el día de la Navidad histórica, por mediación de la lectura del evangelio correspondiente llega también a nuestros oídos, de modo que al escucharlo como dirigido a nosotros, nos sentimos impulsados a unir nuestras voces a la de los pastores y los Magos, formando un solo concierto de ángeles y hombres:

"Las palabras del Evangelio y de los profetas nos entervorizan y enseñan de tal manera, que no sólo recordamos la navidad del Señor, por la cual el Verbo se hizo carne, sino que podría decirse que la contemplamos presente (non tam praeteritam recolere, quam praesentem videamur inspicere), pues lo que el ángel anunció a los pastores mientras velaban guardando sus rebaños, también llegó a nuestros oídos. Y si nosotros presidimos la grey del Señor, es porque aquellas palabras anunciadas las conservamos en los oídos del corazón, como si se nos dijera en la presente festividad: Os anuncio un gran gozo, que será para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido el Salvador, que es Cristo Jesús, en la ciudad de David (Lc. 2, 10). El júbilo de innumerables ángeles viene a juntarse a la sublimidad de este anuncio para que sea más perfecto el testimonio dado por la multitud del ejército celeste, que bendice a Dios con una sola voz..." (34).

El misterio se pone así a nuestro alcance, a través de la lectura, con todas sus virtualidades salvadoras para afectarnos como afectó a sus contemporáneos históricos, haciéndose de esta manera posible nuestra concreta inserción en él. San León nos lo dice con expresivas palabras en uno de sus sermones sobre la Pasión:

"El relato evangélico, amadísimos, nos ha descrito, como de costumbre, la historia sagrada de la pasión del Señor, y pienso que de tal modo se ha fijado en todos vuestros corazones, que la lectura ha venido a ser como una visión para cada uno de los oyentes (ipsa lectio quaedam facta sit visio). La verdadera fe tiene, en elec-

(34) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (29) 1, pp. 111-112.

to, este poder de no estar ausente en espíritu de los hechos en los que no ha podido estar presente con el cuerpo. Ya se vuelva el corazón del creyente hacia el pasado o se dirija hacia el futuro, el conocimiento que tiene de la verdad no está limitado por ningún cambio de tiempo (*Habet enim hanc potentiam fides vera, ut ab illa mente non desit, cuius corporalis praesentia interesse non potuit; et sive in praeteritum redeat, sive in futurum se cor credentis extendat, nullas sentiat moras temporis cognitio veritatis*). La imagen de lo que ha sido realizado para nuestra salvación está, pues, presente a nuestros sentidos, y todo lo que entonces afectó el alma de los discípulos afecta también a nuestros sentimientos" (35).

Terminemos este apartado con un vigoroso texto de nuestro Santo, incluido también en una de sus homilias sobre la Pasión:

"Nosotros, sin apartarnos del testimonio de los evangelios y de los apóstoles, encontramos toda nuestra fuerza en la inteligencia de aquellos que nos han enseñado basados en su certísima experiencia; de modo que podemos decir con fe y seguridad que en ellos hemos sido instruidos, hemos visto lo que ellos han visto, hemos aprendido lo que ellos han aprendido y hemos palpado lo que ellos palparon (cf. 1 Jo. 1, 1) (*in illis et nos eruditi sumus, et quod viderunt vidimus, et quod didicerunt didicimus, et quod contrectaverunt palpavimus*)." (36).

2. LA ADMIRACION

Las hazañas de Dios —"gesta Dei"—, proclamadas en las lecturas cultuales, no pueden menos que suscitar la espontánea admiración de quienes han escuchado su narración. Las lecturas nos ponen en contacto con un mundo distinto, el mundo del orden sobrenatural, que trasciende las maravillas más grandes que la razón natural es

(35) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (70) 1, p. 238.

(36) Hom. sobre la Pasión del Señor 13 (64) 1, p. 263.

capaz de conocer. La inefabilidad de los misterios reseñados en la página sagrada es lo que despierta el sentimiento de admiración.

Con frecuencia exalta San León en sus homilías la inmensa dignidad de los misterios que trata de explicar, al tiempo que confiesa su incapacidad para expresarlos como corresponde. Refiriéndose por ejemplo a la Navidad del Señor escribe:

"Puesto que el nacimiento de nuestro Señor y Salvador —no sólo aquel por el que procede del Padre según la divinidad, sino también aquel por el que ha nacido de su madre según la carne— desborda las posibilidades del lenguaje humano (*facultatem humani excedit eloquii*), de modo que se pueden referir a uno y otro estas palabras: **¿Quién podrá contar su nacimiento?** (Is. 53. 8), por ese motivo, aunque no se puede disertar dignamente, sin embargo las razones para haber se multiplican. No porque se considere uno libre para tener sobre ello opiniones diversas, sino porque la dignidad del tema agota todas las posibilidades del lenguaje humano (*sed quia dignitati materiae nulla potest lingua sufficere*)" (37).

Las maravillas de Dios —"magnalia Dei"—, preñadas de majestad, no pueden sino suscitar la veneración laudante de aquellos que las ven representadas ante los ojos de su fe y hechas tangibles a las manos de su caridad. "La misma grandeza del don otorgado —dice San León en uno de sus sermones— exige de nosotros un respeto digno de su magnificencia (*ipsa collati muneris magnitudo dignam a nobis exigit suo splendore reverentiam*)" (38).

La abrumadora inefabilidad de las fiestas litúrgicas provoca frecuentemente en nuestro Santo serenos transportes de lirismo, según puede comprobarse acá y allá en

(37) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 1, p. 115.

(38) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (20) 2, p. 87.

diversos sermones suyos. Advierta Hudón que no pocas veces, sea en el comienzo de las homilias, sea en su desarrollo, o incluso en su clausura, emplea términos semejantes a los que se estilaban en los Prefacios de la Misa: Es en verdad digno y justo... (39). Hay en San León una experiencia contemplativa, más rica quizás de intelectualismo que de afectividad, que culmina en la presencia, la visión, el gozo eucarístico y laudante, el entusiasmo (en el sentido original de la palabra: entusiasmo significa "éxtasis"), el saboreo espiritual. No resulta pues extraño verlo terminar habitualmente sus sermones con espontáneas coxologías trinitarias:

"...para que, levantándonos siempre totalmente de todas nuestras caldas, merezcamos llegar en Cristo Jesús, nuestro Señor, a esta incorruptible resurrección de la carne llamada a la glorificación; en El, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén" (40).

"Honremos al Señor en su Infancia..., que el que se ha dignado tomar la condición humana en una carne semejante a la del pecado, permanece igual al Padre en la unidad de la divinidad, con el cual y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén" (41).

La actitud de San León ante los misterios es semejante a la que parece pedir aquella hermosa exhortación que introduce en la anáfora de la Misa: "sursum corda". Ante el espectáculo de las maravillas que Dios propone con ocasión de los misterios, lo adecuado es elevar el corazón, ponerlo junto al Señor —"habemus ad Dominum"—, y

(39) Cf. por ej. hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 1, p. 72; 1 (21) 2, pp. 70-71; 9 (29) 1, p. 111; hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (32) 4, p. 123; 4 (34) 1, p. 133; hom. sobre la Ascensión del Señor 2 (74) 5, p. 301; hom. sobre Pentecostés 1 (75) 3, p. 313, etc. Cf. G. Hudón, *S. Léon le Grand, en Dictionnaire de Spiritualité*, fasc. 71, París, 1976, p. 607. No en vano los misterios culturales desembocan siempre en la Eucaristía "sacrificio de alabanza".

(40) Hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 6, p. 287.

(41) Hom. sobre la Natividad del Señor 9 (29) 3, p. 114.

dejarse embeber de la grandeza de Dios. Más aún, como dice el Santo,

"es conveniente que los corazones vivan continuamente en la admiración de las obras divinas (*semper... fidelium mentes in divinorum operum decet admiratione versari*); y las almas espirituales se adhieran principalmente a esos pensamientos que producen en ellas un aumento de fe" (42).

3. LA FE

Las postreras palabras del texto últimamente citado relacionan la admiración con la fe, o mejor, con el aumento de la fe. Ya hemos visto cómo la fe es capaz de cubrir el hiato que separa a cada generación del acontecimiento histórico, irremediablemente pretérito; "la verdadera fe — enseña San León — tiene el poder de no estar ausente en espíritu de los hechos en que no ha podido estar presente con el cuerpo (*habet anlm hanc potentiam fides vera, ut ab iis mente non desit, quibus corporalis praesentia interesse non potuit*)" (43). La fe es "la prueba de las realidades que no se ven" (Hebr. 11, 1) ya que en la mente de los fieles confiere realismo a los hechos de la historia de salvación, que hace en cierta manera actuales. Si la lectura del relato evangélico recuerda los hechos, la fe los hace particularmente presentes y operantes en el corazón de cada creyente. Cualquier mengua en la fe del cristiano implica una suerte de sustracción a su auténtica participación en el misterio. Así lo enseña nuestro autor en uno de sus sermones cuaresmales, donde exhorta a sus fieles a prepararse para la fiesta de Pascua, "por una purificación auténtica y conveniente, que no deje en el corazón ningún sentimiento contrario a la fe" (44).

(42) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (87) I, p. 274.

(43) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) I, p. 288.

(44) Hom. sobre la Cuaresma 8 (46) I, p. 193.

Cierto es que nunca la fe será perfecta, cierto es que algunas dudas involuntarias podrán cruzarse por la mente de quienes toman parte en los misterios. Pues bien, la fiesta litúrgica ayudará a consolidar la fe vacilante. La presencia de Cristo y de sus misterios trae consigo un fortalecimiento de la fe. En uno de sus sermones con motivo de la Epifanía, les desea San León a sus oyentes que

"la fiesta de este día afirme vuestros corazones en la fe y en la verdad. Sea robustecida la profesión de fe católica por el testimonio de la manifestación de la Infancia del Señor. Y sea anatematizada la impiedad de los que niegan en Cristo la realidad de la carne de nuestra naturaleza" (45).

De ahí la necesidad de acercarse al misterio con una fe lo más pura, íntegra y ortodoxa que sea posible. Cualquier desviación doctrinal, cualquier minusvaloración de alguno de los aspectos de la doctrina católica, cualquier duda acerca de la divinidad de Cristo, cualquier menosprecio de su humanidad, constituye un verdadero obstáculo —una especie de "obstáculo cultural"—, para la fructificación del misterio. Citemos algunos textos de nuestro Santo sobre el tema:

"El que otorga a la fiesta de hoy [la Navidad], amadísimo, una veneración conforme a la verdad y un honor que responde a la piedad, es quien no tiene una idea errónea en lo que se refiere a la encarnación del Señor ni ningún pensamiento indigno en lo que concierne a su divinidad. El mal y el daño, en efecto, son iguales tanto en negarle la verdad de nuestra naturaleza humana como la igualdad de gloria con su Padre. Cuando intentamos comprender el misterio del nacimiento de Cristo, por el que ha nacido de una madre virgen, que se mantenga lejos de nosotros la oscuridad de las razones de esta tierra y que el humo de la sabiduría de este mundo esté distante de los ojos iluminados de la fe (cf. Ef. 1, 18), pues es divina la autoridad por la cual

(45) *Inm.*, sobre la Epifanía del Señor 4 (24) 5, p. 133.

creemos y divina es también la doctrina que seguimos" (46).

"Se arroga inútilmente el nombre de cristiano, y no debe pensar que celebra la Pascua del Señor, el que no cree que Jesucristo ha resucitado en esta misma carne en la que ha nacido sufriendo, ha muerto y ha sido sepultado, y el que no confiesa en Él las primicias resucitadas de nuestra naturaleza" (47).

"No podrán tener alguna parte en esta unidad quienes niegan que la naturaleza humana permanece en el Hijo de Dios, que es Dios verdadero. Por esta negación ellos se hacen los adversarios del misterio de la salvación y se excluyen de la fiesta pascual. No pueden celebrarla con nosotros, porque disienten del Evangelio y contradicen al símbolo. Aunque se atrevan a atribuirse el nombre de cristianos, sin embargo, son rechazados por toda la creación, cuyo jefe es Cristo. Vosotros, por el contrario, alegraros justamente en esta solemnidad, y vuestro gozo es santo, pues no habéis consentido que ninguna mentira se mezcle con la verdad, y por eso no experimentáis ninguna duda ni con respecto al nacimiento de Cristo según la carne ni con respecto a su pasión y su muerte, ni tampoco con respecto a su resurrección corporal. Pues, sin separación alguna de su divinidad, reconocéis al verdadero Cristo en su nacimiento del seno de la Virgen, verdadero sobre el madero de la cruz, verdadero en el sepulcro donde reposa su carne, verdadero en la gloria de su resurrección, verdadero a la diestra de la majestad paterna" (48).

Rescatemos de este último texto la notable calificación de "adversarios del misterio" que San León aplica a los que niegan algún aspecto de la verdad católica. La expresión latina es más precisa: "Impugnatores salutiferi sacramenti, et paschalis exsules festi": Impugnan el misterio y se alienan de la fiesta. ¿Cómo podrá celebrar la Navidad de Cristo quien piensa que su carne es fantasma? ¿Cómo podrá celebrar la Resurrección del Señor quien anida alguna duda sobre la verdad de su carne resucita-

(46) Hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 1, pp. 100-101.

(47) Hom. sobre la Pasión del Señor 13 (66) 3, p. 272.

(48) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 7, pp. 301-302.

ría? He aquí toda una propuesta pastoral: purificar la fe para hacer veraz la participación en la sagrada liturgia.

Tal es la fe requerida: una fe limpia, una fe íntegra, sin aditamentos ni sustracciones. Así lo afirma laxativamente nuestro Santo en dos sermones con motivo de la fiesta de la Natividad de Jesús:

"La grandeza de este misterio, que había sido establecido desde toda la eternidad para la salvación de la humanidad y ha sido desvelado al fin de los tiempos, no tolera que se le añada o quite algo a su integridad: pues así como no pierde lo que le es propio, tampoco recibe lo que le es ajeno" (49).

"Una gran defensa es la fe íntegra, la fe verdadera, en la cual nada se puede añadir, nada se puede quitar (*Magnum praesidium est fides integra, fides vera, in qua nec augeri ab ullo quidquam, nec minui potest*). Pues, si la fe no es una, no hay tal fe (*quia nisi una est, fides non est*), según dice el Apóstol: Un solo Señor, una sola fe... (Ef. 4, 5-6). Adheríos sin vacilaciones, amadísimo, a esta unidad de todo vuestro corazón; buscad en ella toda santificación" (50).

4. LA INTELIGENCIA

A la lectura cultural, escuchada con espíritu de admiración y de fe, debe seguir una actuación de la inteligencia —en el sentido original de la palabra: *intus-legere*, leer adentro— "para que nuestra inteligencia tenga una visión clara de lo que la historia nos ha hecho conocer (*ut perspicuum habeat intelligentia, quod notum fecit historia*)" (51).

Ya de por sí la lectura suscita la curiosidad de quien la escucha. Como está llena de contenido, y de contenido trascendente, es obvio que despierte el deseo de ser pe-

(49) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 1, p. 113.

(50) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 6 p. 89.

(51) Hom. sobre la Pasión del Señor 1 (52) 1, p. 216.

netrada. Así nos lo dice el mismo San León en su sermón sobre la Transfiguración:

"La lectura del evangelio, que mediante nuestros oídos corporales ha penetrado en lo interior de nuestra alma, nos invita a la inteligencia de un gran misterio" (52).

Algo semejante leemos en una de sus homillas sobre la Pasión:

"En el tiempo de la pasión del Señor es necesario tener con mayor avidez y perfección tales disposiciones, para que lo que las lecturas tomadas de las Escrituras han narrado sea más plenamente entendido por una sana inteligencia, y lo que ya es grande por las palabras, lo sea aún más por el sentido que encierra (*et quae magna sunt verba, appareant maiora mysteria*)" (53).

Destaquemos la última frase: las palabras son grandes; lo son porque se derivan de Cristo, se parecen a la carne del Verbo; pero el sentido que ocultan es inmenso: entroncan con el Verbo en cuanto Palabra eterna del Padre.

De ahí que la penetración intelectual en los misterios no sea reductible a un mero ejercicio de la inteligencia. Se trata de una inteligencia desde la fe, o mejor, de una "*fides quaerens intellectum*", o sea de una fe que busca su inteligibilidad; este crecimiento intelectual, suscitado por la fe, impiora, a su vez, una intensificación de la misma fe. El acto intelectual así entendido, que con la ayuda de la gracia nos hace pasar de la carne de la letra a su espíritu trascendente, es ya de por sí un acto de culto, o mejor, una parte integrante de la acción litúrgica. No en vano se trata de una penetración venerante, amantada en la fe, adorante del misterio. Alude San León a lo que estamos diciendo en uno de sus sermones sobre la Epifanía:

(52) Hom. sobre la Transfiguración del Señor 1, p. 210.

(53) Hom. sobre la Pasión del Señor 16 (67) 1, p. 274.

"Justamente, amadísimos, es honrado en el mundo entero con una dignidad especial este día consagrado por la manifestación del Señor. Por eso debe brillar en nuestros corazones con un resplandor especial para que veneremos el orden de estos acontecimientos no sólo creyendo en ellos, sino también entendiéndolos (*In cordibus nostris digno debet splendore clarescere, ut rerum gestarum ordinem non solum credendo, sed etiam intelligendo veneremur*)" (54).

Pero esto no es todo. En el curso de la celebración litúrgica no sólo cada fiel ha de intentar una mayor penetración intelectual en el misterio, sino que es también toda la Iglesia, tomada en su conjunto, la que debe progresar en la inteligencia de las realidades sobrenaturales que se actualizan en el culto:

"...ahora en que, por el retorno de la misma solemnidad venerable (la Pascua), la Iglesia, en su totalidad, es exhortada a la inteligencia de los misterios de su salvación" (55).

"Ahora toda la Iglesia debe aplicarse con más inteligencia a inflamarse con una esperanza más viva cuando el retorno de los días santos y la lectura del evangelio de verdad nos presentan la dignidad de las cosas y nos hacen honrar la Pascua del Señor como una realidad presente más que como un recuerdo de un acontecimiento pasado (*nunc universam Ecclesiam majori intelligentia instrui... ut pascha Domini non tam praeteritum recolit quam praesens debeat honorari*)" (56).

Y así como la penetración individual en el misterio constituye, en cada cristiano, un acto de culto, de modo semejante sucede con la Iglesia en su generalidad, ya que "la piedad de todos será tanto más religiosa cuanto mejor sea entendida la solemnidad por todos" (57).

(54) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (22) 2, p. 127.

(55) Hom. sobre la Cuaresma 8 (46) 1, p. 193.

(56) Hom. sobre la Pasión del Señor 13 (64) 1, p. 262.

(57) Hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (23) 1, p. 129.

5. EL GOZO

La inserción en el misterio re-presentado por la lectura, venerado en la admiración y en la fe, penetrado por la inteligencia con la ayuda de la gracia, suscita necesariamente la alegría. No nos referimos, claro está, a una alegría puramente psicológica, fruto de técnicas humanas, como la que aquí o allá intentan algunos suscitar a través de una pseudo pastora, litúrgica. Nos referimos al gozo espiritual, fruto del Espíritu Santo, a un gozo que podríamos calificar también de cultural, propio de la celebración de los misterios.

Al tratar, en diversos sermones, de las fiestas navideñas, San León invita insistentemente a dicho gozo espiritual:

"Es digno en este día que, elevando nuestros corazones hacia lo alto (*dignum est nos erectis aursum cordibus*), adoremos el misterio divino, para que la Iglesia celebre con gran alegría lo que ha procedido de un gran don de Dios" (58).

"Todas las palabras divinas, amadísimos, nos exhortan a regocijarnos sin cesar en el Señor; sin embargo, hoy, con el misterio de su nacimiento, que brilla para nosotros con un vivo resplendor, nos incita, sin duda, de un modo más abundante, a la alegría espiritual." (59).

"Por lo tanto, amadísimos, alegrémonos en este día de nuestra salvación, ya que, por la inafable gracia de Dios, la Iglesia de las naciones fieles ha recibido lo que no ha merecido la sinagoga de los judíos carnales... Exultemos en el día de nuestra salvación, puesto que una nueva alianza nos ha hecho participar en la herencia de Aquel a quien el Padre ha dicho por boca del profeta: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado... (Ps. 2, 8). Alegrémonos en la misericordia de nuestro Padre, que nos adopta; porque, como dice el Apóstol, no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes

(58) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 1, pp. 52-73. Las expresiones del Prefacio de la Misa: "*dignum et iustum est*"; "*aursum corda*", brasan casi espontáneamente de los labios de San León cuando invita a sus fieles a la celebración cultural del misterio.

(59) Hom. sobre la Natividad del Señor 8 (28) 1, p. 106.

habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: *Abba Padre* (Rom. 8, 15)" (60).

"Es justo y razonable, amadísimos, al mismo tiempo que un verdadero tributo de piedad, alegrarnos de todo corazón, durante los días que nos recuerdan las obras de la divina misericordia, celebrando honoríficamente lo que se ha realizado para nuestra salvación" (61).

Resultaría interesante estudiar las semejanzas de estos trozos homiléticos con los textos litúrgicos de la Navidad, sobre todo el Prefacio de dicha fiesta, donde también se habla de "la luz que brilló con nuevo resplandor". Advirtamos asimismo, como ya lo hemos señalado anteriormente, el carácter laudante, al estilo de los prefacios, que trasunta el último texto reseñado.

Pero no sólo las fiestas natalicias son causa de alegría espiritual. Todos los misterios —Incluidos los dolorosos—, al ser conmemorados en la liturgia, se convierten en motivo de gozo cultural. En uno de sus sermones sobre la Pasión, nuestro Santo presenta dicho misterio como un acto de victoria, impidiéndole tal consideración, que brota de la fe, sumergirse sin alivio en el dolor del Señor, llorando como los que no tienen esperanza:

"Realizado el triunfo del Salvador, amadísimos, y consumadas las disposiciones que habían anunciado todas las palabras del Antiguo Testamento, el judío, carnal, puede llorar, mas el cristiano, espiritual, debe alegrarse. La fiesta, que para ellos se ha convertido en noche, brilla para nosotros luminosamente. La cruz de Cristo es al mismo tiempo la gloria de los creyentes y la pena de los que no creen. Pues si bien el furor de los perseguidores ha perpetrado contra el Señor de la majestad un acto cruel y un suplicio inhumano, sin embargo, los redimidos tienen un motivo más justo y real de alegrarse que de lamentarse por la pasión del Señor... El dijo: *Mi alma está triste hasta la muerte* (Mt. 26, 38). Pero ahora que el poder de su fuerza ha sido manifestado

(60) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (29) 3, p. 114.

(61) Hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (34) 1, p. 133.

por medio de la debilidad que había asumido, los fieles no deben oscurecer con alguna tristeza la solemnidad pascual (*nulla fidelium maestitudine paschalis est obscuranda sollemnitas*)" (62).

El gozo cultural puede llevar al alma, en una suerte de ímpetu ascensional, a altos niveles de espiritualidad, a niveles místicos. En una de sus homilías sobre la Cuaresma, dice San León:

"El pueblo de Dios tiene sus banquetes espirituales y castas delicias, que es saludable desear o anhelarlas, como nos invita el profeta con estas palabras: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Ps. 33, 9). Cualquiera, en efecto, que haya gustado en el corazón la dulzura de la justicia y de la misericordia de Dios, principio de toda su providencia, y haya bebido, en una experiencia jamás preservada de toda saciedad, las alegrías superiores, despreciará, lleno de admiración por los bienes eternos, los que son corruptibles y pasajeros; se entervorizará con el fuego que enciende la caridad de Dios (*qualequid dulcedinem iustitiae et misericordiae Dei, quibus omnis providentia ejus dispensatur gustu cordis attigerit, et nullo unquam minuenda, astidio experimenta supernorum haurerit gaudiorum, corruptibilia et temporalia bona aeternorum admiratione despiciet: et in illo igne, quem Deus accendit caritas, concalesce*)" (63).

6. EL CONSENTIMIENTO

La celebración litúrgica, en su conjunto, se ordena primordialmente a la glorificación de Dios mediante la representación de los misterios de Cristo, el cual da a su Padre, por medio de ellos, todo honor y toda gloria. Pero se ordena también, en segunda instancia, a la santificación del hombre. Tales son los dos fines de la sagrada liturgia: la gloria de Dios y la santificación del hombre.

No basta la fe, por viva, pura, inteligente y gozosa

(62) Hom. sobre la Pasión del Señor 9 (66) 2, pp. 247-248.

(63) Hom. sobre la Cuaresma 12 (30) 2, p. 209.

que sea. El dinamismo de la celebración convoca a la voluntad de los que en ella participan para que, con la ayuda de la gracia, también ella ponga su parte. Se trata ahora de consentir al misterio, hacerlo propio. San León emplea una expresión curiosa pero llena de sugerencia, al decir que hay que "someterse" al misterio, hacerse súbdito de él:

"Levantad, pues, amadísimos, vuestras almas fieles hacia la gracia que brilla con el esplendor de una luz eterna: y venerando en su cumplimiento los misterios salvíficos de la humanidad, aplicad todo vuestro ardor a las cosas que se han realizado para vosotros (et imponentia humanam salutis sacramenta venerantes, studium vestrum illis quae pro vobis gesta sunt subdite)" (64).

Se trata de un movimiento de asimilación al misterio y, más allá de él, a Cristo, que es el Misterio fontal. Así lo expresa San León en uno de sus sermones de Navidad:

"Honrad con una obediencia santa y sincera el misterio sagrado y divino de la restauración del género humano. Abrazaos a Cristo que vive en nuestra carne para que merezcáis ver reinando en su majestad a este mismo Dios de gloria, que con el Padre y el Espíritu Santo permanece en la unidad de la Trinidad por los siglos de los siglos. Amén" (65).

Cristo nos ofrece sus misterios para que los hagamos nuestros, mediante la imitación. Y así se podría decir que el misterio de Cristo es celebrado penamente por sus miembros cuando éstos se resuelven a seguir los pasos de su Señor. De por sí, Cristo no necesita renovar sus misterios. Si los pone a nuestro alcance a través de su representación cultural, es para que nos animemos a reeditarlos concretamente en nuestra vida. Leamos cómo nos lo dice nuestro Santo:

(64) *Trin. sobre la Epifanía del Señor*: 125. 3. p. 125.

(65) *Hom. sobre la Natividad del Señor*: 1221. 6. p. 79.

"Imitad lo que El ha hecho, amad lo que El ha amado, y encontrando en vosotros la gracia de Dios, amad a la vez vuestra naturaleza en El. Su pobreza no le hizo perder sus riquezas, su humildad no redujo su gloria, su muerte no destruyó su eternidad. Del mismo modo, vosotros, siguiendo sus mismos pasos, sus mismas huellas, despreciad los bienes de la tierra para desear los del cielo" (66).

"Ciertamente, amadlamos, debemos ser miembros de Cristo si queremos celebrar dignamente (legitime celebraturi) (67) la Pascua. Entonces nada faltará a la victoria que nos ha reportado nuestra Cabeza con su pasión. Porque en aquellos que, a ejemplo del Apóstol, castigan su cuerpo y le someten a servidumbre, quedan vencidos sus mismos enemigos con la misma fortaleza de Cristo, que triunfa entonces del mundo. Pues, cuando sus servidores vencen las solicitudes de tal o cual vicio, suya es la virtud, suya es la victoria. Pienso, amadlamos, que habéis oído bastante hoy referente a la participación en la cruz, para que el misterio pascual sea celebrado convenientemente en los miembros del cuerpo de Cristo (ut paschale sacramentum etiam in membris corporis Christi legitime celebratur)" (68).

San León empieza a este respecto un verbo revelador: es preciso, dice, "recibir" el misterio; y recurre a dicha expresión cuantas veces quiere referirse a la necesidad de traducir el misterio en el obrar. Así por ejemplo en un sermón de Cuaresma:

"Si aspiramos a recibir la Pascua del Señor (Pascha... auscipere) con un alma y un cuerpo santificados, esforcémonos principalmente por adquirir esta gracia, que contiene la suma de todas las virtudes y cubre la multitud de los pecados" (69).

(66) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 3, p. 330.

(67) "Legitime celebrare" — escribe J. M. de Soos — no significa principalmente celebrar una fiesta en el tiempo y en el lugar requeridos, cumpliendo todos los ritos prescritos; es sobre todo llevar una vida conforme al misterio celebrado y participar en el misterio de Cristo, no ya solamente en su sacramentum sino en su exemplum: Le mystère liturgique d'après saint Léon le Grand, Münster, 1936, p. 94.

(68) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) 8, p. 292.

(69) Hom. sobre la Cuaresma 10 (48) 4, p. 231.

Y en una de sus homilias sobre la Epifanía:

"El recuerdo de lo que ha sido realizado por el Salvador de los hombres es para nosotros de gran utilidad, amadísimos, si de este objeto de nuestra fe y de nuestra veneración hacemos el ideal de nuestra imitación (*maquam nobis coniert utilitatem, si quae veneramur credita, suscipiamus imitanda*)" (70).

El misterio de Cristo pasa a ser regla de vida para el cristiano que en él participa. Leamos lo que nos dice nuestro Santo en un sermón navideño:

"Estos actos de nuestro Señor, amadísimos, nos son provechosos no sólo en su misterio sagrado, sino también en el ejemplo que proponen a nuestra imitación, a condición de que estos remedios pasen a ser para nosotros normas de vida y que lo que se ha realizado en los misterios sirva para ordenar nuestra conducta (*Haec Domini nostri opera, non solum sacramento nobis utilia sunt, sed etiam Imitationis exemplo, si in disciplinam ipsa remedia transferantur, quodquod impensum est mysteriis, prosit et moribus*). Recordemos que hemos de vivir en la humildad y dulzura de nuestro Redentor, pues, según dice el Apóstol, si sufrimos con El, también reharemos con El (Rom. 8. 17). En vano nos llamamos cristianos si no somos imitadores de Cristo (cf. 1 Cor. 11, 1), que a sí mismo se llamó camino (cf. Jo. 14, 6), a fin de que la conducta del maestro sea un modelo para sus discípulos y que el servidor elija la humildad que ha practicado el Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén" (71).

Cristo ha dicho de sí mismo no sólo que es la verdad (elemento doctrinal de la celebración), ni la vida (elemento santificante de la celebración), sino también el camino (elemento empenativo de la celebración). En uno de sus sermones acerca de la Pasión de Cristo, enseña nuestro Santo:

(70) Hom. sobre la Epifanía del Señor 7 (37) 1, p. 149.

(71) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (25) 6, p. 94

"El Señor se ha hecho para nosotros camino, para que no podamos ir a Cristo sino por Cristo (*Dominus ipse nobis factus est via, quia nisi per Christum non itur ad Christum*). Marcha por Él hacia Él (*per ipsum autem ad ipsum tendit*), quien avanza por el sendero de su paciencia y de su humildad; en tal viaje no faltan ni el sudor del trabajo, ni las nubes de la tristeza, ni las tempestades del temor. En él se encuentran las insidias de los iníquos, las persecuciones de los infieles, las amenazas de los poderosos y los ultrajes de los soberbios. Mas el Señor de los ejércitos y el Rey de la gloria ha recorrido todo esto en la condición de nuestra debilidad y en una carne semejante a la del pecado, para que colocados en medio de los peligros de la vida presente, deseemos más bien suorarlos con la paciencia que evitarlos con la huida" (72).

El cristiano no es pues un mero espectador del misterio. Deberá someterse a él, entrañarse en él, hacerlo suyo, seguir las huellas mismas de Cristo. Cuanto más elevado sea el nivel de su vida espiritual, con tanto mayor intensidad "re-vivirá" el misterio del Señor. Porque, como dice San León en uno de sus sermones cuaresmales:

"Viviendo de una vida nueva, merecerá gustar la alegría en el misterio de la regeneración humana" (73).

Y en un sermón sobre la Pasión:

"Cualquiera que, ayudado por la gracia de Dios, esté lleno de este deseo [de caridad y de pureza] y se gloríe en el Señor, no en sí mismo, de su progreso, ése honra convenientemente el misterio pascual (*et ad profectum suo non in se, sed in Domino glorietur, hic legitime honorat paschale sacramentum*)... Purificados el cuerpo y el espíritu, amadísimos, abracemos el sacramento admirable de nuestra salvación, y purificados de la levadura de nuestra antigua malicia (cf. 1 Cor. 5, 7), celebremos la Pascua del Señor con la perfección que conviene (*implectamur, itaque, dilectissimi, purificatis mentibus atque cor-*

(72) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (67) c. p. 218.

(73) Hom. sobre la Cuaresma 1 (39) c. p. 170.

poribus, salutis nostrae mirabile sacramentum, et ab omni fermento malitiae veteris emundati, Pascha Domini cum digna observantia celebremus), para que, bajo la dirección del Espíritu Santo, ninguna tentación nos separe de la caridad de Cristo (cf. Rom. 8, 35), el cual, pacificando todas las cosas con su sangre (cf. Col. 1, 20), ha subido a la alto de la gloria de su Padre, sin dejar, sin embargo, la humilde condición de los que le sirven. A El el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén" (74).

Destaquemos la expresión: "abracemos el sacramento" (*amplectamur... sacramentum*). En el telón de fondo de esta idea, a saber, de la necesidad de someterse al misterio, o de abrazar el misterio, traduciéndolo en un nuevo estilo de vida, late aquella otra idea tan profunda y central en el pensamiento de San León, que se incluye en un texto anteriormente citado con motivo del tema de la presenciadidad de los misterios:

"El médico omnipotente nos preparó un doble remedio: uno, su sacramento, y otro, su ejemplo. Por el primero nos confiere el auxilio divino, por el segundo, se nos pide nuestro concurso humano (*ab omnipotente enim medico duplex nobis miseris remedium praeparatum est, cuius aliud est in sacramento, aliud in exemplo: ut per unum conferantur divina, per aliud exigantur humana*). Pues, si Dios es el autor de nuestra justificación, el hombre le debe su devoción" (75).

Refiriéndose en otro lugar a la muerte de Cristo, tiene un texto muy semejante:

"La cruz de Cristo es a la vez un misterio y un ejemplo: un misterio, en el que se realiza la plenitud del poder divino y un ejemplo, que incita a los hombres a ser generosos (*Crux Christi et sacramentum est et exemplum, sacramentum, quo virtus impletur divina, exemplum, quo devotio incitatur humana*)" (76).

(74) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (55) 5, pp. 228-229.

(75) Hom. sobre la Pasión del Señor 16 (57) 5, p. 277.

(76) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (72) 1, p. 288.

G. Hudon ha comentado acertadamente estos últimos textos. En el pensamiento de San León, escribe, cada uno de los misterios de Cristo es misterio de salvación de dos maneras, inextricablemente unidas entre sí, la segunda de las cuales deriva de la primera. El misterio de Cristo es, ante todo, un **sacramentum**, un gesto humano transparente de la acción de Dios que nos diviniza (**conferantur divina**), y un **exemplum**, un modelo que pide nuestra imitación (**exigantur humana**). Cada uno de los misterios, al tiempo que nos libera de nuestra miseria trayéndonos la salvación, se hace prototipo de la perfección que debemos buscar exigiéndonos un progreso en la práctica de la vida cristiana (77).

Otra expresión emplea San León, que nos descubre el meollo de su pensamiento. Es menester, dice, imitar lo que celebramos, fórmula semejante a la que el obispo usa en la ceremonia de la ordenación sacerdotal: "imitamini quod tractatis" ("imitad lo que realizáis"), les dice a los que se ordenan, con especial referencia al Santo Sacrificio de la Misa, que es la actividad principal del presbítero: si el sacerdote realiza la muerte mística de Cristo sobre el altar, es menester que imite dicha muerte muriendo a sí mismo. Leemos en nuestro Santo:

"Puesto que todo el sacramento pascual ha sido instituido para el perdón de los pecados, imitemos lo que deseamos celebrar (quia totum paschale sacramentum in remissionem est conditum peccatorum, quod celebrare optamus, imitemur)" (78).

Lo que los cristianos celebran, deben hacerlo pasar a su existencia, a sus costumbres. Acabamos de oírle decir a nuestro Santo, aludiendo al misterio pascual, que dicho misterio, realizado por Cristo, ha de ser "celebrado convenientemente en los miembros del cuerpo de Cristo" (79). Nos

(77) Cf. S. León le Grand, en Dictionnaire de Spiritualité, loc. cit., p. 604.

(78) Hom. sobre la Cuaresma 12 (50) 3, p. 209.

(79) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) 6, p. 232.

resulta grato insistir en esta hermosa idea: los misterios de Cristo no los ha realizado solamente su Protagonista. También los realizan — al celebrarlos — los miembros de su cuerpo. ¿Y cómo los realizan? Participando en la representación del misterio, por una parte, pero por otra, traducéndolo en progreso espiritual, en transformación de vida. En la homilía que sigue a aquella que contiene el texto que acabamos de citar, vuelve nuestro Santo sobre el mismo tema:

“En nuestro último sermón, amadísimos, os hemos enseñado —no fuera de propósito, según creemos— la participación en la cruz de Cristo, para que la misma vida de los fieles sea penetrada del misterio pascual y celebre en sus costumbres lo que honra en la fiesta (*ut paschale sacramentum ipsa in se habeat vita credentium, et quod festo honoratur moribus celebretur*)” (80).

El misterio pascual sufre una suerte de dilatación gracias a la cual, saliendo de los marcos de la liturgia en sentido estricto, se protende a la vida extralitérgica de los fieles, haciendo también de ella una suerte de liturgia: las costumbres santas de los cristianos constituyen una manera de celebración (“*moribus celebretur*”) que continúa lo que en la fiesta se ha honrado (“*quod festo honoratur*”).

Se podría decir, parafraseando la expresión del Apóstol, que la celebración litérgica hace posible que los miembros de Cristo completen lo que falta a los misterios de Cristo. Y conste que no se trata de una imitación “a distancia”, desde lejos, al modo de un escultor que imita un modelo que está fuera de él. La imitación del cristiano, su consentimiento a los misterios de Cristo sólo podrá realizarse si se “injeta” en Él. Más que una imitación de Cristo será un vivir entrañado en Cristo, reeditando desde allí sus misterios, tanto en el acto cultural como fuera de él.

Para expresar nuestra necesaria inserción en los mis-

(80) Hom. sobre la Resurrección del Señor I (71) I, p. 293.

terios de Cristo, San Pablo recurre frecuentemente al adverbio griego "syn", que significa "con": es menester, dice, con-crucificarnos con Cristo, co-resucitar con Él, co-ascender con Cristo al cielo. De manera semejante leemos en nuestro Santo:

"Aunque cada uno sea llamado en su orden y todos los hijos de la Iglesia se diferencien en la sucesión de los tiempos, sin embargo, como el conjunto de los fieles nacidos de la fuente bautismal ha sido crucificado con Cristo en su pasión, ha resucitado con Cristo en su resurrección, ha sido colocado a la derecha del Padre en su ascensión, así también con El ha nacido en esta natividad (sicul cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso in hac nativitate congeniti)" (81).

7. EL MINISTERIO DE LA PREDICACION

El sermón, que integra la acción cultural, debe ser considerado como un momento específico en el dinamismo de la celebración. En modo alguno se trata de un paréntesis, que interrumpe el curso del acto litúrgico, sino que es parte constitutiva del mismo.

San León no entiende la predicación de una manera elemental, como si consistiese simplemente en un acto caritativo del sacerdote que se digna "explicar" los misterios. La predicación de la Iglesia es algo más profundo, que brota teológicamente de la predicación del mismo Cristo. Más aún, es continuación de dicha predicación, y desconectada de ella perdería lo mejor de su sentido. El Señor impartió sus enseñanzas para que fuesen predicadas en el curso de los siglos a todas las naciones. San León es bien consciente de ello. Refiriéndose a aquella frase de Jesús: **Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí** (Mt. 10, 38), la comenta de la siguiente manera:

(81) Hom. sobre la Natividad del Señor 8 (26) 2, pp. 98-97.

"No hay duda de que estas palabras van dirigidas no solamente a los discípulos de Cristo, sino a todos los fieles, a toda la Iglesia, la cual, en su universalidad, escuchaba las condiciones de la salvación en la persona de los que estaban presentes (*totamque Ecclesiam pertinere, quae salutare suum in his qui aderant universalliter audiebat*)" (82).

Este notable texto nos muestra que la predicación del celebrante no hace sino prolongar la de Cristo; más aún, es Cristo mismo quien sigue hablando por su boca, y repitiendo a través de él las mismas palabras que pronunciara durante su vida terrestre; a su vez, los cristianos que asisten al sermón del sacerdote están en continuidad con los oyentes contemporáneos de Cristo, ya que en ellos estaba como resumida la universalidad de la Iglesia.

Por la estrecha relación que media entre la Buena Nueva proclamada por Cristo y la predicación que el celebrante dirige a sus fieles, se explica que la predicación esté tan íntimamente conectada con la lectura cultural. Así lo afirma nuestro Santo:

"El relato evangélico, amadísimos, nos ha presentado todo el misterio pascual, y nuestra inteligencia ha entendido de tal modo las palabras llegadas a ella mediante los oídos corporales, que no hay nada que no tenga ante sí una imagen de los acontecimientos pasados. El texto de la historia divinamente inspirada nos ha hecho ver claramente con qué impiedad ha sido entregado el Señor Jesucristo... Mas tenemos también el deber de alegrarnos por el ministerio de nuestra palabra, pues si, por una parte, vosotros reclamáis con santa impaciencia, yo lo sé, lo que os es debido según la costumbre, por otra, la Instrucción del pontífice ha de estar ligada a la lectura solemne de la santa Escritura (*ita solemnitate sacramentalis lectionis subiungatur exhortatio sacerdotis*)" (83).

(82) Hom. sobre la Cuaresma 9 (47) 1, p. 196.

(83) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 1, p. 297. Acerca de este texto comenta R. Dollé: "Notar la expresión tan rica de significación sagrada *'solemnitas sacramentalis lectionis'*. La lectura del Libro Santo hecha en el curso de la solemnidad litúrgica es un

Ya que no hemos podido estar físicamente presentes en los acontecimientos a los que se refieren las lecturas, la predicación viene a reemplazar en cierta manera la visión de los hechos. Nuestro Santo lo dice de manera admirable:

"A fin de que la te fuesse más excelente y firme, la visión ha sido sustituida por una enseñanza (ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina successit), cuya autoridad, iluminada con resplandores celestiales, han aceptado los corazones de los fieles" (84).

Enseña Santo Tomás que la gracia de la predicación es bipolar, recayendo tanto sobre el que predica como sobre el oyente: sobre el que predica para que lo haga como corresponde, y sobre el que oye para que reciba la palabra con espíritu generoso. No otra es la enseñanza de nuestro Santo:

"La majestad de Aquel de quien intentamos hablar concurrirá con sus grandezas a la preparación de vuestras almas y, para bien de toda la Iglesia, os hará capaces de recibir, del mismo modo que nos enriquecerá a nosotros, para dárselo (hulle enim præparationi vestrae adorit ipsius largitas, de cuius loqui maiestate tentamus, ut ad profectum totius Ecclesiae et vos capaces, et nos faciat abundantes)" (85).

San León, que tanto exhorta a sus fieles para que reciban como tierra sedienta su predicación, no ignora que también él necesita de la inspiración de Dios para que acierte a pronunciar las palabras adecuadas. Así nos lo dice en uno de sus sermones:

"Sé ciertamente, amadísimos, que la fiesta pascual tie-

zita en sí porque su texto es divinamente inspirado, como San León acaba de decirlo, y la fe de los creyentes, al oírlo, lo hace revivir, y suscita una presencia del misterio"; Léon le Grand, *Sermons* III, ed. Sources Chrétiennes 74, p. 129, Santa 1.

(84) Hom. sobre la Ascensión del Señor 2 (74) 2, p. 107.

(85) Hom. sobre Pentecostés 2 (78) 1, p. 314.

na por objeto un misterio tan sublime, que sobrepasa no sólo la mezquina comprensión de mi bajeza, sino también la capacidad de los mayores ingenios. Sin embargo, la consideración de la magnitud de la obra divina no debe hacerme caer en la desconfianza ni avergonzarme del ministerio que os debo. No me está permitido pasar en silencio el misterio de la salvación aunque no pueda explicarlo (*non liceat tacere, etiamsi nequeat explicari*). Mas creemos que, con el auxilio de vuestras oraciones, nos asistirá la gracia de Dios, y hará caer sobre la tierra estéril de nuestro corazón el rocío de su inspiración, de modo que en el ministerio de la predicación pastoral se profieran las palabras que son útiles a los oídos de la grey santa. Pues el Señor, dispensador de todos los bienes, lo ha dicho: Abre tu boca, y yo la llenaré (Ps. 80, 11), nos atrevemos a decirle con las palabras proféticas: Señor, abre mis labios, y mi boca publicará tu alabanza (Ps. 50, 17;" (86).

Y en otro lugar:

"La fidelidad a la palabra dada reclama, amadísimos, que os demos, con la ayuda del Señor, la parte del sermón sobre su pasión que os hemos prometido. No dudamos de ser ayudados por vuestras oraciones. Importa, en efecto, para bien de todos, que podáis alcanzarme la devoción, pues para edificación vuestra será empleado lo que sea concedido a nuestros medios" (87).

Por el hecho de que la predicación se integra en el desarrollo de la celebración, ha de servir obviamente a los fines de la misma. En presencia del misterio, deberá suscitar la admiración, la inteligencia —empapada de fe—, el gozo, el consentimiento, es decir todas las actitudes a las que anteriormente hemos aludido. Pero de una manera especial la predicación dice relación con la fe de los que participan en la celebración, sea para fortalecerla, como cuando se dirige a los que acaban de recibir el bau-

(86): Hom. sobre la Pasión del Señor 7 (58) I, p. 238.

(87): Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (53) I, p. 220.

tismo, sea para ahondarla en los ya veteranos. Predicando en el día de Navidad, dice San León:

"El hecho de que la mayor parte de la Iglesia de Dios comprende lo que ella cree no es una razón, en efecto, para no juzgar necesario decir aun lo que ya ha sido dicho, pues debemos hoy el ministerio de la palabra a los fieles numerosos que acaban de llegar a la fe" (88).

Y en una de sus homilías sobre el misterio de Pentecostés enseña:

"La razón y el sentido de la solemnidad de hoy, amadísimos, lo ha mostrado clarísimamente la lectura de la palabra divina. Hemos conocido que, a los cincuenta días después de la resurrección del Señor y a los diez días de su ascensión, descendió sobre los discípulos de Cristo el Espíritu Santo prometido y esperado. Sin embargo, para la Instrucción de los nuevos hijos de la Iglesia (89) es necesario añadir el ministerio de nuestra palabra. No tememos, en efecto, que los espirituales y las almas instruidas se fatiguen por las verdades ya conocidas, pues es un fruto de estos últimos el deseo de oír explicar lo más posible lo que ellos han aprendido con gran aprovechamiento. Que los dones divinos se difundan en todos los corazones y que ni los sabios ni los ignorantes desprecien nuestra palabra puesta a su servicio; los primeros mostrarán de eso modo que aman lo que ya conocen: los segundos, que están ávidos de lo que ignoran" (90).

Fortificar o ahondar la fe, tal es uno de los fines principales de la predicación. Facilitar, en última instancia, la inteligencia de la fe, de que hemos hablado anteriormente. Acotemos aquí un párrafo del Santo, citado páginas atrás, aunque en otro contexto:

"La razón de la fiesta de hoy [de Epifanía], amadí-

(88): Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (25) 1, p. 80.

(89): Aludo a los que han recibido el Bautismo en la vigilia de Pentecostés.

(90): Hom. sobre Pentecostés 2 (76) 1, pp. 313-314.

simos, no se oculta, lo sé, a vuestra santidad, y el relato del evangelio os lo ha expuesto, como es costumbre. Sin embargo, para que nada os falte de lo que nosotros os debemos, me atreveré a hablar de esta fiesta, según me lo inspire el Señor. Así, en una misma alegría, la piedad de todos será tanto más religiosa cuanto mejor sea comprendida la solemnidad por todos" (91).

La predicación tendrá siempre un carácter didáctico, no por cierto al estilo que podríamos llamar "escolar"; se trata de una didáctica mistagógica, es decir, introductoria en los misterios. Entonces sí la inteligencia pasará a ser la cosecha de la fe, según lo entiende San León en el siguiente texto:

"Frecuentemente, como sabéis, amadísimos, hemos cumplido entre vosotros el deber que nos incumbe de dirigir la palabra de salvación, hablando de la excelencia de la fiesta de hoy. Y no dudamos de que el poder de la bondad divina ha brillado en vuestros corazones de tal modo que vuestra inteligencia ha entendido lo que la fe había sembrado en vosotros" (92).

La inteligencia del misterio está como en el medio entre la fe y la visión, o mejor, es la fe que camina hacia la visión. La "*fides quaerens intellectum*" de los escolásticos, a que nos referimos páginas atrás, la fe que busca su inteligencia, es una fe dinámica, que al tiempo que madura y se profundiza, camina hacia su propia desaparición, en cuanto que la visión es a la vez su plenitud y su aniquilación.

Por ser la predicación un balbuceo de la visión de Dios, no es reductible a categorías puramente racionales. Incluye un elemento de inefabilidad que, en ocasiones, inclinaría al predicador a preferir el silencio. San León tiene conciencia de tal limitación —que es a la vez el signo de la sublimidad del contenido de nuestra fe— según lo deja entrever en el siguiente texto, tomado de un sermón navideño:

(91) Rom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 1, p. 129.

(92) Rom. sobre la Natividad del Señor 10 (20) 1, p. 116.

"La grandeza de las obras divinas, amadísimas, sobrepasa ciertamente todo cuanto pudieran expresar las palabras de los hombres, y de ahí nace la imposibilidad de hablar, de donde se origina el motivo que nos impide callar: *Excedit quidem, dilectissimi, multumque supereminet humani eloquii facultatem divini operis magnitudo; et inde oritur difficultas fandi, unde adest ratio non tacendi*... Que las dos naturalezas se unan en una sola persona, si la fe no lo cree, la palabra no lo puede explicar. Por eso nunca falta materia de alabanza, porque lo que puede decir el que alaba nunca es suficiente (*et ideo numquam materia deficit laudis, quia numquam sufficit copia laudatoris*). Alegrémonos, pues, en nuestra insuficiencia para hablar de un misterio tan grande de misericordia; y, al no sernos posible expresar la sublimidad de nuestra redención, tengamos por dicha ser vencidos por la inmensidad del beneficio (*Gaudeamus igitur quod ad eloquendum tantum misericordiae sacramentum impares sumus, et cum salutis nostrae altitudinem non valemus explicare, sentiamus nobis bonum esse quod vincimur*). Porque nadie se acerca tanto al conocimiento de la verdad como aquel que comprende que, en las cosas divinas, por mucho que avance en su conocimiento, siempre le queda algo que buscar. Quien presumiere haber alcanzado el término al que tendía, no sólo no ha dado con lo que buscaba, sino que ha desfaecido en su búsqueda (*Nemo enim ad cognitionem veritatis magis propinquat, quam qui introgit in rebus divinis, etiamsi multum proficiat, semper sibi supresso quod quaerit. Nam qui se ad id in quod tendit pervenisse praesumit, non quaesite reperit, sed in inquisitione defecit*)" (93).

Y predicación sobre la Pasión:

"La grandeza de este misterio inefable, amadísimos, sobrepasa de tal modo la inteligencia humana y las posibilidades de toda elocuencia (*magnitudo quidem, dilectissimi, ineffabilis sacramenti, et humanae intelligentiae altitudinem, et totius vincit eloquii facultatem*), que el triunfo de Cristo en su pasión está por encima de los genios más eminentes y del lenguaje más sublime. Pero más que avergonzarnos debemos alegrarnos por vernos sobrepasados por la dignidad de tal tema (*Sed gaudendum nobis potius quam erubescendum est, quod tantae*

superamur materiae dignitate). Pues nada sería más lamentable en este punto que pensar haber dicho bastante. No resulta superfluo predicaros otra vez lo que ya os hemos predicado. El que habla de las realidades divinas no siente temor de fatigar los oídos carnales, como si se debiese llegar a despreciarlas porque se trata de cosas conocidas y frecuentemente repetidas. Por el contrario, importa mucho a la firmeza de la fe cristiana que, según la enseñanza apostólica, tengamos todos un mismo sentimiento y seamos perfectos en el mismo espíritu y en el mismo conocimiento (1 Cor. 1, 10). Pero la infidelidad, madre de todos los errores, se distrae en multitud de opiniones, que hay que colorear con el arte de la palabra. Por el contrario, el testimonio dado por la verdad no se aparta jamás de la luz, que le pertenece como propia, y, si es menos brillante para uno que para otro, esto no depende de que su luz sea diferente, sino de la debilidad de la facultad visiva" (94).

"He aquí, carísimos, que nos hallamos ya en la festividad de la pasión del Señor, tan deseada por nosotros y tan necesaria a todo el mundo; en medio de los transportes de los gozos espirituales que nos comunica, no podemos permanecer en silencio. Y, aunque es difícil hablar digna y convenientemente muchas veces sobre una misma solemnidad, sin embargo, no puede el sacerdote sustraerse al deber de predicar a los pueblos fieles tratándose de tan gran misterio de la divina misericordia. Siendo la materia en sí misma inefable, por lo mismo, proporciona recursos para hablar; y nunca puede ser suficiente lo que se diga, porque nunca se agotará el asunto de que se trata (*cum ipsa materia, ex eo quod est ineffabilis, fandi tribuat facultatem: nec possit deficere quod dicatur, de qua numquam potest satis esse quod dicitur*). Por lo mismo, humílese la debilidad humana delante de la gloria de Dios y confíese que es siempre insuficiente para exponer las obras de su misericordia (*succumbat ergo humana infirmitas gloriae Dei, et in explicandis operibus misericordiae ejus, impari se semper inveniat*). Esfuércese nuestra inteligencia, permanezca en suspenso nuestro espíritu y desfallezca nuestra expresión. Nos conviene darnos cuenta de lo pequeñas que son ante la realidad nuestras ideas más elevadas acerca de la majestad del Señor (*laboremus sensu, haereamus ingenio, deficiamus eloquio: bonum est ut nobis parum sit quod attam recte de Domini maiestate sen-*

(93) Hom. sobre la Natividad del Señor 9 (29) 1, v. 111.

(94) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (69) 1, p. 263.

limus). Al decir el profeta: Buscad al Señor y esforzaos, buscad siempre su rostro (Ps. 104, 4), nadie presume haber hallado todo lo que busca, no sea que deje de acercarse a El si deja de encaminarse hacia El (nomin praesumendum est quod totum quod quaerit invenerit, ne desinat propinquare qui cessarit accodere). Ahora bien, entre todas las obras de Dios ante las cuales desfallece la admiración humana (in quibus humanae admirationis fatigatur intentio), ¿hay otra que conmueva nuestro espíritu y sea superior a las fuerzas de la inteligencia como la pasión del Señor?" (95).

Transcribimos estos textos, quizás un tanto largos, porque nos parecieron densos de doctrina y ricos en sugerencias. San León, abrumado ante la "grandeza del misterio", ante la "sublimidad de la redención", preferiría callar, pero por otro lado sabe que su deber pastoral se lo impide; hablará, pues, aunque captando cabalmente la total inadecuación que hay entre sus palabras y la majestad de Aquel frente al cual "desfallece la admiración..."

Digamos, finalmente, que San León, tan amante de las comparaciones agrarias, considera la predicación al modo de una semilla que cae en el campo de las almas, en orden a una cosecha sobrenatural. No cabría una predicación que se desinteresase de los frutos espirituales:

"Puesto que no hay lugar a la ignorancia en aquellos que escuchan con oído fiel, la semilla de la palabra, que es la predicación del Evangelio, debe crecer en el campo de vuestros corazones, de modo que, removidos los obstáculos de las espinas y de los abrojos, den libremente sus frutos las tiernas plantas de los buenos sentimientos y los retoños de las voluntades rectas" (86).

Ningún texto más propicio que el recién citado para introducirnos en el estolío que sigue.

(85) Hom. sobre la Pasión del Señor II (62) I, p. 234

(86) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) I, pp. 207-209.

ESCOLIO. LAS FIESTAS Y LAS ESTACIONES

Cerrando este primer capítulo, en que hemos tratado de la celebración de los misterios en general, digamos unas palabras acerca de la conexión que San León establece entre la vida espiritual — especialmente en cuanto se deriva del mundo cultural — y las vicisitudes del ciclo temporal. Porque nuestro Santo relaciona las fiestas no sólo con los misterios de la vida de Cristo y su aplicación a la vida personal, como lo hemos expuesto, sino también con el curso periódico de las estaciones. El año litúrgico y el año astronómico se desenvuelven en conformidad con un mismo plan providencial. Como si la naturaleza quisiera unirse al misterio que se celebra y reflejarlo en sus diversos avatares. Cuando tratemos, a partir del siguiente capítulo, de cada uno de los tiempos litúrgicos, volveremos sobre este tema de manera más particularizada. Por el momento limitémonos a una consideración de índole general.

Es para San León un hecho incontestable que Dios se revela en las cosas visibles, para que a través de ellas alabemos su gloria:

“¿Qué cosa hay por la cual no nos hable la Verdad? Sus voces en el día se oyen en la noche, y en la belleza de las cosas creadas por obra de un solo Dios, no cesa de pregonar a los oídos del corazón la experta razón, a fin de que lo Invisible de Dios sea conocido por las cosas que han sido hechas (cf. Rom. 1. 20; y sirva al Creador de todo y no a las criaturas” :97).

Se podría decir que el comportamiento de la naturaleza participa en cierta manera de la docencia de Dios. Veamos con qué argumentos invita San León a sus fieles de Roma a la práctica del ayuno. Siendo Dios, dice, el autor tanto de los frutos temporales como de los espirituales, el hombre, hecho a imagen del Creador, deberá imitar la dadivosidad de Dios mediante su generosidad de corazón:

(97) Rom. sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (19) 2. p. 64

"Instruidos evidentemente, amadisimos, por esta razón, añadimos, según normas eclesásticas, el ayuno del mes de diciembre, y lo prescribimos a vuestra devoción según costumbre. Porque está lleno de piedad y de justicia, a fin de que se dé gracias a Dios por haberse terminado la recolección de los frutos de la tierra y se le ofrezca el sacrificio de la misericordia con la inmolación del ayuno. Goce cada cual de su abundancia y alégrese de haber almacenado mucho en sus graneros, de modo que también salten de alegría los pobres por su abundancia. Imite la riqueza del alma la fecundidad de las mieses, el chorro de las vides y el fruto de los árboles. Que den los corazones lo que da la tierra para que podamos decir con el profeta: Nuestra tierra dio su fruto (Ps. 61, 6). Pues Dios no sólo es el sumo y verdadero agricultor de los frutos temporales, sino también autor de los espirituales, y conoció que ambas semillas y ambas plantaciones han de cultivarse de dos modos: *Deus namque verus et summus agricola, non solum corporalium, sed etiam spiritualium suctor est fructuum, et utraque somnia, utraque plantaria duplici novit exercere cultura*: dando a los campos el crecimiento de lo que se ha sembrado, y a las almas el progreso de las virtudes; así como tienen su origen en una misma providencia, así también invitan al efecto de una misma obra. Pues el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, nada tiene en el honor de su naturaleza tan propio como imitar la bondad de su autor, que así como es donador: misericordioso de sus dones, así también es justo cobrador, queriendo que seamos partícipes de sus obras; para que, aunque no podamos crear ninguna naturaleza, sin embargo, podamos utilizar la materia recibida por gracia de Dios" (98).

La caridad es comparable a la fertilidad de los campos. San León llega a hablar de una "agricultura mística", quizás en base a aquel texto del evangelio que nos presenta a Dios Padre bajo la imagen de un agricultor:

"El alma que no ayuda a nadie será como el árbol que no da frutos, ya que es extraña a las obras de caridad. Por eso, el ayuno del mes de diciembre, en invierno, nos llama a 'la agricultura mística' (*ad agriculturam nos mysticam vocat*), por la cual el vigor de las mieses, de

(98) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre y (20) 2, pp. 66-67.

las vides y de los árboles, con los que se sustenta la debilidad humana, sea cultivado con cuidados espirituales, a fin de que el campo del Señor se enriquezca con su recolección y lo que no conviene que esté sin frutos, de su propia opulencia se haga más ubérrimo" (99).

En la época de San León, la gente vivía más en contacto con la naturaleza. Los avatares del campo eran mejor conocidos que en nuestro tiempo, de civilización preferentemente urbanística, ajena casi por completo a la periodicidad de los ciclos agrarios. Las comparaciones que privilegia nuestro Santo nos resulta un tanto remotas para nuestra manera de ver las cosas. Pero en realidad su lenguaje es mucho más real que el nuestro, más enraizado en la tierra, más parecido, en última instancia, al del Evangelio. A ningún oyente de San León le habrá extrañado oírle decir:

"Cuando los gérmenes extraños han sido arrancados en el campo de nuestro corazón, entonces serán alimentadas en nosotros las semillas de la virtud" (100).

O también:

"Puesto que [el alma] es una porción del campo del Señor, coseche frutos para los graneros celestiales" (101).

Pero, como decíamos más arriba, y es lo que más interesa a nuestro propósito, San León relaciona las estaciones del año con los misterios culturales. Esto se hace para nosotros aún más difícil de entender ya que, viviendo en el hemisferio sur, el ciclo de las estaciones no coincide con el ciclo litúrgico. Cuando en Europa llega la Pascua llega también la primavera, los árboles reverdecen y las plan-

(99) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 7 (18) 3, p. 42.

(100) Hom. sobre la Cuaresma 1 (39) 3, p. 199.

(101) Hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporales de otoño 4 (89) 4, p. 339.

tas se cubren de flores, acompañando así la Resurrección de nuestro Señor; en cambio entre nosotros, esa fiesta suele caer en otoño. Con cuánta naturalidad predica San León en una de sus homilías sobre la Cuaresma:

"¿Qué momento sería más oportuno, amadísimos, para recurrir a los remedios divinos que aquel en que la ley misma de las estaciones nos avoca los misterios de la redención?" (102).

Otra homilía anuncia así la llegada de las fiestas pascales:

"Al anunciar esta fiesta por todas las demás, el mes sagrado de los renuevos ha resplandecido, de modo que así como el mundo tuvo en él su comienzo, así también la creación cristiana encontrase en él su principio (*ut in quo accepit mundus exordium, in eodem haberet Christiana creatura principium*)" (103).

Constituía una idea familiar para los Padres, a partir de Filón, que el mundo fue creado en primavera. No dejaba de ser conveniente que también el mundo de la regeneración lo fuera en la misma época, tanto en lo que hace a Cristo, que en lo inauguró con su muerte y resurrección, como al cristiano, que re-nace precisamente en esa época por el Bautismo.

Citemos finalmente el texto de un sermón sobre los ayunos de otoño que confirma esta relación entre los ciclos del tiempo y las prácticas cristianas:

"No hay cosa alguna en que la Providencia divina no ayude a la devoción de los fieles, ya que para ejercitar los cuerpos y las almas en la santidad sirven los mismos elementos, pues la sucesión diversa de los días y de los meses nos abren algunas páginas de los preceptos, para que lo que nos amonesta las instituciones sagradas,

(102) Hom. sobre la Cuaresma 5 (43) 3, p. 184.

(103) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (60) 3, p. 240.

esto mismo, en claro modo, nos lo recuerden las estaciones. Por eso, cuando cada año nos llega el mes de septiembre no ignoro que vuestra observancia os incline a celebrar espiritualmente el ayuno solemne. Porque por experiencia conocéis cuánto purifica esta preparación lo exterior y lo interior del hombre, ya que al abstenerse de las cosas lícitas se resiste más fácilmente a las ilícitas" (104).

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS MISTERIOS NATALICIOS.

(104) Hom. sobre el ayuno de septiembre o temporales de otoño d (91) 1, p. 343.

CAPITULO SEGUNDO

LOS MISTERIOS NATALICIOS

Entremos ya en la exposición de los diversos misterios que integran la vida de Cristo y que encuentran su expresión cultural en el curso del año litúrgico.

Los hechos que jalonan la existencia terrestre del Señor son numerosos y de muy variado contenido. Algunos resaltan su humanidad, otros su divinidad; unos parecen mirar más a la santificación de los hombres, otros a la glorificación de Dios. Pero todos tienen una característica común: son redentores. No es concebible una sola acción de Cristo, por insignificante que parezca, que no tenga resonancias universales en orden a la salvación de la humanidad. Si el Apóstol nos exhorta a nosotros que somos herederos del pecado: **Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios** (1 Cor. 10, 31), es inimaginable que Cristo haya puesto una sola acción o haya sufrido una sola pasión, sin haberlo ordenado al fin de su Encarnación: la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Todas sus acciones y todas sus pasiones están preñadas de virtualidad salvadora.

Si tuviéramos que agrupar los diversos misterios de Cristo, que revelan cada uno a su modo la polifacética figura del Verbo encarnado, podríamos hacerlo en torno a dos momentos fundamentales: la Encarnación, que inaugura la presencia histórica de Cristo entre los hombres, y la Cruz, que señala el momento culminante de la Redención. De ahí la división de nuestro trabajo en dos grandes capítulos, el primero de los cuales, que comenzamos ahora, analiza los misterios natalicios, y el segundo los misterios pascuales.

La materia del presente capítulo se distribuye en dos partes. En la primera de ellas estudiaremos cómo San León explica el misterio de la Encarnación, que florece en la Navidad; en la segunda expondremos su pensamiento acerca de la manifestación de ese Verbo que acaba de encarnarse, lo que constituye el contenido de la fiesta de Epifanía.

I. EL MISTERIO DE LA NAVIDAD

Los admirables sermones que San León nos ha dejado sobre este grandioso misterio —del cual los hombres sólo podemos balbucear algo— incluyen fulgurantes intuiciones que tomadas en su conjunto nos permitirán cierta penetración en la inefabilidad de su contenido.

1. EL NACIMIENTO DE CRISTO:

PLENITUD DE LA HISTORIA

Bajo este título queremos indicar que la Encarnación del Verbo y su ulterior dación a los hombres en la cueva de Belén, no es un acontecimiento inesperado, al margen de toda previsión humana, sino que se trata de un hecho decretado desde toda la eternidad por la Providencia de Dios, que pedagógicamente fue preparando a la humanidad para que, al acaecer, lo recibiese en la fe y en la visión.

Si bien la Encarnación es un hecho eminentemente vertical —Dios que desciende por pura gracia— comporta también cierta horizontalidad, ya que dicho misterio —central en el plan de Dios— fue preanunciado desde la creación del mundo, y preparado a lo largo de los siglos no sólo por la fe en el futuro Mesías sino también por la sucesión de las generaciones que culminarían en la Santísima Virgen, la Madre del Dios encarnado. Si, como enseña el adagio escolástico, lo último en la ejecución es lo primero en la Intención, podría decirse que en la mente eterna de Dios, primero fueron Cristo y María, y luego Adán y Eva. Analicemos pues, de la mano de nuestro Santo, el misterio de la Navidad como coronación de un secular proceso salvífico.

A. PLENITUD DEL ANTIGUO TESTAMENTO SIGNOS Y FIGURAS

Es lo que resalta en los sermones navideños de San León. Cristo aparece como el anunciado por los profetas del Antiguo Testamento. Nuestro Santo se complace en eslabonarlos:

...una vez os
por...idad... el Señor que dice a Abraham: En tu
22, 18). Lu... bendecidas todas las naciones (Gen.
fético, celebra... David quien, animado del espíritu pro-
verdad, y... promesa divina: Juró al Señor a David
esta... se apartara de ella. Del trulo de tus
entradas por... sobre tu trono (Ps. 131, 11). El mismo
Señor dice por... alas: He aquí que una virgen concebi-
rá y dará a luz un hijo, y se llamará Emmanuel, es de-
cir Dios con nosotros (Is. 7, 14). Y en otro lugar: Brotará
una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces
un vástago (ibidem Is. 11, 1). En esa vara ha sido anunciada,
sin duda... la bienaventurada Virgen Maria que,
nacida del Espíritu Santo, ha dado al mundo, de su seno
por... una... ha dado al mundo, de su seno
maternal, una... ha dado al mundo, de su seno
vum florem carnem... ha dado al mundo, de su seno
(1).

Como se ve, ju... al Salvador aparece, ya de entra-
da, la figura de la Santísima Virgen. Son en verdad inse-
parables. Del papel de nuestra Señora en la Navidad tra-
taremos luego más... particularmente, contentándonos por
ahora con señalar el hecho.

En los oráculos del Antiguo Testamento encontra-
mos el sol... particular oracuncio del Mesías. Las pro-
fecías constituyen lo... que los Padres griegos llamaron los
logoi, es decir, las "palabras" — las palabras decisivas —
del Antiguo Testamento. Junto a dichas palabras hubo
también "tipoi", "tipos", que los mismos Padres grie-
gos llama... se trata así de una profecía comple-
ja, que anuncia... mediante palabras y realidades — tipoi

(1) Hom. sobre la Navidad del Señor 4 (21) 1, p. 85.

kal logoi — el nacimiento del Hijo de Dios y su misión salvadora. Cristo será la Palabra suprema y el Acontecimiento principal. Por grandes que hayan sido los oráculos y los hechos del Antiguo Testamento, de por sí no eran sino sombras, y de poco hubieran valido de no haber desembocado en el Cristo que preanunciaban, en ese Cristo que era como el cuerpo que sigue a su propia sombra. Así lo explica nuestro Santo:

"Ciertamente, la promesa había sido hecha desde la creación del mundo (cf. Gen. 3, 15), y la profecía fue repetida constantemente por los signos de acontecimientos y palabras (*multa significationibus rerum atque verborum*). Pero ¿qué parte de la humanidad se hubiese salvado por estas figuras y estos misterios ensombrecidos si Cristo no hubiera realizado por su venida esos anuncios lejanos y velados, y, si lo que fue provechoso en otros tiempos como promesa para algunos creyentes, no se realizase, en su cumplimiento, para innumerables fieles? No son, pues, los signos y las imágenes los que nos conducen ahora a la fe, sino que, reafirmados por el relato evangélico, adoramos lo que creemos ya realizado. Los testimonios de los profetas contribuyen a instruirnos, de modo que no experimentemos duda alguna sobre lo que sabemos que ha sido anunciado por tan grandes oráculos" (2).

Nuestra lectura de la Sagrada Escritura no puede ser idéntica a la que de ella hacían los judíos durante el período veterotestamentario. Nosotros ya vemos la realidad cumplida. Sin embargo en modo alguno la lectura del Antiguo Testamento nos resulta inútil, ya que nos ayuda a confirmar nuestra fe, al tiempo que nos permite comprender el papel protagónico de Cristo en todo el curso de la historia.

San León destaca con vigor la total trascendencia de la Encarnación en relación con sus anuncios — en hechos o en palabras — del Antiguo Testamento. Es cierto que todo el Antiguo Testamento está mechado de maravillas di-

(2) *Ibid.* p. 81.

vinas. Pero tales maravillas aparecen como mezquinas cuando se las compara con el gran Hecho por el cual una Virgen engendró al Hijo de Dios:

"Reconozcamos sin reservas, amadísimo, y confesemos de todo corazón que esta generación, por la que el Verbo y la carne, es decir, Dios y el hombre, vienen a ser un solo Hijo de Dios y un solo Cristo, sobrepasa en excelencia a todo origen y creación humana. Ni la formación de Adán del polvo de la tierra (cf. Gen. 2, 7), ni la creación de Eva de la carne de Adán (ibid. 2, 21-22), ni el nacimiento de los otros hombres por la unión de los sexos puede compararse con la venida de Jesucristo. Abraham engendró en su vejez un heredero de la promesa divina, y Ana, la estéril, concibió, aunque había sobrepasado ya la edad de la fecundidad (ibid. 21, 2). Jacob fue amado de Dios antes de haber nacido (cf. Mal. 1, 2-3; Rom. 9, 13), y la gracia divina, previniendo sus acciones personales, lo distinguió de su hermano gemelo, rudo y veloso (cf. Gen. 27, 11). Se dijo a Jeremías: **Te conocí antes de formarte en el vientre de tu madre; antes que salieses de su seno te consagré** (Jer. 1, 5). Ana, infecunda durante largo tiempo, dio a luz al profeta Samuel, que consagró a Dios (I Sam. 1, 11-20), y vino a ser célebre por su parto y por su voto. El sacerdote Zacarías tuvo descendencia de Isabel, estéril (cf. Lc. 1, 12-14), y Juan, precursor del Cristo que había de venir, recibió el espíritu profético en las entrañas de su madre (ibid. 15). Antes de nacer y enteramente encerrado en el seno materno, designó por un movimiento secreto y significativo a la madre del Señor (ibid. 41). Estas cosas son grandes y están llenas de prodigios propios de las obras divinas, pero sorprenden más moderadamente en cuanto que son más numerosas. El nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, por el contrario, sobrepasa toda inteligencia y trasciende todos los ejemplos que se podrían tomar. No puede ser comparado con ninguno, siendo único entre todos" (3).

(3) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 4, p. 117. En otra homilía dirá San León que en el Antiguo Testamento "la divinidad del Hijo manifestó su presencia por sus obras de modo diverso y con muchos signos": hom. sobre la Natividad del Señor 5 (25) 4, p. 92. Nuestro Santo atribuye expresamente a la persona del Verbo varias de las teofanías veterotestamentarias (cf. también epístola 31, 2: PL 54, 791). Tal fue la opinión corriente entre los Padres primitivos, como Justino, Tertuliano, Clemente de Alejandría; luego, tras la crisis arriana, como los adversarios de Nicea empleaban a su favor es-

La visión de San León es grandiosa, al tiempo que ensancha el corazón de sus oyentes para que se abran a las magnanimidades divinas. La figura señorial de Cristo se hiergue en el centro focal de la historia de la humanidad. Hacia Él camina todo el Antiguo Testamento. Tras Él nada tiene sentido si no es a su luz. Confírmase así lo que decíamos más arriba: no cabe una lectura auténticamente cristiana del Antiguo Testamento si no se la realiza en el prisma de Cristo. Todo otro tipo de lectura sería judaizante.

"Al crear esto, amadísimos, somos verdaderos cristianos, verdaderos israelitas, adoptados realmente para llevar la suerte de los hijos de Dios. Todos los santos que han vivido antes de la época de nuestro Salvador han sido justificados por esta fe y han sido hechos cuerpos de Cristo gracias a esto misterio (*et per hoc sacramentum Christi sunt corpus effecti*), en la espera de la redención universal de los creyentes en la descendencia de Abraham. De esta descendencia ha dicho el Apóstol: Pues a Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas. No dice 'a sus descendencias', como de muchos, sino de una sola: 'Y a tu descendencia', que es Cristo (Gal. 3, 16). Por eso el evangelista Mateo, queriendo subrayar que la promesa hecha a Abraham se cumplió en Cristo, ha pasado revista a su genealogía y ha mostrado a Aquel en que fue colocada la bendición prevista para todos los pueblos. El evangelista Lucas ha recorrido también la serie de los ascendientes, pero partiendo, en sentido inverso, del nacimiento del Señor, para enseñar que aun los mismos siglos antes del diluvio se referían a este misterio y que todas las etapas que se sucedían desde el principio caminaban gradualmente hacia Aquel en el cual únicamente estaba la salvación de todos (*omnesque ab initio successionum gradus, ad eum in quo uno erat salus omnium tendens*). No hay, pues, lugar a duda: Ningún otro nombre ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos (Act. 4, 12) que el de Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, en la igualdad de la Trinidad, por los siglos de los siglos. Amén" (4).

la interpretación que podía prestarse al subordinacionismo, los Padres se mostraron más circunspectos, empezando por San Agustín. Por lo que se ve, San León se separa acá de su maestro, retornando a la ensanche de los Padres más antiguos.

(4) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) ? p. 120.

Con Cristo hacen "cuerpo" todos los llamados a la salvación. La expresión paulina "cuerpo de Cristo" adquiere acá un alcance formidable. Tanto los miembros del Antiguo Testamento que alcanzaron la salvación como los elegidos del Nuevo forman parte del "cuerpo de Cristo". El designio eterno se encarna en Cristo y las prefiguraciones veterotestamentarias desembocan en el Esperado, el gran protagonista de la historia, que salva hacia adelante y hacia atrás:

"Al fin de los tiempos (cf. 1 Cor. 10, 11) se ha cumplido lo que Dios había determinado en la eternidad (cf. Tit. 1, 2). Con la presencia de las realidades terminan los signos de las figuras (sub praesentia rerum, signis cessantibus figurarum)" (5).

El cauce del río de la historia, que corría hacia el abismo, ha sido desviado por el ingreso de Cristo en el mundo. Gracias al consentimiento de María Santísima, el Verbo asume un cuerpo como el nuestro, para insertarse en el flujo de una humanidad que se dirigía presurosamente hacia su propia ruina, torciendo dicho curso con el poder de su divinidad. San León lo dice en un texto que sintetiza el proceso de la caída y de la redención:

"El primer hombre recibió su sustancia carnal de la tierra y fue animado por un alma racional que su Creador le sopló (cf. Gen. 2, 7), para que, viviendo según la imagen y semejanza de su Autor, conservase los mismos rasgos de la bondad y de la justicia de Dios en una imitación admirable que los reflejase como en un espejo. Si hubiese obrado perseverantemente según esta dignidad incomparable concedida a su naturaleza por la observancia de la ley que se le había prescrito, su alma intacta hubiera conducido a la gloria celeste hasta esa parte de sí mismo que era su cuerpo sacado de la tierra. Mas en su irreflexión, y para su desgracia, cayó al envidioso deceptor (6) y, escuchando los consejos

del orgullo, prefirió apoderarse del aumento de honor que le estaba reservado más que de morcerlo. Por eso escuchó, no sólo él, sino también toda la posteridad que estaba en él, esta sentencia: Eres tierra, y en tierra te has de convertir (Gen. 3, 19). Tal ha sido lo terrestre, tales serán también los terrestres (cf. 1 Cor. 15, 48); y ninguno es inmortal, pues ninguno es celeste.

Para romper esta cadena de pecado y de muerte en por lo que ha tomado en sí la naturaleza humana el Hijo todopoderoso de Dios, que todo lo llena, todo lo contiene, en todo es igual al Padre y es eterno con El en una esencia única que recibe de El y lleva junto con El. Por eso, el Creador y Señor de todas las cosas se ha dignado ser uno de los mortales después de haberse escogido una madre que El había hecho (electa sibi matre, quam fecerat), y que, sin menoscabo de su virginidad, le proporcionase sólo la sustancia de su cuerpo (corpore esse tantum ministra substantiae). Por eso, la mancha inherente a la semilla humana dejarla de transmitirse, y en un hombre nuevo habitarían la pureza y la verdad... El Verbo se hizo carne (Jo. 1, 14), elevando la carne, no disminuyendo la divinidad (profectione carne, non defectione Deitatis), la cual de tal modo ha moderado su

brevi la Natividad 2 (22) 4, p. 78), como también en otros sermones, sobre todo de la Pasión. R. Dolle resume así su teoría acerca del poder de Salán sobre la humanidad y su ulterior derrota: "Adán, nuestro primer padre, creado por Dios para servirle y darle gloria, por su pecado quedó entregado al adversario de Dios, el demonio, a cuyas orgullosas sugerencias hizo caso; entonces, dejando de estar al servicio de Dios, se puso al servicio del diablo, en virtud de un verdadero pacto de alianza. Así el demonio adquirió, por la libre decisión que Adán había tomado en nombre de su descendencia, un verdadero derecho sobre la humanidad, derecho en virtud del cual pretende exigir de ella la muerte como algo que le es debido, aunque ésta sea igualmente la punición infligida por Dios con motivo del pecado. Cuando Dios quiso librar a la humanidad de esta servil y dumbre, y al mismo tiempo rescatara su obra estropeada por el pecado, entendió respetar este derecho del demonio, y medirse con él en el terreno mismo de su victoria, triunfando así de él, por justicia más que por poder. Y así envió a su Hijo en una naturaleza humana nacida de una virgen, por tanto sin la intervención de hombre alguno y, sin la contaminación del pecado original que se transmite por la generación carnal. Este hombre, por las circunstancias de su nacimiento singular, estaba exento de la rama hereditaria y escapaba al pacto diabólico. Sin embargo el diablo, engañado por las apariencias, se condujo con él como con todos los otros hombres y exigió de él la muerte a la que su inocencia le sustrajera. Schreppel, así su derecho: al pretender ejercerlo sobre uno que no le debía nada, lo perdió, por abuso de poder, sobre todos los hombres solidarios del segundo Adán en la liberación como lo habían sido del primero en la esclavitud: Léon le Grand, Sermons I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, pp. 85-87, nota 6.

(5) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (28) 2, p. 87.

(6) Con frecuencia aparece en San León el tema de Satanás, tanto en sus humillas sobre la Navidad (cf. especialmente hom. so-

poder y su bondad, que, al elevar nuestra naturaleza tomándola, nada ha perdido de la suya al comunicarla (ut et nostra suscipiendo proveneret, et sua communicando non perderet)" (7).

En la visión de San León la historia no tendría salida de no haberse dado el hecho de la Encarnación. Si el Verbo no hubiera venido al mundo en carne humana, reinaría inexorablemente el universo empecatado de Adán y de su Indisoluble y comunitaria condenación. Sólo Cristo fue capaz de romper la cadena del pecado original, arrancando al hombre de su esclavitud animal e introduciéndolo en la esfera de lo divino:

"Si el Verbo de Dios no se hubiese hecho carne y hubiese habitado entre nosotros (cf. Jo. 1, 14), si el Creador en persona no hubiese descendido hasta la criatura para unirse a ella, llamando, por su nacimiento, a la vieja humanidad a un nuevo principio (nisi in communionem creaturae Creator ipse descenderet, et vetustatem humanam ad novum principium sua natiuitate revocaret), reinarla la muerte desde Adán hasta el fin, y sobre todos los hombres pesaría una condenación insoluble, ya que el solo hecho de nacer sería para todos la causa común de su perdición. Por eso, sólo entre los hijos de los hombres ha nacido inocente el Señor Jesús, pues sólo El fue concebido sin la mancha de la concupiscencia carnal. Se hizo hombre de nuestra raza para que podamos participar de la naturaleza divina (factus est homo nostri generis, ut nos divinae naturae possimus esse consortes)" (8).

Nuestro Santo, tan sobrio generalmente en sus expresiones, exalta con palabras encendidas la exuberancia del amor divino, que no se contentó con salvar "a distancia", como perfectamente hubiera podido hacerlo, sino que prefirió el "desconso" salvífico y la "en-carnación" redentora:

"Sin duda alguna, amadísimos, la bondad divina ha

(7) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 2-3, pp. 85-86.

(8) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (25) 5, pp. 93-94.

velado siempre por el bien del género humano y de diversas maneras y de muchos modos (cf. Hebr. 1, 1) ha concedido misericordiosamente los dones múltiples de su providencia en los siglos pasados. Sin embargo, en los últimos tiempos (ibid.: 1 P. 1, 20) se excedió sobreabundantemente en su acostumbrada benignidad, cuando en Cristo la misma misericordia ha descendido hacia los pecadores; la misma Verdad, hacia los que yerran; la misma Vida, hacia los muertos (cf. Jo. 14, 6), para que el Verbo, coeterno a su Padre o Igual a El, asumiese la humildad de nuestra naturaleza para unirla a su divinidad, y Dios nacido de Dios, naciese también El mismo hombre del hombre ("et Deus de Deo natus, idem etiam homo de homine nasceretur") (9).

B. PLENITUD DE LA SABIDURIA

Junto a la revelación en sentido estricto, que comenzó en el Antiguo Testamento, y cuyo depositario privilegiado fue el pueblo elegido, algunos Padres de la Iglesia pensaron que había que poner otro cauce de revelación, si bien en un sentido más genérico, a saber, el que Dios habría previsto por medio de la filosofía griega, especialmente a través de Platón y Aristóteles. En esta línea patristica encontramos sobre todo a los Padres de la escuela alejandrina.

San León no puede ser inscrito en dicha corriente de pensamiento. Por el contrario, pareciera mirar con cierta desconfianza la llamada "sabiduría" de los antiguos. Ya el apóstol Santiago decía: **No es sabiduría que descende de arriba la vuestra, sino sabiduría terrena, animal, demoníaca** (3, 15). Y San Pablo la consideraba engaño vacío (cf. Col. 2, 8); más aún, en carta a los cristianos de Corinto, enfrentándose con sus enemigos gnósticos de aquella ciudad, contraponen a la soberbia sabiduría del mundo la auténtica sabiduría de la revelación (cf. 1 Cor. 1, 18-2, 16). La revelación cristiana es para el Apóstol la única interpre-

(9) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 1, p. 84.

lación cabal de la existencia humana, la única auténtica sabiduría, que se ha encarnado en Cristo, "la sabiduría de Dios" (1 Cor. 1, 30), escándalo y locura para los mundanos. Sólo la Sabiduría divina encarnada ha de ser considerada como fundamento (cf. 1 Cor. 3, 11), que unifica todo lo que precede (cf. Ef. 1, 4) y como criterio (cf. Col. 1, 16) desde donde todo debe ser juzgado (cf. 1 Cor. 2, 15-16). Cristo no es un camino sino el camino. Sin embargo tiene San Pablo otros textos donde elogia la actitud de aquellos hombres que supieron reconocer a Dios a través de la naturaleza (cf. por ej. Rom. 1, 19-20). Tal "sabiduría" no sería enemiga de la Sabiduría encarnada que es Cristo.

Pues bien, de San León no nos quedan textos que elogien la sabiduría humana de los antiguos. A pesar de que su formación fue tan romana, y por ende deudora de los viejos tesoros de la tradición griega, sin embargo su apasionado enamoramiento de Cristo lo condujo a ver en Él la sabiduría total, sin experimentar necesidad alguna de recurrir a aditamentos extraños. Por eso, cuando se refiere a la Encarnación del Verbo, no parece ver en dicho misterio la plenitud de la sabiduría de los siglos anteriores, como amaban hacerlo los Padres griegos, sino más bien la liberación de la impotencia que caracterizaba a la sabiduría humana, incapaz de arrancar al hombre de su desgracia:

"Si Dios todopoderoso no se hubiese dignado realizar esto, ninguna clase de justicia ni de sabiduría hubiera podido arrancarnos de la esclavitud del diablo y del abismo de la muerte eterna. Pues, pasando de uno a todos el pecado, permanecería la condena (cf. Rom. 5, 12), y la naturaleza, corrompida a causa de las heridas mortales, no habría encontrado remedio, ya que era incapaz de cambiar su condición por sus propias fuerzas" (10).

Las antiguas filosofías sólo supieron demostrar su incapacidad para salvar a la humanidad. De ahí que, como

(10) Ibíd. 2, p. 85.

dice con tanta fuerza nuestro Santo, fue en medio de la hecatombe de las doctrinas humanas que hizo su aparición la Sabiduría encarnada, envuelta paradójicamente en los desconcertantes pañales de la humildad, para comunicar a la inteligencia de los hombres su plenitud saciante:

"Por eso, porque el mundo estaba orgulloso de sus vanas doctrinas, ha fundado el Señor la fe de los que El quería salvar sobre cosas aparentemente indignas e insensatas, para que en la bancarrota general de las opiniones presuntuosas sólo la gracia de Dios revelase lo que la inteligencia humana no podía conseguir" (11).

C. PLENITUD DE LA LUZ: EL SOL NUEVO

Afirman los liturgistas e historiadores que la Navidad histórica de Jesús sucedió en una fecha que no es posible determinar con certeza. De ahí que para celebrarla en el culto se tuviese que elegir una fecha convencional, que fue precisamente el 25 de diciembre, día en que el mundo romano festejaba la fiesta del sol nuevo, del Sol Invicto, como ellos lo llamaban, cuyo nacimiento coincidía con el solsticio de invierno. "El culto mitraico — escribe Duchesne — y, de una manera más general, el culto del sol, tuvo mucho relieve y popularidad en los siglos III y IV. Podemos inclinarnos a creer que la Iglesia romana eligió el 25 de diciembre para hacer concurrencia al mitraísmo" (12). A este tema nos hemos referido ampliamente en otro lugar (13) por lo que aquí se nos hace innecesario volver sobre el mismo. Cristo que nace es presentado como la luz deslumbrante que eclipsa el sol de los paganos, o, según se lee en el himno "Benedictus", como el "sol oriens ex alto" para iluminar a los hombres que ya-

(11) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (25) 4, p. 97.

(12) *Origines du culte chrétien*, Paris, 1920, p. 259.

(13) Cf. la celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín, Mikael, Paraná, 1983, pp. 19-26.

cen en las tinieblas y en las sombras de la muerte. La fiesta de Navidad aparece pues en la historia, no exenta de un carácter polémico, demostrando el triunfo del cristianismo sobre la idólatra sociedad romana.

Sin embargo, aun en la época de San León, numerosos eran los cristianos que conservaban vestigios de las viejas costumbres paganas, y se conducían con cierto eclecticismo: al tiempo que adoraban a Cristo, seguían venerando al sol naciente. Sabido es que las primitivas basílicas cristianas eran edificadas con el frente mirando hacia el este, que es el lugar donde sale el sol, símbolo de Cristo, sol de salvación. Así estaba orientada la iglesia que el emperador Constantino ordenó erigir en Roma en honor de San Pedro. Un curioso texto de San León nos relata una extraña costumbre de aquellos cristianos en los que el paganismo no se resignaba a morir:

"De tales principios [a saber, que la vida humana depende de la influencia de las estrellas y de que hay que elevar plegarias a los astros adversos] nace también otra impiedad: cuando se levanta el sol en los primeros albores del día, algunos son bastante insensatos para adorarlo desde lugares elevados. Hay aún cristianos que piensan que obran religiosamente siguiendo esta práctica, de modo que, antes de entrar en la basílica del apóstol San Pedro, dedicada al solo Dios vivo y verdadero, y después de haber subido los peldaños por los que se llega a la parte superior, se vuelven hacia el sol naciente, doblan la cabeza y se inclinan en honor del disco radiante. Esta manera de obrar, seguida en parte por ignorancia y en parte por espíritu pagano, nos apena y aflige mucho" (14).

Se ve que realmente lo afligía ya que vuelve sobre ello en otros sermones de Navidad, en uno de los cuales responsabiliza al demonio de tal resabio de paganismo:

"Pues él [el demonio] se goza de las almas simples que observan la creencia perniciosa de algunos para quele-

(14) Hom. sobre la Natividad del Señor 1 (27) 4, pp. 103-104.

nes la solemnidad de esta día trae su dignidad no tanto del nacimiento de Cristo, cuanto del nacimiento, como ellos dicen, 'del nuevo sol'. El corazón de estos hombres está envuelto por grandes tinieblas y permanecen extraños a todo progreso de la luz verdadera (cf. Ef. 4, 18), pues aun se sienten atraídos por los errores más estúpidos del paganismo, y, no llegando a elevar la mirada de su espíritu por encima de lo que contemplan con sus ojos carnales, honran con el culto reservado a Dios las luminarias puestas al servicio del mundo (cf. Gen. 1, 14)... Sean el sol, la luna y los astros útiles para los que se sirven de ellos, sean bellos para los que los contemplan; pero, a su voz, sean dadas gracias a su autor y sea adorado Dios, que los ha creado, y no la criatura, que le sirve" (15).

Como puede advertirse, San León no se opone a la justa admiración de la belleza de los astros, esplendorosas creaturas de Dios, sino al paso ilícito de la admiración a la adoración. Por eso exhortará a sus fieles vacilantes para que conviertan esa adoración en alabanza del Creador y sobre todo de Cristo, que es la luz verdadera, plenitud de todas las luminarias creadas, verdadero sol nuevo, sol invicto, porque venció definitivamente a la muerte. Así lo dice en un encendido sermón:

al J3/
tombos de la
a. M. p. m.
"Usa como es menester de las criaturas visibles, del mismo modo que usas de la tierra, del mar, del cielo, del alba, de las fuentes y de los ríos, y todo cuanto en ellos encuentres de bello y admirable refiérelo a la alabanza y a la gloria del Creador. No te entregues a este astro luminoso, en el cual se alegran los pájaros y las serpientes, las bestias salvajes y los animales domésticos, las moscas y los gusanos. Déjense bañar tus sentidos por esta luz sensible y con todo el afecto de tu espíritu abraza esta luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jo. 1, 9) y de la cual dice el profeta: Volveos todos a El, y seráis iluminados, y no cubrirá el oprobio vuestros rostros (Ps. 33, 6). Si somos, pues, el templo de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros (cf. 1 Cor. 3, 16), lo que cada fiel lleva en su alma tiene más valor que lo que se admira en el cielo.

(15) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 6, pp. 77-79.

Aunque os damos estas exhortaciones y estos consejos, amadísimos, no es para que despreciéis las obras de Dios o para que penséis que en las cosas que Dios ha creado buenas (cf. Gen. 1, 18) puedo haber algo contrario a la fe, sino para que uséis con mesura y razonablemente de toda la belleza de las criaturas y del ornato de este mundo (ibid. 2, 1), ya que, como dice el Apóstol, las cosas visibles son temporales, las invisibles son eternas (1 Cor. 4, 18). Hemos nacido para la vida presente, pero hemos renacido para la vida futura; no nos entreguemos, pues, a los bienes temporales, sino apliquémonos a los eternos; y, a fin de que podamos contemplar más de cerca el objeto de nuestra esperanza, consideremos, en el misterio mismo de la natividad del Señor, lo que la gracia divina ha conferido a nuestra naturaleza" (16).

Y con vuelo de águila, San León se remonta a la luz eterna, incandescente y encandilante, en el seno del misterio Intratrinitario. Desde allí el Verbo, que es el resplandor del Padre, Luz de Luz, ha recibido la misión de disipar las tinieblas del mundo:

Lección 16 "El resplandor que engendra la luz no es, en efecto, posterior a la luz, y la luz verdadera jamás está privada de su resplandor, y así como le es esencial brillar siempre, así también le es esencial existir siempre. La manifestación de este resplandor se llama misión, y por ella Cristo se ha aparecido al mundo. Sin duda alguna. El lo llenaba todo de su invisible majestad; pero, como saliendo de un retiro muy cerrado y profundo, ha venido hasta aquellos que no le conocían cuando hizo desaparecer la ceguera de su ignorancia, y, como está escrito, la luz se ha levantado sobre los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte (cf. Is. 9, 2; Lc. 1, 79)" (17).

Así pues el misterio de la Encarnación del Verbo, de su aparición en el mundo, de su introducción en la historia, no es sino la culminación de un largo proceso de preparación pre cristiana, ya mediante los tipos y figuras del

(16) Hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 6, p. 136.

(17) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (25) 3, p. 92.

Antiguo Testamento, ya a través de los balbuceos de la filosofía antigua que con su misma incapacidad para salvar a los hombres estaba tendiendo los brazos a la Sabiduría encarnada, ya incluso mediante la imploración inconsciente que expresaban los fieles de los cultos idolátricos al suplicar la iluminación de lo alto. Cristo es el Esperado, la Sabiduría, el Sol. Terminemos este apartado con un texto complejo del Santo:

"Cesen, pues, los lamentos de los que por murmuraciones implas critican el plan divino sobre la tardanza del nacimiento del Señor, como si lo que se realiza en los últimos tiempos del mundo no beneficiase a los siglos pasados.

En efecto, lo que aporta la encarnación del Verbo mira tanto al pasado como al futuro, y ninguna época pasada fue privada del sacramento de la salvación de los hombres. Lo que predicaron los apóstoles es lo mismo que anunciaron los profetas. No se ha cumplido tardíamente lo que siempre se ha creído. Pero Dios, al diferir, en su sabiduría y en su bondad (cf. Tit. 3, 4), la obra de salvación, nos ha hecho más aptos para responder a su llamada, pues lo que había sido predicho por múltiples signos, múltiples palabras, múltiples ritos figurativos (*quod multis signis, multis vocibus, multisque mysteriis*) (18), no podía ser ambiguo en estos días del Evangelio, y la natividad del Señor, que había de sobrepasar todos los milagros y toda la capacidad de la inteligencia humana, engendraría en nosotros una fe tanto más firme cuanto que había sido precedida por anuncios más antiguos y frecuentes. No es, pues, cierto que Dios se ha interesado en los asuntos humanos cambiando de plan y como movido por una tardía misericordia; antes al contrario, desde la creación del mundo decretó para todos una sola y misma causa de salvación. La gracia de Dios, en efecto, fuente constante y universal de justificación para los santos, ha aumentado, no comenzado, cuando Cristo nació. Este misterio del gran amor que ha lle-

(18) R. Dello comenta así estas palabras: "Los *signa* se oponen a las voces, estas explicando a aquellas; en cuanto a los *mysteria*, designan los ritos simbólicos de la antigua ley, que prefiguraban de una manera escondida las realidades de la nueva economía, la del Evangelio": Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, II, 13, nota 4.

nado ahora el mundo entero fue ya tan poderoso en sus mismos siglos, que los que creyeron cuando fue prometido no han sido menos beneficiados que los que lo han recibido cuando fue dado (*Gratia anim Dei, qua semper est universitas justificata sanctorum, aucta est Christo nascento, non coepta; et hoc magnae pietatis sacramentum, quo totus iam mundus impietis est, tam potens etiam in suis significationibus fuit, ut non minus adepti sint qui illud credidere promissum, quam qui suscipere donatum*)" (19).

D. MARAVILLA DE DIOS Y CAUSA DE NUESTRA ALEGRIA

La Encarnación del Verbo es una de las maravillas más impresionantes que hombre alguno hubiera podido soñar. Para describir un acontecimiento tan grandioso San León empleará términos encendidos y solemnes:

"Dios, pues, el Hijo de Dios, igual al Padre, teniendo del Padre la misma naturaleza que el Padre. Creador y Señor del universo, estando presente todo y en todas partes, desbordándolo todo, en el curso del tiempo, que transcurre según su disposición, ha escogido este día para nacer de la bienaventurada Virgen María y salvar al mundo" (20).

Así pues, en el prolongado devenir del tiempo, que es expresión continuada de la Providencia divina, surge el admirable "hoy" de la Encarnación. San León canta la gloria de este "hoy" capital en la historia de la humanidad:

"Hoy, amadísimos, ha nacido nuestro Salvador. Alegrémonos. No es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida para acabar con el temor de la muerte y llenarnos de gozo con la eternidad prometida. Nadie se crea excluido de participar en este regocijo, pues una misma es la causa de la común alegría, ya que nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, así como a nadie halló libre de culpa, así vino a librar a todos del

(19) *Himn. sobre la Natividad del Señor* 3 (22) 4, pp. 82-83.

(20) *Ibid.* 1, p. 78.

pecado. Exulte el santo, porque se acerca el premio; alégrese el pecador, porque se le invita al perdón; álmese el gentil, porque se le llama a la vida" (21).

La luz eterna de Dios se ha refractado sobre el mundo, en concomitancia con el sol que retoma sus bríos el 25 de diciembre, a partir del cual los días comienzan a hacerse más largos. Hoy ha nacido el eterno, hoy es tocado el intocable, hoy es visto el invisible:

"Todos los días y en todo momento, amadísimos, se presenta a las almas de los fieles ocupados en meditar las cosas de Dios el pensamiento de la venida de nuestro Señor y Salvador, nacido de una madre virgen. Impulsada el alma a alabar a su Creador, bien en los gemidos de la plegaria, o en el gozo de la alabanza, o en la ofrenda del sacrificio, nada hay sobre lo que ella fije más frecuentemente y con mayor fe su mirada espiritual que esta verdad de que Dios, el Hijo de Dios, engendrado por el Padre que le es coeterno, ha nacido de un parto humano. Pero este nacimiento, que debe ser adorado en el cielo y en la tierra, ningún día nos lo enseña mejor que ésta, y nos llena del resplandor de este admirable misterio, ya que una luz nueva brilla en los mismos elementos naturales. Pues no sólo nuestra memoria lo recuerda, sino que, en cierto modo, nuestros ojos contemplan el diálogo del ángel Gabriel con María, atónita, y la concepción por obra del Espíritu Santo, admirable en su promesa como en la fe que la recibe. Hoy, en efecto, ha nacido de un seno virginal el Autor del mundo, y el que ha hecho todas las cosas ha venido a ser el hijo de la que El había creado (*et qui omnes naturas condidit, ejus est factus filius quam creavit*). Hoy el Verbo de Dios se ha mostrado revestido de carne, y lo que jamás pudieron ver los ojos, en adelante pueden tocarlo las mismas manos humanas (cf. 1 Jo. 1, 1). Hoy han conocido los pastores, por las palabras de los ángeles, que ha nacido el Salvador en la sustancia de nuestro cuerpo y de nuestra alma (cf. Lc. 2, 11), y hoy a los que rigen la grey del Señor se les confía una forma nueva de evangelizar, pues también declinamos con el ejército de las milicias celestiales: Gloria a Dios en las

(21) Hom. sobre la Natividad del Señor I (21) I, p. 40

alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (ibid. 14;" (22).

Ante un espectáculo tan esplendoroso no cabe sino la alabanza. Dios se enamoró de nuestra humildad, y al envolverse en pañales, mostró hasta qué punto la redención excede el nivel de la creación:

"Exulten los justos en el Señor (cf. Ps. 32, 1), y los corazones de los fieles en la alabanza de Dios. Proclamen sus maravillas los hijos de los hombres (cf. Ps. 106, 8), pues por esta obra de Dios conocemos principalmente el precio elevado en el que el Creador ha valorado nuestra humildad. El que habla dado ya mucho al género humano en su origen creándonos a su imagen, ha otorgado mucho más en nuestra restauración, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil (cf. Fil. 2, 7)" (23).

Cobran aquí todo su sentido aquellas palabras que la liturgia tanto ama: "Este es el día que hizo el Señor", el día sin ocaso, incompatible con cualquier reliquia de frieteza carnal:

"Exultemos en el Señor, amadísimos, y alegrémonos con un gozo espiritual, pues se ha levantado para nosotros el día de una nueva redención, día preparado desde largo tiempo, día de una felicidad eterna (quia illuxit vobis dies redemptionis novae, praeparationis antiquae, felicitatis aeternae)" (24).

En adelante ya no subirán de la tierra los gritos de-

(22) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (20) 1, pp. 95-96. En otro sermón navideño, tras aludir al canto de los ángeles, dice: "La gloria de Dios es la infancia de Cristo, que nace de una madre virgen, y la restauración de la humanidad se incluye con razón en la gloria de su Autor"; Hom. sobre la Natividad del Señor 9 (20) 1, p. 112. Estas palabras recuerdan aquellas de San Ireneo: "Gloria Dei vivens homo; illa autem hominis visio Dei" (Adv. Haer. IV, 20, 7; PG 7, 1037). Comenta R. Dolle: "Si el hombre que vive de la visión no Dios realiza la gloria divina, esto es sobre todo verdadero del hombre perfecto que es Jesucristo, el nuevo Adán, que vino a restaurar esta gloria entre los hombres"; Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 178, nota 4.

(23) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 2, p. 85.

(24) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 1, p. 72.

safiantes e inarmónicos de los hombres pecadores que blasfeman de Dios, condenados a morir y perecer para siempre. La Encarnación del Verbo ha reintroducido la armonía en el seno de la historia:

"La anuncian los ángeles, cantando jirones de gozo: Gloria a Dios en las alturas; y proclaman: En la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc. 2, 14). Ven ellos, en efecto, que la Jerusalén celeste se levanta en medio de las naciones del mundo. ¿Qué alegría no causará en el humilde mundo de los hombres esta obra inefable de la bondad divina, si provoca tanto gozo en la esfera sublime de los ángeles?" (25).

Un solo himno de alabanza se elevará hacia el cielo, entonado por los coros angélicos, testigos presenciales de la maravilla, y los coros litúrgicos de los hombres. A lo largo de los siglos éstos no harán sino unir sus voces — una voce — a las de los espíritus celestes.

2. EL MISTERIO SALVIFICO DE LA UNION HIPOSTATICA

Si se quiere llegar a la napa más profunda de esa maravilla que es la Encarnación, en cuanto a nuestro corto entendimiento le ha sido permitido, es menester considerar el misterio de la unión hipostática. Así lo hace San León, y de manera magistral. Ya hemos dicho que el Santo jamás dejó de lado en sus sermones el elemento doctrinal. Navidad no es tan sólo un recuerdo emocionado ante el espectáculo del pesebre. Navidad es por sobre todo el misterio incommensurable de la unión de dos naturalezas en la persona del Hijo de Dios.

A. LA UNION HIPOSTATICA EN SI

Al modo de un heraldo anuncia San León la irrupción

(25) Rom, sobre la Natividad del Señor I (31) 2, p. 71.

histórica de este misterio — el segundo nacimiento del Verbo —, frente al cual las palabras caducan, dejando lugar únicamente para la admiración. Sólo en un momento ulterior cabrá el análisis doctrinal del misterio que primero ha sido cantado.

"Al llegar, pues, amadísimos, los tiempos señalados para la redención del hombre, nuestro Señor Jesucristo, de lo alto de su sede celestial, baja hasta nosotros. Sin dejar la gloria del Padre, vino al mundo según un modo nuevo, por un nuevo nacimiento. Modo nuevo, ya que, invisible por naturaleza, se hizo visible en nuestra naturaleza; Incomprensible, ha querido hacerse comprensible; el que fue antes que el tiempo, ha comenzado a ser en el tiempo; señor del universo, ha tomado la condición de siervo, velando el resplandor de su majestad; Dios impasible, no se ha desdichado de ser hombre pasible; inmortal, se somete a la ley de la muerte. Ha nacido según un nuevo nacimiento, concebido por una virgen, nacido de una virgen, sin la concupiscencia de la carne paterna, sin que se atentase a la integridad de su madre. Tal origen convenia, en efecto, al que sería el salvador de los hombres, para que tuviese en sí la naturaleza de la sustancia humana y no conociese lo que mancha la carne del hombre. Pues el Padre de este Dios que nace en la carne es Dios..." (26).

Y tras el canto laudante, la penetración intelectual en el misterio, tarea que para San León no es un elemento distractivo en la celebración sino que, como ya lo hemos explicado páginas atrás, integra necesariamente el acto de culto. Se tratará, eso sí, de una penetración intelectual en el seno de la alabanza, que nunca abandona sus labios.

"Por este nacimiento admirable, la virgen santa ha dado al mundo una persona única, verdaderamente humana y verdaderamente divina, pues las dos sustancias no han retenido sus propiedades de tal manera que pueda

(26) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 2, pp. 73-74.

hacerse una distinción de personas (27). No se puede decir que la criatura haya sido asumida para ser asociada al Creador, de modo que El la habitase y ella fuese su morada. No; las dos naturalezas no han sido mezcladas la una con la otra. Y aunque una es la que es recibida, y otra la que recibe, es tal la unidad de esta diversidad respectiva, que no hay más que un solo hijo, que, en cuanto que es hombre, se dice que es inferior al Padre (cf. Jo. 14, 28), y en cuanto es Dios, se declara igual al mismo (ibid. 10, 30)" (28).

Con aceradas frases denuncia nuestro Santo la ceguera de los arrianos que les impide captar la unidad de las dos naturalezas: no aceptando que el Hijo de Dios comparte con el Padre la misma sustancia y la misma gloria, al ver cómo Jesús tenía una condición servil, creyeron que el Hijo era inferior al Padre, apartándose así de la recta fe católica. Es cierto, precisa el Santo, que en su condición de siervo, que el Hijo tomó en el tiempo para nuestra salvación, es realmente inferior al Padre; pero en su condición de Dios, que tenía desde toda la eternidad, es enteramente igual al Padre. Como Dios, hizo al hombre; como siervo, se hizo hombre. Y así como la condición de Dios no suprime la condición de siervo, así tampoco la condición de siervo menoscaba en nada su condición divina. El misterio del Verbo encarnado es el misterio de la unión de la fuerza con la debilidad. Cristo asumió todo lo humano, especialmente la derelicción del hombre, para repararlo a éste desde adentro (29). Y concluye admirablemente:

(27) Con motivo de esta frase anota H. Dolle: "Si las dos naturalezas, divina y humana, no hubiesen unido e intercambiado sus propiedades, se hubiese podido y debido concluir que se referían a personas distintas; por el contrario, se han unido al servicio de una persona única, y están tan íntimamente que no se puede en la-se a ellas distinguir o dividir la persona; ésta posee igualmente las propiedades de las dos naturalezas y se sirve de ellas a su arbitrio". Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 10, nota 2.

(28) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (23) 1, pp. 70-80. Señala el P. Garrido que todo este párrafo reproduce los anatematismos de San Cirilo de Alejandría y de la doctrina del Concilio de Ereso contra Nestorio: cf. *ibid.*, nota 18.

(29) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 3 (23) 2, pp. 80-81.

"Al levantar la humanidad, no ha disminuido la divinidad, pues este anonadamiento por el que el invisible se hizo visible fue una inclinación de su misericordia y no una dimisión de su poder (*inclinatio fuit misericordiae, non defectio potestatis*)" (30).

Llama la atención el lugar que ocupa la exposición del misterio de la unión hipostática en las homilias de San León acerca de la Navidad. Una y otra vez vuelve sobre dicho misterio. Se ve que lo considera fundamental para entender la Encarnación del Verbo, así como todo el proceso de la redención. Humildad humana y majestad divina coexisten en Cristo, insiste el Santo Doctor, sometido al tiempo según nuestra condición, uno con su Padre en la sustancia (31). Unidad tan perfecta entre ambas naturalezas que nada de lo que hay en Dios se ha separado de la humanidad y nada de lo que hay en la humanidad se ha desunido de la divinidad (32). En este único Hijo de Dios y del hombre, agrega, se encuentran plenamente la divinidad, en la que no ha tenido parte su madre, y la humanidad, en la que no ha intervenido padre humano alguno. Y por eso, lo que la Virgen, fecundada por el Espíritu Santo, dio al mundo, fue a la vez un hijo de su linaje y el Autor de su raza (33).

"En modo alguno separemos la naturaleza visible de la que es invisible, la corporal de la incorporea, la pasible de la impasible, la que es intocable y a la que se puede palpar, la condición de esclavo de la condición divina. Aunque una existe inmutable desde siempre y la otra ha comenzado a existir en el tiempo: sin embargo después de su unión no pueden ser separadas ni tener fin. La que eleva y la que ha sido elevada, la que glorifica y la que recibe la gloria, se unieron de tal forma la una a la otra, que, en el ejercicio de la omnipotencia como en la aceptación de los oprobios, no se separaba en Cristo lo divino de lo humano (*ita sibi met inhaeserunt, ut sive in omnipotentia, sive in contumelia, nec di-*

(30) *Ibid.* p. 21.

(31) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 3 (25) 3, p. 93.

(32) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 3 (26) 1, p. 106.

(33) Cf. *ibid.* 2, p. 107.

vina in Christo careant humanis, nec humana divina)" (34).

Tal es el sentido de la expresión juanina: "El Verbo se hizo carne". El nacimiento en la carne, explica San León, nada ha restado a la majestad del Hijo de Dios, ya que la esencia divina es inmutable, incapaz de disminución o de acrecentamiento. Las palabras "el Verbo se hizo carne" no significan pues que la naturaleza de Dios se haya cambiado en carne, sino que la carne — por la que hay que entender a todo el hombre — ha sido tomada por el Verbo para ser asumida en la unidad de la persona divina. Por la Encarnación Dios se ha unido tan íntimamente al hombre, que el que había sido engendrado fuera del tiempo, de la esencia del Padre, ha nacido también en el tiempo, del seno de María, haciéndose humilde en nuestra condición el que permanecía todopoderoso en la suya ("nisi in nostris fieret humilis, qui omnipotens permanebat in suis") (35).

No podemos pasar por alto el papel que nuestro Santo asigna a la Santísima Virgen en esta gesta de Dios. Como sobre ello nos extenderemos más adelante, baste por ahora tomar nota del eminente lugar de nuestra Señora en el misterio fontal de nuestra salvación:

"Para que esto sucediera, Cristo fue concebido, sin la intervención de un hombre, de una virgen quo el Espíritu Santo y no una unión carnal hizo fecunda. Y mientras que en todas las madres no se hace la concepción sin la mancha del pecado, esta mujer encontró su purificación en el mismo que ella concibió. Pues donde no interviene el semen paterno no se mezcla tampoco el pecado original. La virginidad inviolada de la madre desconoce la concupiscencia. Se tomó de la madre del Señor la naturaleza, no la culpa (36). La naturaleza del siervo fue creada sin la condición servil, pues el hombre nuevo fue unido al antiguo (Ef. 2, 15), de tal

(34) Hum. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 8, p. 119.

(35) Cf. Hum. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 2, pp. 101-102.

(36) Quizás San León no vio el privilegio de la Immaculada Concepción con la claridad con que lo vemos nosotros.

modo que tomó toda la realidad de su raza, excluyendo todo lo que viciaba su origen (*ut et veritatem susciparet generis, et vitium excluderet volustatis*)” (37).

“¿Qué quiere esto decir sino que el Verbo se ha hecho carne, que el Creador del mundo ha nacido pasando por el seno de una virgen, que el Señor de la majestad so ha conformado al modo de nacer de los hombres, y que, sin que la mancha inserta en toda semilla terrenal se haya mezclado en esta concepción espiritual, ha tomado, sin embargo, de su madre, la naturaleza humana y ella sola para revestirse de una carne verdadera?” (38).

Así San León va delineando poco a poco, en términos notablemente precisos, su doctrina acerca de la unión hipostática. Sus incesantes intervenciones en las grandes querellas teológicas de su siglo, lo marcaron con el sello de la cristología. La síntesis de su doctrina sobre Cristo — tan admirablemente expuesta en las homilias — ha quedado por así decirlo cristalizada en su carta a Flaviano, y puede ser formulada así: las dos naturalezas, divina y humana, se unen en el Cristo único, sin mezcla ni confusión, conservando sus propiedades respectivas, pero comunicándose entre sí gracias a la unidad de persona y al servicio de ésta. No deja de ser interesante el hecho de que esta doctrina aparezca no sólo en sus sermones con motivo de la Navidad sino también en casi todas sus homilias sobre los otros misterios de la vida de Cristo que se celebran en la liturgia: la Epifanía, la Pasión, la Pascua, la Ascensión, la Transfiguración, y, como es obvio, en el sermón que pronunciara acerca de las dos naturalezas de Cristo contra Eutiques (39). San León es, evidentemente,

(37) Hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 3, p. 75.

(38) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (26) 1, p. 82.

(39) De un modo general podemos indicar como textos muy importantes para su doctrina cristológica las hom. sobre la Natividad del Señor 1 (21) np. 69-72; 5 (25) pp. 80-94; 7 (27) pp. 100-106; 8 (28) pp. 116-111; hom. sobre la Cuarecena 6 (41) pp. 192-195; 9 (47) np. 100-106; hom. sobre la Pasión del Señor 2 (53) pp. 220-222; 11 (62) pp. 251-258; 13 (64) pp. 262-268; 14 (65) pp. 266-269; 17 (68) pp. 270-285; 18 (69) pp. 282-297; hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) pp. 297-302; sobre el ayuno de septiembre 6 (91) pp. 343-348; y contra Eutiques (96) pp. 380-382.

el teólogo de la unión hipostática, misterio que marca no solamente el carácter de sus sermones sino incluso su propia psicología.

Transcribamos algunos textos tomados de los sermones mismos de Navidad, donde el Santo Doctor aplica las paradojas que se derivan del misterio de la unión hipostática a ulteriores momentos de la vida pública de Cristo:

"El hombre asumido en el Hijo de Dios ha entrado en comunión con la única persona de Cristo desde el principio de su existencia corporal. No ha sido concebido sin la divinidad; no ha sido dado al mundo sin la divinidad; no ha sido alimentado sin la divinidad. El mismo estaba en los milagros y en las humillaciones; crucificado, muerto y sepultado, según la debilidad de su humanidad; resucitado al tercer día, según el poder de su divinidad, ha subido al cielo y se sienta a la diestra de Dios Padre, y ha recibido de Dios Padre en su naturaleza humana lo que El mismo había dado en su naturaleza divina" (40).

"Habiendo reconocido las señales visibles de la doble naturaleza, adoramos al Verbo en Cristo hombre, y a Cristo hombre en el Verbo... El mismo es en la condición divina y el que ha tomado la condición de esclavo (cf. Fil. 2, 8-7). El mismo es el que sigue siendo incorporeal y el que ha asumido un cuerpo. El mismo es el que es inviolable en su poder y el que es pasible en nuestra debilidad. El mismo es el que no se aleja del trono del Padre y al que los impíos crucificaron sobre el madero. El mismo es el que, vencedor de la muerte, se eleva por encima de los cielos y el que se queda con la Iglesia universal hasta el fin del mundo (cf. Mt. 28, 20). El mismo es, finalmente, el que ha de venir con la misma carne con la que se elevó, y el que estuvo sometido al juicio de los impíos, juzgará las acciones de todos los mortales" (41).

Como se ve, el misterio de la Encarnación, centrado en la unión hipostática, ilumina y da sentido a todos los pasos de la vida de Cristo, desde su Navidad hasta su última

(40) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (28) B, p. 110.

(41) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) B, p. 118.

venida para juzgar a la humanidad entera. Esta doctrina, tan medular en los sermones de nuestro Santo sobre la Navidad, es retomada en su notable homilía sobre las dos naturalezas de Cristo, contra el hereje Eutiques, en cuyo transcurso dice así:

"El Verbo de Dios Padre proclama, pues, por el poder de su divinidad y por la debilidad de su carne, que la naturaleza humana le está unida. Por eso posee un cuerpo, que realiza acciones corporales, y por eso posee la divinidad, que manifiesta los signos de su poder espiritual.

Es propio de un hombre tener hambre, tener sed, dormir. Es propio de un hombre temer, llorar, estar triste. Es propio de un hombre, en fin, ser crucificado, morir, ser sepultado. Pero es propio de Dios andar sobre el mar, cambiar el agua en vino, resucitar a los muertos, hacer temblar el universo cuando El muere, elevarse por encima de los cielos con su propia carne vuelta a la vida" (42).

Cerremos este apartado como lo hemos abierto: con un texto laudante del Santo, que de tanto en tanto se ve obligado a interrumpir los precisos análisis de sus sermones navideños, para elevar a Dios un canto de admiración y gratitud:

"Celebramos, pues, amadísimos, el día del nacimiento del Señor, día escogido entre todos los tiempos pasados. Sin duda, el desarrollo de los hechos materiales, tal como los había previsto la decisión divina, ha pasado ya. La humildad del Señor ha sido enteramente elevada hasta la gloria de la majestad de su Padre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en lo más alto del cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua proclame que Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2, 10-11). Sin embargo, no cesamos de ado-

(42) Hom. contra la herejía de Eutiques (98) 2, p. 122. Esta homilía fue pronunciada en la basílica de Santa Anastasia, donde habitualmente se celebraba la misa de Aurora de la Navidad, para poner en guardia a los fieles de Roma ante la llegada de unos comerciantes que habían venido de Alejandría y propagaban la herejía de Eutiques.

rar al parto de la Virgen que nos trajo la salvación, y esta unión indisoluble del Verbo y de la carne no la contemplamos menos en el pesebre, donde yace, que sobre el trono sublime de su Padre, donde se sienta. Sin duda, la divinidad inmutable conservaba en sí misma su gloria y su poder, y, aunque no apareciese a los ojos de los hombres, no por eso no se encontraba en lo más profundo del recién nacido. Por eso, en los comienzos del que era un hombre verdadero, comienzos que escapan a la norma común, se podía reconocer que el nacido era a la vez el Señor y el hijo de David (cf. Mt. 22, 45)" (43).

B. LA UNIÓN HIPOSTÁTICA COMO CONDICIÓN DE SALVACIÓN

La unión hipostática no es tan sólo un misterio "teológico", susceptible de contemplación y adoración, sino también un misterio "económico", es decir ordenado a la redención de los hombres. Si la naturaleza divina y la humana se desposaron en el lecho nupcial de la persona divina del Verbo, no fue sino para nuestra salvación. El hombre de por sí no era capaz de cubrir el foso que separaba a la humanidad de la divinidad. Sólo Dios podía salvar la abismal distancia. La Encarnación es el misterio de las distancias salvadas.

"En vista de la ruina general de todo el género humano, no había en los secretos de la sabiduría divina más que un solo remedio para socorrer a los que estaban postrados sobre la tierra: esto es, que naciese un hijo de Adán ajeno a la culpa original e inocente, que pudiese ayudar a los otros con su ejemplo y con su mérito. Pero esto no era posible según la generación natural,

(43) Hom. sobre la Natividad del Señor 9 (29) 2, pp. 112-113. Más adelante agrega: "Por eso, oh Israel, si fueses fiel a la dignidad de tu nombre, si leyeseas los anuncios proféticos con un corazón no obcecado, Isaias te revelaría la verdad del Evangelio..."; p. 113. Según una interpretación que ha recibido de San Agustín (cf. En. in Ps. 73, 3: PL. 36, 959), para nuestro Santo, Israel significa "el que ve a Dios", el corazón de los judíos, enceguido por la incredulidad, no sabe ver al Mesías en los textos proféticos que lo anunciaban.

y la descendencia, viciada en su raíz, no podía existir sin este semén, del cual dice la Escritura: ¿Quién podrá sacar pureza de lo impuro? (Job 14, 4). El Señor de David ha sido hecho hijo de David, y del fruto del germen prometido ha brotado una prole sin defecto. Las dos naturalezas se han encontrado en una sola persona. Por la misma concepción y el mismo parto ha sido engendrado nuestro Señor Jesucristo, en el que habitan la verdadera divinidad para realizar las obras admirables y la verdadera humanidad para sufrir la pasión" (44).

Al hombre que yacía, "postrado sobre la tierra", no le quedaba otra esperanza que una solución que viniese de lo alto, un Dios que "se abajase", "se anonadase", se hiciese gusano para asumir al hombre caído y levantarlo desde el polvo de su miseria:

abaja
"Por nuestra debilidad se ha empequeñecido, para aquellos que no podían alcanzarle, y ha cubierto con el velo de un cuerpo el esplendor de su majestad, que la mirada del hombre no podía soportar. Por eso se ha dicho que se anonadó (Fil. 2, 7), como si se hubiese desposeído de su propio poder cuando, en este abatimiento por el que ha venido en nuestra ayuda, se ha abajado no sólo con respecto al Padre, sino también con respecto a sí mismo. Pero en este descenso no ha faltado a lo que tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo de ser lo que es: para que entendamos que pertenece a la omnipotencia que aquel que, según nuestra condición, es menor, no lo sea según la propia" (45).

En Cristo, Dios celebró sus nupcias con el hombre. Por su mediación, el Dios eterno entró en el flujo de la historia pecadora sin asumir para nada el pecado, en orden a salvar a la humanidad desde adentro. Gracias a la Encarnación del Verbo, la gloria de Dios se desdoso con el estado servil en que vivía el hombre, quedando intactas las propiedades tanto de su divinidad como de su humanidad. Tal fue la condición elegida por Dios para nuestra redención:

(44) Hom. sobre la Natividad del Señor 8 (26) 3, p. 107.

(45) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (23) 2, pp. 80-81.

"Así, pues, el Verbo, el Hijo de Dios, que en el principio estaba en Dios, por quien han sido hechas todas las cosas y sin el cual ninguna cosa ha sido hecha, se hace hombre para liberar a los hombres de la muerte eterna. Para tomar la bajeza de nuestra condición al que fuese disminuida su majestad, se ha abajado de tal forma que, permaneciendo lo que era y asumiendo lo que no era (*manens quod erat, assumens quod non erat*), unió la condición de siervo a la que El tenía igual al Padre, realizando entre las dos naturalezas una unión tan estrecha, que ni lo inferior fuera absorbido por esta glorificación ni lo superior fuese disminuido por esta asunción (*ut nec inferiorem consumeret glorificatio, nec superiorem minueret assumptio*). Al salvarse las propiedades de cada naturaleza y reunirse en una sola persona, la majestad se reviste de humildad; la fuerza, de debilidad; la eternidad, de caducidad; para pagar la deuda debida por nuestra condición, la naturaleza Inviolable se une a una naturaleza pasible, el verdadero Dios y el verdadero hombre se asocian en la unidad de un solo Señor. De este modo, el solo y único Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim. 2, 5), puede, como lo exigía nuestra curación, morir, en virtud de una de las dos naturalezas, y resucitar, en virtud de la otra (*et mori posset ex uno, et resurgere posset ex altero*)" (46).

Evidentemente, Dios ama las paradojas. Un Dios que se abaja será el correctivo divino del hombre que no trepidó en trascenderse orgullosamente según se lo había sugerido la tentación diabólica, pretendiendo hacerse como Dios, con el solo recurso de sus fuerzas, al modo pelagiano:

"Para curar las enfermedades, para dar vista a los ciegos, para resucitar a los muertos, ¿qué hay más conveniente que curar las heridas del orgullo con los remedios de la humildad? Descuidando Adán los preceptos de Dios, introdujo el castigo del pecado. Jesús, nacido sujeto a la ley (cf. Gal. 4, 4), restituye la libertad de la justicia (cf. 1 P. 2 16) (47). Aquél, escuchando al

(46) Hom. sobre la Natividad del Señor 1 (21) 2, pp. 70-71.

(47) R. Dolle así comenta el texto que estamos citando: "El pecado del primer hombre, y tras él, todos los pecados de los hombres, encadenaban la voluntad humana bajo la esclavitud del mal

diablo hasta cometer el pecado, meració que todos muriesen en él; éste, obedeciendo al Padre hasta morir en la cruz, hizo que todos encontrasen vida en Él. Aquél, sediento de honor debido a los ángeles, perdió la dignidad propia de su naturaleza; éste, tomando la condición de nuestra debilidad, colocó en el cielo a los mismos por los que había descendido hasta los Infernos (*propter quos ad inferna descendit, eosdem in caelestibus collocavit*). Finalmente, a aquél, caído por su orgullo, se le ha dicho: *Eres tierra, y a la tierra irás* (Gen. 3, 19); y a éste, exaltado por haberse humillado, se le ha dicho: *Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies* (Ps. 109, 1^a) (48).

C. LA FE EN LA UNION HIPOSTATICA: REQUISITO PARA LA CELEBRACION

Al tratar de la estructura de la celebración hemos visto cómo la fe recta y ortodoxa en los misterios era condición insustituible para que pudiesen ser legítimamente celebrados. La fe está, lo dijimos, en el meollo de la celebración, al tiempo que la celebración ayuda a consolidarla y acrecentarla.

No resulta pues extraño que San León, en sus sermones sobre la Navidad, insista en la necesidad de que sus fieles sostengan la recta doctrina, especialmente en relación con el misterio central de la unión hipostática, previniéndoles asimismo de las herejías contrarias. Citemos a este respecto un texto algo largo pero que nos pone al tanto de las herejías cristológicas que por ese entonces circulaban en el ambiente eclesiástico:

y del demonio y le quitaban la verdadera libertad: la obediencia de Jesús ha roto esta cárcel donde el nombre estaba cautivo: en adelante, por la gracia que Él ha adquirido para nosotros, se puede practicar la justicia y volver a encontrar la verdadera libertad. Esta verdadera libertad se opone a la falsa, la del pecador, que no es sino su caricatura y un velo para la malicia, según aquella palabra de S. Pedro, en la que San León ha podido pensar: *Quasi velamen habentes malitiae libertatem* (1 P. 2, 16)”: León le Grand, *Sermons I*, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 134, nota 2.

(48) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (25) 5, v. 94.

"Si pasamos revista a casi todas las opiniones de los autores de errores, que llegan hasta negar la existencia del Espíritu Santo, nos encontramos con que casi ninguno ha sido engañado sin haber abandonado la creencia en la verdad de las dos naturalezas asociadas en la única persona de Cristo. Unos han atribuido al Señor sólo la humanidad, otros sólo la divinidad. Otros han dicho que efectivamente en El está la divinidad, pero que su humanidad era aparente (49).

Otros han reconocido que tenía una carne verdadera, pero no la naturaleza de Dios Padre; y, atribuyendo a la divinidad lo que es propio de la naturaleza humana, se han inventado un Dios más grande y otro más pequeño, siendo así que no puede haber grados en la divinidad verdadera, pues lo que es menos que Dios no es Dios (50).

Otros reconocen por cierto que no puede haber distancia entre el Padre y el Hijo; pero, no pudiendo concebir la unidad de la divinidad más que en la unidad personal, afirmaron que el Padre era la misma persona que el Hijo, de modo que a él perteneció nacer y ser alimentado, sufrir y morir, ser sepultado y resucitar, al mismo que en todo hacía de persona del hombre y del Verbo (51).

Algunos creyeron que el Señor Jesucristo tenía un cuerpo no formado de nuestra sustancia, sino de elementos superiores y más sutiles (52). No falta quienes pensaron que no había alma humana en la carne de Cristo, sino que la divinidad del Verbo tuvo la misión de alma en él (53). Su temeridad les llevó a decir que

(49) Se refiere a los docetas, y secundariamente a los maniqueos. Los docetas afirmaban que Cristo no tomó un cuerpo verdadero sino aparente; los maniqueos negaban también la veracidad del cuerpo, ya que, según ellos, todo lo material era intrínsecamente malo.

(50) Aquí parece referirse a los arrianos, según los cuales Cristo era divino pero no era Dios; al bien existe desde toda la eternidad, fue creado, y por tanto es creatura, inferior al Padre, pur no ser de su misma sustancia.

(51) Alude a una herejía llamada "monarquianismo" o también "sabelianismo". Los discípulos de Sabelio eran conocidos sabelianismo con el nombre de "patrisianos", por sostener que fue el Padre quien padeció en la cruz.

(52) Se refiere a diversas formas de la secta gnóstica.

(53) Alude a la herejía "apolinaria" según la cual el hombre en Jesús era incompleto, pues carecía de alma; la divinidad del Verbo hacía las veces de alma, de donde se podía sostener que el Verbo había sufrido en la Pasión.

habla un alma en el Señor, pero que le faltaba inteligencia, pues era suficiente la divinidad para cumplir en el hombre todas las funciones de la razón. Finalmente, se atrevieron a afirmar que una parte del Verbo había sido cambiada en carne; de modo que en la variedad múltiple de un solo dogma no sólo se aboliese la naturaleza de la carne y del alma, sino la misma esencia del Verbo.

Hay aún otros errores monstruosos, con cuya enumeración no quiero fatigar la atención de vuestra caridad. Pero, dejando a un lado lo que une entre sí el parentesco de sus blasfemias multiformes, pido a vuestra piadosa obediencia guardaros, sobretodo, de dos errores; el primero intentó levantarse, no impunemente, con el impulso de Nestorio, y el segundo, también enteramente condenable y execrable, ha brotado como consecuencia de los asertos de Euliques. El primero, en efecto, se atrevió a enseñar que la bienaventurada Virgen María era madre sólo de un hombre, de modo que se debía creer que no hubo ni en su concepción ni en su parto unión alguna del Verbo con la carne. Por lo mismo, el Hijo de Dios no se habría hecho también hijo del hombre, sino sólo se habría dignado unirse a un hombre ya creado. Esto no pueden soportarlo los oídos católicos (*quod catholicæ aures nequaquam tolerare potuerunt*); penetrados como ellos están de la verdad del Evangelio, saben muy firmemente que no hay para la humanidad esperanza alguna de salvación si el hijo de la Virgen no es al mismo tiempo también el Creador de su madre.

El otro autor sacrilego de una impiedad más reciente ha reconocido la unión de las dos naturalezas en Cristo, pero ha dicho que la unión misma tuvo por efecto dejar subsistir una sola de las dos naturalezas, dejando de existir totalmente la sustancia de la otra por un aniquilamiento, que no se podría producir más que por destrucción o separación. Estas afirmaciones son opuestas a una fe sana, que no puede acogerlas sin destruir el nombre cristiano. Si, en efecto, la Encarnación del Verbo es la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, y si en esto encuentra lo que era doble ha sido reducido a uno solo, únicamente la divinidad ha nacido del seno de la Virgen, y ella sola, en una apariencia simulada, tomó el alimento y creció corporalmente. Dejando a un lado todos los camelos ligados a la condición humana, hay que decir que la divinidad sola fue crucificada, la divinidad sola ha muerto, la divinidad so-

la ha sido sepultada. Para los que piensan así: no hay razón alguna para esperar la resurrección, y Cristo no es el primogénito de entre los muertos (Col. 1, 18). Si no hubiera habido hombre que pudiese ser matado, tampoco lo hubiera habido que debiese ser resucitado" (54).

Nadie que acepte alguna de las herejías anteriormente enunciadas está en condiciones de celebrar la Navidad. Porque si el hombre en Jesús queda mutilado o incompleto, el hombre no es enteramente salvado; y si la divinidad queda disminuida por la humillación de la encarnación, no es verdaderamente Dios quien se hace presente. En ambos casos, no hay salvación. Al mutilar la verdad estos herejes no hacían otra cosa que arrebatar a los hombres toda esperanza de salvación (55). En otro lugar — uno de sus sermones cuaresmales — San León expone admirablemente cuál deba ser el acto de fe del auténtico católico en lo que atañe a la unión hipostática:

"Atribuye al hombre que el niño nazca de una mujer, y a Dios que ni en su concepción ni en su nacimiento haya sido violada la virginidad de su madre. Reconoce la condición de siervo envuelta en pañales y recostada en un pesebro; pero confiesa también la condición del Señor, anunciada por los ángeles, proclamada por los elementos, adorada por los Magos. Entiende lo que tiene de humano cuando no evadió el banquete de boda. Aprueba lo que tiene de divino cuando cambió el agua en vino. Reconoce en El nuestros sentimientos cuando lloró al amigo muerto. Considera su poder divino cuando, por el mandato de su voz, devuelve la vida al mismo, siendo así que ya había después de cuatro días en la sepultura. Al hacer el barro con la tierra y la saliva, trabajó el cuerpo; pero que los ojos de un ciego, ungidos con

(54) Hom. sobre la Natividad del Señor 8 (28) 4-b, pp. 108-110.

(55) No deja de ser interesante que en otro sermón, hablando de la Sagrada Eucaristía, tras fustigar las herejías de Nestorio y Eutiques, diga: "De tal modo debéis comulgar de la mesa sagrada, que nunca os déis de la realidad del cuerpo y de la sangre de Cristo. Esto es lo que se toma por la boca y se cree por la fe, y en vano responden algunos Amen al disentan contra lo que reciben (Hoc enim cum sumitur quod fide creditur, et fructus ab illis amen respondetur a quibus contra illud quod accipitur disputatur)": hom. sobre las temporales de octubre 8 (91) 3, p. 345. ¿No es acaso la Eucaristía la prolongación de la Encarnación?

ase barro, hayan sido iluminados, no hay duda que revela ese poder que había reservado a la manifestación de su gloria y no dio a los principios de la naturaleza. Es propio de un hombre natural mitigar la fatiga del cuerpo reposando en el sueño; mas pertenece al Dios verdadero apaciguar con el Imperio de un mandato la violencia de la tempestad furiosa. Dar de comer a los hambrientos es propio de la benignidad humana y de un corazón sensible a lo social; pero alimentar con cinco panes y dos peces a cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, ¿quién se atreverá a negar que es obra de la divinidad? Al hacer cooperar con ella los servicios de una carne verdadera, mostraba que estaba en el hombre y el hombre en ella, pues la naturaleza humana no podía ser curada de las heridas causadas por la vejez original más que tomando el Verbo para sí carne en el seno de la Virgen y naciendo en una misma persona al mismo tiempo la carne y el Verbo" (56).

D. LA PAZ: FRUTO DE LA UNIÓN HIPOSTÁTICA

La unión de las naturalezas divina y humana en Cristo implica la cesación del estado de beligerancia que existía entre Dios y los hombres, la victoria de la paz. Si la paz es la tranquilidad en el orden, ninguna paz será más auténtica que aquella que proviene del orden restaurado entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano.

La participación en la celebración cultural de este supremo acto de paz, fruto de la unión hipostática, es así mismo fuente de paz para el fiel. Porque si bien es cierto que la Navidad constituye el mayor acto de glorificación de Dios que se haya elevado desde la tierra, también lo es que representa la mayor efusión de paz que haya descendido de lo alto. No en vano los ángeles cantaron junto a la cueva: **Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.** Entrar en la Navidad, que no es sino entrar en el misterio de la unión hipostática, implica consiguientemente entrar en la paz:

(56) Hom. sobre la Cuarecema 8 (46) 2 p. 191.

"El mejor modo de presentarle [a Cristo] un religioso homenaje es ofrecerle lo que El mismo nos ha dado. Pues ¿qué podemos encontrar en el tesoro de las liberalidades divinas que sea más a propósito para honrar la fiesta de hoy que esta paz que desde el nacimiento del Señor ha sido anunciada por el concierto de los ángeles? Pues ella, nutricia del amor y madre de la unidad (cf. Ef. 4, 3), es la que engendra a los hijos de Dios (cf. Mt. 5, 9). Ella es el reposo de los santos (cf. Ps. 4, 9) y la morada de la eternidad. Su obra propia y su beneficio particular es unir a Dios a los que se separa del mundo. De ahí que el Apóstol nos invita a buscar un bien tan grande, diciendo: **Habiendo recibido nuestra justificación de la fe, estamos en paz con Dios** (Rom. 5, 1); tal sentencia, no obstante su brevedad, resume los efectos de casi todos los mandamientos. Donde se encuentra la paz verdadera no puede faltar ninguna virtud. Pues, amadísimos, ¿qué es tener la paz con Dios sino querer lo que El ordena y no querer lo que El prohíbe? Si, en efecto, las amistades humanas requieren sentimientos idénticos y voluntades semejantes, y si la disparidad de costumbres no puede conducir jamás a un sólido acuerdo, ¿cómo podrá tener parte en la paz divina aquel a quien agrada lo que desagrade a Dios y el que desea encontrar su placer en cosas que sabe ofenden a Dios?" (57).

Hay sin embargo distintos tipos de paz. Está la "paz del mundo", a la que aludió nuestro Señor en su sermón de la Última Cena, fruto de la concordia de los perversos. Es una paz aparente, más bien negativa, que se reduce a la ausencia — aparente, también — de conflictos. No es ésta la paz que Cristo vino a traer al mundo. Él vino a restaurar la paz con Dios, de la que se deriva la paz entre los hombres, pero entre los hombres "de buena voluntad". San León lo expresa con su acostumbrada claridad:

"Los que han sido reformados según el modelo único, deben tener un alma uniforme entre sí. El nacimiento del Señor es el nacimiento de la paz. Así dice el Apóstol: **Nuestra paz es Aquel que de los dos pueblos no hizo más que uno** (Ef. 2, 14); ya sea judío o gentío.

(57) Hom. sobre la Natividad del Señor 8 (29) 3, pp. 95-98.

por El tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu (ibid. 2, 18). El día antes de su pasión, escogida libremente (cf. Jo. 13, 1), instruyó particularmente a sus discípulos en esta doctrina, y les dijo: Os doy mi paz, os dejo mi paz (ibid. 14, 27). Y para que no se ocultase bajo un término demasiado general lo que El entendía por su paz, añadió: No lo doy como la da el mundo. El mundo, dice, tiene sus amigos (cf. ibid. 15, 19) y hace a muchos concordes en un amor perverso. Hay también quienes se juntan, pero en el vicio, y la semejanza del deseo engendra los mismos afectos. Y si por ventura se encuentran hombres a los cuales no agradan las cosas malas y pecaminosas, que excluyen todo consentimiento en cosas culpables del pacto que instaura entre ellos el afecto, sin embargo, esos tales, sean judíos, herejes o paganos, no revelan la amistad de Dios, sino la paz del mundo. La paz de los hombres espirituales y católicos, paz descendida del cielo y que al cielo conduce, no nos permite ninguna comunión con los amigos del mundo, sino que nos obliga a hacer frente a todos los obstáculos y a librarnos de los deleites perniciosos para volar hacia las alegrías verdaderas... El Espíritu de paz nos guía y nos conduzca, no queriendo más que una cosa, no pensando más que en una misma cosa, no teniendo más que un solo corazón en la fe, la esperanza y la caridad" (58).

de conformidad con Hie

3. EL HIJO DE DIOS SE HACE HOMBRE PARA QUE EL HOMBRE SE HAGA HIJO DE DIOS

Es frecuente encontrar en los Padres de la Iglesia la idea de que Dios se abajó hasta la tierra para elevar a los hombres hasta el cielo. Algunos lo han expresado con una fórmula lapidaria: "Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios". El hombre se hace Dios en el sentido de que la gracia que recibe de lo alto lo hace vivir de Dios, lo hace divino, conforme. San León es un notable expositor de tan hermosa doctrina.

(58) Ibid. B. pp. 90-100.

A. INJERTARSE EN LA ENCARNACION

El hecho de la Encarnación no es, para San León, un hecho remoto, que está allá, completamente fuera de nosotros, un mero acontecimiento pretérito, que se pierda en las brumas de la historia. Cuando el Verbo asumió una naturaleza humana, la suya concreta, asumió en cierto modo la naturaleza humana en general, asumió toda la humanidad. A esa humanidad que, compendiada en Adán, caminaba con paso tambaleante hacia su propia ruina, la asumió Cristo, el nuevo Adán, y la integró a su cuerpo, para llevarla a buen término. Naturalmente que tal beneficio sólo se hace efectivo para aquellos miembros de la humanidad que aceptan ser salvados por Él, formando parte de su cuerpo místico, que no es sino la prolongación de su cuerpo físico. A este respecto nos dice San León:

"Al llegar la plenitud de los tiempos (cf. Gal. 4, 4), señalada por los inescrutables designios del divino consejo, tomó el Hijo de Dios la naturaleza humana para reconciliarla con su autor, de suerte que el diablo, inventor de la muerte, fuese vencido por la misma naturaleza que él había vencido (cf. Sab. 2. 24)" (59).

Y en otro lugar:

"... el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jo. 1, 14). Sí, entre nosotros, pues la divinidad del Verbo nos ha unido a Él, y nosotros somos su carne, que Él ha tomado del seno de la Virgen (In nobis utique, quos sibi Verbi divinitas coaptavit, cujus caro de utero Virginis sumpta nos sumus). Si su carne no fuese la nuestra, es decir verdaderamente humana, el Verbo hecho carne no habría habitado entre nosotros. Pero Él ha habitado entre nosotros, pues ha hecho suya la naturaleza de nuestro cuerpo (In nobis autem habitavit, quia naturam nostri corporis suam fecit); la Sabiduría se construyó una casa (cf. Prov. 9, 1), hecha no de una materia cualquier-

(59) Hum. sobre la Natividad del Señor 1 (21) 1, p. 69.

ra, sino de una sustancia que es propiamente la nuestra, y cuya asunción está claramente indicada por las palabras el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (60).

Lo que luego los teólogos llamarían la "gracia capital" de Cristo, gracia propia de la Cabeza de la Iglesia, cobra todo su sentido a la luz de estas enseñanzas. Desde la Cabeza se derrama la gracia sobre la totalidad del cuerpo a ella unido. Comentando San León aquella frase del Apóstol: **En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de Él** (Col. 2, 9-10), predica:

"Toda la divinidad llena, pues, a todo el cuerpo, y así como nada falta de esa majestad, con cuya habitación se llena lo que la sirve de habitáculo, así tampoco nada hay en el cuerpo que no esté lleno por aquel que lo habita. En cuanto a las palabras **y estáis llenos de Él**, significa en realidad nuestra naturaleza, pues esta plenitud no nos afectaría si el Verbo de Dios no hubiese unido a sí el cuerpo y el alma propios de nuestra raza (*ad quos ille repletio non pertineret, nisi Del Verbum nostri sibi generis et animam et corpus unisset*)" (61).

La celebración litúrgica de la Navidad es el ámbito privilegiado en que la Encarnación se prolonga, se aplica y por así decirlo se intensifica. Los fieles se sumergen más profundamente en el acontecimiento de la Encarnación del

(60) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 3, p. 118. R. Dulle comenta así el presente texto: "San León, en la línea exacta de san Pablo, destaca fuertemente la inserción del Verbo de Dios en nuestra naturaleza humana. Esta no es para él una abstracción, sino que la concibe como una entidad compartida por múltiples individuos y poseyendo por ello una existencia real: de ella Cristo se ha convertido en su jefe, por el hecho del nacimiento singular merced al cual ha venido a asumirla; y san León, para expresar que nosotros compartimos ahora esta misma naturaleza con Él, dice que somos 'su carne', queriendo señalar con esta palabra, que toma la parte por el todo, el realismo de la Encarnación": León le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 191, nota 5. Advertamos asimismo el uso que hace San León de la palabra "asunción": esta expresión consagrada para formular el misterio de la Encarnación, indica una unión cuya iniciativa viene de Dios y que es al mismo tiempo una elevación (*assumptio*) de la naturaleza asumida, por cuanto el término de la unión es divino.

(61) *Ibid.*, p. 117.

Verbo, se la apropian, con todas sus consecuencias, de modo que el Verbo encarnado los hace más suyos, los eleva a un nivel superior, y los impulsa a obrar como verdaderos hijos de Dios, imágenes de Cristo. San León tiene textos muy expresivos para ilustrar esta inserción en el misterio de Cristo, de entre los que escogemos el que sigue:

"Aunque cada uno sea llamado en su orden y todos los hijos de la Iglesia se diferencien en la sucesión de los tiempos, sin embargo, como el conjunto de los fieles nacidos de la fuente bautismal ha sido crucificado con Cristo en su pasión, ha resucitado con Cristo en su resurrección, ha sido colocado a la diestra del Padre en su ascensión, así también con El ha nacido en esta natividad (*Habeant licet singuli quique vocatorum ordinem suum, et omnes Ecclesiae filii temporum sint successione distincti, universa tamen summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac nativitate congeniti*)" (62).

Por su Encarnación el Verbo ha penetrado nuestra carne. Sin embargo no es ello todo. Gracias a esa misma Encarnación también nosotros podemos entrar en su carne. Se trata pues de una mutua inhesión: Yo en ellos y ellos en mí, como explicó el Señor en la Última Cena (cf. Jo. 17, 20-23). Consignemos un espléndido texto de San León que hace a este propósito:

"Debemos celebrar el día del nacimiento del Señor con una alegría que no sea muelle ni carnal. Cada uno lo hará dignamente y con celo si recuerda de qué cuerpo os miembro y a qué cabeza está unido (*cujus corporis membrum sit, et cui capiti coaptatum*). no sea que una pieza mal adaptada desfigure el edificio sagrado (cf. 1 Cor. 3, 8). Considerad, amadísimos, y, gracias a la luz del Espíritu Santo, sabed discernir quién nos ha recibido en sí mismo y a quién hemos recibido en nosotros (*quis nos in se suscepit, et quem suscepimus in no-*

(62) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (28) 2, pp. 96-97.

bis). pues del mismo modo que el Señor Jesús se ha hecho carne nuestra a. nacer, así también nosotros hemos sido hechos cuerpo suyo al renacer (*quoniam sicut factus est Dominus Jesus caro nostra nascendo, ita et nos facti sumus corpus ipsius renascendo*). Por eso somos también miembros de Cristo (cf. 1 Cor. 6, 15) y templo del Espíritu Santo (ibid. 19). Por esta razón dice el Apóstol: Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (ibid. 7, 20)" (63).

B. DESCENDE PARA QUE ASCENDAMOS

Hasta ahora hemos visto cómo la "Incarnatio" es al mismo tiempo una "concorporatio". Porque, según dice San Hilario, al asumir el Verbo un cuerpo humano no realizó una simple "corporatio" sino una "concorporatio" (64). El Verbo se incorporó a nuestra humanidad a la vez que incorporó a ésta en su propio cuerpo.

San León agregará un matiz importante. La "concorporatio", enseña, implica un doble movimiento: descenso de Dios y ascenso del hombre. Porque al asumir Dios una naturaleza humana, tal naturaleza quedó automáticamente elevada. Todo hombre que se "incorpore" a su cuerpo recibirá el fruto de dicha elevación.

"El Hijo de Dios se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado a El, de modo que el descenso de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios (*et ita se nobis, nosque inseruit alibi, ut Dei ad humana descensio, fieret hominis ad divina profectio*)" (65).

Por sus solas fuerzas el hombre era del todo incapaz

(63) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (23) 5, p. 43. Se trata del "admirable intercambio" efectuado entre nuestra humanidad, que el Verbo ha tomado al nacer como hombre, y la divinidad de Cristo, que recibimos al incorporarnos a El en su Iglesia por nuestro renacimiento en el bautismo.

(64) Cf. PL 9, 931.

(65) Hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 2, p. 102. Ver también 5 (25) 4, pp. 92-93.

de salir de su ámbito puramente natural y, para colmo, degradado por el pecado. El orden sobrenatural le resultaba simplemente inalcanzable a sus solas fuerzas. Entonces el Señor, como dice San León,

"para conducirnos de nuestra cautividad original y de los errores del mundo a la felicidad eterna, descendió hasta nosotros ya que nosotros no podíamos subir hasta El (*Ipse ad nos descendit, ad quem nos non poteramus ascendere*)" (66).

Y en otro sermón:

"Todo creyente que en cualquier parte del mundo es regenerado en Cristo, rotos los errores de su vejez original, se cambia, al renacer, en un hombre nuevo (cf. Col. 3. 10). En adelante no se cuenta en la ascendencia de su padre según la carne, sino en la raza del Salvador, que se ha hecho hijo del hombre para que nosotros podamos ser hijos de Dios. Pues si El no hubiera descendido hasta nosotros por su humildad, jamás hubiera alguno podido llegar hasta El por sus propios méritos (*qui ideo illius hominis est factus, ut nos illi Dei esse possimus. Nisi enim illic ad nos hac humillitate descenderet, nemo ad illum ullis suis meritis perveniret*)" (67).

La unión hipostática hizo posible esta maravilla. El Hijo de Dios asumió lo que nos pertenece pero sin abandonar lo que le era propio. Renovó al hombre en el hombre, pero permaneciendo inmutable como Dios, "pues la esencia soberana y eterna, al abajarse hacia la humanidad para salvarla, nos ha levantado a su gloria, pero sin dejar de ser lo que era" (68).

De ahí que sea tan congruente, según dice con insólita expresión nuestro Santo, "alegrarse de las dos naturalezas en Él" (69), ya que por la unión de ambas hemos

(66) Hom. sobre la Natividad del Señor 3 (23) 3, p. 81.

(67) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (28) 2, pp. 96-97.

(68) Hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 1, p. 101.

(69) Hom. sobre la Natividad del Señor 10 (30) 6, p. 119.

sido salvados: la divinidad tomó de la mano a la humanidad para elevarla al nivel sobrenatural.

San León nos ha dejado un texto notable sobre este descenso y ascenso salvíficos:

"Tal nacimiento, carísimos, convenía a la fortaleza y sabiduría de Dios (cf. 1 Cor. 1, 24), que es Cristo, para que en El se hiciese semejante a nosotros por la humanidad y nos aventajase por la divinidad. De no haber sido Dios, no nos habría proporcionado remedio; de no haber sido hombre, no nos habría dado ejemplo (*nisi enim esset Deus verus, non afforret remedium; nisi esset homo verus, non praeberet exemplum*)" (70).

Sin embargo lo más admirable en este misterio de sobrenaturales intercambios, no es tanto el ascenso, por deslumbrante que parezca a los ojos de nuestra fe, sino el descenso divino hasta el mundo de lo humano: "Sorprende menos ver al hombre elevarse hasta lo divino que a Dios abajarse hasta lo humano (*minus tamen mirum est hominem ad divina proficere, quam Deum ad humana descendere*)" (71).

C. ASOMBRO ANTE TAL MARAVILLA

Luego de haber expuesto el contenido doctrinal del misterio navideño, prorrumpe nuestro Santo en un canto de exultación. Lo acabamos de oír hablar de su "sorpresa" ante el misterio. Ahora la sorpresa florece en alegría. No en vano nos ha dicho San León que el gozo es uno de los ingredientes de toda auténtica celebración, máxime cuando lo que se celebra es algo tan grande como el descenso salvífico de Dios a nuestro mundo entenebrecido, para iluminarlo y salvarlo. Todos los fieles de-

(70) Hom. sobre la Natividad del Señor 1 (21) 2, p. 71. Como se ve, según San León dos son los fines de la Encarnación: *remedium* y *exemplum*. Volverá sobre ello en la hom. sobre la Pasión 18 (67) 5, p. 277.

(71) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 2, p. 25.

berían formar un coro de alabanza, predica San León, ya que por esta gesta de Dios hemos conocido el elevado precio en que el Creador valoró nuestra humildad. Si ya le había dado mucho al género humano, al crearlo a su imagen, ahora le ha otorgado mucho más, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil. Antes era Dios el espejo del hombre, hecho a su imagen y semejanza; ahora Él mismo se hace hombre (72).

"¿Qué inteligencia podrá comprender tan gran misterio, qué lengua narrar una gracia tan grande? La inocencia se vuelve inocencia; la vejez, juventud; los extraños toman parte en la adopción, y las gentes venidas de otros lugares entran en la posesión de la herencia. Desde este momento, los impíos se convierten en justos; los avaros, en bienhechores; los incontinentes, en castos; los hombres terrestres, en hombres celestes" (73).

Tal sería la única base sólida de un auténtico humanismo cristiano, un humanismo basado en la dignidad sobrehumana del hombre. San León entona un himno de alabanza al hombre, pero no al hombre meramente humano, sino al hombre creado, elevado y restaurado por Dios:

"¡Despiértate, oh hombre, y reconoce la dignidad de tu naturaleza! ¡Acuérdate de quo has sido creado a imagen de Dios, imagen que, aunque corrompida en Adán, ha sido restaurada en Cristo!" (74).

Estabona nuestro Santo diversas frases que encuentran en el Evangelio para celebrar este exceso de generosidad divina. Al hombre, en otro tiempo abatido, arrancado del trono del paraíso, que moría en un largo destierro, reducido a polvo y ceniza; a ese hombre, gracias a la Encarnación del Verbo, se le ha dado poder (cf. Jo. 1, 12) retornar desde muy lejos a su Creador (cf. Lc. 15, 13), reconocer a su Padre, convertirse de esclavo en libre, de

(72) Cf. *Ibid.*

(73) *Hom. sobre la Natividad del Señor* 7 (27) 2, p. 102.

(74) *Ibid.* 6, p. 103.

extranjero en hijo; a él, que había nacido de una carne corruptible, se le ha concedido nacer del Espíritu de Dios, recibiendo por gracia lo que no tenía por naturaleza; en fin, ha sido puesto en condiciones de atreverse a llamar a Dios su Padre (75).

En este contexto cobra todo su sentido la famosa frase de San León: "Reconoce, oh cristiano, tu dignidad". Citemos el párrafo en que se encuentra inserta:

"Por lo cual, amadísimos, demos gracias a Dios por medio de su Hijo en el Espíritu Santo, que, por la inmensa misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros, y, estando muertos por el pecado, nos resucitó a la vida de Cristo (cf. Ef. 2, 5) para que fuésemos en Él una nueva criatura, una nueva obra de sus manos. Por tanto, dejemos al hombre viejo con sus acciones (cf. Col. 3, 9), y renunciemos a las obras de la carne, nosotros que hemos sido admitidos a participar del nacimiento de Cristo (*generationis Christi*) (76). Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (cf. 2 P. 1, 4), y no vuelvas a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro (*Agnosce, o christiane, dignitatem tuam, et divinae consors lactus naturae, noli in veterem vitalem degeneri conversatione redire. Memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum!*)" (77).

4. NACIMIENTO DE CRISTO Y NACIMIENTO DE LA IGLESIA

Reiteradamente hemos afirmado que en el pensa-

(75) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 5, p. 77.

(76) Sobre esta expresión observa R. Dolle: "Nótese el paralelismo de san León en la misma línea que el *Modus* comentado más arriba. El cristiano que celebra la fiesta de Navidad participa verdaderamente en la *generatio* de Cristo, hombre nuevo: y por esta palabra hay que entender el nacimiento carnal del Señor: es la misma, *cr. effectus*, que la empleada por el primer evangelio para introducir su relato de la Navidad: '*Christi autem generatio sic erat*' (Mt. 1, 18)". León le Grand, *Sermons* 1, ed. Sources Chrétiennes 23 bis, p. 73, nota 8.

(77) Hom. sobre la Natividad del Señor 1 (21) 3, pp. 71-72.

imiento de San León los hechos de la vida de Cristo son también "misterios", en el sentido de que están preñados de contenido salvífico, no limitándose su alcance al marco de Cristo individual, sino irradiándose también a los miembros de su cuerpo que es la Iglesia.

A. NAVIDAD Y NUEVA RAZA

Al hacerse hombre sin dejar de ser Dios, por el origen que el Verbo encarnado sembró en sí mismo el modo gen de una nueva creatura. Así parece indicarlo el modo tan original que eligió para entrar en la historia de los hombres. Su nacimiento por medio de la virginidad, señala implícitamente que quiso dar a la nueva humanidad un principio espiritual, de lo alto. Para que quedara libre de la contaminación ligada a la generación carnal, determinó este nuevo origen que nada debe al mundo humano, portador del pecado. De manera semejante quiso que naciesen aquellos a los que iba a regenerar: por lo que se dice que los tales no han sido engendrados de la sangre, ni del querer de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (78).

Del Verbo encarnado nace la Iglesia de los regenerados, nueva raza brotada del nuevo Adán:

"La fiesta de hoy, del nacimiento de Jesu-
 gen Maria, renueva para nosotros los comienzos de la Vir-
 dos (renovat tamen nobis hodierna festivitatem) el naci-
 ex Maria Virgine sacra primordia), y al adorar el nacimiento
 to de nuestro Salvador, tratamos de celebrar al mismo
 tiempo nuestros propios comienzos (et dum celebrare
 nostri adoramus ortum, invenimus nos nostrum
 principium). La generación de Cristo es, en efecto, el
 origen del pueblo cristiano, y el aniversario del naci-
 miento de la cabeza es también el aniversario del cuer-
 po (Generatio enim Christi origo est populi
 natalis capitis natalis est corporis)" (79).

(78) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 1 (27) 2. 30.

(79) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (26) 2. 30.

Es esta una idea muy importante en la teología de San León. La Natividad de Cristo es el comienzo de la Iglesia, no sólo en el sentido de que el nacimiento de Jesús constituye algo así como el modelo del nacimiento de la Iglesia sino también su verdadero origen. Otros Padres senalan más bien la Pasión o la Resurrección del Señor como el lugar del nacimiento de la Iglesia. San León prefiere ver el parto de la Iglesia en el parto de María. Desde el momento mismo de su concepción virginal, Cristo se convierte en el exordio de la nueva creatura. Porque al asumir el Verbo una naturaleza humana, en cierto modo nos estaba asumiendo a todos, estaba asumiendo a la Iglesia, escondida en el seno de su Madre. La Madre no lo es sólo de la Cabeza — sería una monstruosidad — sino de todo el cuerpo. Al engendrar a Cristo, nuestra Señora engendraba espiritualmente al cuerpo total de Cristo.

“Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de El, que es la cabeza de todo principado y potestad (cf. Col. 2, 8-9). No ha dicho **espiritualmente**, sino **corporalmente**, para que entendamos que es verdadera la sustancia de la carne, en la cual habita corporalmente la plenitud de la divinidad: de ella está llena toda la Iglesia, la cual, unida a la cabeza, es el cuerpo de Cristo (ut veram intelligamus substantiam carnis, ubi est plenitudinis divinitatis inhabitatio corporalis: qua utique tota etiam repletur Ecclesia, quae inhaerens capiti, corpus est Christi)” (80).

Se ve que es ésta una idea muy entrañable para nuestro Santo. Encontramos una expresión semejante en uno de sus sermones cuaresmales, donde habla de “la encarnación del Señor, que hace de toda la Iglesia el cuerpo de Cristo” (81).

Digamos, para terminar, que no sólo la fundación de la Iglesia deriva de la encarnación del Verbo, sino que incluso su permanencia en el tiempo se basa en la

(80) Hom. sobre la Natividad del Señor A (28) 7, p. 111.

(81) Hom. sobre la Cuaresma B (46) 3, p. 165.

solidez que le confiere el hecho de estar edificada sobre la roca de su carne. Así lo afirma el Santo en otro de sus sermones:

"Vosotros, amadísimos, a los cuales no puedo dirigirme mejor que con estas palabras del apóstol San Pedro: Raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (1 P. 2, 9); vosotros, que habéis sido edificados sobre la piedra Inquebrantable de Cristo (cf. Ef. 2, 20). Injertados en el mismo Señor Salvador por la asunción verdadera de nuestra carne, permaneced firmes en esta fe que habéis profesado en presencia de muchos testigos, y en la que, regenerados por el agua y el Espíritu Santo, habéis recibido la unción salvadora y el sello de la vida eterna" (82).

*Virgen — > cuerpo del Señor
spl. — > cuerpo unido al*
B. LA VIRGEN HECHA FECUNDA Y LAS AGUAS
VIRGENES DE LA IGLESIA MADRE

La continuidad entre el nacimiento de Cristo y el nacimiento de la Iglesia encuentra un nuevo y espléndido paralelismo proporcional en la relación que el Santo establece entre el seno de la Virgen María, madre de la Cabeza, y el seno de la Iglesia, madre de los miembros del Cuerpo de Cristo.

Con notable frecuencia, según ya lo hemos podido comprobar, destaca San León en sus sermones de Navidad la figura admirable y el papel de Nuestra Señora. Ella fue la madre del Verbo, concibiéndolo con su cuerpo, como es obvio, pero también mediante su fe, sin perder en nada su virginidad. Cual divino arquitecto, Dios hizo el

(82) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 6, p. 88. Adviértase las alusiones al bautismo: la "redditió symboli" (fo profesada), el bautismo (por el agua), la unción del santo crisma en forma de cruz sobre la frente. En diversos lugares San León se refiere a los otros ritos que integran el bautismo, por ejemplo la renuncia a Satanás: cf. hom. sobre la Pasión del Señor 6 (37) 5, p. 235; 12 (62) 6, p. 261; 15 (66) 3, p. 272; la triple inmersión: cf. hom. sobre la Pasión del Señor 10 (70) 4, p. 280.

proyecto de la casa en que moraría, y la hizo lo más perfecta posible:

"Se eligió una virgen de la estirpe real de David que, debiendo concebir un fruto sagrado, lo concibió antes en su espíritu que en su cuerpo... (83). Crea María, y su fe se ve corroborada por un milagro ya realizado: la inesperada fecundidad de Isabel, que le ha sido concedida para evidenciar la posibilidad de hacer con una virgen lo que se ha hecho con una estéril" (84).

María le ofreció a Cristo no sólo sus entrañas sino todo su ser, su cuerpo y su alma. Toda ella quedó por así decirlo maternalizada. La gracia propia de nuestra Señora es una gracia virgen y maternal. Virgen y Madre. En estas dos palabras se resume todo el misterio de María Santísima, quien hizo posible, de su parte, la realización del plan divino de salvación. Gracias a ella, a su fecunda maternidad, el Verbo obtuvo nuestra común naturaleza, al recibir de la madre su carne y su sangre; gracias a ella, a su inviolada virginidad, el origen de Cristo es distinto del nuestro, porque el hecho de que una virgen conciba y dé a luz sin dejar de ser virgen, es un milagro, algo des-acostumbrado, que revela el poder divino. Cristo tiene una naturaleza verdaderamente humana, porque recibió de su madre una sustancia humana; Cristo tiene una naturaleza verdaderamente divina, porque divino es el poder de su origen virginal. Él vino a sanar la enfermedad de los hombres, y por ello determinó nacer de una verdadera madre humana, para sumergirse en el cauce de la humanidad y salvarla desde adentro. Él vino a sanar la enfermedad de los hombres, consecuencia de su corrupción original, y por ello determinó nacer según un modo

(83) La idea y la fórmula están tomadas de San Agustín: "La santa Virgen a quien creyendo creyó, creyendo concibió... Llena de fe, concibió a Cristo antes con el espíritu que con el vientre" (Sermón 215, 4; PL, 38, 1074). Tanto el texto agustiniano como el leoniano dependen de Lc. 1, 45: "Bienaventurada tú que creíste, porque se cumplirá en ti lo que te ha sido dicho de parte del Señor".

(84) Hom. sobre la Natividad del Señor I (21) 1, p. 70.

... como Virgen...
... 30.550 ... 1 ... 100 ...
nuevo, para mostrar que traía la gracia nueva de una pureza sin mancha. María Santísima, virgen y madre, hizo posible el encuentro de estos dos remedios (85).

Pues bien, el misterio de nuestra Señora, virgen y madre, se prolonga, según decíamos más arriba, en el misterio de la Iglesia, también ella virgen y madre, ya que es capaz de engendrar verdaderos hijos, no por cierto mediante semen humano sino gracias al influjo fecundante del Espíritu Santo. San León, luego de traer a colación las palabras del ángel: **El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso tu hijo será santo y se llamará Hijo de Dios** (Lc. 1, 35), agrega:

"El Espíritu, por el que del cuerpo de su madre inviolada nació Cristo, es también el mismo por el que de las entrañas de la santa Iglesia renace el cristiano (*Quo enim Spiritu de intemeratae matris visceribus nascitur Christus, hoc de sanctae Ecclesiae utero renascitur christianus*)" (86).

El seno de nuestra Señora se parece a las aguas del Bautismo, seno virginal de la madre Iglesia, fecundado por el Espíritu Santo, de donde nacen los hijos de Dios, que prolongan a su modo la filiación divina de Cristo. Son "hijos en el Hijo", como se expresan numerosos Padres. San León tiene a este respecto palabras vigorosas:

"El principio de vida que tomó en el seno de la Virgen, lo ha colocado en la fuente bautismal (*Originem quam sumpsit in utero Virginis, posuit in fonte baptismatis*). Ha dado al agua lo que había dado a su madre, pues el poder del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (cf. Lc. 1, 35), que hicieron que María diese al mundo un Salvador, hacen también que el agua regenere al creyente (*dedit aquae, quod dedit matri: virtus enim Altissimi et obumbratio Spiritus sancti, quae fecit ut Maria*

(85) Cf. hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 2, p. 74.

(86) Hom. sobre la Natividad del Señor 9 (29) 1, p. 112.

parceret Salvalorem, eadem facit ut regeretur unda credentem)" (87).

El tema de las relaciones entre la Virgen y la Iglesia, tan presente en la tradición patristica, había quedado un tanto olvidado en el estudio de la teología. El último Concilio, en su Constitución "Lumen gentium", ha contribuido a revalorizarlo. Entre la maternidad de María y la maternidad de la Iglesia hay sin duda numerosas semejanzas, más aún, una cierta continuidad. Parafraseando las palabras del Apóstol podríamos decir que la maternidad de la Iglesia cumple lo que falta a la maternidad de María. Esta dio a luz la Cabeza, aquella el cuerpo. Entre ambas, dan a luz al Cristo total. La pila bautismal es el lecho nupcial de la Iglesia, virgen y madre, prolongación del santísimo seno de nuestra Señora.

"En el nacimiento de Cristo se ha verificado la profecía de David: Brota de la tierra la verdad y mira la justicia desde lo alto del cielo (Ps. 84, 11). En este nacimiento se han cumplido también las palabras de Isaias: Produzca la tierra y germine al Salvador, y brote al mismo tiempo la justicia (Is. 45, 8). La tierra de la naturaleza humana, en efecto, que fue maldita en el primer prevaricador, ha producido en este parto único de la santa virgen un germen bendito y extraño al pecado de la estirpe. Su origen espiritual es conseguido por cualquier cosa en la regeneración, y para todo hombre que nace de nuevo (cf. Jo. 3, 3), el agua del bautismo es como el seno virginal. El mismo Espíritu que ha fecundado a la Virgen fecunda ahora la fuente bautismal; así el pecado, que allí fue impedido por la concepción sagrada, aquí lo quita el lavado místico (omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem Spiritu sancto replente fontem, qui replevit et virginem; ut peccatum quod ibi vacuevit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio)" (88).

(87) Hom. sobre la Natividad del Señor 5 (23) 5, p. 94.

(88) Hom. sobre la Natividad del Señor 4 (24) 3, pp. 86-87. Sobre el tema de la relación entre la Santísima Virgen y la Iglesia cf. De Lubac H., *Méditation sur l'Eglise*, Paris, 1953, pp. 248-249.

II. EL MISTERIO DE LA EPIFANIA

Los misterios natalicios no se clausuran con la fiesta de Navidad, acaecida en el silencio y la soledad, sino que florecen en esta especie de segundo nacimiento de Cristo, que es el misterio de la Epifanía o de la manifestación del Señor.

I. LA EPIFANIA, PROLONGACION DE LA NAVIDAD

"Habiendo celebrado hace poco el fausto día en que la Virgen sacratísima, conservando su virginidad, dio a mundo al Salvador del género humano (*intemerata virginitas humani generis addidit Salvatorem*) (89), la celebración de la venerada festividad de la Epifanía nos trae una prolongación de nuestro gozo, para que, uniéndose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegría ni el fervor de nuestra fe (*ut inter cognatarum solemnitarum vicina sacramenta, exultationis vigor et fervor fidei non tepescat*)" (90).

Como se advierte, es el mismo San León quien pone en continuidad ambos momentos de la vida de Cristo, a la

(89) Los mismos términos que emplea San León se encuentran en el comunicantes de Navidad, que viene del Sacramentario Gelasiano: "*Communicantes et diem sacratissimum celebrantes, quo beatae Mariæ intemerata virginitas hunc mundo eddidit Salvatorem...*" Callewaert ve en este texto la mano misma de San León (cf. "Saint Léon, le communicantes et le nobis quoque peccatoribus", en *Sacris Eruditi* 1948, p. 134 st.). Cappelletti piensa que también ocea "Communicantes", como el de Ascensión y Pentecostés, del Sacramentario Veronense, tienen la misma procedencia (cf. *Travaux liturgiques de doctrine et d'histoire* II, Louvain, 1962, p. 72 s., 270-271).

(90) Hom. sobre la Epifanía del Señor I (31) 1, p. 123.

manera de una "prolongación de gozo", para que mediante la interconexión de los misterios no sufra detrimento la alegría de la fe. A ello lo inclina, según nos dice en otro sermón de Epifanía, la disposición misma del ciclo litúrgico que poco después de habernos hecho celebrar el día en que el Hijo de Dios nació de la Virgen, nos ofrece esta fiesta consagrada por la manifestación del Señor (91).

Era menester que la Encarnación se hiciera manifiesta. El Verbo de Dios no había tomado carne en favor de una familia, ni de un pueblo determinado, sino para salvar a la humanidad entera. Por eso convoca simbólicamente a representantes de todo el mundo, a los pastores de Occidente, que velaron sus primeros gemidos en la cuna de Belén, y a los magos de Oriente, que le ofrendaron sus tributos, en orden a que todos reconociesen su soberanía divina. Así nos lo enseña nuestro Santo:

"Para la salvación de todos los hombres convenía que la infancia del Mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero, aun cuando todavía se hallaba encerrado en una pequeña aldea. Aunque el Señor eligió al pueblo de Israel, y en este pueblo a una familia señalada, de la cual tomase nuestra humanidad (de qua naturam universae humanitatis assumeret) (92), con todo, no quiso que las primicias de su vida permaneciesen ocultas en los estrechos límites de la casa materna, sino que como nació para todos, quiso también comunicar a todos la noticia de su nacimiento. Por eso apareció a los tres magos de Oriente una estrella de nueva luminosidad, más clara y más brillante que las demás, y tal, que atrajo los ojos y corazones de cuantos la contemplaban, para mostrar que no podía carecer de significación una cosa tan insólita" (93).

(91) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (34) I, pp. 133-134.

(92) Destaquemos la expresión "naturam universae humanitatis" con que San León designa la naturaleza humana que el Verbo ha asumido: el bien dicho "naturam" es unum a "tota la humanidad, no por ello deja de individualizarse en Jesús, quien la comparte con todos los hombres —"consustanciales"— a quienes viene a salvar.

(93) Hom. sobre la Epifanía del Señor 1 (31) I, p. 123.

La magnánima visión con que contempla nuestro Santo el contenido de esta fiesta, lo muestra en perfecta sintonía con la grandeza del misterio. Nadie ha faltado a la cita del Verbo. La tierra ha adorado al Niño-Dios sobre ella reclinado, el cielo lo ha venerado en la voz de los ángeles; el Occidente y el Oriente lo han conocido por el fulgor de la estrella; en fin, no era posible que el Cristo católico pasase desapercibido para la universalidad. Citemos su texto:

"Alegraos, carísimos, en el Señor; de nuevo os lo digo: alegraos (Fil. 3, 4), ya que, en breve espacio de tiempo, después de la solemnidad del nacimiento de Cristo, ha brillado la fiesta de su manifestación (cf. Ps. 18, 25) (94), y al mismo a quien en aquel día dio a luz la Virgen, hoy lo ha conocido el mundo. El Verbo hecho carne dispuso de este modo el comienzo de su aparición entre nosotros: que el nacimiento de Jesús, se manifestase a los creyentes y se ocultara a sus perseguidores. Por eso ya desde entonces los cielos pregonaron la gloria de Dios y la voz de la verdad se extendió por toda la tierra (cf. Ps. 18, 23), cuando, por una parte, el ejército de los ángeles se mostraba para anunciar el nacimiento del Salvador, y, por otra, la estrella conducía a los Magos para que le adoraran. Así se verificó que desde el Oriente hasta el Occidente (cf. Ps. 49, 2) resplandeciera el nacimiento del verdadero Rey, ya que, por medio de los Magos, los reinos de Oriente conocieron la verdad de lo sucedido y no quedó oculto al Imperio romano... La nueva se difundió tanto más pronto y con tanto mayor prestigio cuanto más insistida fue la señal prodigiosa del cielo y más cruel la impiedad del perseguidor. Entonces también el Salvador fue llevado a Egipto, para que aquel pueblo, entregado a los antiguos errores, se dispusiera, mediante una gracia oculta, a su próxima salvación, y para que, sin haber to-

94. "El misterio de la Epifanía es, para san León, un misterio de luz —comenta R. Dolle—. El Verbo de Dios es luz para esclarecer el espíritu de los hombres; es una luz que advierte a los magos y los guía hacia el Niño, mostrándose a sus ojos mientras la verdad divina ilumina sus almas; los Judíos, al contrario, se cierran a la luz y permanecen en las tinieblas; finalmente los cristianos deben convertirse ellos mismos en luz a los ojos de los hombres para manifestarles a Cristo". Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 218, nota 2. En el mismo sermón, dice más adelante San León: "este día consagrado por la manifestación del Señor debe brillar en nuestros corazones con un resplandor especial"; *Ibid.* 2, p. 127.

avía expulso de su alma la superstición, ya recibiera como huésped a la Verdad" (95).

Al referirnos a sus homilías de la Navidad, hemos dicho que San León la presentaba en estrecha conexión con el misterio de la unión hipostática: el Cristo naciente era el Verbo que asumía una naturaleza humana, verdadero Dios y verdadero hombre. La Epifanía prolonga la Navidad también en este aspecto, como misterio de majestad y de anonadamiento a la vez. Al ver cómo los Magos se arrodillan ante el Niño, que está cubierto con los panales de la humildad, se confirma nuestra fe en el Cristo teándrico: poseía, sí, una naturaleza realmente humana, pero esa naturaleza ocultaba el esplendor de su divinidad (96). Así deba ser el Redentor, ya que "el género humano no podía ser restaurado ni por un anonadamiento donde estuviera ausente la majestad, ni por una majestad a la que faltase el anonadamiento (nec sine maiestate posset humilitas, nec sine humilitate maiestas)" (97).

La unión hipostática está pues en el telón de fondo del misterio de la Epifanía, como lo está en todos los otros misterios salvíficos de Cristo. De ahí que San León tome acá otra vez ocasión para fustigar a los herejes que, al negar la divinidad o la humanidad de Cristo, se ponen al margen de la presente celebración, como lo estaban con ocasión de la Navidad. En el texto que sigue tiene especialm^{te} en cuenta a los maniqueos:

"A los desventurados que han logrado atrapar entre sus redes, los persuaden de que niegan que el Señor Jesucristo ha tomado verdaderamente una naturaleza humana, que ha sido crucificado verdaderamente para la salvación de todo el mundo, que ha corrido la sangre de la redención y el agua del bautismo de su costado perforado por la lanza, que ha sido sepultado y que ha resucitado al tercer día, que ha subido a lo más alto de los

(95) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (32) 1, p. 128.

(96) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (31) 1, pp. 113-134.

(97) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (38) 2, p. 152.

cielos para sentarse a la diestra del Padre; y para que, una vez suprimida toda la verdad del Símbolo de los apóstoles, no haya más temor que aterrador a los ímpios ni más esperanza que pueda incitar a los santos, les persuaden de que nieguen que Cristo juzgará a los vivos y a los muertos. Por eso, a los que han privado de la ayuda de tan grandes misterios, les enseñan a honrar a Cristo en el sol y en la luna y a adorar, con el nombre del Espíritu Santo, al maestro de estas impiedades, Maní" (98).

Corremos este apartado transcribiendo un hermosísimo texto donde el Santo declara cómo empezó a actuar la omnipotencia del Verbo encarnado, suscitando los primeros mártires de la Iglesia, aquellos Santos Inocentes que, a pesar de no ser capaces de hablar, proclamaron con su sangre la divinidad del Verbo encarnado:

"Pudieron morir por Aquel a quien no pudieron confesar (99). Por eso, para que ninguna época de su vida careciera de milagros, Cristo manifestaba callando el poder del Verbo antes del uso de la palabra (*Christus... ante usum linguae potestatem Verbi tacitus exerebat*), y parecía ya decir: Dejad que los niños se acerquen a mí, pues de ellos es el reino de los cielos (Mt. 19, 14); coronaba a los recién nacidos con una gloria nueva y consagraba desde su nacimiento los primeros días de estos parvulitos, con el fin de enseñarnos que ningún hombre es inepto para el misterio divino, ya que esta misma edad era apta para la gloria del martirio" (100).

2. LA EPIFANIA, MANIFESTACION A LOS GENTILES

Uno de los dramas más formidables de la historia, ya que se trata de un drama estrictamente teológico, lo consi-

(98) Hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (CH) 4, p. 138. Los maniqueos decían que la revelación, incompleta a la muerte de los Apóstoles, había terminado con Maní, encarnación del Espíritu Santo prometido por Cristo antes de su partida.

(99) Esta expresión se vuelve a encontrar en la oración colecta de la Misa de los Santos Inocentes: "Deus, cujus moderna die praekonium Innocentes martyres non loquendo sed moriendo confessi sunt..." (lo confiesan no hablando sino muriendo).

(100) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (22) 3, p. 128.

tituya la ceguera de los judíos para reconocer al Mesías largamente esperado, y su ulterior odio hasta llevarlo a la cruz.

San León descubre un símbolo de este impresionante misterio de traición a la vocación recibida desde toda la eternidad, en el hecho de que ante la averiguación de los Magos acerca del lugar donde había nacido el Mesías, fueran precisamente los judíos los que les informasen, y les informasen bien, sin acudir ellos mismos a adorarlo:

"A los que les preguntan responden que Cristo nace en Belén, y no siguen la ciencia suya, con la que instruyen a los otros. Por lo cual han perdido la sucesión de los reyes, la eficacia de sus sacrificios, el lugar destinado a sus plegarias, el orden sacerdotal, y, constatando con su experiencia que todo ha sido clausurado y que todo ha terminado para ellos, no ven que todo eso ha pasado a Cristo (*et cum omnia sibi clausa, omnia experiantur sibi esse finita. non vident ea in Christum esse translata*)" (101).

Todo lo que en el Antiguo Testamento había sido instituido con el fin de preparar la llegada del Mesías, expresión de la admirable pedagogía de Dios para educar a ese pueblo de dura cerviz, los reyes, los sacrificios, el templo, el sacerdocio, todo ello debía culminar en Cristo, Rey definitivo, Víctima perfecta, Presencia viva de Dios entre los hombres, Sumo y Eterno Sacerdote. El pueblo elegido se aferró a los preludios y dejó que la Consumación pasara a su lado.

Y así, ante la ceguera, el rechazo y la emulación de los judíos, Cristo decidió adelantar su revelación a los pueblos gentiles:

"Cuántas acciones de gracias debemos dar al Señor por la Iluminación otorgada a los gentiles, lo muestra la misma ceguera de los judíos. ¿Quéécs hubo tan ciegos y

(101) Hom. sobre la Epifanía del Señor 5 (35) 2, p. 141.

tan extraños a la luz como estos sacerdotes y escribas de Israel? A las cuestiones de los Magos, a la pregunta de Herodes sobre el testimonio de la Escritura acerca del lugar donde había de nacer Cristo (cf. Mt. 2, 4), respondieron con el oráculo profético lo mismo que indicaba la estrella en el cielo. Esta, ciertamente, habría podido conducir a los Magos por sus indicaciones, como lo hizo enseguida, hasta la cuna del Niño, dejando a un lado Jerusalén; pero no sin motivo, para confundir la dureza de los judíos. Fue conocido el nacimiento del Salvador no sólo por el camino que mostraba la estrella, sino también por la declaración de los mismos judíos. Así, pues, la palabra profética pasaba ya a los gentiles para instruirlos, y los corazones de los extranjeros se disponían a conocer a Cristo, anunciado por los antiguos oráculos. Los judíos infieles, por el contrario, manifestaban con sus labios la verdad, pero guardaban la mentira en su corazón (cf. Mc. 7, 6). Rehusaron reconocer, en afecto, con sus ojos lo que habían indicado por medio de los Libros santos; así, no adoraron al que se humillaba en la debilidad de la infancia y crucificaron más tarde al que resplandecería por el poder de sus obras... Este príncipe ha nacido, los ángeles lo han anunciado a los pastores, y los pastores a vosotros. Este príncipe ha nacido, y las naciones lejanas del Oriente gentil lo han reconocido por el resplandor insólito de un nuevo astro. Y para que no dudasen del lugar donde había visto la luz este rey, vuestra ciencia les da a conocer lo que la estrella no les había enseñado. ¿Por qué cerráis para vosotros mismos el camino que abre a los otros? ¿Por qué vuestra falta de fe pone en duda lo que os manifiesto por vuestra respuesta? Gracias al testimonio de la Escritura, indicáis el lugar del nacimiento; gracias a las señales del cielo y de la tierra, conocéis que ha llegado el tiempo; y, sin embargo, en el momento mismo en que el alma de Herodes se endurece para perseguir, vuestra inteligencia se endurece para no creer. ¡Más dichosa, pues, la ignorancia de los niños muertos por el perseguidor que vuestra ciencia a vosotros, a quienes él consultó en su turbación!" (102).

Este texto ilumina perfectamente "el misterio teológico de Israel". ¿No era al cabo la Sagrada Escritura una luz mucho más resplandeciente que el astro que iluminó a los Magos? Sin embargo, aun en su misma incredulidad,

(102) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (32) 2-3 pp. 127-128.

Israel prestó un gran servicio, el de iluminar el camino que conduce a Belén. Es lo que acabamos de leer que San León decía a los judíos: "Vuestra ciencia les da a conocer lo que la estrella no les había enseñado". Israel señaló al Mesías, como luego lo haría el Bautista, pero no fue tras Él: este es su drama. Nuestro Santo se expresa sobre el presente tema en diversos sermones de Epifanía. Transcribamos uno de sus textos, denso de teología de la historia:

"La verdad ilumina a los Magos, la infidelidad ciega a los maestros. El Israel carnal no comprende lo que lee ni ve lo que él mismo señala (non intelligit quod legit, non videt quod ostendit). Se sirve de las páginas de las que no cree sus palabras: ¿Dónde está, judío, tu título de gloria? (Rom. 3, 27). ¿Dónde está la nobleza que debías a tu padre Abraham? ¿Es que con tu circuncisión no eres más que un incircunciso? He aquí que, siendo mayor, sirves al menor (Gen. 25, 23) (103), y te pones a servir al extranjero, que ha entrado a tomar parte de tu herencia al leer el testamento, del que sólo retienes la letra.

Entre, pues, la plenitud de las naciones (cf. Rom. 11, 25), entre en la familia de los patriarcas, y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la raza de Abraham, a la cual han renunciado los hijos según la carne (Ibid. 9, 8). Todos los pueblos, en la persona de los tres Magos, adoran al Autor del universo, y no sea ya Dios conocido sólo en Judea, sino en el mundo entero, para que en todas partes sea grande su nombre en Israel (Ps. 75, 2). En efecto, así como por su infidelidad, el pueblo judío ha mostrado que sus descendientes habían degenerado de su dignidad de pueblo elegido, del mismo modo la te hace esto mismo común a todos" (104).

El último párrafo de la cita transcrita nos abre a otro tema conexo con el de la infidelidad de los judíos, cual es la vocación de las naciones, tema ya insinuado en los tex-

(103) La cita se refiere a Esaú y Jacob; este último, antepasado de los judíos, era el hermano menor de Esaú. San León recoge la tradición que recurría a esta cita del Génesis para la polémica antijudía.

(104) Hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 3, p. 131.

tos anteriormente citados. Los judíos dividían a los pueblos en judíos y gentiles, constituyendo estos últimos lo que se denominaba "las naciones". Pues bien, el rechazo de Israel al Mesías parece haber sido la causa de que el mensaje divino se irradiase más prontamente a las naciones. Dios quería, por cierto, que la salvación llegase a todas las naciones, pero ello debía acaecer a través de los judíos. El pueblo elegido, cerrándose al Mesías, aceleró el proceso.

"El signo que puso eficazmente en marcha a los lejanos Magos y los llevó perseverantemente hasta el Señor (105), este signo fue, sin duda, un sacramento de aquella gracia (106) y un comienzo de aquella vocación, que haría que el Evangelio de Cristo no fuese predicado solamente en Judea, sino también en el mundo entero. Esta estrella que resplandecía a los ojos de los Magos, mas no brillaba ante la mirada de los judíos, significaba el mismo

(105) Refiriéndose a esta frase acota acertadamente R. Dolle: "El llamado de la estrella es para los magos una gracia preveniente; pero los términos empleados por San León hacen pensar en lo que más tarde se llamará la 'gracia eficaz'. Nuestro autor ve en este llamado potente y misterioso ejercido sobre los magos, llamado respetuoso de su libertad, una manifestación de la gracia, en el sentido de don misericordioso, por el cual Dios quería llamar a todos los pueblos a la salvación. Este sermón puede ser considerado, en cierta manera, como un 'sermón sobre la gracia'. Se podría decir otro tanto de los tres siguientes, por la insistencia con que en ellos retoma este tema": Léon le Grand, Sermons I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 255, nota 5. Sobre todo en la hom. 3 (33) 3, p. 142, usa una fórmula notable: "Considerando la inefable generosidad de las larguezas divinas para con nosotros, seamos cooperadores de la gracia de Dios que obra en nosotros (cf. 1 Cor. 12, 8)". Al don gratuito de la gracia, el hombre responde por su cooperación, aceptando la voluntad de Dios de una manera inteligente y activa.

(106) En otro sermón de Epifanía relaciona la estrella de los Magos —*gratiae sacramentum*— con la multitud de estrellas que simbolizaron para Abraham la abundancia de su descendencia; cf. hom. sobre la Epifanía 3 (33) 2, p. 130. Comentando este texto escribe Dolle que así como el cielo, con la multitud de sus estrellas, había servido a Dios de testimonio para anunciar a Abraham la multitud de sus descendientes (cf. Gen. 15, 5: "Lo sacó afuera y le dijo: Levanta los ojos al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas. Y le dijo: Así será tu descendencia") de manera semejante sirve ahora, por medio de la estrella de los Magos, para alertar y conducir junto al Niño a aquellos que son las primicias de los herederos espirituales prometidos a Abraham y comparados por Dios con los astros del cielo; cf. Léon le Grand, Sermons I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, p. 228-229, nota 3.

tiempo la iluminación de los gentiles y la ceguera de los judíos" (107).

En los Magos están pues representados todos los gentiles. Por eso la fiesta de Epifanía es nuestra fiesta, la fiesta de las naciones, ya que, como dice San León, por la fe, que justifica a los impíos (cf. Rom. 4, 5), el mundo entero ha obtenido en sus diversos pueblos lo que "estos tres representantes de todas las naciones" han encontrado al adorar al Señor (108). Ellos son "las primicias de nuestra vocación y de nuestra fe" (109). Por ellos comenzamos a entrar en posesión de la herencia eterna. En ellos se nos abrieron los misterios de la Escritura, que nos hablan de Cristo; la Escritura pasó a ser nuestra, del "Israel espiritual", y la verdad, rechazada por la obcecación de los judíos, empezó a difundir su luz sobre todas las naciones (110).

En otro de sus sermones muestra San León cómo este designio estaba ya preanunciado en el mismo Antiguo Testamento. Lo había profetizado Isaías al decir que el pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte resplandeció una luz brillante (Is. 9, 2). Y en otro lugar: Lllamarás a pueblos que ta son desconocidos, y pueblos que no te conocen correrán a ti (Is. 55, 5). Tales pueblos somos nosotros, dirá San Pablo, a quienes Dios ha arrancado del poder de las tinieblas y trasladado al reino del Hijo de su amor (Col. 1, 12-13). Abraham vio este día y se regocijó (cf. Jo. 8, 56), al conocer que sus hijos según la fe serían bendecidos en su descendencia, es decir en Cristo (cf. Gal. 3, 16), y se vio en la fe como padre futuro de todos los pueblos (cf. Rom. 4, 18). Este día lo anunció David en los salmos cuando dijo: Todas las naciones que Tú has hecho, Señor, vendrán a adorarte y a glorificar tu

(107) Hom. sobre la Epifanía del Señor 5 (35) 1, p. 140.

(108) Cf. *Ibid.* 2, p. 141.

(109) Hom. sobre la Epifanía del Señor 2 (32) 4, p. 128.

(110) Cf. *Ibid.* pp. 128-129.





nombre (Ps. 85, 9). Tales son los preanuncios del Antiguo Testamento. Ellos se han cumplido, predica San León, cuando los tres Magos, llamados de un país remoto, fueron conducidos por una estrella para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra (111). Cristo se manifestó como verdadero rey a los reinos del Oriente en la persona de los Magos, así como se mostró al Imperio Romano en la persona de Herodes.

Una significación semejante atribuye nuestro Santo a aquel otro misterio de la vida de Cristo, estrechamente relacionado con el de los Magos, cual es la huida a Egipto, en donde ve un signo del carácter universal de la fe católica, así como una suerte de retoma de la historia de la salvación:

"El, que reservaba para otro tiempo la efusión de su sangre para la redención del mundo, había huido a Egipto, llevado allí por el cuidado de sus padres. Recordaba así la antigua cuna del pueblo hebreo y ejercía el principado del verdadero José, usando de un poder y de una providencia mucho más grande que la suya, pues venía a liberar los corazones de los egipcios de un hambre más terrible que toda indigencia, la que ellos sufrían por la ausencia de la verdad, ya que El vino del cielo como verdadero pan de vida (cf. Jo. 6, 51). De modo que este país no sería ya extraño a la preparación del misterio de la única víctima, donde, por la Inmolación del cordero, habían sido prefigurados por primera vez el signo salvífico de la cruz y la Pascua del Señor (*nec sine illa regione pararetur singularis hostiae sacramentum, in qua primum occisione agni, salutiferi crucis signum et pascha Domini fuerat praeformatum*)" (112).

Si quisiéramos resumir este aspecto del misterio de la Epifanía podríamos hacerlo con palabras del mismo San León: el plan de Dios, dice, era salvar a la universalidad, tanto a los judíos como a los gentiles. El mundo entero

(111) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 5, pp. 132-133.

(112) *Ibid.* 4, p. 132.

perecía por sus crímenes (cf. 1 P. 1, 20); por un lado, la idolatría y la Impiedad habían alejado a las "naciones" del culto del verdadero Dios, y por otro, el pueblo peculiar del Señor, el mismo Israel, prácticamente había roto con la alianza jurada al pie del Sinaí. Todos estaban encerrados en el pecado. Sin embargo, la cólera de Dios se mudó en perdón, y a todos hizo misericordia la Providencia divina, manifestándose el Mesías precisamente cuando nadie podía gloriarse de sus méritos (113). Las naciones acudieron al llamado; los jefes de los judíos, en cambio ignoraron a quien les venía a traer la salvación. Tal es misterio que se encierra en la fiesta de Epifanía. En frases encendidas, San León se dirige a los judíos para que se conviertan:

"¡Muda de parecer, oh judío; muda de parecer, deja ahí tu infidelidad y vuelve hacia el Redentor, que es temblón el tuyo! No te dejes amilanar por la magnitud del pecado. Cristo no llama a la salud a los justos sino a los pecadores (cf. Mt. 9, 13). No repele tu impiedad al que ha orado por ti cuando fue crucificado. Anula la dura sentencia dada contra tus padres y no soportes estar ligado por la maldición lanzada contra los que, refiriéndose a Cristo, gritaron: ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! (Mt. 27, 25), y han hecho pasar sobre ti la responsabilidad de su crimen. Vuelve al que es misericordioso, entregate a la clemencia del que perdona. La maldad de vuestra iniquidad se ha cambiado en causa de salvación. Vive Aquel a quien quisisteis hacer perecer. Confesad al que habéis renegado, adorad al que habéis vendido, para que se torne en bien vuestro la bondad de Aquel a quien vuestra maldad no pudo dañar" (114).

3. LOS MAGOS

El episodio de los Magos, aparte de la simbología a que antes hemos aludido, ofrece a San León motivo de

(113) Cf. *ibid.* 1, pp. 120-130.

(114) *Hom. sobre la Epifanía del Señor* 5 (35) 2, p. 141.

nuevas reflexiones en sus sermones de Epifanía. La estrella del cielo, una estrella "evangelizadora", como hermosamente la llama (115), simboliza el llamado, la vocación de Dios. Su seguimiento por parte de los Magos, así como la averiguación que emprendieron acerca del Mesías por intermedio de los escribas, fueron actos impregnados de fe. Veamos el texto:

"Los tres hombres, divinamente estimulados por el resplandor del astro insólito, siguen el camino que la luz esplendorosa traza ante ellos, pensando encontrar en Jerusalén, la ciudad real, al Niño significado. Mas, habiendo fallado esta conjetura, conocieron de los escribas y doctores de los judíos lo que había predicho la Escritura santa sobre el nacimiento de Cristo. Fortificados de este modo por un doble testimonio, se dispusieron a buscar con una fe más ardiente lo que les manifestara la luz de la estrella y la autoridad de la profecía" (116).

La fidelidad de los Magos a la estrella resulta verdaderamente ejemplar para nosotros. En última instancia la búsqueda de Cristo no fue sino un acto de fidelidad al llamado de la gracia de Dios que, valiéndose de tal astro, acompañó la procesión de los Magos hasta Belén con eficacia propiamente divina. El texto de San León es incisivo:

"El que había dado tal signo, iluminó la inteligencia de los que lo contemplaban; hizo que le buscaran los que lo comprendieron; y ofrecióse El mismo a ser hallado por los que lo buscaron (*Dedit ergo aspicientibus intellectum, qui praestitit signum; et quod fecit intelligi, fecit inquiri, et se inveniendum obtulit inquisitis*)" (117).

No fue suficiente, sin embargo, que los Magos, sumisos a la estrella, arribasen a la meta de su deseo — un

(115) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (34) 1. p. 134.

(116) *Ibid.* 2. p. 135.

(117) Hom. sobre la Epifanía del Señor 1 (31) 1. p. 123. San León señala los pasos del amor divino: despierta la atención, suscita el deseo, anima la expectativa.

deseo, por otra parte, suscitado por el mismo Dios —, sino que su fidelidad se vio probada cuando, al llegar a Belén, en vez de encontrar a un Rey radiante de majestad, como era de suponer, hallaron a un niño balbuciente, revestido de humildad. Les fue preciso hacer un acto de fe — en última instancia, en el misterio de la unión hipostática —, reconociendo en ese niño al Rey de la gloria:

"Cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no lo vieron expulsando a los demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos, curando a los cojos, dando la facultad de hablar a los mudos, o en cualquier otro acto que revelase su poder divino; sino que vieron a un niño que guardaba silencio, tranquilo, conchado a los cuidados de su madre. No aparecía en él ningún signo de su poder; mas les ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad. El espectáculo mismo de este santo Niño, al cual se habla unido Dios, el Hijo de Dios, presentaba a sus miradas una enseñanza que más tarde debía ser proclamada a los oídos, y lo que no profería aún el sonido de su voz, el simple hecho de verle hacía ya que El enseñara. Toda la victoria del Salvador, que ha subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad. Ha inaugurado en la persecución sus días señalados, y también los ha terminado en la persecución. Al Niño no le ha faltado el sufrimiento, y al que había sido llamado a sufrir no le ha faltado la dulzura de la infancia, pues el Hijo Unigénito de Dios ha aceptado, por una única humillación de su majestad, nacer voluntariamente hombre y poder ser muerto por los hombres" (118).

Los Magos han prestado un gran servicio a todas las generaciones futuras, nos dice San León en otro de sus sermones de Epifanía. De por sí les hubiese bastado con creer, a la luz de la fe, en la venida del Mesías, sin que les fuera preciso ver con los ojos corporales al que ya habían contemplado con la mirada del alma. Pero el celo por cumplir plenamente su deber, los indujo a ir hasta el Niño

(118) Hom. sobre la Epifanía del Señor 7 (37) 2, pp. 148-149.

*fuente a los dos salones sin la
fuente a los salones sin la*

para verlo con sus propios ojos. Y así como ha resultado conveniente para toda la posteridad que el apóstol Tomás, el Incrédulo, se cerciorase de la resurrección de Cristo tocando con sus propias manos las señales de las llagas en su carne, fundando la fe de los que no hemos visto pero hemos creído en la resurrección del Señor, así también no ha dejado de ser útil para nosotros el que los Magos comprobasen la infancia de Cristo mirándolo con sus propios ojos. ¿Qué vieron los Magos? Vieron a un niño de la tribu de Judá, del linaje de David según la carne, nacido de mujer, nacido bajo la ley (cf. Gal. 4, 4), a un niño pequeño, que requería la asistencia de otros, incapaz de hablar, en nada diferente a los demás hijos de los hombres. Así, desde el primer momento de la entrada del Verbo en el mundo, tenemos testigos fidedignos de que el Verbo se ha hecho realmente carne, asumiendo una verdadera naturaleza humana, de modo que cuando después nuevos testigos nos hablen de sus milagros y otros actos de su majestad divina, pruebas evidentes de que es verdadero Dios, no olvidemos aquella verdad fundamental: que Cristo es verdadero hombre (119). Contempláronlo los Magos bien humano, bien niño, bien desvalido, pero no vacilaron en adorarlo como a Dios.

El acto de fe implica cierto espíritu de infancia espiritual. El niño le cree a su madre, por ser ella quien le dice algo: de manera semejante el fiel se hace como un niño cuando le cree a Dios, su Padre. También en esto los Magos nos sirven de ejemplo. No hubieran podido mirar al Infante de Belén y reconocer a Dios, si no hubiesen tenido ojos de niño.

"Cristo ama la infancia, que El mismo ha vivido al principio en su alma y en su cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia; hacia ella orienta las costumbres de los mayores, hacia ella conduce a la ancianidad. A los que eleva al reino eterno los atrae a

(119) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 4 (34) 8, p. 138.

su propio ejemplo... A esta semejanza con los niños nos invita, amadísimos, el misterio de la fiesta de hoy. Esa es la forma de humildad que os enseña el Salvador niño adorado por los Magos" (120).

El ejemplo de fe en el misterio de la unión hipostática que nos ofrecen los Magos, lo ve San León simbolizado en la elección de los dones que llevaron al Niño divino:

"Los Magos realizan su deseo, y llegan, conducidos por la estrella, hasta el Niño, el Señor Jesucristo. En la carne adoran al Verbo; en la infancia, a la Sabiduría; en la debilidad, a la Omnipotencia; en la realidad de un hombre, al Señor de la majestad (al in hominis veritate Dominum majestatis). Y, para manifestar exteriormente el misterio que ellos creen y entienden, alestigan por los dones lo que ellos creen en su corazón. A Dios le ofrecen incienso; al hombre, mirra, y al rey, oro, sabiendo que honran en la unidad las naturalezas divina y humana" (121).

"...so proveen de dones, por los cuales quieren mostrar que en uno adoran al mismo tiempo tres, pues por el oro que ellos ofrecen adoran al que es rey; por la mirra, al que es hombre, y por el incienso, al que es Dios" (122).

(120) Hom. sobre la Epifanía del Señor 7 (37) 3-4, p. 150.

(121) Hom. sobre la Epifanía del Señor 1 (31) 2, p. 124.

(122) Hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 2, p. 130. Tal simbolismo de los dones es común en los Padres de Occidente, como se puede ver en San Ambrosio (cf. In Luc. I, 2, 41), en Prudencio (cf. PL 59, 902 s.), en San Hilario (cf. PL 9, 528), en San Jerónimo (cf. PL 26, 26); etc.

Dice R. Dolle que el lector actual de San León se extrañará al ver que el único objeto de la fiesta de Epifanía pareciera ser la visita de los Magos. Los otros dos misterios que la Iglesia unificó durante mucho tiempo con la fiesta del 8 de enero, el bautismo de Cristo y el milagro de Caná, ambas manifestaciones del Señor, no aparecen para nada en sus sermones. Sostiene Dolle que ello es así porque San León siguió las tradiciones de las Iglesias de Occidente. En cambio en Oriente, en la época misma de San León, la Epifanía no solamente conmemoraba el bautismo en el Jordán, sino que a veces era esencialmente la fiesta del bautismo de Cristo, reservándose el tema de los Magos para la fiesta de Navidad. Más tarde la Epifanía tendrá en Roma un triple objeto: los Magos, el Jordán y Caná; pero esta evolución se hizo después de San León y bajo el influjo de Oriente. Sin embargo, tanto San Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, como San Máximo, obispo de Turín, celebraron los

4. LA EPIFANIA, HOY

Como hemos dicho al tratar de la presencialidad de los misterios, la celebración litúrgica no es reducible a un mero recuerdo del hecho celebrado sino que en cierta manera lo re-pone, lo representa. *Modus*

Un texto notable de San León nos indica cómo se re-pone el misterio de la Epifanía:

"El día en que Cristo, salvador del mundo, se manifestó por vez primera a los gentiles, ha de ser, amadísimos, objeto de nuestra veneración y de nuestro homenaje religioso. Hoy debe subir en nuestros corazones la alegría que llenó los corazones de los tres Magos cuando, incitados y guiados por una nueva estrella, adoraron, presente ante su miradas, a Aquel en quien habían creído cuando les había sido prometido. Este día no ha terminado, de modo que haya pasado con él la virtud entonces revelada de la acción divina y de que de ese acontecimiento no haya llegado hasta nosotros sino un recuerdo glorioso que acoge nuestra fe y honra nuestra memoria. El don de Dios, por el contrario, se multiplica, y aún hoy nuestra época experimenta todo lo que comenzó entonces. Aunque el relato de la lectura evangélica se refiere propiamente a aquellos días en que tres varones —a los que ni la predicación profética había instruido ni el testimonio de la Ley había enseñado— vinieron desde los confines del Oriente para conocer a Dios, sin embargo, esto mismo advertimos que sucede ahora con la iluminación de todos los que son llamados, y de una manera más manifiesta y abundante, pues se cumple la profecía de Isaías, que dice: El Señor ha revelado su santo brazo a los ojos de todos los pueblos, y los extremos confines de la tierra ven la salvación de nuestro Dios... Y lo verán aquellos a los que no se les había anunciado y entenderán los que no escucharon (Is. 52, 10.15). Por eso, cuando vemos que hombres que hasta entonces se habían entregado a la sabiduría del mundo y estaban bien lejos de conocer

tres misterios en Epifanía; si bien ambos son contemporáneos de San León, la diferencia se explica por las estrechas relaciones que unían la corte de Ravena (y el norte de Italia en general) con Bizancio (cf. Leon le Grand, Sermons I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, pp. 250-201, nota 4).

a Jesucristo, son sacados del fondo de su error y llamados al conocimiento de la verdadera luz, no cabe duda que ha obrado el esplendor de la divina gracia; y lo que aparece de nueva luz en los corazones entenebrecidos, irradia de la misma estrella, de modo que a las almas que son tocadas por su resplandor las pone en movimiento milagrosamente y las guía para llevarlas a adorar a Dios.

Mas si queremos considerar con mayor atención que esas tres mismas clases de dones son ofrecidas por todos los que vienen a Cristo mediante los pasos de la fe, ¿acaso no se celebra justamente la misma oblación en los corazones de los creyentes? (123). Saca, en efecto, el oro del tesoro de su alma el que reconoce en Cristo al Rey de todas las cosas; ofrece la mirra el que cree que el Unigénito de Dios se ha unido a sí mismo una verdadera naturaleza humana; y venera a Cristo con una especie de incienso el que lo reconoce en todo igual a la majestad de su Padre.

Examinadas prudentemente estas comparaciones, amadísimos, encontramos que ni siquiera falta la persona de Herodes, del cual el diablo, en otro tiempo su instigador secreto, es ahora su infatigable imitador, pues le atormenta la vocación de todos los pueblos y le tortura la diaria destrucción de su poder. Se aflige de que es abandonado en todas partes y de que el verdadero Rey sea adorado en todo lugar. Prepara sus engaños, forja malentendidos, irrumpe en asesinatos y, sirviéndose de los que aún engaña, arde de envidia en la persona de los judíos, echa las redes mentirosas en la de los herejes, se inflama de crueldad en la de los paganos" (124).

Resulta interesante observar cuan detalladamente describe San León la pervivencia no sólo del hecho sal-

(123) "Destaquemos la expresión —comenta R. Dolle—, de sabor plenamente litúrgico, *celebrare oblationem* aplicada a la ofrenda que los corazones fieles hacen a Cristo, pero también a la de los magos en la que aquella debe inspirarse. Si recordamos que el *vermón* se pronuncia en el curso de la *synaxis* eucarística, captaremos el lazo que une estas ofrendas rituales con la del sacrificio de la Iglesia, continuación del sacrificio del Calvario: este lazo es la fe en la doble naturaleza de Cristo en la unidad de su persona": Léon le Grand, *Sermons* I, ed. Sources Chrétiennes 22 bis, pp. 268-269, nota 5.

(124) Hom. sobre la Epifanía del Señor 6 (38) 1-2, pp. 144-145.

vífico de la Epifanía, sino también de los mismos personajes que en él participaron. Pervive la estrella, perviven los judíos, pervive Herodes, pervive sobre todo Cristo Jesús. Lo cual muestra hasta qué punto estaba en él arraigada la idea de que los misterios del Señor no se pierden en las brumas de la historia, ni envejecen con el tiempo, sino que conservan aún ahora todo su vigor. En otro sermón de Epifanía lo dice de manera más sintética:

"El contenido de estos hechos llenos de misterios perdura (*permanet... mysticorum forma gestorum*), pues, amadísimos, como aparece manifiestamente. Lo que había comenzado en figura se termina en realidad (*quod imagine inchoabatur, veritate completur*). Brilla aún en el cielo la estrella por la gracia, y los tres Magos, llamados por el resplandor de la luz evangélica, acuden diariamente, en la persona de todas las naciones, para adorar al poder del soberano Rey. Herodes, igualmente, en la persona del diablo, tiembla y gime al ver desaparecer su reino de iniquidad en los que pasan a Cristo (*in his qui ad Christum transeunt*). Por eso, al matar a los niños, cree que da muerte a Jesús. Es lo mismo que el demonio trata de hacer sin cesar cuando intenta arrancar el Espíritu Santo a los que acaban de renacer y de aniquilar al que, como niño, aún tiene una fe tierna. En cuanto a los judíos, que han querido estar fuera del reino de Cristo, en cierto modo están aún bajo el poder de Herodes" (125).

Mostrando gran sutileza de pensamiento, observa San León que no todo se actualiza de idéntica manera. El Herodes de hoy es un Herodes con guantes blancos; antes de matar los cuerpos preferirá extinguir la vida en las almas de los hijos de Dios:

"Viendo que la fe de los príncipes le hace resistencia, que la indivisible Trinidad de la única Divinidad es adorada en los palacios con no menos celo que en las Iglesias, se aflige de que se le impida derramar la sangre de los cristianos; la emprende entonces contra las costumbres de quienes no puede conseguir su muer-

(125) Hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (35) 2, p. 140.

lo. Reemplaza el pavor de las proscipciones por el fuego de la avaricia y corrompe por la sensualidad a los que no ha podido quebrar infligiéndoles males. Su maldad, en efecto, habituada durante largo tiempo a una perversidad grande, no ha depuesto su odio, sino que ha cambiando el modo, sometiendo con halago a las almas fieles. Encendiendo las concupiscencias de aquellos que no puede atormentar con los suplicios..." (126).

Pero por sobre todo debe permanecer el ejemplo de los Magos. La docilidad que mostraron al llamado de la estrella nos incita a imitar su obediencia y a hacernos también nosotros seguidores de la gracia que nos invita a acercarnos siempre más al Señor. Más aún, agrega el Santo, será menester hacernos nosotros mismos como la estrella, conservando en nuestro interior el resplandor de una vida santa, al punto de convertirnos en estrella para los demás, señalándoles el camino que conduce a Cristo (127). Sólo brillarán como hijos de la luz aquellos que hayan aprendido a saborear las cosas de lo alto, donde viven las estrellas, y no las de la tierra (128).

Como los Magos, termina San León, habrá que ponerse en camino, o mejor, estar siempre en camino hacia Cristo; aun cuando aclara enseguida admirablemente que dicho camino no es otro que el Señor, según Él mismo lo ha enseñando al afirmar: **Yo soy el Camino** (Jo. 16, 6) (129).

(126) Hom. sobre la Epifanía del Señor 6 (36) 3, p. 146.

(127) Esta idea abunda sus raíces en el Evangelio, en los Padres y en la liturgia. Por ejemplo, en Fil. 2, 15 se dice que los cristianos han de brillar como estrellas en el mundo.

(128) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 3 (33) 5, p. 133.

(129) Cf. hom. sobre la Epifanía del Señor 5 (33) 3, p. 142.

CAPITULO TERCERO

LOS MISTERIOS PASCUALES

El segundo bloque de fiestas gira en torno al misterio pascual. La expresión "misterio pascual" podría parecer de fresca data, como si hubiera sido introducida por el último Concilio o poco antes. En realidad, dicha fórmula es antiquísima, y San León la emplea a menudo, sea en su forma singular "paschale mysterium", como en plural "paschalia mysteria", o a veces también "paschale sacramentum". Todo el año litúrgico se centra en este misterio, que constituye su momento culminante. "Entre todas las solemnidades cristianas, el misterio pascual (paschale sacramentum) es el que ocupa el primer lugar", nos dice el mismo San León (1).

Los misterios natalicios, cuyo contenido hemos tratado de penetrar en las páginas anteriores, no tenían otro sentido que hacer posible los misterios pascales. Porque si el Verbo se hizo carne no fue sólo para tener una materia que ofrecer en sacrificio. Como Dios que era, espíritu puro, no podía —y aunque hubiese podido no hubiera tenido sentido— inmolar una víctima. Debía asumir una carne concreta para poder llevarla al ara de la cruz y luego devolverle la vida en pro de la salvación de todos.

La participación en los misterios pascales, cuyo núcleo último lo constituye la conmemoración de la muerte y la resurrección de Cristo, presupone también, como en los misterios natalicios, la fe en la unión hipostática, en el Cristo verdadero hombre y verdadero Dios. Así lo deja bien en claro nuestro Santo en uno de sus sermones cuaresmales:

"Creed en el Hijo de Dios, coeterno con el Padre, por quien todo ha sido hecho y sin El nada fue hecho, engendrado también según la carne al fin de los tiempos. Creed que, corporalmente, ha sido crucificado, que ha muerto, que ha resucitado, que subió por encima de las dominaciones celestes, que ha sido colocado a la derecha del Padre, que vendrá a juzgar a los vivos y

(1) Hom. sobre la Cuaresma 9 (47) 1, p. 196.

a los muertos en la misma carne con la cual ascendió' (2).

Dividimos este tercer capítulo de nuestro libro en tres grandes acápites. En el primero de ellos no referiremos al tiempo de preparación del misterio pascual, que es la Cuaresma; en el segundo, a su momento supremo, constituido por la re-presentación de la Muerte y la Resurrección de Cristo; y finalmente, a su etapa complementaria, que abarca la fiesta de la Ascensión del Señor y el envío del Espíritu Santo en Pentecostés.

(2) Hom. sobre la Cuarexma 8 (46) 3, p. 195.

I. LA PREPARACION: EL TIEMPO DE CUARESMA

La historia de la liturgia nos permite afirmar que la Cuaresma tiene el carácter de "preparación" para la Pascua, ya que toda ella fue elaborada por la Iglesia en orden a una mejor participación en los misterios de la muerte y la resurrección del Señor. Mediante las prácticas cuaresmales, a las que nos referiremos luego detalladamente, el cristiano va muriendo poco a poco a sí mismo, en una lucha ascética nunca del todo terminada contra Satanás, en orden a llegar más purificado a lo que hoy llamamos "la Semana Santa", y poder así injertarse más profundamente en Cristo, realizando en su transcurso una unión de índole mística con el Señor, crucificándose nuevamente con Él y resurgiendo a un nuevo estilo de vida, el propio del que ha resucitado.

I. LA CUARESMA, PRELUDIO DE LA PASCUA

San León nos ha dejado 12 sermones cuaresmales. En ellos afirma con toda claridad el carácter propio de la Cuaresma, como de una época esencialmente ordenada a la mejor celebración de los misterios pascuales, o mejor, "a la fiesta de Pascua, en la cual convergen todos los misterios de nuestra vida religiosa" (3).

Sí el cristiano se dirige decididamente hacia su muerte y resurrección en Cristo, es porque Él lo hizo primero.

(3) *Itad.* 1, pp. 192-193.

Toda la vida de Cristo fue un largo encaminarse desde Belén al Calvario. Cristo nació para ser crucificado, nos dio sin ambages nuestro Santo:

"Entre todos los días del año que la devoción cristiana honra de diverso modo, ninguno es tan excelsa como la festividad pascual, por la cual se consagra en la Iglesia de Dios la dignidad de todas las solemnidades. Aun la misma generación maternal del Señor había de tener por fin este misterio. El Hijo de Dios no tuvo otra razón de nacer que la de poder ser clavado en la cruz (*nec alia fuit Dei Filio causa nascendi, quam ut cruci posset affligi*). En el seno de la Virgen, en efecto, tomó carne mortal. En esa carne mortal realizó la economía de la pasión (*in utero enim Virginis susceptus est caro mortalis; in carne mortali completa est dispositio passionis*), y vino a ser por un designio inefable de la misericordia de Dios que esto sirviese para nosotros de sacrificio de redención, abolición del pecado y primicias de resurrección para la vida eterna. Luego, si consideramos lo que el universo ha recibido por la cruz del Señor, reconoceremos que para celebrar el día de Pascua es justo que nos preparemos con un ayuno de cuarenta días para poder participar dignamente en los divinos misterios" (4).

Con el realismo sobrenatural que lo caracteriza, San León habla de "la proximidad del día en que fuimos redimidos" (5). Un misterio tan grande, afirma, merecería por cierto una perpetua y continua preparación, de modo que permaneciésemos siempre en presencia de Dios, como es justo nos encontremos el día de la Pascua. Pero siendo ello prácticamente imposible para la mayoría de nosotros, ya porque la observancia más austera se relajaría con el pasar del tiempo, ya porque solicitan nuestra atención las muchas ocupaciones de la vida presente, Dios proveyó a nuestra flaqueza ofreciéndonos la saludable Institución de la Cuaresma (6).

(4) Hom. sobre la Cuaresma 10 (48) 1, p. 199.

(5) Hom. sobre la Cuaresma 4 (42) 1, p. 177.

(6) Cf. *ibid.* pp. 177-178.

¿En qué consiste la preparación cuaresmal? Ya que el Señor revivirá para nosotros el misterio de su muerte y de su resurrección, lo que nos compete en estos cuarenta días sagrados es ir realizando, lenta pero decididamente, una necrosis progresiva de todo nuestro ser adamítico, un abandono de la vida carnalizada y decrepita, consecuencia heredada del pecado de origen, para abrazarnos a una nueva manera de vivir, un estilo de vida propio de resucitados. Si bien es éste un trabajo de toda la vida, la proximidad de los días en que se celebra el sublime misterio de la misericordia divina lo hace aún más apremiante (7).

"Es, en efecto, la mayor de todas las fiestas que hemos de recibir (*suscepturi enim festorum omnium maximum festum*), y debemos prepararnos a ella con esta observancia, para que, muertos en su pasión seamos resucitados con Él en su resurrección (cf. Col. 3, 3-4). Pero ¿cómo participaremos en la muerte de Cristo sin dejando de ser lo que fuimos? Y ¿cuál será la semejanza de su resurrección si no abandonamos nuestra antigua vida (*nisi depositio vetustatis*)? (8). Por eso, el que comprende lo que es el misterio de su renovación debe despojarse de los vicios de la carne y arrojar todas las manchas del pecado, para entrar en el banquete nupcial con el vestido resplandeciente de sus virtudes (cf. Mt. 22, 11-12)" (9).

San León pide a sus oyentes que escuchen el clamor del Bautista: **Preparad el camino del Señor, rectificad sus**

(7) Cf. hom. sobre la Cuaresma 8 (47) 1, p. 186.

(8) La palabra *vetustas* es de inspiración paulina (cf. Rom. 7, 6); la relaciona el Apóstol con la Ley antigua, apegada a la letra, por oposición a la nueva, impregnada del Espíritu. Aquí designa el género de vida del hombre carnal, del hombre "vicio", que no desaparece necesariamente con el bautismo, sino que debe ser erradicado mediante el esfuerzo personal sostenido por la gracia. La expresión ha pasado a la liturgia, como puede verse por ejemplo en la postcomunión del viernes de la primera semana de Cuaresma ("a vetustate purgati in mysterii salutaris facit transire consortium") o en la de la cuarta semana de Cuaresma ("sicut de praeteritis ad nova transimus, ita, vetustate deposita, sanctificatis mentibus innovemur"), etc.

(9) Hom. sobre la Cuaresma 12 (50) 1, p. 207.

senderos (Lc. 3, 4), ya se trate de catecúmenos que se preparan para recibir el bautismo, ya de aquellos que conscientes de faltas graves necesitan acceder al perdón por el sacramento de la penitencia, ya de cristianos que viven normalmente en gracia. A todos es útil la invitación del Bautista (10).

Y no sólo el fiel individual ha de prepararse para las fiestas pascuales, sino la Iglesia entera. en su universalidad, debe aprestarse también para ello:

"En efecto, es propio de la solemnidad pascual hacer que la Iglesia entera se alegre del perdón de los pecados; perdón que no se realiza sólo en los que renacen por el santo bautismo, sino también en los que han sido inscriptos entre los hijos adoptivos. Sin duda, el lavado de la regeneración es el que hace nuevos a los hombres; mas queda para todos el renovarse diariamente como remedio a la debilidad inherente a la condición mortal, y en el camino de la perfección no hay quien no deba siempre ser mejor. Todos han de esforzarse para que el día de la redención nadie se encuentre en sus vicios de otras veces" (11).

Tal es el sentido de este período litúrgico. Una y otra vez insiste San León en que es deber del cristiano vivir en todo tiempo sabiamente y santamente, dirigiendo sus deseos y acciones a lo que es agradable a Dios; sin embargo la proximidad de lo que él llama "el día de la redención" parece urgir una mayor dedicación en el trabajo de purificación del corazón y en la práctica más esmerada de las virtudes:

"Siendo estos misterios más grandes que cada una de sus partes, también nuestra devoción debe hacer algo más de lo acostumbrado. Cuanto más sublime es la fiesta, tanto más ha de prepararse quien la celebra" (12).

(10) Cf. hom. sobre la Cuaresma 7 (43) 1, p. 186.

(11) Hom. sobre la Cuaresma 8 (44) 1, pp. 186-187.

(12) Hom. sobre la Cuaresma 3 (41) 1, p. 174.

Y descendiendo a lo concreto, sugiere el Santo examinar cuidadosamente durante el tiempo cuaresmal qué vicios, enfermedades espirituales o heridas del alma necesitan de un tratamiento más severo, para disponerse mejor a "la gracia de este sacramento" (13). Trataríase de una especie de "examen particular" en orden a una mejor preparación para el misterio pascual, cuyo fin no es otro que "aniquilar las obras del diablo" (14). Supone pues el Santo que muchos de los que entran en la Cuaresma se conducen ya como buenos cristianos, llevando vida de gracia; sin embargo no es extraño que algo de polvo empañe el esplendor de sus almas, "creadas a imagen de Dios", o que algún humo de vanidad oscurezca esa imagen (15).

San León resume su exhortación en pocas palabras:

"...puesto que todo el sacramento pascual ha sido instituido para el perdón de los pecados, imitemos lo que deseamos co'brar (*quod celebrare optamus, imitemur*;" (16).

2. LA CUARESMA, COMBATE CONTRA EL DEMONIO

En los textos anteriormente citados hemos visto insinuarse la presencia del demonio en este tiempo "agónico" o de milicia que es la Cuaresma. El cristiano que se ejercita en el examen de conciencia y en la lucha contra sus pasiones desordenadas sabe muy bien que para ello le es menester enfrentarse con el Adversario.

A. PARTICIPACION EN LAS TENTACIONES Y EN LA VICTORIA DE CRISTO

En sus sermones cuaresmales nos muestra San León

(13) Cf. hom. sobre la Cuaresma 6 (44) 1, p. 186.

(14) Ibid.

(15) Cf. hom. sobre la Cuaresma 5 (43) 3, p. 184.

(16) Hom. sobre la Cuaresma 12 (50) 3, p. 200.

cómo el combate del cristiano contra el demonio se integra en la lucha que Cristo entabló en el desierto contra Satanás. No en vano el primer domingo de Cuaresma se leía — y se sigue leyendo — el texto donde se relata dicho encuentro frontal entre Cristo y el demonio:

"Como nos lo ha manifestado el relato evangélico (cf. Mt. 4, 1-11), nuestro Señor Jesucristo, que era Dios verdadero, para mostrarse también verdadero hombre y excluir las implas opiniones de todo error, después de un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, sintió el hambre, propio de nuestra debilidad. El diablo se alegró de haber encontrado en él un individuo de una naturaleza pasible y mortal, y, queriendo explicar el poder que él temía, le dice: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan (17). Podía hacer esto el Omnipotente y era fácil a toda criatura de cualquier género que fuese, pasar por orden del Creador a la forma que le mandase tomar. Cuando El lo quiso cambió el agua en vino en el banquete de bodas (cf. Jo. 2, 1-10) (18). Pero convenía mejor a la economía de nuestra salvación que el Señor venciera la astucia del enemigo más orgulloso no por el poder de su divinidad, sino por el misterio de su humanidad. Finalmente, herido el diablo y frustrado el tentador en todas sus artes, se acercaron al Señor los ángeles y le servían" (19).

Pasando por alto la insistencia en la verdad de la hu-

(11) ¿Sains el demonio que Cristo, además de ser hombre, era Dios? Porque al tentarlo le dice: "Si eres Hijo de Dios..." En uno de sus sermones sobre la Natividad, San León afirma que al disminuir Cristo bajo el velo de la debilidad el poder de su divinidad quedó oculta la perfidia del enemigo, que lo creyó un niño como los demás, al verlo envuelto en pañales y sometido a la circuncisión. Ignorando su concepción por el Espíritu Santo, temió que hubiese nacido de modo diferente a los demás. Sólo que al ir creciendo era, con tan lleno de virtudes, comenzó a temerario, a rebulario de *Sanas* Thomas. Y aquí, en el desierto, se le ofrece para resolver su duda: "Si eres Hijo de Dios...": cf. hom. sobre la Natividad del Señor 2 (22) 3-4, pp. 75-76.

(16) Como bien observa R. Dolle no sin razón nuestro Santo pone en paralelo la escena de la tentación del desierto y la de las bodas de Caná: en ambos casos, le seducían a Cristo que adelante la hora de su manifestación. Lo que rebuía al momento, se lo concedo a su madre, como un signo mesiánico que anticipa el milagro de la Eucaristía, donde convertirá el vino en su Sangre: cf. Léon le Grand, *Sermons* II, cc. *Sources Chrétiennes* 10 bis, p. 89, nota 3.

(19) Hom. sobre la Cuaresma 2 (40) 3, p. 173.

manidad de Cristo, que como se ve es uno de los acentos que caracterizan el pensamiento de nuestro Santo, destaquemos la relación que establece entre la tentación que sufrió Cristo y la que sufren los cristianos. Porque, como dice en el mismo lugar, "¿a quién no se atreverá a tentar quien ni siquiera se abstuvo de hacerlo fraudulentamente a nuestro Señor Jesucristo?" (20).

El demonio, que seguía atentamente los pasos de Cristo, había visto su soberbia pisoteada por la humildad de Jesús bautizándose en el Jordán, había comprendido que su ayuno de cuarenta días constituía una victoria total sobre la concupiscencia de la carne. Pues bien, ahora, en el tiempo de Cuaresma, cuando ve cómo los cristianos renuncian a él por el bautismo, o renuevan esa renuncia, cuando ve cómo, por la regeneración sacramental, son ya criaturas nuevas, distintas de aquellas a las que antes dominaba, cuando los ve adherirse al ayuno de Cristo mediante las abstinencias y las abstenciones propias de la Cuaresma, su odio se hace más vehemente y su envidia más perversa (21).

Con frecuencia se refiere San León a la envidia de Satanás. La envidia es característica del demonio. Cuando antaño vio a nuestros primeros padres llenos de felicidad, él, señor desposeído, fijado en su soberbia, experimentó la más negra envidia por la suerte del hombre y lo tentó logrando que cayera en el pecado. Y así **por la envidia del diablo la muerte entró en la tierra**, como leemos en Sab. 2, 24. Nada enfurece más al demonio que ver cómo el Verbo encarnado redime a ese hombre a quien él hizo precipitar de lo alto. El adversarlo de la pureza y de la paz, el que no perseveró en la verdad (cf. Jo. 8, 44) y perdió por su orgullo la gloria propia de su prístino estado, sufre al ver al hombre restaurado y poseedor de los mismos bienes que él ha perdido (22).

(20) *Ibid.*

(21) Cf. hom. sobre la Cuaresma 2 (41) 2, pp. 175-176.

(22) Cf. hom. sobre la Cuaresma 10 (48) 2, p. 200.

Trae acá nuestro Santo a colación un texto de San Pablo que se leía al comienzo de la Cuaresma: He aquí un tiempo favorable, he aquí los días de salvación (2 Cor. 6, 2). Tiempo favorable, dice, días de salvación porque se declara la guerra a Satanás y a los vicios, a la vez que se progresa en las virtudes. Si bien es cierto que en todo momento el cristiano debe estar en guardia contra el adversario de su salvación, sin embargo

"le es necesaria una preocupación mayor y una prudencia más atenta en este momento en que tu enemigo, siempre el mismo, redobla sus ataques bajo el efecto de una envidia más agresiva. Ahora le es quitada en todo el mundo la potestad de su antigua dominación y le son arrebatadas las innumerables armas de sus capturas. Las multitudes de todas las naciones y de todas las lenguas renuncian al pirata más cruel. Ya no es sólo una raza de hombres la que se rebela contra sus leyes tiránicas, sino que en toda la faz de la tierra millones de hombres se preparan a su regeneración en Cristo. Se acerca la venida de la nueva creación y el espíritu maligno es expulsado de aquellos que él poseía. Despojado el enemigo, se enfurece implacablemente y busca alguna ganancia, puesto que ya perdió su derecho antiguo (23). Tiende sus lazos sin cesar, siempre vigilante para atrapar alguna oveja que, negligente, se aparta de la grey sagrada por la pendiente de los placeres y el camino fácil de la lujuria, y la conduce a los albergues de la muerte. Por eso, inflama la cólera, fomenta el odio, agudiza la concupiscencia, ridiculiza la continencia y excita la gula" (24).

San León se expresa con gran realismo. El demonio es para él una realidad presente y actuante en la vida de la Iglesia y de los cristianos. Y como la vida de la Iglesia es la prolongación de la vida de Cristo, resulta natural

(23) San León ha recibido de San Agustín la teoría del "derecho del demonio", derecho que éste habría adquirido sobre el género humano como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, y el consiguiente sometimiento del hombre a Satanás. Gracias a la Redención, el demonio ha perdido su derecho, just, sobre el hombre. Para más aclaraciones véase la nota 6 del cap. II.

(24) Hum. sobre la Cuaresma 2 (40) 2, p. 173.

que así como el demonio tentó a Cristo en el desierto para evitar que llevara a su culminación el plan salvífico que lo impulsaba a morir en Jerusalén, así se oponga al pueblo cristiano que, a través del sacrificio, se apresta a renovar en sus miembros lo que falta a la Pasión de Cristo:

"Ve, en electo, a los nuevos, venidos de todo el género humano, introducidos en la adopción de los hijos de Dios. Ve multiplicarse, por la fecundidad virginal de la Iglesia, el nacimiento de los regenerados. Se ve privado del derecho de sus dominios y despojado de los corazones que posela. Lo fueron arrancados en ambos sexos miles de ancianos, miles de jóvenes, miles de niños. Ve que ni el pecado personal ni el pecado original son un obstáculo para nadie, puesto que la justificación no ha sido concedida a los méritos, sino por la sola liberalidad de la gracia. Aun aquellos que han caído engañados por los artificios de sus mentiras, los ve levantarse por las lágrimas de la penitencia y ser admitidos a los remedios de la reconciliación; la llave apostólica les abre las puertas del perdón. Siente, además, la proximidad del día de la Pasión del Señor y que va a ser aplestado por el poder de esta cruz, que, en Cristo, ajeno a la duda de la muerte, fue la redención del mundo, no la pena del pecado" (25).

El texto que acabamos de citar nos muestra que las dos metas más importantes de la época cuaresmal eran el bautismo — para los catecúmenos que se aprestaban a recibirlo — y la penitencia — para los pecadores —. Y para todos, una entrega más generosa a la práctica de las virtudes. ¿Cómo no iba e irritarse Satanás a contemplar esta gran cosecha de la fe? Resultaba pues lógico que redoblase su astucia contra los miembros del cuerpo de Cristo, tratando de hacerlos caer, dado que no pudo hacer caer a la Cabeza en el desierto. La lucha es ineludible ya que

"cada vez que deseamos algún bien, provocamos al adversario. Hay entre ellos y nosotros, fomentada por la envidia diabólica, una oposición inveterada, de mo-

(25) *Ibid.* sobre la Cuaresma II (49) 2. pp. 204-205.

co que, estando despojados de estos bienes a los que nos levanta la gracia de Dios, nuestra justificación les tortura. Cuando nosotros nos levantamos, ellos se hunden. Cuando volvemos a encontrar nuestras fuerzas, ellos pierden la suya" (26).

Se podría trazar toda una estrategia de la agresión diabólica en base a los sermones cuaresmales de San León, quien se adelanta así en cierta manera a la elaboración que los grandes autores espirituales posteriores realizarían al sistematizar las "reglas de discernimiento de espíritus". Porque, como bien advierte nuestro Santo, si el demonio se caracteriza por tentar francamente a los grandes pecadores, mostrándoles el pecado en toda su crudeza e invitándoles a cometerlos, cuando se trata de quienes siguen a Cristo más de cerca y se esfuerzan por imitar sus virtudes, como son los cristianos que se entregan generosamente a los ejercicios de la Cuaresma, el demonio los tienta de manera más sutil. Sus armas no son ásperas a los sentidos, sino que halagan delicadamente la carne; Inclinan a mirar cosas sensuales para que por el atractivo del mundo se encienda el fuego de la concupiscencia; ofrecen el fácil atractivo de una música degradada "conmoviendo el oído con sonidos engañosos por medio de ritmos enervantes, para que se quebrante la solidez del alma con la modulación voluptuosa" (27).

Deberá pues el cristiano penetrar más y más en el interior de Cristo para desde allí vencer al demonio no con sus propias fuerzas sino con las fuerzas mismas del Señor que consintió en ser tentado para poder regalarnos su victoria:

"Entramos, amadísimos, en la cuaresma, es decir, en una fidelidad mayor al servicio del Señor. Viene a ser como si entrásemos en un combate de santidad. Por tanto, preparemos nuestras almas a las embestidas de

(26) Hum. sobre la Cuaresma I (39) 4, p. 168.

(27) Hum. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporas de agosto 4 (29) 3, p. 333.

las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos seamos de nuestra salvación, tanto más violentamente nos atacarán nuestros adversarios. Mas el que habita en medio de nosotros es más fuerte que quien lucha contra nosotros. Nuestra fortaleza viene de El, en cuyo poder tenemos puesta nuestra confianza. Pues si el Señor permitió que le visitase el tentador, lo hizo para que tuviésemos nosotros, además de la fuerza de su socorro, la enseñanza de su ejemplo... Sin duda alguna, reportó su humanidad mayor gloria y fue mayor el castigo de su adversario al triunfar del enemigo de los hombres no como Dios, sino como mortal. Ha combatido para enseñarnos a combatir en pos de El. Ha vencido para que nosotros seamos también vencedores de la misma manera. Pues no hay, amados, actos de virtud, sin la experiencia de las tentaciones, ni fe sin prueba, ni combate sin enemigo, ni victoria sin batalla. La vida pasa en medio de emboscadas, en modo de sobresaltos" (28).

B. LA CONTRAPARTIDA DE LAS TENTACIONES: EL MISTERIO DE LA TRANSFIGURACION

Antiguamente el relato de la Transfiguración del Señor se leía el sábado anterior al segundo domingo de Cuaresma. Hoy se lo lee en el segundo domingo mismo. Su ubicación en este lugar no es fruto de un capricho o de una casualidad, ya que dicho misterio constituye como el reverso del misterio de las Tentaciones. El Cristo que había sido tentado es ahora momentáneamente glorificado, anticipando en cierta manera la futura gloria de la resurrección. En las tentaciones se destaca su humanidad, en la Transfiguración resalta su divinidad. En el telón de fondo está siempre el gran tema de la unión hipostática.

San León ha dedicado un notable sermón a la exposición de este hermoso misterio. El Cristo debilitado por el hambre en el desierto, aparece ahora elevado triun-

(28) Hom. sobre la Cuaresma I (39) 3, p. 167. Sobre la Cuaresma como lucha contra Satanás, cf. C. Vaggini, *El sentido teológico de la liturgia*, 2ª ed., B.A.C., Madrid, 1965, pp. 413-416.

luminente sobre el monte, centro de toda la historia de la salvación:

"En efecto. Moisés y Elías, esto es, la Ley y los Profetas, aparecieron hablando con el Señor, a fin de que se cumpliera perfectamente, en presencia de estos cinco hombres, lo que está escrito: **Será firme toda palabra proferida en presencia de dos o tres testigos** (Dt. 19, 15: cf. Mt. 18, 16). ¿Qué hay más estable y más firme que esta palabra? Para proclamarla resuena acordemente la doble trompeta del Antiguo y del Nuevo Testamento, y todo lo que ha servido para testimoniarlo en los tiempos antiguos se encuentra en el Evangelio. Las páginas de ambas alianzas se confirman mutuamente, y a quien habían prometido los símbolos antiguos bajo el velo de los misterios, lo manifiesta con toda claridad y certeza el resplandor de su gloria presente" (29).

Así como el misterio de las Tentaciones en el desierto se continúa en los miembros del cuerpo de Cristo, presencializándose de este modo en la Iglesia de todos los siglos, así también el misterio que nos ocupa debe prolongarse en los fieles para que, gracias al espectáculo del Cristo esplendoroso, reverberante sobre el monte, se resuelven animosamente a abrazarse sin escándalo a la cruz de Cristo, única manera de llegar a esa transfiguración. Es lo que Cristo mismo les dijo a sus apóstoles cuando le pidieron hacer tres tiendas e instalarse para siempre en la apacible gloria del monte: el Hijo del Hombre debe sufrir mucho, ser apresado y muerto. Como si les dijera que no era lícito detenerlo en su camino a Jerusalén. Las horas de la Transfiguración no habían sido sino un repêch, un descanso, en el curso de esta dramática pero consciente procesión hacia el Calvario.

(29) Hom. sobre la Transfiguración del Señor 4, pp. 212-213. El evangelio de la Transfiguración se revela especialmente apropiado para el tiempo de Cuarema, no sólo por la razón antes apuntada, de ser la contrapartida de las tentaciones, sino también porque sus tres personajes principales, Jesús, Moisés y Elías, ayunaron como Cristo durante cuarenta días, y Jesús, según el relato de Mateo, al bajar del monte aludió a su muerte y resurrección, que es precisamente el término de la Cuarema.

Por eso, como bien advierte nuestro Santo, la voz del Padre que se hizo oír en la Transfiguración, tras proclamar que Cristo era su Hijo bienamado, agregó: "Escuchadle", exhortación que llega también hasta nosotros ya que

"estas cosas no fueron dichas para utilidad de los que las oyeron con sus propios oídos, sino que, en la persona de estos tres apóstoles, toda la Iglesia reciba lo que vieron sus ojos y escucharon sus oídos. Robustézcase, pues, la fe de todos según la predicación del santo Evangelio, y no se avergüence nadie de la cruz de Cristo, por la cual ha sido rescatado el mundo" (30).

Por el hecho de que Dios haya hablado, en la persona de los apóstoles, a los fieles de todos los siglos se consolida el sereno convencimiento de la Iglesia de que al invitar a sus hijos a una penitencia dura como es la cuaresmal no por ello les impide pensar en su transfiguración futura. Por el contrario, les enseña que la transfiguración es la meta final, si bien el único camino para llegar a ella pasa por el surco donde debe caer y morir el grano de trigo. Por eso, con el milagro de la Transfiguración no sólo se consolidó la esperanza de los allí presentes;

"fundamentábase también, con no menor providencia, la esperanza de la santa Iglesia, pues reconocería en la transfiguración del Cuerpo místico de Cristo la transformación con que iba a ser agraciado, ya que puede prometerse cada miembro participar de la gloria que con anterioridad resplandece en la Cabeza" (31).

3. LA CUARESMA, EPOCA DE PROGRESO ESPIRITUAL

Hemos afirmado anteriormente que la Cuaresma — especialmente para los ya bautizados — es una época de

(30) Hom. sobre la Transfiguración del Señor 8, p. 215.

(31) Hom. sobre la Transfiguración del Señor 3, p. 212.

adelanto en las virtudes. Tratemos de manera más particular este aspecto del tiempo cuaresma'.

A. TEMPLOS VIVOS DE DIOS

En uno de sus sermones sobre la Cuaresma, San León relaciona el tema del progreso espiritual con esa verdad tan consoladora de la fe cual es la inhabitación divina en nuestras almas. Para mejor explicar el contenido de dicha verdad recurre nuestro Santo a dos enseñanzas de San Pablo. Por la primera de ellas el Apóstol nos amonesta a depurar el hombre viejo con todas sus obras y renovarnos de día en día mediante una manera santa de vivir (cf. Col. 3, 9-10). Y por la segunda nos recuerda que somos templos vivos de Dios (cf. 2 Cor. 6, 16). Si somos templos de Dios, y el Espíritu Santo es huésped de nuestra alma, concluye San León, resulta obvia la necesidad de trabajar con gran esmero para que la morada de nuestro corazón sea cada vez menos indigna de tal Huésped. Toda la vida espiritual, a cuyo progreso nos incita la Cuaresma, puede ser considerada a la luz de este Ideal: comportarnos como un templo vivo de Dios. Ya que, como agrega el Santo:

"Aunque el edificio que somos nosotros no subsiste sin la ayuda de su arquitecto, ni su construcción puede permanecer intacta si no vigila sobre ella su autor, sin embargo, siendo nosotros piedras racionales y materiales vivos, hemos sido unidos de tal manera por la mano de nuestro Creador, que el que es restaurado trabaja con su maestro de obra. No se sustraiga la obediencia humana a la gracia de Dios ni renuncie a esto bien, sin el cual no sabría ser buena; si en el cumplimiento de los mandamientos experimenta alguna cosa imposible o difícil, que no se abandone a sí misma, sino recurra al que manda, pues El da el precepto para excitar el deseo y conceder la ayuda (quí ideo dat præceptum, ut excitet desiderium et præestet auxilium), so-

gún lo dice el profeta: Tiende sobre Dios tu cuidado y El te sostendrá (Ps. 54, 23)" (32).

Como se ve, San León enuncia con toda precisión el principio de la acción de Dios y de la cooperación humana en la obra de la santificación. Ya se habían apaciguado en ese momento las grandes controversias sobre la gracia, que signaron la época de San Agustín. Con su inteligencia clara y práctica, contribuyó San León a fijar en este punto la doctrina que se había tradicional (33). En otro sermón cuaresmal vuelve sobre el tema:

"No son, en efecto, sólo los pontífices del orden más elevado, o los sacerdotes de segundo rango, o los solos ministros de los sacramentos, sino todo el cuerpo de la Iglesia y la universalidad de los fieles los que deben purificarse de todas las manchas para que el templo de Dios, cuyo fundamento es su mismo fundador, sea bello en todas sus piedras y luminoso en todas sus partes. Si con razón se adornan los muros de los palacios de los reyes y los pretorios de los jefes más elevados, de suerte que los más excelentes longan moradas más distinguidas, ¿con qué esmero hay que edificar, y con qué honor decorar el lugar en que habita la misma Divinidad! Sin duda, no se puede comenzar ni terminar esta habitación sin el concurso de su Autor; sin embargo el que la ha edificado le ha dado poder buscar su acrecentamiento por su propio trabajo... Material amado, material buscado, para que, a su vez, él busque al que no buscaba y ame al que no amaba... (*Quae Ideo dilecta, Ideo quaesita est, ut et Ipsa ex non quaerente quaerens, et ex non diligente sit diligens*). Puesto que todos los fieles reunidos, y cada uno en particular, son un solo y mismo templo de Dios, es necesario que sea perfecto en cada uno, como debe serlo en su conjunto; pues aunque la belleza no es la misma en todos los miembros ni iguales los méritos en tan grande variedad de partes, sin embargo el vínculo

(32) Hom. sobre la Cuaresma 5 (43) 1, p. 162.

(33) Cf. sobre este tema Hervé de l'Incarnation, "La grace dans l'oeuvre de saint Léon le Grand", en *Recherches de théologie ancienne et médiévale* 22 (1955) 17-55, 193-212.

de la caridad contiene la comunión en la belleza (*communioem 'amen obtinet decoris, connexio caritatis'*)" (34).

Destaquemos la esplendorosa relación que el Santo establece entre el símbolo del templo, la realidad de la gracia y el concepto de belleza.

B. LA ASCESIS DE LAS VIRTUDES

Ya hemos dicho que San León concibe el tiempo de Cuaresma como una época de ejercitación espiritual. Nos referimos aquí de manera especial a los ya bautizados que en este tiempo litúrgico son urgidos nuevamente a la santidad. El proceso de muerte y resurrección que exige el triduo pascual debe ser prolijamente preparado en estos días que lo anteceden.

San León invita a una santificación de todo el hombre, cuerpo y alma. El cuerpo será domeñado por el ayuno, y el alma por la práctica de las virtudes; el cuerpo, mediante una progresiva crucifixión de los deseos carnales, irá preparando la crucifixión mística del Viernes Santo; el alma lo hará suavizando la ira, mortificando la soberbia, anquilanando la lujuria. De este modo, como concluye hermosamente nuestro Santo, "las dos sustancias de que estamos hechos se preparan por las purificaciones convenientes para celebrar la Pascua del Señor" (35).

Si la Cuaresma es milicia contra Satanás, según lo hemos indicado más arriba, esa milicia deberá concretarse primeramente en la victoria sobre sí mismo, ya que, como enseña San León,

"no podremos prevalecer sobre nuestros adversarios si antes no hemos prevalecido sobre nosotros mismos. Muchas batallas hay en nuestro interior: la carne contra

(34) Hom. sobre la Cuaresma 10 (48) 1. pp. 189-200.

(35) Hom. sobre la Cuaresma 7 (45) 4. p. 192.

el espíritu y el espíritu contra la carne. Si en la lucha triunfan las concupiscencias de la carne, se verá vergonzosamente degradado el espíritu de su dignidad propia, lo cual sería una verdadera desgracia: de rey que debía ser se convertirá en esclavo. Si, por el contrario, se somete al espíritu do su Señor, pone su alegría en lo que le viene del cielo, desprecia los halagos de los deleites terrenos e impide que reine el pecado en su cuerpo mortal, guardará la razón el cetro que le pertenece por justo derecho..., pues sólo tiene el hombre paz y libertad verdadera cuando la carne está regida por el espíritu, su juez, y el espíritu gobernado por Dios, su "Señor" (36).

Así como Cristo fue señorialmente hacia la Cruz, al modo de un atleta seguro de su victoria final, y no arrastradamente, contra su voluntad, así el caminar hacia la muerte mística del triduo santo exige el señorío sobre sí mismo. Las virtudes no son sino el reflejo del orden interior: las pasiones se van subordinando al espíritu, y el espíritu se subordina a Dios. Entonces hay tranquilidad en el orden conquistado con la ayuda de la gracia. Entonces el hombre es finalmente fiel a su bautismo, que lo ha constituido rey de sí mismo para ser leal súbdito de Dios. Servir a Dios es reinar.

Y no se alegue que ya uno es medianamente virtuoso, que evita normalmente los pecados graves. El contentarse con un estado semejante implicaría la victoria de la mediocridad, de la tibieza en la vida espiritual. La Cuaresma nos debe arrancar de dicha situación. San León lo dice de manera admirable:

"Tal es la verdadera santidad de los perfectos, que jamás se atreven a creer que son perfectos; y, sin abandonar su resolución de proseguir el camino antes de llegar al fin, sucumbirían al peligro de caer si dejaran el deseo de avanzar (*ibi incidunt deficiendi periculum, ubi proficisci deposuerint appetitum*). Ninguno entre nosotros, amadísimos, es tan perfecto y tan santo que no pueda ser aún más perfecto y más santo. Todos juntos,

(36) Hum. sobre la Cuaresma I (35) 2. pp. 165-166.

por lo mismo, sin diferencia de dignidad y sin distinción de méritos, corramos con una piadosa avidez, desde donde estamos hasta donde aún no hemos llegado *ab his in quae pervenimus, in ea quae nondum apprehendimus, pia aviditate curramus*, y a lo que es la medida de nuestro comportamiento habitual, añadamos aún alguna cosa como complemento necesario" (37).

San León compara este crecimiento espiritual con la siembra y la cosecha, según lo que en el primer capítulo dijéramos acerca de su costumbre de recurrir al lenguaje agrario para referirse a la vida espiritual y cultural. Si bien tales comparaciones se encuentran en sermones ajenos a la Cuaresma, nos parece que vienen acá a colación. Partiendo de la idea evangélica de que somos "agricultura de Dios", dice el Santo que si nos descuidamos por un descanso perezoso o inerte desidia, nuestra tierra se llenará de espinas y de abrojos, y no producirá cosa digna de ser almacenada en los graneros, sino de ser quemada por el fuego. El campo de nuestra alma es una tierra regada desde arriba con la lluvia de la gracia, se fortifica con la fe, se ara con el ayuno, se siembra con la limosna, se abona con las oraciones, tratando de evitar que germine raíz alguna de pecado o que tallo nocivo alguno adquiera fuerza para erguirse; sólo así se podrá lograr una buena y gozosa cosecha de virtudes (38). Este texto es perfectamente aplicable a la Cuaresma, época de especial infusión de la gracia, época de ayuno, de limosna, de oraciones, medios todos aptísimos para hacer fructificar el campo de la alma. No cabe pues la inercia, máxime en un tiempo de tanta ejercitación espiritual cual debe ser la Cuaresma,

"pues la tierra de nuestra carne, si no es cultivada y dirigida continuamente, pronto produce espinas y abrojos por el descanso prolongado, y por el parto degenerado dará frutos que no están destinados a ser encerra-

(37) Hom. sobre la Cuaresma 2 (38) 1, pp. 170-171.

(38) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 3 (14) 1, p. 80.

dos en los graneros, sino a ser quemados en el fuego, como dice el Señor: Todo árbol que no haya plantado mi Padre será arrancado de raíz (Mt. 5, 13). Hemos de conservar, pues, en toda su pureza, los gérmenes y semillas que hemos recibido del sumo Agricultor y aprovechar con vigilante solicitud, para que no sean falsificados los dones de Dios por algún engaño del enemigo envidioso y para que en el paraiso de las virtudes no crezca la selva de los vicios" (39).

En el texto recién citado vuelve San León sobre el tema del "discernimiento de espíritus", advirtiéndole que no todo lo sembrado en el campo del alma es bueno, aunque aparente serlo. Hay algunas que siembra de noche. Hay plantas que se parecen a las sembradas por el Agricultor divino, pero no son plantas de santidad, sino que han sido sembradas con engaño por el "enemigo envidioso".

San León exhorta pues a la diligencia espiritual, sabiendo muy bien que en última instancia dicha diligencia de nada serviría si no estuviese promovida y acompañada por la divina gracia:

"Y para que no caigamos en una inerte pereza por la desesperación, lo que es imposible al hombre por la propia debilidad, se hace posible por virtud divina:

(39) Hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporadas de verano 4 (81) 3, p. 329. En un sermón navideño ya había aludido a este tema: "Los cristianos deben tener mucho cuidado de no dejarse atrapar por los lazos del diablo y envolverse de nuevo en los errores a que han renunciado (cf. 2 P. 2, 20). En efecto, el antiguo enemigo, transfigurándose en ángel de luz (cf. 2 Cor. 11, 14), no cesa de tender por todas partes las redes de sus engaños y de trabajar sin descanso para corromper de todas formas la fe de los creyentes. El sabe a quién apilar el fuego de la codicia, a quién proponer el atractivo de la glotonería, a quien ofrecer la excitación de la lujuria, a quién infundir el veneno de la envidia. Sabe a quién conturbar con la tristeza, a quién engañar con la alegría, a quien abatir con el temor, a quién seducir con la adulación. Examina las costumbres de todos, indaga los cuidados, explora los afectos y busca ocasiones de dañar en las cosas donde ve que uno está más estrechamente ocupado": hom. sobre la Natividad del Señor 7 (27) 3, p. 103. Se advierte en nuestro Santo una concepción muy realista del papel del demonio en las tentaciones y los vicios, conforme a la doctrina de su amigo Casiano, quien sintetizó las enseñanzas de los Padres del desierto.

Estrecha y angosta es la senda que conduce a la vida (Mt. 7, 14); nadie podría caminar ni mover el pie por ella si el mismo Cristo, haciéndose camino, no abriese la entrada difícil; así, el que ha trazado el camino hace posible el andar por él, pues uno mismo es el que lleva al trabajo y el que conduce al descanso (*et nemo in eam gressum inferat, nemo vestigium promoveret, nisi difficiles aditus ipse se Christus viam faciundo reseraret: ut auctor itineris fiat possibilitas ambulantis, quia idem et introducit ad laborem et perducit ad requiem*). En El tenemos la esperanza de la vida eterna, y en El también el modelo de paciencia. Si sufrimos con El, con El reinaremos (2 Tim. 2, 12), porque, como dice el Apóstol, quien afirma que permanece en El, debe andar como El anduvo (1 Jo. 2, 6) (40).

C. LA CARIDAD, FUEGO DE LA VIDA ESPIRITUAL

Enseña San León que centro del conjunto de virtudes que deben caracterizar la ejercitación espiritual de la Cuaresma, la fe y la caridad son las dos que mejor preparan al cristiano para la próxima celebración de la Pascua:

"La caridad es el vigor de la fe, y la fe es la fuerza de la caridad (*caritas robur fidei, fides fortitudo est caritatis*). Las dos encuentran su verdadero nombre y su verdadero fruto cuando su unión permanece indisoluble. Donde no están juntas, faltan las dos, porque recíprocamente se ayudan y se iluminan hasta que la recompensa de la visión satisfaga el deseo de la fe e incommutablemente se vea y se ame lo que ahora no se ama sin fe ni se cree sin amor (*donec desiderium credulitatis impleat remuneratio visionis, et incommutabiliter videatur et ametur, quod nunc et sine fide non diligitur, et sine dilectione non creditur*). Como dice el Apóstol: En Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino la fe que obra por la caridad (Gal. 5, 6). Por eso apliquémonos al mismo tiempo y conjuntamente a la caridad y a la fe, pues en ellas tenemos el vue-

(40) Item, sobre el ayuno del mes de septiembre o *témporas* del otoño 5 (30) 2, p. 341.

lo eficazísimo de dos alas (41) que elevan el alma pura hasta merecer ver a Dios, para que no sea deprimida por el peso de los cuidados carnales. Pues el que ha dicho: Sin la fe es imposible agradar a Dios (Hebr. 11, 6), dice también: Aunque tuviera la plenitud de la fe, capaz de transportar las montañas, si no tengo caridad, no soy nada (1 Cor. 13, 2). Por eso, para reservar a los divinos misterios de las solemnidades pascales el honor que les es debido, procuramos con mayor interés estas dos cosas, en las cuales se encuentra la enseñanza de todos los preceptos y por las cuales cada fiel en particular viene a ser un sacrificio y un templo de Dios al mismo tiempo. Apliquese la fe a esperar lo que cree. Apliquese la caridad a hacer favorable lo que ama. Una y otra son propias del que cree (*instet fides sperare quod credit; instet caritas propitiare quod diligit: utrumque amantis est, utrumque credentis*). Unámonos, por la imitación del amor, al que nos sometemos por la sumisión de la inteligencia" (42).

Si bien la Cuaresma debe ser, según lo dijimos más arriba, el campo de ejercicio de todas las virtudes, así como un prolongado examen de conciencia, la acentuación de San León en la fe, pero sobre todo en la caridad, evita que dicho examen se disperse en un conjunto de virtudes inconexas, creando turbación en el alma. Y así recomienda a sus fieles "que busquen si en los secretos del corazón se encuentra la caridad, madre de todas las virtudes" (43). Si el corazón está vuelto hacia el amor de Dios quiere decir que se va por el buen camino.

En uno de sus sermones aúde San León a los dos amores que pueden anidar en el hombre, amores incompatibles entre sí. El texto nos recuerda la gran intuición de San Agustín que está en la base de su teología de la historia:

(41) La imagen de las dos alas deriva del mito platónico de Fedro 246 a —249 b, que la tradición patristica ha asumido y bautizado. San León la emplea también aplicándola a la misericordia y la pureza: cf. hom. sobre la Pasión del Señor 4 (55) 5, p. 221.

(42) Hom. sobre la Cuaresma 7 (43) 2, pp. 190-191.

(43) Hom. sobre la Epifanía del Señor 6 (38) 4, p. 133.

"Dos son los amores de los cuales proceden todos los deseos. Así también las diversas cualidades, como las clasifican los autores. Pues el alma racional, que no puede estar sin amor, o ama a Dios o ama al mundo. En el amor de Dios nada es pequeño (in dilectione Dei nulla nimia); en el amor del mundo muchas cosas son dañosas. Por eso hemos de adherirnos inseparablemente a los bienes eternos y usar transitoriamente de los temporales (eternis bonis inseparabiliter inherendum, temporalibus vero transeunter utendum est), como quienes peregrinan y vuelven aprisa hacia la patria. Todo cuanto acacso prósperamente en este mundo se ha de tomar como ayuda para el camino, no como placer permanente. Por eso, el bienaventurado Apóstol predica diciendo: El tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran... Porque para la apariencia de este mundo (1 Cor. 29, 31). Mas no se deja fácilmente lo que agrada por la belleza, la abundancia y la variedad, a no ser que en el esplendor de las cosas visibles se ame más al Creador que a las criaturas. Al decir: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza (Mt. 22, 37), en nada quiere que nos separemos de los vínculos de su amor. Y cuando a esto mandamiento une también la caridad para con el prójimo, nos prescribe que imitemos su misma bondad: que amemos lo que El ama, que obremos lo que El obra... Por eso decimos sacramentalmente en la oración dominical: Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mt. 6, 10). ¿Qué pedimos con estas palabras sino que Dios someta a los que aún no ha sometido y que los hombres sean cumplidores de su voluntad en la tierra como los ángeles en el cielo? Al pedir esto, amamos al Señor y amamos también al prójimo; y no es diverso el amor en nosotros, sino uno mismo, cuando deseamos que el siervo ministre y que el Señor impere" (44).

El último párrafo del texto alude al doble amor que cobija la caridad, el de Dios y el del prójimo, "este doble amor, que no es más que uno", como dirá en una de sus homilias cuaresmales (45). El amor de Dios, ante todo, deberá acrecentarse en el tiempo de Cuaresma. Si este pe-

[44] Hom. sobre el ayuno de septiembre o temporal de otoño 5 (98) 3, pp. 341-342.

[45] Cf. hom. sobre la Cuaresma 7 (45) 1, p. 189.

todo es esencialmente preparatorio del triduo santo, en que Cristo **hablando amado a los suyos los amó hasta el fin** (Jo. 13, 1), parece obvio que su preparación esté signada por un incremento del amor divino. Toda la obra de nuestra reparación, enseñará San León en uno de sus sermones, es una obra de misericordia de Dios, a quien nosotros no amaríamos si antes Él no nos hubiera amado. Y agrega:

"Amándonos Dios, nos restituye a su imagen (*Diligendo itaque nos, Deus ad imaginem suam nos reparat*). Y para que halla en nosotros la imagen de su bondad nos concede quo podamos hacer o que El hace, iluminando nuestra inteligencia e inflamando nuestros corazones a fin de que no solamente amemos a El, sino también cuanto El ama (*et igitur nos suae charitatis inflammans, ut non solum ipsum, sed etiam quicquid diligit, diligamus*)" (46).

Como se ve, el Santo deriva el amor al prójimo del amor a Dios. Si de veras amamos a Dios, amaremos todo lo que Dios ama. Y ahora, precisamente, que nos estamos preparando para conmemorar el acto de la suprema dación de Dios por amor a los hombres, hasta la muerte de cruz, sería ingrato no devolver a Dios el amor que nos tiene, amando a los hombres a quienes Él tanto amó, y a quienes adquirió con el precio de su sangre.

Una de las expresiones más nobles de la caridad para con el prójimo es la misericordia y el perdón. Cristo dijo: **Si no perdonáis a los hombres vuestras faltas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados** (Mt. 6, 15), y "como nadie hay que no peque — dice San León —, que no haya nadie que no perdone" (47). A propósito de este tema recuerda nuestro Santo la costumbre de los emperadores católicos de mostrar especial clemencia el día de Pascua:

(46) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 1 (13) 1, p. 45.

(47) Hom. sobre la Cuaresma 12 (50) 3, p. 200.

"Así es como lo observan [se refiere a la misericordia], conforme a una costumbre santa y ya antigua, los piadosísimos emperadores del mundo romano. En honor de la pasión y resurrección del Señor, ellos inclinan la majestad de su poder y, mitigando el rigor de sus leyes, alivian a sus prisioneros culpables de muchos delitos. En estos días en que el mundo es salvado por la misericordia divina, su clemencia se ofrece como modelo al imitar a la Bondad de lo alto. Imiten los pueblos a sus príncipes y que el ejemplo de los emperadores les incite a perdonar en sus casas" (48).

4. LAS PRÁCTICAS CUARESMALES

Según una arraigada tradición de la Iglesia, la época de Cuaresma se caracteriza por la intensificación de dos prácticas exteriores: el ayuno y la limosna. San León predica abundantemente sobre ambas, tratando de encontrarles un significado profundo, incluso místico.

A. EL AYUNO

La práctica del ayuno, como preparación a la Pascua, parece remontarse nada menos que a los tiempos apostólicos. Sabemos de cierto que San Ireneo conoció el ayuno pre-pascual, hablando de él como de algo ya tradicional.

A partir de los sermones de San León, no sólo de los propios de la Cuaresma, sino de los días especialmente consagrados al ayuno eclesiástico (49), trataremos de ir entresacando su teoría sobre el significado del ayuno.

[48] Hom. sobre la Cuaresma 2 (40) 5, pp. 173-174. Los emperadores Valentiniano I y II habían decretado que los presos fueran liberados el día de Pascua, con excepción de los que habían cometido algunos crímenes más graves.

[49] En tiempo de San León, la observancia del ayuno estaba fijada en conexión con las cuatro estaciones, a fin de que con su ritmo periódico a través del curso del año se recordase la necesidad

a. La institución del ayuno

Al parecer, la práctica del ayuno se estableció concretamente en conexión con la historia de salvación. En última instancia, constituía una suerte de réplica del pecado de origen

"ya que, habiendo entrado en la humanidad la primera causa del pecado por el deleite de la comida, ¿qué mejor saludable don de Dios puede usar la libertad rodilma que abstenerse de cosas lícitas, no habiendo sabido transar en las que le estaban prohibidas?" (50).

Como costumbre específica, el ayuno proviene del Antiguo Testamento. Según San León, los ayunos veterotestamentarios eran figura de los que habían de ser ins-

de purificarse de los propios pecados: cf. hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporas de otoño 0 (24) 3, p. 332. Se desplega así la observancia del ayuno a lo largo del círculo del año "de modo que la ley de la abstinencia quede en todo tiempo, puesto que celebramos el ayuno primaveral en Cuaremas; el estival, en Pentecostés; el otoñal, en el mes de septiembre; y el invernal, en otoño, que es el de diciembre": hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (19) 2, p. 43. San León pone estos ayunos en relación con los avatares de las estaciones, sobre todo con los ciclos agrícolas, de siembras, cosechas, etc. Mediante el ayuno, dice, los graneros llenos sirven también para los pobres: cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 5 (18) 1, pp. 53-54. Estos "ayunos", que más tarde se llamarían de los "Cuatro Temporas", jalaban así todo el año, invitando a la penitencia y a la acción de gracias. De ellos, el de la Cuarema era el más importante, "el más grande y el más santo de los ayunos": hom. sobre la Cuarema 11 (49) 1, p. 202; cf. 4 (42) 1, p. 177. Los otros tres ayunos sólo ocupaban tres días en una semana, mientras que el de Cuarema se extendía por espacio de cuarenta días.

¿Qué significa un "ayuno de cuarenta días"? Al final de la hom. sobre la Cuarema 4 (42) 6, según aparece en el texto bilingüe de Sources Chrétiennes II, p. 113 (no se encuentra en la edición según la cual citamos habitualmente) se lee: "ayunemos, pues, el lunes, miércoles y viernes". A. Chavasse comenta: "Es un hecho cierto: s. León conoce tres 'ayunos' semanales durante la cuarema... Habla, es verdad, de cuarenta días de ayuno, pero la fórmula es oratoria, puesto que es cierto que no se ayunaba, al menos, el domingo... Asimismo se trata verosimilmente de tres días de ayuno más completos, que se rompía solamente después de la celebración vespertina de la liturgia. La palabra jejunemus... no se refiere sólo al simple acto de ayunar. Se había convertido en una especie de término técnico para designar la sinaxis propia de esos días de ayuno": "Le carême et les scrutins préœsistémaux avant le IX siècle", en Rev. Sc. Rel. 14 (1948) 331-333.

(50) Hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporas de verano 4 (41) 1, p. 328.

Unidos en la nueva alianza (51). Entre tales ayunos y los actualmente en vigor se dan las mismas relaciones que rigen en general la conexión entre ambos Testamentos: hay diferencia y hay continuidad.

"Las dispensaciones de la misericordia de Dios que nuestro Salvador realizó para la reparación del género humano, amadísimos, han sido dispuestas divinamente, a fin de que el Evangelio de la gracia arrancase el velo de la Ley, pero no destruyese las instituciones. Por eso hemos de observar la doctrina del Señor, por la que nos enseñó que El no vino a destruir la Ley, sino a perfeccionarla, para que también nosotros nos sometamos a esta norma, en cuanto podamos con la gracia de Dios; sabiendo que no se han de descuidar las constituciones del Antiguo Testamento si atentamente nos ocupamos en conocer lo que hay allí velado por una sombra pasajera y lo que contiene con una acción permanente, pues la distinción de alimentos y oblações, la circuncisión de la carne, los diferentes bautismos y purificaciones, no se han de hacer ahora como signos y figuras, ya que se ha realizado lo que aquellas cosas significan. Sin embargo, los mandatos y preceptos morales permanecen como fueron dados, porque no insinúan otra cosa distinta que las palabras que lo expresan, y con la devoción cristiana no cesan, sino que han sido revalorizados. Así, amar a Dios y al prójimo, honrar al padre y a la madre, no adorar dioses falsos, etc., que son terriblemente prohibidos o saludablemente imperados, no los observamos de un modo distinto por las instituciones legales que por los decretos evangélicos, ya que, aunque nos hayan venido muchas cosas por la novedad de la gracia, sin embargo, nada se ha disminuido de la antigua justificación. Por eso, con razón establecieron las instituciones apostólicas que permaneciese la utilidad de los ayunos antiguos; y aunque la costumbre de la Iglesia haya aprendido que debe realizar más prolijas mortificaciones, sin embargo, aceptará también la santificación de la abstinencia que proviene de la Ley, pues a los que se había concedido poder celebrar lo que es mayor, sería indecoroso que no pudiesen lo que es menor" (52).

(51) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 4 (15) 2, p. 52.

(52) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 9 (20) 1, pp. 65-66.

Señala San León que los ayunos en la Iglesia no son sólo individuales sino que revisten un carácter social, comunitario, de todo el cuerpo de la Iglesia. Aunque es hermoso y bello, dice en uno de sus sermones, que cada miembro del cuerpo de Cristo tenga sus propias observancias, sin embargo es más excelente acción cuando los corazones de todo el pueblo concurren en un mismo propósito, ayudando así a la vacilación de los individuos. El ayuno colectivo de la universal Iglesia es más sagrado que el que se hace por decisión privada. Porque la abstinencia que cada uno se impone a sí mismo por propio arbitrio mira sólo a la utilidad de una parte, en cambio el ayuno que observa toda la Iglesia a ninguno excluye de la purificación general, y entonces el pueblo de Dios se hace fuerte, al concordar los corazones de todos los fieles en la unidad de la obediencia. A nadie podrá el demonio sorprender porque la observancia común protege a cada uno de los miembros de la Iglesia (53). Si el Señor ha prometido conceder lo que dos o tres reunidos en su nombre piden con fervor, ¿cómo podría negarse cuando ve a todo su cuerpo que es la Iglesia unánime en el ayuno y suplicando con un mismo espíritu? (54).

b. Ayuno de cuerpo y alma

San León considera el ayuno desde un punto de vista integral, afectando no sólo el cuerpo sino también el alma, ayuno carnal y espiritual a la vez. Y así, en uno de sus sermones, al anunciar la proximidad de la solemnidad pascual, dice que el ayuno de cuarenta días que lo precede se realiza para "la santificación de nuestros cuerpos y de nuestras almas" (55).

Tan grande es la utilidad de esta observancia eclo-

(53) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de otoño 3 (89) 2, p. 334.

(54) Cf. *Ibid.* 3, p. 335.

(55) Hom. sobre la Cuaresma 12 (50) 1, p. 207.

sial, que mientras el apetito de la carne se somete a las leyes de la sobriedad y de la mortificación, los instintos y movimientos interiores se ven atemperados por la virtud "y el espíritu ayuna de injusticia como el cuerpo de comida" (56). Quiere ello decir que la perfección del ayuno no consiste tan sólo en la privación corporal del manjar. "En vano se apartará el cuerpo de la comida si no se aparta el alma del pecado. . . Debemos mortificar nuestra libertad en la comida, mas para frenar con la misma ley las otras concupiscencias" (57).

Un ayuno que no conduzca a la purificación interior fácilmente degenerará en una especie de hipocresía:

"¿Quién no se percata de la utilidad que recibimos por el ayuno? En él se nos manda que no sólo nos abstengamos de alimentos, sino también de todos los deseos carnales. De otro modo, sería cosa superflua sufrir voluntariamente el hambre y no deponer los malos deseos, atligirso por el alimento de que se nos priva y no destruir el pecado que se ha concebido. Carnal es el ayuno y no espiritual cuando solamente no se perdona al cuerpo y se permanece en aquellas cosas que son más nocivas que todas las delicias. ¿Qué aprovecha al alma dominar fuera y servir dentro como esclava, ordenar a sus propios miembros y perder el derecho de la propia libertad? *Quid prodest animae foris agere quasi dominam, et intus servire captivam, membris propriis imperare, et ius propriae libertatis amittere?*... Ayuno, pues, el cuerpo de alimento, y el alma de pecado, con la ley de su Rey juzgue los pensamientos y deseos terrenos" (58).

Es éste un tema sobre el cual nuestro Santo no se cansa de insistir. De nada sirve que se debilite la fuerza del cuerpo si no se alimenta el vigor del alma. Que a la

(56) *Ibid.* 2. p. 208. Este concepto integral del ayuno ha persistido en la liturgia. A modo de ejemplo, puede verse la colecta del viernes después de Ceniza: "*ut observantiam, quam corporaliter exercemus, mentibus etiam valeamus implere sinceris*".

(57) *Hom.* sobre la Cuaresma 4 (42) 2, p. 178.

(58) *Hom.* sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (19) 2, p. 84.

mortificación del hombre exterior se una la del hombre interior. Que al quitar a la carne su alimento corporal, el espíritu se fortifique. La abstinencia debe penetrar el interior del que ayuna: abstenerse de las inútiles discordias, de la incontinencia, de la mentira; ayunar de orgullo, de ira, de calumnia, de espíritu de venganza; quitar de sí toda planta que no haya plantado el Padre celestial. Un tal ayuno del alma será verdaderamente consolidante de la vida espiritual; al abstenernos del pecado, alimentaremos la virtud (59).

Si nos privamos del alimento terreno, es para aprender a valorar el alimento celeste; para aprender, en última instancia, a valorar a Dios, que es nuestra comida y nuestra bebida:

“Al celebrar, amadísimos, el verdadero y espiritual ayuno que santificará con su pureza al cuerpo y al alma, examinemos con toda diligencia los secretos de nuestro corazón e investiguemos con justo juicio qué cosas lo entristecen o agradan. Y si se encuentra alguna apetencia de vanagloria, o alguna raíz de avaricia, o algún veneno de envidia, cuide el alma de no tomar ningún alimento de éstos, sino, por el contrario, apeteciendo las delicias de las virtudes, profiera los banquetes celestiales a la sensualidad terrena. Reconozca el hombre la dignidad de su linaje y entienda que ha sido hecho a imagen y semejanza de su Creador. No se espante de sus miserias, en las que cayó por aquel grande y común pecado, de modo que no se acoja a la misericordia de su Reparador. Pues El dice: Sed santos, porque santo soy yo (Lev. 19. 2), esto es, elegidme, y absteneos de lo que me desagrade. Haced lo que amo, amad lo que hago (facite quod amo, amate quod facio). Y cuando aparezca que es difícil lo que mando, acudid al que manda, para que de donde procede el mandato venga también la ayuda. No niego mi auxilio al que me entrega la voluntad. Ayunad de las cosas adversas, abstenéos de lo que os es contrario. Yo soy vuestra comida y vuestra bebida (ego sum vobis cibus et potus)” (60).

(59) Cf. hom. sobre la Cuareisma I (28) 5, pp. 168-169.

(60) Hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de otoño I (94) 2, p. 352.

Así entendido, el ayuno cuaresmal no será útil tan sólo para los que deban pasar a una vida nueva por el bautismo, participando de esta manera en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, sino también para todo el pueblo cristiano. "Los primeros tienen necesidad [del ayuno] para recibir lo que aún no poseen; los segundos, para conservar lo que ya han recibido" (61).

El ayuno nos permitirá enseñorear sobre nosotros mismos, ser verdaderamente libres, y adquirir así la auténtica sabiduría:

"Sea alabado Dios, que ha dado tantas cosas para uso de los hombres, para reconozca el alma inteligente que se han dado mayores delicias a la mente que a la carne. Y oyendo decir al Espíritu Santo: No te dejes llevar de tus codicias y cohíbete de tus deseos (Ecl. 18, 30), entienda que contra aquellas cosas que agradan a los sentidos corporales hay que practicar la virtud de la templanza, por la cual, al disminuirse el deseo del hombre exterior, se acrecienta la sabiduría del hombre interior (*dum exterioris hominis voluptas minuitur, sapientia interioris augetur*). No es el mismo el vigor del corazón con la carga del alimento que con la sobriedad del ayuno, ni puede engendrar el mismo sentido la saciedad que la templanza. Pues cuando la carne, combatiendo contra el Espíritu, es superada por el deseo espiritual, entonces se obtiene la libre salud y la sana libertad, de modo que la carne se rija por el juicio de la mente, y la mente por la ayuda de Dios" (62).

c. Ayuno de herejías

San León entronca el concepto de "ayuno del alma" con el de "ayuno de errores". Así como por la abstinencia se excluyen los placeres que desea el cuerpo, de manera semejante es menester excluir todo error que pueda inficionar el alma. La fiesta de Pascua, a la que prepara

(61) Hom. sobre la Cuaresma 5 (43) 3, p. 184.

(62) Hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporales de verano 4 (81) 2, p. 328.

la Cuaresma, exige también en este sentido una purificación lo más perfecta posible, que no deje pervivir en el corazón doctrina alguna que sea contraria a la fe (63).

"Hemos de abstenernos, pues, de los alimentos, pero mucho más hemos de ayunar de los errores... Porque en nuestros tiempos, como en los pasados, no faltan enemigos de la verdad que intentan promover en la Iglesia católica guerras civiles, para que, induciendo a algunos indoctos al consentimiento de dogmas impíos, se alegren por anexionarse a los que pueden separar del Cuerpo de Cristo" (64).

San León especifica enseguida cuáles son los errores concretos que en esa Cuaresma amenazaban a sus fieles, a saber, la impiedad de Nestorio, que separa lo divino de lo humano, y la de Eutiques, que desvanece lo humano en lo divino (65). La idea de fondo, más allá de sus concreciones prácticas, es que debemos aprovechar el tiempo de Cuaresma para analizar la pureza de nuestra fe, y ver si no hay cizaña con el trigo, si no vamos consintiendo, aunque fuese larvadamente, a los errores de nuestro tiempo...

También los judíos y los herejes, observa San León, con frecuencia se abstienen de comer, y hasta los paganos ayunan. Pero en vano, porque lo hacen bajo el imperio de la falsedad. "En nosotros la fe santifica aún al que come, y en ellos su infidelidad contamina al que ayuna" (66). Fuera de la Iglesia, agrega, nada es perfecto, como no lo es fuera de la fe verdadera. Uno solo es el ayuno verdaderamente salvífico: el que se hace dentro de la fe católica.

"Por eso a la virtud de la abstinencia pertenece en

(63) Cf. hom. sobre la Cuaresma 8 (46) 1. pp. 182-193.

(64) Hom. sobre el ayuno de septiembre o témporas de otoño n (91) 2, p. 344.

(65) Cf. ibid.

(66) Hom. sobre el ayuno de Pentecostes o témporas de verano 2 (79) 2, p. 326.

primer lugar doschar los errores, pues entonces se procede bien cuando se camina por la vía de la verdad" (67).

El ayuno de los herejes es tan inútil como el "Amén" que con tanta falsía se animan a pronunciar antes de recibir el cuerpo de Cristo. La Eucaristía se toma por la boca y se cree por la fe. Si con la boca respondo "Amén" y mi fe no me acompaña, tal comunión no es fructífera. Tampoco lo es el ayuno sin fe (68).

d. El ayuno como milicia

La práctica del ayuno participa de ese espíritu de lucha contra las tentaciones, que caracteriza al tiempo de Cuaresma, en unión con Cristo tentado que ayunó cuarenta días en el desierto para enfrentar al Adversario.

Ya el Antiguo Testamento ponía el ayuno en relación con el combate:

"La historia sagrada narra que, en otro tiempo, el pueblo hebreo y todas las tribus de Israel, como sufrieron, a causa de sus pecados, bajo la grave opresión de los filisteos, para poder vencer a sus enemigos se obligaron a un ayuno que reparaba al mismo tiempo las fuerzas del alma y las del cuerpo (cf. 1 Sam. 7, 6). Entendieron que el menosprecio de los mandamientos de Dios y sus costumbres corrompidas los habían merecido esta dura y miserable sorvidumbre, y que inútilmente combatían con las armas en las manos si antes no hacían la guerra a sus propios vicios (69). Por eso se impulsaron al castigo de una sovera penitencia absteniéndose

(67) Ibid.

(68) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporas de otoño 6 (81) 2, p. 345.

(69) Se encuentra esta idea en varias oraciones del Misal donde hay que ver la influencia a la mano de San León. Cf., por ejemplo, la oración colecta del miércoles de Ceniza: "Señor, al comenzar con el ayuno el sagrado tiempo de Cuaresma concédenos tu ayuda, para que seamos fortalecidos con la austeridad penitencial en la lucha contra el espíritu del mal (*praesidia militiae christianae ut contra spirituales nequitias pugnaturi, continentiae muniamur auxilium*)".

do comer y de beber; y, para triunfar de sus enemigos, vencieron primero en sí mismos al apetito de la glotonería. Y sucedió que los poderosos adversarios y despóticos dominadores cayeron ante los hombres hambrientos a los que antes, bien hartos, habían subyugado.

También nosotros, amadísimos, tenemos que enfrentarnos con mil adversidades y combates. Si queremos recurrir a semejantes remedios, seremos curados por una disciplina semejante. Nuestra situación es parecida a la de ellos; porque, así como ellos fueron atacados por enemigos carnales, nosotros lo somos por enemigos espirituales...; nuestros enemigos visibles serán debilitados por nuestra misma enmienda, pues si habían adquirido algún poder sobre nosotros, lograron esto no por sus méritos, sino por nuestros pecados" (70).

Firma San León que aquella decisión que tomaron los judíos para luchar eficazmente contra sus enemigos visibles, resulta verdaderamente ejemplar, a tal punto que no pocos autores espirituales, como por ejemplo los Padres del desierto, la aconsejaron también para los cristianos. Tales maestros adoctrinaron a los hijos de la Iglesia no sólo con la palabra sino también con el ejemplo, comenzando su milicia con cueros ayunos y abstinencias, por las que vencieron al demonio y los halagos de los vicios. Por eso no podemos considerarnos eximidos de tal necesidad ya que

"aunque la gracia divina da a sus santos la victoria diaria, no falta, sin embargo, alguna materia en qué combatir, y esto también proceda de la misericordia del Señor, nuestro defensor, el cual ha querido que siempre quedase en la naturaleza mudable algo de qué vencer, con el fin de que no se ensoberbeciese por la guerra terminada" (71).

(70) Hom. sobre la Cuaresma I (20) 1, p. 165. Los enemigos espirituales, a que alude el Santo, son memoridos. Cuando dice "enemigos visibles" probablemente se refería a los bárbaros que amenazaban en todo momento a la Roma del siglo V. Hay quienes sostienen que alude a un hecho preciso, como el saqueo de los Vándalos de Genserico en 455, o el de Atila en 452.

(71) Hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporales de verano I (73) 2, p. 324.

Hemos ya señalado cuánta importancia atribuía San León al carácter colectivo del ayuno. Se basaba, según vimos, en la utilidad que reporta, al ofrecer una especie de apoyatura al ayuno individual. Reitera aquí dicho pensamiento, pero para destacar su utilidad castrense, en esta lucha nunca terminada con los enemigos del cielo y de la tierra:

"Aunque cada uno de nosotros es libre de hacer mortificaciones voluntarias y con mayor o menor moderación domar las concupiscencias carnales que se oponen al espíritu, sin embargo es necesario que en ciertos días se celebre un ayuno general, y entonces es más eficaz y más sagrada la devoción, ya que toda la Iglesia concuerda en un mismo ánimo y sentimiento. Pues lo público se ha de preferir a lo privado, y se ha de entender que hay una principal razón de utilidad allí donde vigila el cuidado común. Conserve, pues, la observancia particular su propia diligencia, e implorando el auxilio de la protección divina, tome cada uno las armas celestiales. Mas el soldado eclesial, aunque pueda portarse valerosamente en las batallas especiales, sin embargo podrá combatir con mayor éxito y seguridad si estuviese abiertamente en el campo contra el enemigo, donde no entrará en batalla sólo con sus propias fuerzas, sino que hará la guerra universal acompañada de las fraternas filas bajo el Imperio del Rey Invicto. Pues menor es el peligro cuando combaten contra el enemigo muchos unidos que cuando lo hace uno solo; ni puede ser herido fácilmente aquel que, con el escudo de la fe, no solamente lo defiende su propia fortaleza, sino la de todos los demás, para que donde una es la causa común, sea una también la victoria" (72).

La Iglesia que ayuna es toda ella un gran guerrero

(72) Ilmo. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de otoño 4 (189) 2, pp. 337-338. Como lo señala R. Dolle, los otros tres "ayunos", que según ya dijimos ocupaban tres días en la semana, eran como pausas cortas y fervorosas a lo largo del año cristiano, en orden a que los fieles volviesen a tomar conciencia de sí mismos, y revistiesen las armas constituales para atacar y vencer al demonio; se los podría caracterizar como "periodos militares". En cambio los ayunos de la Cuaresma, que se prolongaban durante el espacio de cuarenta días, se asemejaban más bien a "grandes maniobras" de los soldados de Cristo, en orden a una guerra nupcial del todo terminada contra Satanás; cf. León le Grand, *Sermons II*, en *Sourcees Chrétiennes* 49 bis, intro., p. 13.

quo, mediante la templanza colectiva, lleva adelante las batallas del Señor.

e. El ayuno y la contemplación

San León establece una mística conexión entre el ayuno y la vacancia a las cosas de Dios. Si bien es cierto que siempre estamos necesitados de cultivar la virtud, enseña en una de sus homilias, sin embargo ciertos días han sido consagrados de modo peculiar a la mortificación del ayuno o de la abstinencia, para que el alma que todavía se halla envuelto en deseos terrenos, tironeada por las cosas de este mundo, "a menos en este intervalo se dedique a las cosas divinas (ex intervallo saltern ad divina respirel)" (73).

En esta conexión se basa la estrecha relación que media entre el ayuno y la sacra lectura, relación establecida por el mismo Jesucristo cuando, al fin de su prolongado ayuno, respondió a la tentación demoníaca que **no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios** (Mt. 4, 4). Por ello

"es conveniente al pueblo cristiano, en cualquier grado de abstinencia que se haya establecido, desear alimentarse más de la palabra de Dios que del alimento material" (74).

Como se ve, el ayuno no es reducible a la simple abstención de la comida. Tal abstención la integra, sí, pero al modo de renuncia en orden a una alimentación trascendente, la sobrenatural. Al ayunar, implícitamente se está afirmando que el alimento espiritual es muy superior al corporal, a tal punto que éste debe ceder su puesto a aquél. El hombre que se abstiene de los bienes terrestres muestra que quiere gozarse en solo Dios.

(73) Ibid. 4, p. 339.

(74) Hum. sobre la Cuaresma 2 (40) 4, p. 172.

Allí, y sólo allí, encuentra su saciedad ya que, como en-
seña San León, "el alma, para quien Dios es el sumo bien
y el verdadero gozo, se encuentra siempre entre las de-
licias castas y espirituales, en la anchura de la sabiduría
y en la luz de la verdad (anima tamen, cui summum bo-
num et verum gaudium Deus est, Inter castas spirituales-
que delicias in sapientiae latitudine et in veritatis luce
versetur)" (75).

El ayuno tiene que ver con la sabiduría, o, como ac-
bamos de oírlo del Santo en hermosa expresión, con "la
anchura de la sabiduría", la contemplación y los valores
trascendentes al cuerpo:

"Porque, aunque sin el alma nada apetecería el cuer-
po, el cual recibe la sensibilidad de la misma que le
comunica el movimiento, con todo, es propio del alma
privar de algunas cosas a aquel que le está sujeto y,
obrando juiciosamente, apartarla de las cosas exteriores
que le son nocivas, para que, libre habitualmente de las
carnales concupiscencias, pueda dedicarse en su interior
a la meditación de la divina sabiduría y, acallado al
tumulto de los cuidados externos, gozarse en la con-
templación de las cosas santas y en la posesión de aquellos
bienes que han de durar eternamente (ut a corporeis cupi-
ditatibus saepius libera, in aula mentis possit divinae
vacare sapientiae. ubi omni strepitu terrenarum silente
curarum, in meditationibus sanctis, et in deliciis laetetur
aeternis)" (76).

De este modo el ayuno, que al principio se nos mos-
traba como algo más bien negativo, al modo de una re-
nuncia, de una inmolación purificadora, a imitación de
Cristo que muere, en orden a mortificar las pasiones de-
sordenadas, culmina mostrándose positivamente como
medio privilegiado para una restauración interior en la
contemplación y la sabiduría, para una resurrección con
el Cristo que triunfa de la muerte.

(75) Hom. sobre el ayuno del mes de septiembre u tiempo
de otoño 8 (93) 2, pp. 348-350.

(76) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (19) 1, p. 61.

B. LA LIMOSNA

Es la limosna la segunda de las prácticas cuaresmales. Si bien San León habla también de ella en otros sermones del año litúrgico (77), ya que el cristiano debe practicarla en todo momento, es sin embargo en la Cuaresma donde encuentra un marco peculiar. Trataremos, también aquí, de sistematizar la doctrina de San León sobre la limosna, analizando los diversos textos donde a ella se refiere.

a. La Institución de la limosna y su alcance

En varias de sus homilias San León hace remontar hasta "los Santos Padres" la costumbre de las colectas en favor de los pobres. Quiero con ello decir que se trata de una antiquísima práctica, que ya se había hecho piel en la Iglesia de su tiempo. En efecto, se habla de tales colectas en los Hechos de los Apóstoles, en las Epístolas de San Pablo; en escritos tan antiguos como la Didajé, las cartas de Clemente Romano, etc. No resulta pues extraño leer en una de las homilias de San León de la serie llamada "de las colectas" que la limosna es de "tradición apostólica" (78). En ese mismo sermón agrega un dato histórico: una de las colectas que la Iglesia decretó para un día determinado fue establecida como implícito contraataque a una práctica pagana semejante en honor de los ídolos, como forma providencial para destruir las insidias del antiguo enemigo (79). Sobre el mismo tema vuelve en otro sermón de esa serie:

"A la pladosa solicitud de estas obras, amadísimos, nos invita el día de la Institución apostólica, en el cual oportuna y prudentemente fue establecido por los Pa-

(77) Por ejemplo en una serie de 6 homilias llamadas "de las colectas": cf. pp. 154-164.

(78) Cf. hom. llamada de las colectas 3 (8); pp. 155-156.

(79) Cf. ibid.

dres la primera de estas colectas. Porque en la misma época el pueblo gentil se entregaba a un culto muy supersticioso en honor de los demonios, quisieron ellos que, en oposición a las oblações profanas de los ídolos, se celebrase la ofrenda sacratísima de nuestras limosnas y, para que fuese más provechosa al progreso de la Iglesia, pareció mejor que se perpetuase con una institución" (80).

De por sí las riquezas no son malas. Dios es quien otorga los bienes espirituales y los dones celestes, enseña San León, pero es también de su munificencia de donde provienen las riquezas terrenas y corporales. Sin embargo no las da sin condiciones. El Señor, que es quien distribuye todos los bienes en el mundo, quiere que los que poseen riquezas lo ayuden en esa distribución. Mas para ello, agrega, deberán los ricos emplear los dones de Dios con equidad y sabiduría, no sea que la riqueza, dada por Dios como materia para hacer obras buenas, llegue a convertirse en causa de pecado. Es cierto que Cristo amenazó a los ricos con la condenación eterna, y dijo que las riquezas eran mamonas de iniquidad, pero eso en el caso de que fueran mal usadas. En este sentido los ricos están más expuestos que los pobres a apegarse a las riquezas. A pesar de todo, en sí mismas consideradas, las riquezas son buenas y muy útiles a la sociedad humana cuando están en manos bienhechoras y generosas, "ni las derrocha un lujurioso, ni las amontona un avaro, pues lo mismo perecen mal ahorradas que derrochadas estúpida-

(80) Hom. llamada de las colectas 4 (9) 2, p. 158. R. Dolle sostiene que probablemente San León se refiere en este sermón a los "Ludi apollinares" que se celebraban todos los años, en la Roma pagana, del 8 al 12 de julio. En el siglo V, estos juegos sólo serían un recuerdo, pero San León aprovecha para decir que "los Padres", es decir los Apóstoles, al convertir esas fiestas paganas en fiestas de caridad por la institución de las "colectas", quisieron luchar contra lo que aquéllas significaban de ceremonias en honor de los ídolos; de este modo, concluye Dolle, el sacrificio de la limosna voluntariamente ofrecida a Dios en sus pobres, reemplazaría a los sacrificios oficiales a los ídolos. cf. León le Grand, *Sermons II*, ed. Sources Chrétiennes 49 bis, intr., p. 8. Según se ve, la limosna es presentada al modo de un acto cultural, una "ofrenda" que "se celebra" como sacrificio a Dios, ya que en última instancia la limosna que se da al pobre se da a Dios.

mente" (81). El rico está pues en la sociedad para dar, y así salvarse.

Son los ricos, sin embargo, una minoría, mientras que los pobres constituyen multitud, y lo seguirán siendo hasta el fin del mundo. Los menesterosos tienden sus manos a los ricos. Para eso está el pobre, para pedir, agradecer, y así salvarse. Algunos lo hacen sin vergüenza alguna; otros se sonrojan y prefieren sufrir en silencio su miseria antes que humillarse con la mendicidad manifiesta. San León mira a estos últimos, los pobres vergonzantes, con esquisita delicadeza, exhortando a los ricos a practicar con ellos una caridad inteligente, capaz de discernir la situación real de esos pobres tan especiales: "Es necesario cuidar de éstos y arrancarlos de su oculta necesidad, para que, por eso mismo, se alegren más al haber sido atendida, no sólo su pobreza, sino también su pudor" (82).

Como dice R. Dolle, comentando estos textos, la desigualdad de los bienes es presentada como formando parte de la estructura misma de la sociedad humana tal cual la quiere el Creador. Tal desigualdad es buena porque permite tanto a los ricos como a los pobres ejercitar la caridad, que es el bien supremo, la riqueza esencial, los ricos por la liberalidad que se dirige a Dios a través de los pobres (83), los pobres por el agradecimiento que dirigen a Dios en la persona de su bienhechor (84). Lo esencial es que unos y otros comprendan el papel que cumplen en el plan de la Providencia (85). Cada uno a su

(81) Hom. llamada de las colectas 3 (10) 1, p. 150.

(82) Hom. llamada de las colectas 4 (9) 3, p. 159.

(83) "El que acude en ayuda del indigente, dice San León, comprende que da a Dios la limosna que distribuye": hom. llamada de las colectas 6 (11) 2, p. 164.

(84) En razón de la generosidad de los ricos, dice San León, "se dan gracias a Dios por la voz de muchos": hom. sobre la CuareSIMA 10 (48) 5, p. 102.

(85) Cf. León le Grand, *Sermons II*, ed. Sources Chrétiennes 49 bis, p. 30, nota 1.

manera, el pobre y el rico, representan una cara de Cristo, que al tiempo que fue pobre no dejó de ser rey.

Digamos finalmente que el factor más importante no lo constituye la cantidad que se da. No todos tienen la misma fortuna, pero todos, incluso los pobres, pueden tener el mismo mérito si, independientemente de lo que entregan, "su amor no es inferior a sus posibilidades" (86).

De lo que se trata es de mostrar generosidad, y la Cuaresma es una época que parece postularla de manera peculiar:

"Es necesario que ahora nuestra liberalidad se muestre más compasivamente hacia los pobres y los que sufren con toda suerte de debilidades, para que se den gracias a Dios por la voz de muchos (cf. 2 Cor. 9, 12), y la refección de los indigentes secunde nuestros ayunos. Ninguna devoción (87) en los fieles es más agradable a Dios que la que se consagra a los pobres. Donde encuentra el cuidado de la misericordia reconoce la imagen de su propia bondad" (88).

b. Limosna y ayuno

En los sermones de San León, la limosna aparece inextricablemente unida con el ayuno. Es necesario, dice, "adornar este ayuno santo y saludable con obras de misericordia" (89). Será preciso consagrar a la virtud de la caridad lo que se sustrae al placer, de modo que la abstinencia del que ayuna se convierta en el sustento del pobre (90).

Sobre la relación y complementación de estas dos

(86) Hom. llamada de las colectas 5 (11) 2, p. 161.

(87) Acerca de la palabra "devotio", cf. la nota 27 del capítulo I.

(88) Hom. sobre la Cuaresma 10 (48), 3, p. 202.

(89) Hom. sobre la Cuaresma 8 (47) 3, p. 198.

(90) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 2 (13), Intr., p. 49.

prácticas cristianas hay abundante literatura en el cristianismo de los primeros siglos. Ya se habla de ello en Pastor Hermas (91) y en Orígenes (92). Pero San León pone en el tema un énfasis que llama la atención:

"Hágase de la abstinencia de los fieles el alimento de los pobres, y lo que cada cual sustrae de su alimentación, aproveche al necesitado. Pues, aunque mucho aprovecha al alma y al cuerpo el remedio de la parsimonia, poca utilidad reportarían esos mismos ayunos si no fuesen santificados con las obras de misericordia. En las limosnas se encuentra, en cierto sentido, la virtud del bautismo, porque como el agua apaga el fuego, así la limosna borra el pecado" (93).

En otro lugar llega a decir que si bien es cierto que los ayunos nos hacen fuertes contra el pecado, vencen las concupiscencias, alejan las tentaciones, doblegan la soberbia, suavizan la ira, y alimentan las buenas inclinaciones hasta la madurez de toda virtud, ello lo es sólo con la condición de que se añadan la benevolencia de la caridad y el ejercicio de las obras de misericordia, pues el ayuno sin la limosna no es tanto purificación del alma cuanto aflicción de la carne (94). Y termina con frase tajante:

"Se ha de atribuir más a la avaricia que a la abstinencia cuando el que se abstiene de carne ayuna también en la piedad. Nuestros ayunos, amadísimos, abunden en frutos de generosidad y sean fecundos en benignos dones para con los pobres de Cristo" (95).

Especialmente los ayunos correspondientes a la época de las cosechas, deben redundar en dádivas a los pobres.

(91) Cf. Similitudo 5, 3.

(92) Cf. PG 12, 628.

(93) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 1 (20) 3, pp. 67-68.

(94) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 4 (13) 2, p. 52.

(95) *Ibid.*

Porque si está bien tributar gracias a la bondad divina por los frutos que ha producido la tierra en favor de los hombres, parece muy conveniente dar algo de esos frutos a los necesitados, "para que de la tierra de nuestro corazón broten también el germen de la justicia y los frutos de la caridad, y merezcamos la misericordia de Dios teniendo misericordia de sus pobres" (96). Las buenas cosechas exigen grandes limosnas.

Un texto magnífico a este respecto, que rompe todos los esquemas de la lucha de clases, se encuentra en una de sus homilías sobre el ayuno:

"A los pobres, ciertamente, pudo Dios, del cual son todas las cosas, darles el sustento necesario y concederlos tales medios de vida, que no tuvieran necesidad de vuestra limosna. Mas entonces a ellos y a vosotros faltaría mucha materia de virtud si a ellos su necesidad no les ejercitase para la corona de la paciencia, ni a vosotros vuestra abundancia para la gloria de la misericordia. Admirablemente dispuso la Providencia divina que hubiese en la Iglesia pobres santos y ricos buenos que mutuamente se aprovecharan de modo diverso, cuando para recibir los premios eternos o incorruptibles den gracias a Dios los que reciben o los que dan (*sed et illis et vobis multa virtutum materia defuisset, si nec illos ad patientiae coronam inopia exerneret, nec vos ad misericordiae gloriam copia provocaret. Mirabiliter autem providentia divina disposuit ut essent in Ecclesia et sancti pauperes et divites boni, qui invicem sibi ex ipsa diversitate prodesse, cum ad aeterna et incorrupta praemia promerenda Deo gratias agerent accipientes, et Deo gratias agerent largientes*) porque, como está escrito: No perecerá para siempre la paciencia de los pobres (Ps. 9, 19), y Dios ama al que da con alegría (2 Cor. 9, 17)" (97).

Así pues, lo que se ahorra por la abstinencia de la comida debe ir al sustento de los pobres. Aclara sin embargo nuestro Santo que si bien es conveniente ayudar a

(96) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (17) 1, p. 38.

(97) Hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de ayuno 4 (26) 6, p. 323.

todos los menesterosos que sea posible, hay que dar prioridad a los cristianos, miembros del cuerpo de Cristo, con quienes estamos unidos por los lazos de la misma fe. "Pues somos más deudores de ellos por la gracia que de los otros por la común naturaleza" (98).

Fascinado ante la belleza que encubre una limosna así entendida, entona San León la alabanza, el canto laudante de la misericordia, fruto del ayuno y de la abstinencia:

"Sean nuestras delicias las obras de misericordia y llenémonos de estos alimentos que nutren con vistas a la eternidad. Pongamos nuestro gozo en las refecciones de los pobres a los cuales sació nuestra limosna. Regocijémonos en el vestido de aquellos cuya desnudez cubrimos con la ropa necesaria. Sienta nuestra humanidad a los enfermos en sus enfermedades, a los desterrados en sus pruebas, a los huérfanos en su abandono, a las viudas desoladas en sus tristezas... Nada es pequeño cuando es grande el corazón, ni la medida de nuestra misericordia o de nuestra compasión depende de los límites de nuestra fortuna" (99).

A la limosna y el ayuno, tan concatenados entre sí, agrega San León la práctica intensificada de la oración, efficacísima para el perdón de los pecados cuando está acompañada por la limosna y el ayuno (100). Se trata pues de una tríada de prácticas santas, estrechamente solidarias entre sí, cuyo ejercicio permita que la imagen de Dios que está en nosotros brille con renovado esplendor:

"Tres cosas pertenecen principalmente a las acciones religiosas: la oración, el ayuno y la limosna, que se han de realizar en todo tiempo, pero especialmente en el tiempo consagrado por las tradiciones apostólicas, según hemos recibido... Pues por la oración se busca la propiciación de Dios, por el ayuno se apaga la concupis-

(98) *Ibid.* 5, p. 339.

(99) *Hom. sobre la Cuarentena* 2 (40) 4, p. 173.

(100) *Cy. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre* 3 (36) 2, p. 54.

cencia de la carne, por las limosnas se perdonan los pecados (cf. Dan. 4, 24). Al mismo tiempo, por todas estas cosas se restaura en nosotros la imagen de Dios al siempre estamos preparados para la alabanza divina, si somos incesantemente solícitos para nuestra purificación y si constantemente procuramos la sustentación del prójimo. Esta triple observancia, amadamos, sintetiza los efectos de todas las virtudes, nos hace llegar a la imagen y semejanza de Dios y nos hace inseparables del Espíritu Santo" (101).

c. La limosna es a Cristo

¿Quién es el destinatario de la limosna? Un hermano nuestro. Hermano, ante todo, por la naturaleza que nos es común. En dicha comunidad de naturaleza funda San León la primera causa de la limosna, y ello aunque el prójimo sea un gran pecador, ya que, "de hombre a hombre, no se ha de pensar tanto en la magnitud de la falta cuanto en la comunidad de naturaleza" (102), máxime que, como agrega San León, "a los que una sabiduría carnal ha hecho despreciables, no sabemos hasta qué punto la gracia del Espíritu puede hacerlos preciosos" (103). De cualquier Saulo puede Dios hacer un Pablo. Hay que amar pues la propia naturaleza donde se encuentre, incluso aunque se trate de un enemigo. El acto de misericordia que con él se ejerza será entonces semejante a la generosidad de Cristo que murió aun por sus enemigos.

La segunda razón que nos debe mover a la misericordia para con el prójimo es la comunidad de fe, como ya lo hemos visto insinuado por San León en un texto anterior: la comunidad de gracia es más exigitiva de misericordia que la comunidad de naturaleza. En un texto compresivo reúne San León los dos motivos que fundamentan la necesidad de la limosna:

(101) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre I (12) 4, p. 48.

(102) Hom. sobre la Cuarexima V (47) 3, p. 199.

(103) Hom. sobre la Cuarexima 10 (48) 2, p. 201.

"Aunque se ha de ayudar primero la pobreza de los fieles, también los que aún no han recibido el Evangelio son dignos de piedad en sus necesidades: pues hay que amar en todos los hombres la comunión de una misma naturaleza, y esta comunión ha de hacernos benignos para con los que, de cualquier forma que sea, nos están subordinados, principalmente si han sido regenerados por la misma gracia y rescatados con el mismo precio de la sangre de Cristo. Tenemos, en efecto, en común con ellos que hemos sido creados a imagen de Dios y que ni el origen carnal ni el nacimiento espiritual los separan de nosotros. Un mismo Espíritu nos ha santificado, una misma fe nos hace vivir y a los mismos sacramentos concurrimos. No despreciamos esta unidad, ni consideremos poca cosa tal común unión" (104).

Pero sea que nos basemos en una causa, sea en otra, lo cierto es que la razón suprema merced a la cual es menester dar limosna al prójimo es porque en última instancia hemos de ver en él nada menos que a Dios, a Cristo. Al fin y al cabo, como enseña San León, el amor al prójimo, cuando es verdaderamente teológico, es a la vez amor a Dios. Por algo hizo Dios consistir la Ley y los Profetas en la unión de estos dos amores. Ya no nos es lícito poner en duda que cuantas veces damos algo al prójimo se lo damos a Dios, cosa que el mismo Cristo se encargó de reafirmar cuando hablando de los pobres a quienes debemos alimentar y consolar nos dijo que lo que hiciéramos con uno de ellos lo hacíamos con Él (cf. Mt. 25, 40) (105).

"Cuando dice el profeta: Bienaventurado el que piensa en el necesitado y en el pobre (Ps. 40, 1), pensamos que es un distribuidor laudable de alimentos y vestidos para los pobres el que reconoce que alimenta y viste a Cristo en los pobres. Pues El mismo dice: Cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos, a mí me lo hicisteis (Mt. 25, 40). De este modo, uno es Cristo, verda-

(104) Hom. sobre la Cuaresma 3 (41) 3, pp. 176-177.

(105) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de ayuno 8 (84) 4, p. 353.

dero Dios y verdadero hombre, rico en lo suyo, pobre en lo nuestro, recibe dones y los distribuye, hecho partícipe de los mortales y vivificación de los muertos (*Verus itaque Deus et verus homo, unus est Christus, divas in suis, pauper in nostris, dona accipiens et dona diffundens. particeps mortalium et vivificatio mortuorum*)" (106).

Resulta de veras sorprendente advertir cómo a raíz de un tema on aparición tan remoto del dogma, San León encuentra ocasión para aludir una vez más al gran misterio que tanto ama, el misterio de la unión hipostática: Cristo, cual Dios que es, se parece al rico que da; cual hombre que es, se asemeja al necesitado que recibe. Sobre ello vuelve en otro sermón:

"Con razón se reconoce en el indigente y en el pobre a la persona del mismo Jesucristo, nuestro Señor, que, como dice el bienaventurado Apóstol, siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2 Cor. 8, 9). Y para que no pareciese que nos falta su presencia, ha acomodado de tal forma el misterio de su humildad y de su gloria, que podamos alimentarle en sus pobres y adorarle como Rey y Señor en la majestad de su Padre (*Et ne deesse nobis sua praesentia videretur, ita humilitatis et gloriae suae temperavit mysterium, ut quem Regem et Dominum in maiestate Patris adoramus, eumdem in suis pauperibus pascamus*)" (107).

Como si dijera que en cierto modo el anonadamiento de Cristo se prolonga o, mejor, se visibiliza o presencia-liza en los pobres — "para que no pareciese que nos falta su presencia" — y su majestad gloriosa en el premio que promete al que obra con espíritu de misericordia.

San León se extasía ante la grandeza del plan de Dios: "¡Oh admirable providencia y bondad del Creador, que ha querido que una sola acción sirva de ayuda para dos! (*ut uno facto duobus vellet esse succursum!*)" (108).

(106) Hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporas de otoño 6 (92) 3, p. 345.

(107) Hom. llamada de las colectas 4 (9) 3, p. 159.

(108) Hom. llamada de las colectas 1 (8) p. 134.

Si queremos que Cristo nos perdone tengamos piedad con los pobres. Si queremos acceder al banquete celestial alimentemos a los menesterosos. "¿A qué necesitado se negará lo que Cristo asegura que se le da a Él mismo? Se ayuda al compañero de servicio, y lo agradece el Señor" (109). El alimento que se da al indigente compra el reino de los cielos, el que da cosas temporales se hace heredero de las eternas (110).

Sin la limosna, sin la ayuda corporal o espiritual a los menesterosos, no hay salvación. San León predica con firmeza tan severa condición:

"Aunque es laudable huir de la intemperancia y evitar los daños que causan los placeres torpes; y, por otra parte, muchos grandes personajes desdeñan ocultar sus bienes, y, nadando en la fortuna, tienen horror a una economía vil y sórdida; sin embargo, la abundancia de estos últimos no es feliz, ni digna de aprobación la frugalidad de los otros, si sus bienes no son útiles más que a ellos solos, si por su riqueza ningún pobre es socorrido, ningún enfermo cuidado; si por la abundancia de estas grandes posesiones no obtiene el prisionero libertad, ni el peregrino habitación, ni el desterrado ayuda. Los ricos de esta suerte son más miserables que todos los miserables. Pierden, pues, aquellas rentas que podían convertir en eternas, y mientras se entregan a un gozo efímero, y no siempre libre, no son nutridos por el alimento de la justicia ni por la suavidad de la misericordia. Relucientes por fuera y llenos de iniquidad por dentro. Repletos de cosas temporales y muy necesitados de las eternas, afligen su alma con el hambre, la deshonran con la desnudez, ya que todo lo confiaron a los graneros de la tierra y nada colocaron en los tesoros del cielo.

Más puede ser que se encuentren algunos ricos que no tengan la costumbre de ayudar a los pobres de la Iglesia con sus limosnas; sin embargo, cumplen con otros mandamientos de Dios y piensan que, por los diversos méritos de su fe y de su moralidad, será fácilmente perdonada la falta de una sola virtud. Por el contrario, sin

(109) Hom. llamada de las colectas 4 (9) 2, p. 150.

(110) Cf. *ibid.*

aquella, aunque sean muchas las demás, nada pueden aprovechar. Pues si alguno es fiel, casto, sobrio o está adornado con otras virtudes más insignes, pero no es misericordioso, no alcanzará misericordia. Así lo ha dicho el Señor: Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios será misericordioso con ellos (Mt. 5. 7). Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad y se sienta en el trono de su gloria y, reunidas todas las gentes, tenga lugar la separación de buenos y malos ¿qué es lo que se alabará en los que están a la derecha sino sus obras de bondad y sus servicios de caridad, que Jesucristo considerará como realizados con El mismo? Porque, habiendo hecho suya la naturaleza humana, en nada se distinguió de la humilde condición del hombre. Por el contrario. ¿qué reprochará a los que están a la izquierda sino su negligencia en el amor, su inhumana dureza, su falta de misericordia para con los pobres? Como si a la derecha no hubiese otra virtud, ni a la izquierda otra falta. En el momento de este grande y supremo juicio se estimará a precio elevado la bondad de quien reparte sus bienes y la impiedad de los que los amontonan colosamente: de tal modo que la primera es tenida como la suma de todas las virtudes, y la segunda como la síntesis de todas las faltas (pro plenitudine omnium virtutum, et pro summa omnium commissorum)" (111).

d. Limosna y remisión de los pecados

Este tema se conecta estrechamente con lo que hemos leído en el último texto citado. San León llama a la limosna "segundo bautismo" pues se asemeja a ese sacramento en sus efectos purificantes:

"Sabéis que, además del bautismo de la regeneración, donde son lavadas todas las manchas del pecado, so nos ha dado divinamente este remedio a la debilidad humana, de modo que, si se comete alguna falta en esta morada terrena, sea perdonada por la limosna. La limosna es una obra de caridad, y sabemos que la caridad cubre la multitud de los pecados (1 P. 4, 8)" (112).

(111) Hom. llamada de las colectas 5 (10) 2, pp. 161-162.

(112) Hom. llamada de las colectas 2 (5) p. 155.

La limosna encierra, en cierto sentido, la virtud y el poder del bautismo, agrega San León en otra de sus homilías, porque así como el agua apaga el fuego, de manera semejante la limosna borra el pecado. El mismo Dios que dijo: **Lavaos, estad limpios** (Is. 1, 16), dijo también: **Dad limosna, y todo será puro para vosotros** (Lc. 11, 41). En adelante nadie podrá dudar con fundamento de que si por culpa de sus pecados pierde el esplendor de la regeneración bautismal, tal esplendor es recuperable mediante la purificación que producen las limosnas (113).

En uno de sus sermones cuaresmales pide San León a sus fieles que se conviertan en "ministros de la misericordia divina", expresión por la cual se ve que tiene predilección ya que la repite en diversas ocasiones. Dios es el dador por excelencia, enseña nuestro Santo, pero ha querido que los cristianos lo ayuden en ese munificente trabajo. La misericordia divina, al tiempo que "ha puesto la parte de los pobres en la mano del que da", se ejerce también sobre el rico dadivoso haciendo que sus pecados, lavables por las olas del bautismo o las lágrimas de la penitencia, les sean también perdonados por la generosidad de su limosna. No en vano dice la Escritura: **Como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado** (Sab. 3, 33). Tres son por consiguiente las aguas de la misericordia divina: las del bautismo, las de la penitencia y las de la limosna (114).

¿Cómo hará entonces para salvarse el pobre, incapaz a veces de dar la más mínima cantidad de dinero o

(113) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 8 (20) 3, pp. 67-68.

(114) Cf. hom. sobre la Cuaresma 11 (49) 3, pp. 206-207. Sobre la penitencia como nuevo bautismo cf. hom. sobre la Pasión del Señor 9 (60) 4, p. 250, donde simulando que habla con San Pedro le dice: "Felices lágrimas las tuyas, santo apóstol, que para limpiar la culpa de tu negación tuvieron la virtud del santo bautismo (felices, sancte apostole, lacrymae tuae, quae ad diluendam culpam negationis, virtutem sacri habuere baptismatis)!... Las lágrimas abundaron allí donde el amor no había faltado, y la fuente de la caridad lavó las palabras del temor".

de bienes? Lo importante, insiste San León, no es la cantidad que se da sino el afecto que acompaña al don:

"Las obras de misericordia son muy amplias, y su misma variedad permita a los verdaderos cristianos, que en la distribución de las limosnas tengan parte no sólo los ricos y los que abundan en bienes sino también los modestos y los pobres, de modo que los que son diferentes por la cantidad de sus bienes sean al menos iguales por el afecto del corazón... Si alguien es reducido a una pobreza tan estrecha que no pudiese dar dos monedas a un pobre, encuentra también en los preceptos del Señor cómo cumplir el deber de la benevolencia. Pues el que haya dado un vaso de agua fresca a un pobre sediento recibirá la recompensa de su gesto (cf. Mt. 10, 42)" (115).

Pero enseguida agrega nuestro Santo una acotación sumamente importante. No basta con dar algo a los pobres. Es menester darlo con espíritu de fe, en nombre de Cristo, y sabiendo que lo que se da al pobre en última instancia lo recibe Cristo:

"Advierte el Señor —y no sin razón— que este vaso de agua ha de ser dado en su nombre, porque es la fe la que hace preciosas estas cosas ordinarias en sí mismas, y los dones de los infieles, aunque sean muy considerables, están vacíos de toda justificación" (116).

Una limosna hecha así, con espíritu de fe, extingue los pecados y permite comprar la vida eterna. No se pierde lo que se entrega; se lo recupera con creces; o por mejor decir, no se posee de veras sino lo que se da, ya que por lo menos esto se lo posee por toda la eternidad. San León trae aquí el ejemplo de aquella santa viuda de Sarepta, quien en época de hambre ofreció a Elías la comida del día, que era lo único que tenía (1 R. 17, 10-16); para calmar el hambre del profeta, se quedó sin su pro-

(115) Hum. sobre la Cuaresma 6 (44) 2. p. 108.

(116) Ibid.

pia ración de vino y aceite. Sin embargo lo que ella da con tanta fe, en realidad no lo perdió, ya que luego en su recipiente vacío, encontró con creces lo que había entregado (117). En cambio de las riquezas corruptibles y transeúntes, Dios nos dará los bienes incorruptibles e imperecederos (118).

La limosna aparece así no sólo como un acto de caridad — dar algo — sino también de fe — se reconoce a Cristo en el pobre — y de esperanza — por la promesa de Cristo del premio celestial.

e. Limosna y naturaleza

Ya hemos dicho que una de las características de nuestro Santo era su facilidad para establecer comparaciones entre los diversos estadios de la vida espiritual y el ritmo de los sembrados y cosechas.

En nuestro caso comparará la avaricia con la sequedad y la generosidad en la limosna con la abundancia de los productos cosechados:

"El alma que no ayuda a otro será como el árbol que no da frutos, ya que es extraña a las obras de caridad. Por eso, el ayuno del mes de diciembre, en invierno, nos llama a la agricultura mística, por la cual el vigor de las mieses, de las vides y de los árboles, de los cuales se sustenta la debilidad humana, sea cultivado con cuidados espirituales, a fin de que el campo del Señor se enriquezca con su recolección, y lo que no conviene que esté sin frutos, de su propia opulencia se haga más ubérrimo. Lo que entiendo vuestra santidad ha de referirse al provecho de toda la Iglesia, cuyo germen está en la fe; el crecimiento, en la esperanza, y la madurez, en la caridad (*quorum in fide germen est, in spe incrementum, in charitate maturitas*), pues la mortificación del cuerpo y la instantánea súplica obtienen la verdadera pureza cuando brillan con la santificación de

(117) Cf. hom. sobre la Cuarema 4 (42) 2, p. 179.

(118) Cf. hom. sobre el ayuno del mes de septiembre o temporadas de otoño 7 (82) 3, p. 348.

las limosnas, según dice el Señor: Dad limosna, y todo será puro para vosotros (Lc. 11, 41)" (119).

Notemos la relación que encuentra San León entre la limosna y las tres virtudes teologales. Si bien es claro que son éstas las virtudes fundamentales — el germen, el crecimiento y la madurez de la "agricultura mística" que Dios realiza en el alma —, no lo es menos que la limosna resulta como el "brillo" de tales virtudes.

(119) Hom. sobre el ayuno del mes de diciembre 7 (10) 3, p. 62.

II. LA PLENITUD:

EL MISTERIO DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION

He visto cómo la Cuaresma se ordena toda ella a la participación más fructuosa en lo que San León llama "el misterio pascual", es decir, el misterio que rodea el anonadamiento de Cristo hasta la muerte y morir. La conciencia victoriosa de la tumba para nunca más

I. EL MISTERIO DE LA PASION

Diffícilmente concibe nuestro Santo la Pasión de Cristo como algo separado de su Resurrección. Es notable la frecuencia con que habla de "Pascua" en sermones que según la terminología ahora en uso no son propiamente "sermones pascuales" sino que fueron pronunciados en días de Cuaresma o que versan sobre la Pasión. No debe ello extrañarnos ya que "Pascua" significa "paso", o sea el paso glorioso que hizo Jesucristo al mundo al Padre, y que incluye tanto el momento de su muerte como el de su resurrección. San León es un exponente de la conciencia tradicional acerca de la integralidad del Misterio Pascual.

Nuestro Santo nos ha dejado 19 homilias acerca de la pasión, de las que no se les asigna un día de

terminado (120), las otras van de a dos, habiéndose proclamado la primera el domingo "in Passione" (nuestro domingo de Ramos), y la segunda el miércoles santo. El domingo "in Passione" se leía el relato de la Pasión, que se repetía el miércoles: "Os invitamos para el miércoles, día en que se reiterará la lectura de la pasión" (121). En diversos sermones de este tiempo, San León alude a la lectura que se acaba de hacer del evangelio de la Pasión (122). La serie de homilías leonianas sobre la Pasión nos ofrece un material teológico abundantísimo que trataremos de sistematizar.

A. LA PASIÓN: CULMINACION DE LAS FIGURAS Y CENTRO DE LA HISTORIA

En los sermones dedicados a este misterio resalta admirablemente el carácter recapitulatorio que ofrece la Pasión de Cristo, meta de los grandes tipos y figuras del Antiguo Testamento, victoria sobre la antigua economía, centro, en última instancia, de la historia toda.

a. La Pasión, meta de la historia de salvación

Al tratar de los sermones sobre la Navidad nos hicimos eco de aquella afirmación de San León según la cual el Verbo se había hecho carne para tener a guisa materia que ofrecer en sacrificio. Refiriéndose ahora nuestro Santo a la Pasión del Señor la presenta como el desemboque esperado de todo el curso de su vida:

"Creador y Señor de todas las cosas, Cristo, después de su nacimiento de la Virgen sagrada, después del homenaje tributado a su cuna por la fe de los Magos, des-

(120) Los sermones 9 (60) pp. 247-250; 10 (61) pp. 250-254; 15 (65) pp. 260-274; 18 (69) pp. 283-287; 19 (70) pp. 288-292.

(121) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) 5, p. 236.

(122) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 1 (52) 1, p. 216; 15 (66) 1, p. 280; 16 (67) 1, p. 274; 18 (69) 2, p. 283; 19 (70) 1, p. 286.

Tipos de victimas
después de la pasión 220/221

pués de una abundante predicación de la palabra divina y la gracia de las diversas curaciones realizadas por el mandato de una palabra poderosa, consuma la economía de todos los misterios y de todos los milagros por una pasión que trae la salvación (*dispensationem omnium sacramentorum omniumque virtutum salulifera passione consummat*)" (123).

Destaquemos sus palabras: "consume la economía de todos los misterios y de todos los milagros". La expresión es vigorosa; el misterio de la Pasión de Cristo es presentado como la plenitud de todo el Nuevo Testamento.

Pero ello no es todo. San León considera este misterio desde un punto de vista más universal, que trasciende incluso el Nuevo Testamento. No sólo los misterios de la vida de Cristo se ordenan a este misterio final, sino que todo el Antiguo Testamento cobra su sentido definitivo a la luz de la Cruz de Cristo:

"Entre todas las obras que, después de la creación, la misericordia de Dios ha hecho para la salvación de los mortales, la más admirable, la más sublime, es que Cristo ha sido crucificado por el mundo (*pro mundo crucifixus est Christus*). A esta acción sagrada han servido todos los misterios de los siglos anteriores (*hunc enim sacramentum universa praecedentium saeculorum mysteria servierunt*). Su orden divino ha puesto tanta variedad en la diversidad de las víctimas, en los anuncios proféticos y en las instituciones legales a fin de predicar la disposición y prometer la realización. Por eso, ahora que han cesado las imágenes y las figuras, es provechoso creer lo que se ha cumplido ya, como en otro tiempo lo fue lo que se había de cumplir (*nunc imaginibus figurisque cessantibus hoc prossit credere jam effectum, quod antea profuit credidisse faciendum*)" (124).

Víctimas, profecías e Instituciones: he aquí tres capítulos de signos preparatorios de la realidad final. Toda la historia de la salvación — el antes y el después — se sin-

(123) Hom. sobre la Pasión del Señor 5 (56) 1, p. 220.

(124) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) 1, p. 222. Ver también B (60) 2, p. 347.

teliza en las dos expresiones de San León: "lo que se había de cumplir" y "lo que se ha cumplido ya".

El primer gran preludio de la Pasión lo constituye el drama del Paraíso. Si Adán fue el protagonista en aquel momento, Cristo, el nuevo Adán, lo es en éste del Calvario:

Sin Rumor
"El primero y el segundo Adán llevaban la misma carne, pero no las mismas obras; en aquel todos murieron, en éste todos serán vivificados (cf. 1 Cor. 15, 22). Aquél, por su orgullosa ambición, tomó la vía de la miseria; éste, por la fuerza de su humildad, nos ha abierto el camino de la gloria. Por eso pudo decir: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jo. 14, 6). El Camino, por el ejemplo de una vida justa; la Verdad, por la esperanza de una realidad cierta; la Vida, por la adquisición de una felicidad eterna" (125).

El "camino" que Adán había abierto, en el rechazo de la "verdad", conducía a la "muerte". Cristo, que no es un camino sino el Camino, resulta la antípoda perfecta del primer padre. Y el árbol en que nuestro Señor fue colgado se eleva como antitesis salvífica de aquel árbol del Paraíso en que se enroscó la serpiente tentadora. No fue pues un hecho casual el que Pilatos, cediendo ante los gritos sediciosos de los judíos, les entregase al Salvador para que fuese clavado en un árbol levantado sobre el Gólgota:

"El que cayó por el árbol, es levantado también por el árbol y la amargura de la hiel y el vinagre aceptados repara por el alimento, causa del pecado" (126).

Tras la prefigura del Paraíso, San León sigue enumerando otras figuras del Antiguo Testamento que sirven de solemne pórtico a la Cruz del Calvario:

(125) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (69) 3, p. 285.

(126) Hom. sobre la Pasión del Señor 6 (57) 4, p. 234.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

"Tal es, amadísimos, este sacramento, al que sirvieron desde el principio todos los misterios sacramentum cui ab initio omnia sunt famulata mysteria. Ahora la sangre del justo Abel adquiere su sentido en la muerte del Supremo Pastor (cf. Mt. 23, 35) y en el parricidio cometido por los judíos se reconoce a Caln, asesino de su hermano. Ahora el diluvio y el arca de Noé hacen comprender cuál es la renovación del bautismo y cuál la salvación en el madero (cf. 1. P. 3, 20-21). Ahora Abraham, padre de los pueblos, adquiere los herederos prometidos y en su descendencia son bendecidos no los hijos de la carne, sino la raza de la fe. Ahora, al anunciar esta fiesta por todas las demás, el mes sagrado de los renuevos ha resplandecido, de modo que en el quo el mundo tuvo su comienzo, también la creación cristiana encontrase en él su principio (ut in quo accepit mundus exordium, in eodem haberet Christiana creatura principium)" (127).

Prolijo sería glosar este notable texto, donde San León acumula diversos hechos y personajes que preludieron a Cristo. Abel lo prefigura como pastor, y nuestro Santo lo califica de "justo", para resaltar la injusticia con que su hermano lo asesinó, simbolizando el asesinato delictu perpetrado por los judíos (128). En el arca de Noé, San León ve una imagen de la Cruz que se apoya sobre las aguas del bautismo: así como el arca, hecha de madera, flotó sobre las aguas, salvando a sus moradores del diluvio, así en el bautismo el agua unida a la cruz nos libra del naufragio; por otra parte, del costado de Cristo, clavado en el madero de la cruz, brotó el agua salvífica del bautismo. Omitimos un desarrollo más detallado del sentido de estas figuras ya que lo hemos hecho en otra

(127) Rom. sobre la Pasión del Señor 8 (80) 3, pp. 247-249.

(128) Notemos que al llamar "justo" a Abel, y "padre de los pueblos" a Abraham a propósito del sacrificio de la cruz, es muy probable que San León pensase en la Santa Eucaristía, renovación del sacrificio de la cruz, en cuyo Canon se habla de los "munera pueri tui justí Abel et sacrificium patriarchae nostri Abraham". Abel fue considerado por los Padres, sobre todo por San Agustín, como el primer miembro de la Iglesia que comienza en el Antiguo Testamento, el tipo de los que integran la Ciudad de Dios, así como Caln lo fue de la ciudad del mundo o de la Sinagoga infiel.

parte (129). Destaquemos, eso sí, la última frase del texto citado, donde aparece el tema de la primavera —“el mes de los renuevos”— que coincide con la celebración del misterio pascual. La pasión es como la primavera de la salvación ya que fue precisamente en primavera cuando el árbol de la cruz floreció en victoria.

Otra figura que también se incluye en el sermón que acabamos de citar es la del sacrificio del cordero pascual, en conexión con el éxodo del pueblo elegido:

“Si cuando Israel salió de Egipto la sangre del cordero sirvió para darle la libertad, y si esta fiesta vino a ser la más santa de todas, porque por el sacrificio de un animal había desviado la cólera del devastador, ¿cuánto mayor ha de ser la alegría sentida por las muchedumbres cristianas, por las cuales el Padre todopoderoso no ha perdonado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros (Rom. 8. 32)? Por eso, con la inmolación de Cristo, la Pascua ha venido a ser el verdadero y único sacrificio que arranca no ya a un solo pueblo de la tiranía del faraón, sino a todo el mundo de la esclavitud del diablo” (130).²

No se contenta San León con enumerar los grandes tipos y figuras que en el Antiguo Testamento jalonaron los siglos, preludiando la llegada de la Víctima Suprema. Nos ofrece también un suerte de “teoría” sobre la razón de esta pedagogía divina mediante la que Dios fue preparando a la humanidad para el gran Acontecimiento salvador. Así leemos en uno de sus sermones:

(Alegraos) de que el sacramento de la Pasión del Señor manifiesta todo lo que el Antiguo Testamento encerraba con las sombras de todos los testimonios proféticos (et quidquid sub prophetis justificationibus umbra veteris Testamenti velabat, in sacramento passionis Domini manifestum esse gaudete). Si, efectivamente, ha ce-

(129) Cf. mi libro *Cristo y las figuras bíblicas*, Paulinas, Buenos Aires, 1960, pp. 45-50.

(130) Hom. sobre la Pasión del Señor 9 (60. 2. p. 248.

Figuras,

sado ya la variedad de sacrificios y la multiplicidad de las purificaciones; al se ha puesto fin al mandamiento de la circuncisión, a la distinción de los alimentos, al descanso del sábado, al sacrificio del cordero pascual, es porque la Ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo (Jo. 1, 17). Han venido primero las figuras, para que luego siguiesen las realidades; y, habiendo venido las cosas anunciadas, ha terminado el oficio de los mensajeros (*praecesserunt figurae, ut sequerentur effectus, et adventu rerum nuntiatorum finia sunt officia nuntiorum*). Sin embargo, la reconciliación del género humano ha sido ordenada de tal modo, que en ninguna época ha faltado la salvación en Cristo, sino que ha dado a cada una la misma justificación. Los aplazamientos sólo han servido para que se honrase sin hesitación alguna lo que se creía mucho antes de que se realizase. Pues, como la virtud de la fe tiene por objeto las cosas que no caen bajo los ojos (cf. Hebr. 11, 1), se ha mostrado más indulgente la enseñanza celestial para con nosotros, que hemos sido diferidos hasta este momento del mundo, porque para facilitarnos la inteligencia, podemos ayudarnos de los profetas y de muchos más testimonios que los que conocieron nuestros antepasados" (131).

Como se pueda ver por el texto citado, nuestro Santo considera la historia de la salvación al modo de una lenta y solemne procesión encabezada por las figuras y culminada por las realidades. Adelante caminan la Ley, la circuncisión, las diversas victimas, la observancia del sábado, los grandes hechos figurativos del Antiguo Testamento, los diferentes personajes que los protagonizaban; detrás, como acaece en la procesión que da comienzo a la Santa Misa, viene el sacerdote, viene Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote. Lo que iba delante, como la sombra del cuerpo que venía detrás,

"testimoniaba a Cristo, anunciaba la gracia de Cristo (*Christum testificata, Christi sunt gratiam praelocuta*). El mismo es el término de la Ley (cf. Rom. 10, 4); no vaciando su sentido, sino realizándolo (non avacuando sed

(131) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (89) 2. pp. 283-284.

implendo). Aunque uno mismo sea el autor del Antiguo y del Nuevo Testamento, sin embargo cambió los misterios que encerraban las antiguas promesas, pues ha cumplido lo que habla prometido; puso término a los anuncios, ya que el que era anunciado ha llegado (et denuntiatio[n]ibus cessationem imposuit quoniam denuntiatus advenit)" (132).

En otro sermón es aún más explícito:

"Nada hay, amadísimos, en la religión cristiana que sea diverso de las antiguas promesas, y los justos de otro tiempo no han esperado la salvación más que en el Señor Jesucristo. La economía, cierto, ha variado según lo ha dispuesto la voluntad divina, mas sobre El proyectan su luz los testimonios de la Ley, los oráculos de los profetas y los sacrificios de las víctimas. Convenía, pues, que estos pueblos fuesen instruidos de tal manera, que lo que ellos no podían captar en su plena luz, lo recibiesen bajo el velo de las figuras (ut quae revelata non caperent, obumbrata suscipere[n]t), y de este modo fuese aumentada la autoridad del Evangelio por el hecho de que las páginas del Antiguo Testamento hubiesen puesto a su servicio tantos símbolos y misterios (et maior Evangelii esset auctoritas, cui tot signis totque mysteriis, veteris Testamenti paginae deservissent). Refiriéndose a esto, diga el Señor que no ha venido a destruir la Ley, sino a cumplirla (cf. Mt. 5. 17). *Acordarse de Apolos.* No piense el Judío que le aprovecha algo permanecer carnalmente en la superficie de la letra (quod in litterae carnaliter superficie demoratur). Está convencido de estar en contradicción con sus Escrituras, que encuentran en nosotros su verdadera dignidad (quae apud nos veram sui oblinent dignitatem), pues nosotros nos instruimos con sus anuncios y nos enriquecemos con sus realizaciones (dum et crudimur praedicis, et ditamur impletis). Pues cuando dijo el Señor: Levantado, abracé todo a mí (Jo. 12, 32), nada hay de las instituciones legales ni de las figuras proféticas que no haya pasado a los misterios de Cristo (quod non totum in Christi sacramenta transierit). Tenemos el signo de la circuncisión (cf. Gen. 17, 11; Rom. 4, 11), la santificación del crisma, la consagración de los sacerdotes; tenemos la pureza del sacrificio, la verdad del bautismo, el honor del templo, de modo que con razón han cesado los anun-

(132) Hom. sobre la Pasión del Señor 12 (63) 5, p. 280.

...jos después que se ha realizado lo anunciado (ut merito cessarint nuntii, postquam nuntiata venerunt)" (133).

San León enrostra a los judíos por haberse quedado en el sentido carnal de las Escrituras, cerrándose así a su transposición espiritual en Cristo. Precisamente en esto consistió el pecado radical de los judíos: haberse abrazado a las sombras dejando que el cuerpo pasase de lado. Las sombras de por sí son inconsistentes si se las separa del cuerpo al que se refieren. No deja de ser trágicamente simbólico el hecho de que los judíos hayan decidido mater a Jesús, el Cordero divino, precisamente el día de la solemnidad pascual:

*insua
fin*

"Comprendemos claramente que fue por una disposición del plan divino que los príncipes sacrilegos de los judíos y sus impíos sacerdotes, después de haber buscado con frecuencia ocasiones para herir a Cristo, no recibieron poder de ejercer su furor sino en la solemnidad pascual. Era menester que se cumpliera con un acontecimiento manifiesto lo que durante tanto tiempo había sido prometido bajo el velo de las figuras. Era menester que el Cordero verdadero desplazase al cordero simbólico y que por un solo sacrificio se pusiese fin a la multiplicidad y a la diversidad de las víctimas. En efecto, todo lo que Moisés había decretado, por divina inspiración, con respecto a la inmolación del cordero, todo eso predecía a Cristo y anunciaba proplamente la inmolación de Cristo. Para que la sombra diera lugar a la realidad y desapareciesen las imágenes en presencia de la verdad, el antiguo rito ha sido abolido por un nuevo sacramento, la víctima se cambia en otra víctima, la sangre es suprimida por otra sangre, y la solemnidad de la Ley, al transformarse, encuentra su cumplimiento (ut ergo umbrae cederent corpori, et cessarent imagines sub praesentia veritatis, antiqua observantia novo tollitur sacramento. hostia in hostiam transit, sanguine sanguis auferitur, et legalis festivitatis dum mutatur, impletur)" (134).

Por eso también a nosotros nos resulta altamente alec-

(133) Hom. sobre la Pasión del Señor 15 (66) 2, p. 271.

(134) Hom. sobre la Pasión del Señor 7 (58) 1, p. 236.

*hay que tener de S.E. con una luz
cálida*

cionador considerar el misterio de Cristo, y en este caso de la Pasión de Cristo, no solamente a la luz del Evangelio sino también bajo el prisma de sus prefiguraciones veterotestamentarias. Esto es lo que funda la conveniencia de seguir leyendo, aún hoy, el Antiguo Testamento, no por cierto con los ojos carnales de los judíos sino desde un punto de vista cristiano, teniendo siempre en cuenta la figura y los misterios de Cristo; sólo de este modo aquellas añejas páginas cobrarán toda su inteligibilidad. Así la crucifixión de Cristo ya no será para nosotros un motivo de escándalo, como lo fue para los judíos, o de locura, como lo es para los paganos, sino la expresión más sublime de la sabiduría de Dios,

Sobre los israelitas judíos
 "para nosotros, digo, raza espiritual de Abraham, no engendrados en una descendencia esclava, sino regenerados en una familia libre (cf. Gal. 4. 31); para nosotros, por quienes ha sido inmolado el cordero verdadero e inmaculado (cf. 1 Cor. 5, 7), Cristo, después que hemos sido liberados de la opresión y de la tiranía de Egipto por una mano poderosa y un brazo tendido (cf. Deut. 5, 15)" (135).

Está a nuestro alcance la posibilidad de revivir en nuestra propia existencia la entera historia de la salvación. Cada uno de nosotros ha estado exiliado en Egipto, se ha visto liberado del Faraón por el brazo tendido de Dios, ha cruzado el Mar Rojo, ha sellado la alianza, ha entrado en la tierra. Todos estos hechos propios del Antiguo Testamento, han sido primeramente revividos por Cristo, plenitud de la historia de salvación. Sólo tras Él — y en Él — estamos capacitados para revivirlos también nosotros. Mirando a Cristo clavado en la cruz comprenderemos el sentido final de ambos Testamentos:

"Nosotros no aguardamos que se realice la pasión del Señor, ese misterio de gracia que fue decretado para la salvación del género humano desde toda la eter-

(135) Rom. sobre la Pasión del Señor 2 (53) 3, p. 221.

*Cada Hijo es una nueva historia de lo
 de Dios*

nidad (cf. 2 Tim. 1, 9) y anunciada por muchos símbolos en los siglos pasados; no, nosotros lo adoramos ahora ya realizado. Tanto los testimonios nuevos como los antiguos concuerdan entre sí para instruirnos, puesto que la historia evangélica nos presenta lo que clamó la voz sonora de los profetas, según está escrito: *Un abismo llama a otro abismo con el rumor de tus cascadas* (Pa. 41, 8). Efectivamente, para cantar la gloria de la gracia de Dios (cf. Et. 1, 6), las profundidades de ambos Testamentos se hacen oír con iguales voces, de modo que lo que estaba encerrado bajo el velo de las figuras se ha manifestado con la luz que lo revela (*ad enarrandam gloriam gratiae Dei paribus sibi vocibus, utriusque Testamenti altitudo respondeat; et quod erat sub velamine figurarum, sit revelata luce perspicuum*)" (136).

b. La Pasión y el velo que se rasga

Hemos oído cómo San León enrostraba a los judíos el haber "permanecido carnalmente en la superficie de la letra". El pueblo judío, heredero nato de las promesas y destinatario principal de esa maravillosa pedagogía divina que a través de los tipos y figuras lo iba preparando para que en su momento pudiera reconocer al Mesías, ha defeccionado trágicamente. "El pueblo se enfureció contra uno, y Cristo tiene compasión de todos (*furit in unum populus, et miseretur omnium Christus*)" (137).

Al llegar la Pascua anhelada durante tantos siglos, la Pascua definitiva, los sacerdotes judíos no prepararon su fiesta sino su crimen. Con un dejo de tristeza describe San León esa anti-liturgia blasfema que enmarcó los días de la Pasión. Los pontífices reunieron a los escribas y a los ancianos del pueblo para un consejo impío, teniendo en su espíritu el solo objetivo de encontrar agravios contra Jesús. Ellos, que eran los doctores de la Ley, se pri-

(136) Hom. sobre la Pasión del Señor 9 (67) 1, p. 247.

(137) Hom. sobre la Pasión del Señor 11 (62) 5, v. 237.

varon de la Ley. Sacrilegamente comenzaron a preparar la fiesta pascual, acondicionando el templo, limpiando los vnos sagrados, buscando las víctimas, cumpliendo las purificaciones legales. Luego, llenos de odio, se conjuraron para un solo fin: llevar al Justo hasta el patíbulo. Con palabras inspiradas contrasta nuestro Santo los concillábulo de los hipócritas con la actitud señorial del Salvador:

no c. la que entra en su templo
"Al tomar sus precauciones para evitar el tumulto en el día santo, no se preocupan los príncipes de los sacerdotes de la fiesta, sino de su crimen. Sus cuidados no se dirigen al servicio de la religión, sino de su iniquidad... Mas Jesús, seguro en su resolución e intrépido en el cumplimiento de la disposición de su Padre, ponía fin a la antigua alianza y fundaba la nueva Pascua. Pues estando sus discípulos sentados a la mesa con El para comer la cena mística, mientras en el atrio de Caifás se deliberaba sobre el modo de hacerlo perecer, Cristo instituye el sacramento de su cuerpo y de su sangre y enseña qué víctima había que ofrecer a Dios" (138).

Terminaba la pascua figurativa y comenzaba la Pascua definitiva. Lo aceptaran o no las autoridades religiosas del pueblo elegido, había concluido la primera alianza y se abría la "nueva y eterna Alianza". Ya la Sinagoga había perdido su significación. Ahora la verdadera Sinagoga era la Iglesia.

una nueva alianza
Un hecho aparentemente banal, que ha quedado reseñado en los relatos de la Pasión, simboliza el fin de la antigua economía, o el paso de la sinagoga a la Iglesia: a la muerte de Cristo, el velo del templo se rasgó de arriba abajo. En el preciso momento en que Cristo consuma su obra — "consummatum est"¹³⁸, el velo rasgado señala la ruina del culto judío en aras del misterio cristiano. Un signo semejante lo ofrecería, decenlos después, la destrucción del Templo mismo de Jerusalén.

El símbolo del velo que se rasga, fue muy frecuen-

(138) Num. sobre la Pasión del Señor 7 (58) 2-3, p. 237.

tado por los Padres. Se lo encuentra varias veces en la predicación de San León.

"Una sola víctima se ofrecía a Dios por la salvación del mundo, y la inmolación del verdadero Cordero, Cristo, anunciada desde hacía tantos siglos, hacía pasar a los hijos de la promesa a la libertad de la fe. Se confirmaba así la nueva alianza, y los nombres de los herederos del reino eterno se escribían con la sangre de Cristo. El Pontífice soberano entraba en el santo de los santos, y el Sacerdote sin mancha penetraba, a través del velo de su carne, para suplicar a Dios (cf. Hebr. 9, 7 y 1, 20). En fin, el paso de la Ley al Evangelio, de la sinagoga a la Iglesia, de la multitud de sacrificios a la única hostia, vino a ser entonces tan evidente, que este velo místico que cerraba el santuario del templo y su misterio sagrado se rasgó de arriba abajo por una fuerza repentina cuando Cristo entregó su espíritu. La realidad abolía las figuras y en presencia de Cristo eran superfluos los mensajeros que lo anunciaban" (139).

En otro sermón, predicando como si se dirigiera a los judíos, los enfrenta con el símbolo del velo rasgado, a ver si así entienden la gravedad del Gran Crimen:

"...observad, al menos, como personas inteligentes, lo que ha sucedido en el templo. El velo, que, como una barrera, cerraba el santo, ha sido rasgado de arriba abajo, y este lugar secreto, santo y misterioso, donde sólo está ordenado que entre el sumo sacerdote, ha quedado abierto, pues no había que mantener una separación donde no habitaba la santidad. Debéis reconocer que habéis sido repudiados y que habéis perdido todos los derechos del sacerdocio, pues era claro lo que la Verdad os había dicho: Si creyeseis en Moisés, creeríais también en mí (Jo. 5, 46). Es justo, pues, que los dos Testamentos os condenen, ya que habéis estado al mismo tiempo vacíos de la gracia y desprovistos de la ley y habéis resistido al orden nuevo por no haber creído en el antiguo (merito ergo vos Testamentum utrumque condemnat, et gratia vacuatos, et lege privatos, qui ideo resistitis novis, quia non credidistis antiquis)" (140).

(139) Hom. sobre la Pasión del Señor 17 (62) 3, p. 281.

(140) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (61) 5, p. 233.

La explicación simbólica de este hecho abarca múltiples aspectos. Significa ante todo que los sacerdotes impíos ya no son aptos para entrar en lo más íntimo del santuario: "el Santo de los Santos rechazó a sus indignos pontífices" (141); asimismo que como la santidad no reside más en el Templo de los judíos homicidas ya no hay nada que ocultar: "no había que mantener una separación donde no habitaba la santidad" (142); finalmente, que los misterios, hasta entonces reservados al pueblo elegido, se han revelado a la universalidad, pues la figura ha dejado lugar a la realidad, la Ley al Evangelio, la Sinagoga a la Iglesia, la profecía a su cumplimiento, la multitud de los sacrificios a la única hostia: "la figura se convertía en realidad; la profecía, en revelaciones manifiestas, y la Ley en Evangelio" (143).

Con una de esas intuiciones que tan bien lo caracterizan, relaciona San León el símbolo del velo rasgado con aquel hipócrita gesto de Caifás cuando, aparentando escandalizarse ante la afirmación de Cristo de que un día lo verían sentado a la diestra de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo, se rasgó solemnemente sus vestiduras:

"Caifás, para hacer más odiosas las palabras que había escuchado, rasgó sus vestidos, e ignorando la significación de este gesto insensato, se privó también del honor del sacerdocio. ¿Dónde está Caifás, el racional que adornaba tu pecho? (144). ¿Dónde está el cinto, símbolo de la continencia? ¿Dónde el humeral, imagen de las virtudes? Tú mismo te despojas de estos vestidos místicos y sagrados, con tus propias manos rasgas las vestiduras pontificales, olvidándote del precepto que habías leído sobre el príncipe de los sacerdotes:

(141) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 7, p. 245.

(142) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (61) 5, p. 253.

(143) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 7, p. 245. Cf. también hom. sobre la Pasión del Señor 17 (66) 3, p. 281.

(144) En Ex. 28, 4 se enumeran los ornamentos del Sumo Sacerdote. Según el vers. 20 de dicho capítulo el Sumo Sacerdote debía llevar siempre el "racional" cuando se presentaba ante Yavé. Acá el Sumo Sacerdote defeciona al sacerdocio, pues está en presencia del Hijo de Dios.

No depondrá la tiara ni rasgará su vestido (Ley, 21, 10). Pero tú ya eres extraño a esa dignidad y lo has convertido en el ejecutor de tu oprobio. Y para que fuese bien manifiesto el fin de la Antigua Ley, la misma ruptura que te despoja del ornamento sacerdotal, pronto destrozará también el velo del templo" (145).

La propia creación añadió su testimonio de protesta por la muerte de Cristo: densas tinieblas oscurecieron el resplandor del sol, el día se trocó en noche, profundos temblores sacudieron la tierra:

"Contra vosotros, oh judíos, darán el cielo y la tierra una sentencia, al sol retirará para vosotros su servicio con su luz, los diversos elementos rehusarán obedecerlos; y cuando la creación, hecha para servir, no siga sus propias leyes, han sido significadas entonces vuestra ceguera y vuestra confusión. Vosotros habéis dicho: Calga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt. 27, 25). Con razón se ha de conceder esto, para que lo que la porción impía de vuestro linaje perdió, lo consiga la plenitud fiel de los gentiles" (146).

En otro de sus sermones vuelve sobre lo mismo:

"Realizado el triunfo del Salvador, y consumadas las disposiciones que habían anunciado todas las palabras del Antiguo Testamento, el judío carnal puede llorar, pero el cristiano espiritual debe alegrarse. La fiesta, que para ellos se ha convertido en noche, brilla para nosotros luminosamente" (147).

Como lo dijimos más arriba, el Antiguo Testamento — "todas las palabras del Antiguo Testamento" — había sido dado al pueblo elegido para que en su momento su-

(145) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (37) 2, p. 233. También San Jerónimo veía en este gesto la señal de que los judíos habían perdido la gloria del sacerdocio, dejando vacante la sede pontifical: cf. PL, 26, 202.

(146) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (63) 2, p. 221. San León emplea la expresión "plenitudo gentium" en referencia a Rom. 11, 25: el endurecimiento de Israel abrió las puertas de la fe a todas las naciones gentiles.

(147) Hom. sobre la Pasión del Señor 9 (60) 2, pp. 247-248.

plera reconocer a Cristo, el Mesías, según aquello de San Pablo: **Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura** (1 Cor. 10, 11). No lo entendieron así los judíos, cerrándose a la luz, y por eso en el Calvario todo se les oscureció. Para los judíos incrédulos, que se quedaron en la superficie carnal de la Escritura sin ahondar en su sentido espiritual, y se frenaron en la carne de Cristo sin pasar a su divinidad, el misterio pascual se convirtió en una densa e impenetrable tiniebla, mientras que para los cristianos será siempre la fiesta de la luz deslumbrante.

Hay finalmente un hecho que figura la defección del pueblo elegido, rasgado en su misterio como el velo que protegía su templo, a saber, al que fuera un extranjero quien ayudase a Jesús a llevar la cruz, y a llevarla precisamente hasta las afueras de la ciudad santa, por lo que Cristo murió no mirando a Jerusalén, sino de cara al mundo:

"Como la multitud iba con Jesús hacia el lugar del suplicio, se encontró a un cierto Simón de Cirene, y se le hizo pasar el madero de la cruz de las espaldas de Jesús a las suyas. Por este gesto se prefiguraba la fe de las naciones, para las cuales la cruz de Cristo había de ser una gloria y no un oprobio. Pues no fue ese un hecho fortuito, sino un signo místico, si ante los judíos que se ensañaban contra Cristo se encuentra a un extranjero para compartir sus sufrimientos, según la palabra del Apóstol: **Si sufrimos con El, también seremos glorificados con El** (Rom. 8, 17)... Por esta traslación de la cruz, la propiciación procurada por el cordero sin tacha y la plenitud de todos los ritos figurativos pasaban de la circuncisión a los incircuncisos, de los hijos según la carne a los hijos según el espíritu... Se ofrece al Padre un sacrificio nuevo y verdadero de reconciliación no en el templo, cuya dignidad había terminado; ni dentro de los muros de la ciudad, que en castigo de su crimen había de ser destruida, sino en el exterior, fuera del campamento (cf. Hebr. 13, 12), para que, en lugar del misterio abolido de las antiguas víctimas, fuese presentada una nueva hostia sobre un nuevo altar y fuese la cruz de Cristo no un altar del templo, sino del mundo (ut veterum viclima-

rum cessante mysterio, nova hostia, novo imponeretur altari, et crux Christi non templi esset ara, sed mundi" (148).

c. La Pasión, centro irradiante de salvación

Cuando llegó el momento de la Pasión llegó la plenitud de los tiempos, momento decretado por Dios desde toda la eternidad. "En el tiempo fijado de antemano — dice San León — ha sido crucificado Jesucristo por su propia voluntad" (149). Sin embargo las virtudes de la Pasión no se agotan en ese tiempo determinado. Ubicada en el momento culminante de la historia, plenitud de las figuras del Antiguo Testamento, la Pasión tiene una capacidad de irradiación salvadora que trasciende los marcos espaciales y temporales y se expande hacia todos los ángulos y épocas del mundo. Nos ha recordado San León que la cruz fue erigida en las afueras de Jerusalén como para mostrar que los efectos de la Pasión no se vertirían sólo sobre la porción fiel de los judíos sino sobre la universalidad de los creyentes, obrando a modo de un imán que magnetiza todos los siglos de la historia. Por algo había dicho Cristo que cuando fuese levantado en alto todo lo atraería hacia sí. No sólo todas las personas de su tiempo, sino también de todas las épocas de la historia, desde Adán hasta el último de los elegidos con que se cierre la historia de salvación.

"Si, en efecto, por el impenetrable juicio de la sabiduría de Dios, el Verbo se ha hecho carne en los últimos tiempos, no se sigue de ahí que el parto saludable de la Virgen no haya aprovechado sino a las generaciones de los últimos tiempos, y no se haya propagado también a los tiempos pasados. Todos los que en la antigüedad adoraron al Dios verdadero, todo el número de los santos de los siglos anteriores, han vivido en esta fe y en ella han agradado a Dios. Ni para

(148) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 5, pp. 243-244.

(149) Hom. sobre la Pasión del Señor 16 (67) 3, p. 277.

los patriarcas, ni para los profetas, ni para cualquiera de los santos hubo salvación y justificación sino en la redención de nuestro Señor Jesucristo; la cual, como se esperaba, porque había sido prometida por muchos oráculos proféticos, así también se hizo presente por el don mismo y por su cumplimiento" (150).

Enseña San León en otro sermón que este designio misericordioso de Dios, que fue al mismo tiempo la expresión más plena de su justicia, si bien estuvo oculto por un cierto velo en los siglos anteriores, no lo fue sin embargo de tal modo que permitiese del todo ignorado por la inteligencia de los hombres virtuosos del Antiguo Testamento, ya que había sido anunciado de muy diversas maneras, tanto por profecías como por hechos prefigurativos. Al fin y al cabo, nuestra fe y la fe de los que vivieron antes de la Pasión de Cristo, es la misma, así como una es la esperanza que los anima a ellos y a nosotros. A consolidar esa fe y esa esperanza se dirige toda la obra de Cristo, "sea que nosotros la confesemos como ya realizada, sea que nuestros padres la hayan adorado como que se había de realizar" (151).

Más aún, los grandes profetas y personajes del Antiguo Testamento no sólo no hablaron del porvenir como de algo absolutamente desconocido para ellos, sino que con sus palabras y sus hechos adelantaron en cierta manera los acontecimientos futuros. Por algo nos dice Jesús que Abraham exultó viendo su día. Enseña a este respecto San León:

(150) Hom. sobre la Pasión del Señor 1 (52) 1, pp. 216-217.

(151) Hom. sobre la Pasión del Señor 12 (63) 2, pp. 258-259. Para San León, la fe en Cristo es, en última instancia, lo que ha justificado a los santos del Antiguo Testamento como sucede con los justos del Nuevo Testamento. Junto con San Agustín representa nuestro Santo la posición occidental en lo que toca a la salvación de los justos que precedieron a Cristo; no habría diferencia esencial entre las etapas sucesivas de la historia de la salvación —antes de Cristo, después de Cristo— en lo que respecta a la santidad personal de los predestinados. Los orientales atribuyen más importancia a la superioridad de la época que sigue a Cristo en lo que hace a la vida sobrenatural de los miembros de la Iglesia.

"Los hechos relatados por el Evangelio de verdad, los había anunciado la voz de los profetas, y no como cosa que había de venir, sino como ya realizada. Lo que los oídos humanos aún no conocían fue se había de realizar, ya lo proclamaba el Espíritu Santo como hecho. Pues al rey David, del cual desciende Cristo según la carne, ha precedido más de once siglos el día en que fue crucificado el Señor, y no ha sufrido él mismo ningún suplicio de los que cuenta haber sido la víctima. Pero el que había de tomar de su raza una carne pasible hablaba por su boca, y así, el relato de la cruz es atribuido de antemano al antepasado que llevaba en sí el origen humano del Salvador. David ha sufrido verdaderamente en Cristo, porque Jesús ha sido crucificado verdaderamente en la carne de David. Vere enim David in Christo est passus, ulla vere Jesus in David est carne crucifixus;" (152).

Impresiona el panorama grandioso que presenta San León cuando se refiere a la Pasión de Cristo. Es ésta como un sol que ilumina hasta el último recoveco de la historia, un remedio que cura las enfermedades de los siglos, un poder que deshace todos los artilugios que Satanás ha ido sembrando desde la tentación del paraíso hasta la tentación apocalíptica.

"La sentencia dictada contra los transgresores ha tenido cautivo a todo el linaje de una posteridad de esclavos y nadie se eximió de la condenación, ya que ninguno estuvo libre de la falta. Pero la redención realizada por el Salvador, al destruir la obra del diablo y romper los lazos del pecado, ordenó de tal modo el don de su gran amor, que la plenitud de las generaciones, cuyo número ha sido determinado de antemano, continuara desarrollándose hasta la consumación del mundo, pero que la restauración de nuestro origen se extendiese retroactivamente a todos los siglos pasados, puesto que la justificación se ha concedido a la fe sin distinción. Efectivamente, la encarnación del Verbo, lo mismo que la muerte y resurrección de Cristo, ha venido a ser la salvación de todos los fieles, y la sangre del único justo nos ha dado a nosotros, que la creemos derramada flusum para la reconciliación

(152) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (87) 1, p. 274.

del mundo, o que concedió a nuestros padres que igualmente creyeron que sería derramada (fundendum)" (153).

B. LA PASIÓN Y LA UNIÓN HIPOSTÁTICA

San Leon como uno de los serenos de la vida
Al ir analizando los diversos misterios de la vida de Cristo hemos constatado cómo el telón de fondo de todos ellos era para San León el misterio de la unión hipostática. Lo expusimos de manera particular cuando tratamos de la Navidad. No siendo la Pasión sino la culminación de la Navidad, nos parece conveniente volver también acá sobre aquel misterio tan central en nuestra fe, como lo fue en el pensamiento del Santo.

De acuerdo al designio divino decretado desde toda la eternidad, si Cristo hubiese sido sólo hombre, o sólo Dios, la Redención no se habría consumado. Porque si sólo hubiese sido Dios, habría vencido al demonio exclusivamente por su omnipotencia. Si sólo hubiese sido hombre, no hubiera podido sacar a los hombres de su condición mortal. Fue por eso conveniente que en Cristo "se encontrasen la naturaleza humana y la divina, para que por el Verbo hecho carne socorriesen a nuestra mortalidad el origen del hombre nuevo y su pasión" (154). Así quedaban satisfechas tanto la justicia como la misericordia, atributos aparentemente antinómicos, que sólo Dios pudo conciliar.

San León aprovecha los sermones de la Pasión para recordar una y otra vez cómo a lo largo de toda la vida de Cristo se manifestaron ambas naturalezas a través de sus respectivas acciones. Se ve que atribuye a este tema una importancia capital. La carne, dice, nunca obró sin el Verbo, ni el Verbo realizó nada sin la carne. Sin el poder del Verbo, la Virgen María no hubiera concebido ni dado a luz; sin la verdad de la carne, el Niño no hubiera

(153) Hom. sobre la Pasión del Señor 15 (88) 1, p. 250.

(154) Hom. sobre la Pasión del Señor 5 (60) 1, p. 230.

No fue una obra sin la carne.

La carne misma obra sin la carne.

sido recostado ni envuelto en pañales. Sin el poder del Verbo, los Magos no hubiesen adorado al Niño que se manifestaba a través de una estrella nueva; sin la verdad de la carne, Dios no habría dado la orden de llevarlo a Egipto para que evitase la muerte planeada por Herodes. Si no hubiese sido el Verbo, no habría dicho el Padre desde el cielo: **Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mi complacencia** (Mt. 3, 17); si no hubiese tenido carne, no habría dicho el Bautista que era el Cordero de Dios, para quitar los pecados del mundo. Si no hubiese sido Dios, no habría curado milagrosamente a los enfermos por su propio poder, ni habría resucitado a los muertos; si su humanidad no hubiese sido verdadera, no habría experimentado hambre, ni sueño, ni cansancio alguno, como de hecho sabemos lo experimentó. Si no hubiese sido Dios, no se habría declarado igual al Padre (cf. Jo. 10, 30); si su carne no fuese verdadera no habría dicho que el Padre es mayor que Él (cf. ib. 14, 28) (155).

"Es cierto que, después de ese instante inicial en que el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen, jamás ha existido ninguna clase de división entre las naturalezas divina y humana y que durante todo el tiempo de su desarrollo corporal las acciones realizadas fueron las de una sola persona; sin embargo, lo que fue hecho inseparablemente no lo confundimos con ninguna mescolanza (et per omnia incrementa corporea unius personae fuerint totius temporis actiones, ea ipsae tamen quae inseparabiliter facta sunt, nulla permixtione confundimus), sino que, según el carácter de cada operación, distinguimos de qué naturaleza se trata en cada caso (sed quid cuius naturae sit ex operum qualitate sentimus). Lo que es divino no perjudica a lo que es humano, ni lo que es humano a lo que es divino, sino que tanto lo uno como lo otro concurren a un mismo resultado, sin perder lo que les es propio ni doblar la persona (nec divina enim humanis praepjudicant, nec humana divinis, cum ita in idipsum utraque concurrant, ut in eis nec proprietates absumatur, nec persona gemetur)" (156).

(155) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 12 (64) 4, pp. 285-286.

(156) Hom. sobre la Pasión del Señor 14 (65) 1, pp. 266-267.

Pues bien, esto que ocurrió a lo largo de toda la vida de Cristo, como no podía ser de otro modo ya que la unión entre ambas naturalezas era un hecho irreversible, no pudiendo el hombre separar lo que Dios había unido, también se manifestó en los días de la Pasión. Ambas naturalezas mostraron allí su realidad mediante acciones distintas, pero sin el menor detrimento de su indisoluble unidad. Nada de lo allí acaecido enseña San León, oído exento de reciprocidad: "La humildad está toda en la majestad; la majestad, toda en la humildad (tota est in maiestate humilitas, tota in humilitate maiestas)" (157). La unidad jamás produjo la confusión, ni la propiedad eclipsó la unidad. Si bien una naturaleza era pasible, y la otra inviolable, sin embargo a la misma persona pertenece tanto la ignominia como la gloria: "El mismo que está en la debilidad está también en el poder. El mismo está sujeto a la muerte y es vencedor de la muerte (idem mortis capax, et idem victor est mortis)" (158). Cada naturaleza se injerta, por así decirlo, en la otra, pero sin perder en modo alguno lo que le es específico.

Esto es así, agrega San León, porque la economía del misterio decretado desde toda la eternidad para nuestra redención "no debía consumarse sin que interviniesen la debilidad humana y el poder divino (nec sine humana infirmitate, nec sine divina erat consummanda virtute)" (159). Cada naturaleza había de realizar, en comunión con la otra, lo que le era específico: el Verbo obraba lo que pertenecía al Verbo y la carne lo que a ella le pertenecía; el uno brillando en el esplendor de los milagros, la otra sucumbiendo oajo el peso de los oprobios; Aquél, no apartándose de la gloria que tenía de común con el Padre, y ésta no abandonando la naturaleza de nuestra raza humana. Sin embargo, concluye, la aceptación de los sufrimientos no quedó sustraída a su divinidad, como si

(157) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) I. p. 222.

(158) Ibid.

(159) Ibid. 2, p. 223.

Cristo hubiese sido llevado a la muerte contra su voluntad divina; por el contrario, su voluntad divina y su voluntad humana, al unísono, consintieron en la muerte cruenta (160).

"Suplicando al Padre, dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no se haga como yo lo quiero, sino como tú lo quieras (Mt. 26, 39). La primera oración manifiesta su debilidad; la segunda, su fortaleza. La primera es un deseo que brota de nuestra condición, la segunda es una elección que procede de su condición propia. El Hijo, igual al Padre, no ignoraba que todo es posible a Dios y que no había descendido a este mundo para tomar la cruz sin haberla querido, de suerte que su razón hubiese estado como turbada y fuese víctima de un conflicto de sentimientos contrarios. Mas para manifestar la distinción entre la naturaleza asumida y la que asumía, lo que había del hombre en El llama al poder divino y lo que era de Dios mira a la necesidad de los hombres (*suscepit tamen, nescendo ex nobis, quod posset offerre pro nobis*)" (161).

La naturaleza divina, enseña en otro sermón, no podía ofrecer un sacrificio, no podía recibir el aguijón o la muerte. Entonces, "naciendo de nosotros, tomó lo que podía ofrecer por nosotros (*suscepit tamen, nescendo ex nobis, quod posset offerre pro nobis*)" (162). Así pudo cumplirse el dicho del profeta: "¡Oh muerte, yo seré tu muerte!" (Os. 13, 14). Al aceptar la muerte, se sometió a las leyes del sepulcro, que habíamos merecido por nuestros pecados, pero al resucitar, quebrantó esas leyes; al caer bajo el golpe de la muerte, sin pedir su exención, hizo temporal lo que de por sí debía haber sido definitivo para la humanidad (163).

(160) Cf. *ibid.*

(161) Hom. sobre la Pasión del Señor 5 (56) 2, np. 230-231.

(162) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (58) A, p. 246.

(163) Cf. *ibid.*

"Efectivamente, la virtud divina se ha unido con la debilidad humana de tal modo, que Dios hace suyo lo que es nuestro, al mismo tiempo que hace nuestro lo que es suyo (quia ideo se humanae infirmitati virtus divina conseruit, ut dum Deus sua facit esse quod nostra sunt, nostra faceret esse quae sua sunt)" (164).

el redemptor de la humanidad con el objeto de
Tal era la única manera de que la Iniquidad se convirtiese en justicia, y la miseria encontrase la felicidad: que el Justo mismo se inclinase hacia los impíos, y el eternamente Bienaventurado se abajara hasta los miserables (165). En una palabra, la permanencia de la unión hipostática era la condición concreta de nuestra Redención:

"La sangre de Cristo no podía ser el precio de los fieles si el Redentor no se dejaba prender, y por eso permite que las manos de los impíos se echen sobre El, y retiene el poder de la divinidad a fin de llegar a la gloria de la pasión (et cohibita est potentia Deitatis, ut perveniretur ad gloriam passionis). Ciertamente, esta pasión hubiera sido vana si no hubiese sido más que una apariencia, y un sufrimiento que no hubiera sido más que una simulación no hubiera aprovechado a nadie. Era menester que la verdadera divinidad se revelase de un cuerpo humano con sus sentidos verdaderos, para que una sola y única persona el Hijo de Dios y del hombre, intangible en un aspecto, pero posible en otro, renovase lo que es mortal en nosotros por lo que es inmortal en El (mortalia nostrum per suum immortale renovaret). Por eso no estuvo exento de la tristeza ni del temor, a fin de que para vencer semejantes perturbaciones no sólo nos robusteciese por la gracia de su unión, sino también por el ejemplo de su fortaleza. Pues parecería injusto que nos exhortase a la paciencia quien no tuvo nada de común con nuestra debilidad" (166).

El misterio de la redención deja pues de ser inteligi-

(164) Hom. sobre la Pasión del Señor 15 (60) 1, p. 200.

(165) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 1 (52) 2, u. 217.

(166) Hom. sobre la Pasión del Señor 14 (65) 2, u. 267.

ble si no se lo considera a la luz de la unión hipostática. Por eso San León, como lo afirmara con motivo del misterio de la Navidad, recuerda también acá que es condición básica para la celebración del misterio pascual el rechazo consciente de toda herejía que pretenda diluir la unión hipostática, reduciendo a Cristo a una sola de las dos dimensiones que lo componen:

"El verdadero confesor y adorador de la resurrección de Cristo es el que no se escandaliza de su pasión ni se angustia de su nacimiento corporal. Pues algunos se avergüenzan del Evangelio de la cruz de Cristo (cf. Rom. 1, 16); y, para reducir a la nada con mayor audacia el suplicio soportado para la redención del mundo, han llegado a negar en Cristo la naturaleza de una carne auténtica. No han conocido que la divinidad impassible e inmutable del Verbo de Dios, al anonadarse por la salvación de los hombres, nada ha perdido, por una parte, por efecto de su poder de lo que le es propio; y, por otra, ha tomado por efecto de su misericordia lo que nos pertenecía. Por eso hay en Cristo una sola persona con una doble naturaleza... Para destruir el imperio del pecado y de la muerte, tenía todo a la vez: que la naturaleza por la cual era pasible fuera capaz de sufrir, y que la naturaleza por la cual era poderoso no perdiera nada de su gloria" (167).

Si bien es cierto que el texto citado pertenece a uno de sus sermones cuaresmales, debemos decir que también —y sobre todo— en sus predicaciones acerca de la Pasión vuelve repetidamente sobre el tema. Es que para él, según ya lo hemos indicado en el primer capítulo, no hay auténtica celebración sin ortodoxia de la fe. Y en una época en que diversas herejías cuestionaban este delicado misterio, San León se ve en la obligación de recordar la recta doctrina a sus oyentes con una asiduidad que pasma. Si tenemos una fe católica firme, dira en uno de esos sermones, no nos asombraremos al ver cómo nuestro Señor penetra por las puertas de la muerte, y confesaremos sin temor a equivocarnos que el único Señor Jesu-

(167) Hom. sobre la Cuaresma 8 (46) I, p. 193.

cristo es al mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. Creeremos que el mismo es el hijo de la Virgen y el Autor de su madre; que al mismo ha nacido al fin de los tiempos y ha creado todos los tiempos; que el mismo es el Señor de todos los poderes celestiales y uno de la raza de los mortales; que el mismo ha ignorado el pecado y ha sido inmolado por los pecadores en una carne semejante a la del pecado. En una palabra, que todo lo que es de Dios y todo lo que es del hombre, lo han realizado al mismo tiempo la humanidad y la divinidad. Unidas la naturaleza imposible con la naturaleza posible, ni la debilidad de la segunda ha podido afectar el poder de la primera, ni este poder ha absorbido la debilidad de aquélla (168).

Lo que sufría el Verbo hecho carne, insistirá en otro sermón, no era propiamente sufrimiento del Verbo sino de la carne. Sin embargo esas injurias y suplicios llegaban hasta el Señor impassible, de modo que se puede afirmar con toda justicia que a Él se le infligía lo que permitió hicieran en su cuerpo. Por algo dijo: **Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen** (Lc. 23, 34). Vieron a un hombre humilde y no adoraron al Autor del universo. Despreciaron la bondad del que era juzgado y no supieron reconocer el poder de quien un día vendría a juzgar (169).

En todos los momentos de la Pasión, predicará San León en otro lugar, se unían la humildad del hombre y la grandeza de Dios. La generosidad de la misericordia para nada empaña la majestad del Dios que hace misericordia. Sólo el poder divino ha podido hacer tal maravilla: que un hombre verdadero estuviese en un Dios inviolable, y el Dios verdadero en una carne pasible. Así Dios pudo dar al hombre la gloria por la ignominia, la incorrupción por el tormento, la vida por la muerte. San León es taxativo: si el Verbo no se hubiera hecho carne, y no hubie-

(168) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 11 (62) 2, p. 255.

(169) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 14 (65) 3, p. 282.

se entre las dos naturalezas una unión tan sólida que ni la misma muerte, ni siquiera por un breve lapso de tiempo, fue capaz de separar la que había asumido de la que asumía, jamás nuestra mortalidad hubiera podido retornar a la eternidad. Gracias a Cristo o, mejor dicho, en el mismo Cristo nos llegó este socorro singular, a saber, que merced a su naturaleza impasible no permaneciese en la naturaleza pasible el señorío de la muerte, y que lo que no podía morir resucitase lo que estaba muerto (170).

Frente al misterio Insondable de la unión hipostática el judío se escandaliza pues no le es posible aceptar lo divino en Cristo, y el gentil, en su presunta sabiduría, desprecia lo humano que hay en El:

"Ni el escándalo de los judíos ni las burlas de los paganos vengán a contaminar la integridad de una sana inteligencia para hacernos parecer o imposible, según el hombre, o indigno, según Dios, lo que ha sido realizado para nosotros, siguiendo un modo humilde y sublime a la vez. Al contrario, es conveniente acoger estos dos aspectos, crear en uno y en otro, pues ningún hombre puede ser salvado más que en los dos... La ceguera de los judíos no va lo que es divino en Cristo, y la sabiduría de los gentiles menosprecia lo que es humano (cum igitur in Christo Jesu Judaeorum caecitas quae sunt divina non videat, gentium sapientia quae sunt humana contemnat); aquéllos profieren calumnias contra la gloria del Señor, éstos se levantan orgullosamente contra la humillación. Pero nosotros adoramos al Hijo de Dios en su poder y en nuestras debilidades (nos Dei Filium, et in suis virtutibus, et in nostris infirmitatibus adoramus). Nosotros no nos avergonzamos de la cruz de Cristo, y, en medio de voces rebeldes, no dudamos ni de su muerte ni de su resurrección. Pues lo que conduce a los soberbios a negar la fe, eso mismo nos lleva a nosotros a la fe, y lo que para ellos es materia de confusión, es para nosotros principio de piedad (quoniam quod superbos ad infidelitatem trahit, hoc nos ad fidem dirigit; et quod apud illos est materia confusiois, hoc apud nos est causa pietatis)" (171).

(170) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) 3, pp. 229-230.

(171) Hom. sobre la Pasión del Señor 5 (56) 1-2, pp. 229-230.

Sólo por esta dualidad de naturalezas en la unidad de la divina persona, la Pasión de Cristo tiene la virtualidad necesaria para salvarnos. San León pone en boca de Cristo estas palabras como dirigidas a San Pedro: "No te confunda la debilidad que acepté. Si he temido ha sido por lo que recibí de ti, pero tú estás seguro por lo que recibiste de mí (ego de tuo fui trepidus, tu de meo esto securus)" (172); "de tuo", es decir por la naturaleza tuya que he asumido; "de meo", es decir por mi naturaleza divina, llena de poder, y que te doy en cambio de lo que tú me has dado. En la Pasión actuaba lo suyo propio y lo nuestro que había asumido; la naturaleza, que en nosotros era culpable y cautiva, sufría en Él, inocente y libre. Así fue como nos salvó Dios, en un exceso de amor y de misericordia (173).

C. LA CRUZ DE CRISTO: TROFEO DE VICTORIA

En las homilias de San León, la Cruz de Cristo es presentada al modo de un estandarte triunfal. Tal concepción era común en los Padres de los primeros siglos. "Cruz gloriosa", la llamaban. El himno de Vísperas, propio de la Semana Santa, "Vexilla Regis", haciéndose eco de esa antigua tradición, canta el árbol glorioso, lleno de luz, que resplandece en el estandarte del Rey; y la antifona "Cruz fidelis", que se intercala con las estrofas del hermosísimo himno del Viernes Santo, "Pange lingua gloriosus", exclama que ningún bosque ha sido capaz de producir un árbol como ésta, lleno de ramas, hojas y flores, réplica perfecta del árbol agostado del paraíso. Asimismo en los ábsides de los primitivos presbiterios, con frecuencia se representaba a Cristo — y a los santos mártires — llevando la cruz sobre el hombro, pero no como quien arrastra un peso insoportable sino a la manera de un atleta, o de quien empuña una lanza, presto para el combate. La cruz como lugar de dolor y de quebranto,

(172) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) 5, p. 225.

(173) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 3 (58) 3, p. 231.

*El Cristo se ergue como un
atleta a la crucifixión*

apareció muy posteriormente en el arte cristiano, casi se podría decir que luego del primer milenio.

No quiere ello decir que los antiguos, ni San León, olvidaran el aspecto penoso de la cruz. Lo incluyen en sus homilías, pero trascendiéndolo. Y así dirá nuestro Santo con toda naturalidad en uno de sus sermones navideños: "una vez consumado el triunfo de su pasión y de su resurrección" (174). El triunfo no pertenece sólo a la resurrección del Señor sino también a su pasión. Se trata de un conjunto inseparable, el misterio pascual.

a. La Cruz, anonadamiento triunfal

Elegimos una expresión paradójica para este subtítulo, porque es el único que interpreta cumplidamente el pensamiento de San León. Cristo sufrió verdaderamente, padeció realmente, agonizó. Fue la manera que eligió para fortalecer nuestra debilidad. Como dirá nuestro Santo refiriéndose al Pedro arrepentido y de cara al martirio: "No hubiera podido vencer el temor de la fragilidad humana si el vencedor de la muerte no hubiera temblado primero (nisi victor mortis ante timuisset)" (175).

El temblor de Cristo, expresión evidente de su anonadamiento, no es el temblor de un hombre cualquiera, es el temblor del Verbo encarnado. Y por tanto es un temblor asumido para reafirmar a los hombres que tiemblan. No resulta pues extraño que ya en la misma crucifixión comenzaran a mostrarse las señales del poder que vence a la debilidad. Cuando Cristo exclama: **Todo se ha cumplido** (Jo. 19, 30), quiere decir, comenta San León, que todo lo anunciado en las Escrituras se ha realizado, que nada queda por cumplirse de lo profetizado acerca de sus sufrimientos. "Se han terminado los misterios de la debilidad, manifiéstense ahora las señales del poder (peracta

(174) Hom. sobre la Natividad del Señor 6 (26) 3. p. 96.

(175) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (34) 5. p. 224.

sunt mysteria infirmitatis, promantur documenta virtutis)" (176) El Autor de la Vida se ha entregado enteramente al misterio de la muerte para hacer de esa muerte el comienzo de la vivificación. El abatimiento de la majestad divina, frente al cual todo el edificio del mundo se conmueve, es un abatimiento salvífico, preñado de virtualidades salvadoras.

No resulta pues extraño que, como acabamos de decir, San León predique acerca de la crucifixión en términos gloriosos. En uno de sus sermones, cuando se dispone a introducir a sus fieles en el proceso que conduce al Calvario, se expresa así: "Salid, amadísimos, al Señor al lugar de su glorificación..." (177). Es que se trata de una gesta imponente, de la "gloriosa Passio" o, como se la denomina en el Canon Romano, la "beata Passio". Por eso el Calvario no es el lugar del pesimismo humano sino la sede de la confianza cristiana:

"La razón verdadera y la causa primera de la esperanza cristiana, amadísimos, es, pues, la cruz de Cristo, que, aunque sea un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles, para nosotros, sin embargo, es poder y sabiduría de Dios (cf. 1 Cor. 1, 23-24)" (178).

San León no podría concebir siquiera la imagen de un Cristo arrastrado por sus verdugos hasta el lugar de la Pasión. Cristo se dejó, por cierto, conducir hasta el Calvario, pero voluntariamente, señorialmente. Y una vez fijado al leño, en modo alguno quiso huir, como fácilmente hubiera podido hacerlo, o incluso como se lo insinuaban los circunstantes: **Que baje ahora de la cruz y creemos en Él** (Mt. 27, 42). San León lo dice con palabras inspiradas, dirigiéndose a los judíos:

"Y para que no pareciera que sólo se había predicho

(176) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (156) 4, p. 228.

(177) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (161) 3, p. 252.

(178) Hom. sobre la Pasión del Señor 5 (156) 1, p. 229.

lo que se refiere a vuestro crimen, sino también al poder del que fue crucificado. si ciertamente no habéis leído: El Señor descendió de la cruz, si habéis leído: El Señor ha reinado desde el madero (Ps. 95, 10)" (179).

Por eso a Jesús no le agradó que lamentaran su suerte, o que lo lloraran, como lo hacían con la mejor intención las santas mujeres que lo acompañaban en su camino a la cruz:

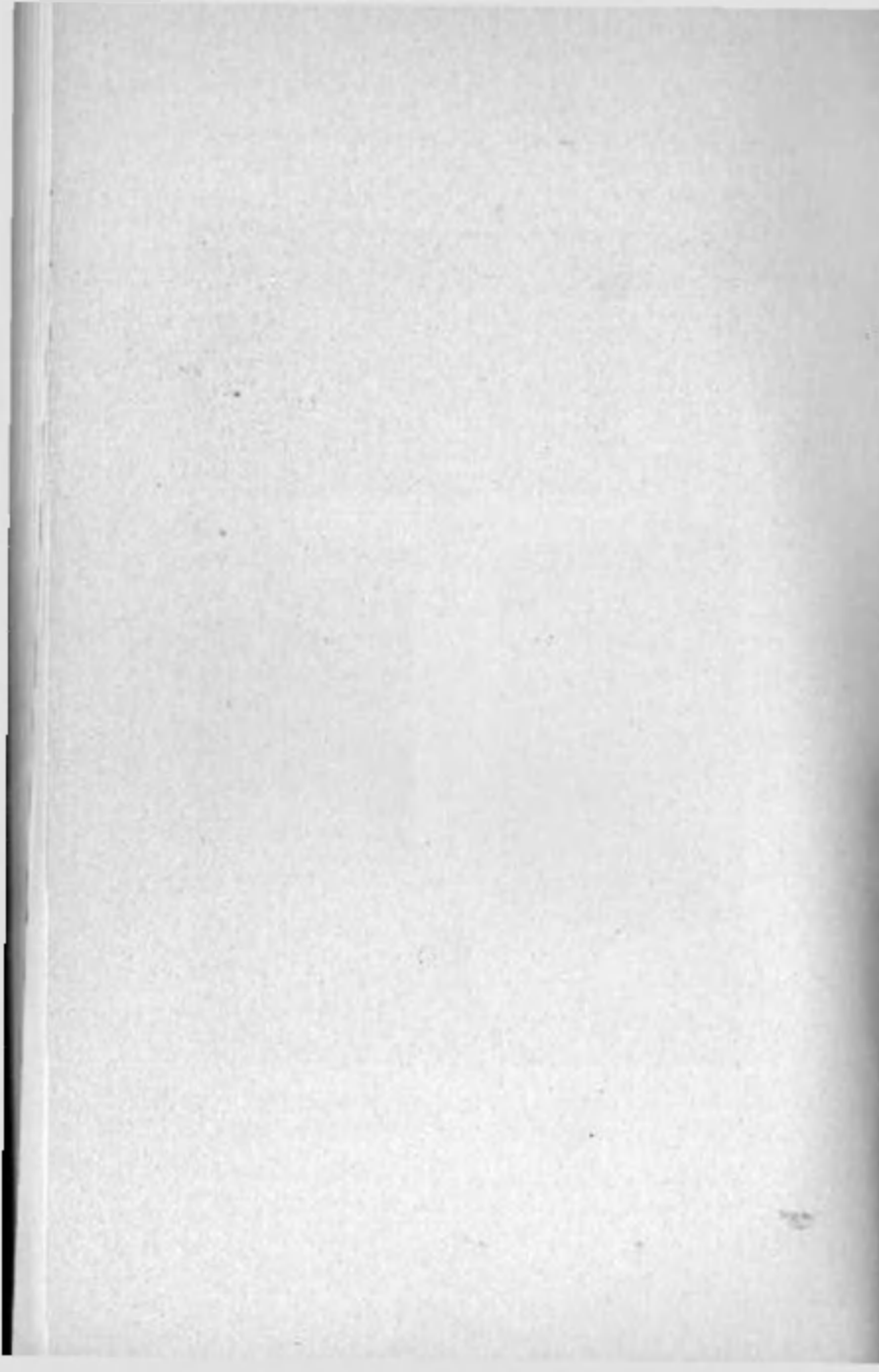
"Es habitual al sexo débil emocionarse, hasta llorar aun por aquellos que son dignos de morir, y compadecerse del fin de los condenados en consideración a la naturaleza común a la suya. Mas el Señor Jesús no quiso que se hiciera esa lamentación por El, pues no era conveniente llorar un triunfo ni lamentar una victoria (quia non decébat luctus triumphum, nec lamenta victoriam)... 'Si hay que llorar no sea por el salvador de los que creen, sino por la impiedad de los que se pierden. En cuanto a mí sufro la cruz voluntariamente y acepto para mí esta muerte que voy a vencer (ego crucem volens patior, et mortem in me, quam sum perempturus, admitto). No lloréis al que muere por la redención del mundo, y a quien veréis venir a juzgar en la majestad del Padre'" (180).

La Cruz es la expresión suprema de la paz. No de la paz mundana, que no es más que una apariencia de paz, sino de la paz en el sentido agustiniano de "tranquilidad en el orden". La paz de Cristo es un trofeo, el fruto de una guerra de Cristo y de una ulterior victoria de Cristo sobre las potencias infernales y sobre el imperio de la muerte. Esa paz encuentra su plasmación simbólica en los dos travesaños de la Cruz. Al recostarse Cristo en el travesaño vertical estaba significando la reconciliación de lo alto y de lo bajo, de Dios y del hombre, hasta entonces divorciados por el pecado, y desde ahora unidos en el Mediador. Al extender sus brazos sobre el travesaño horizontal,

(179) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (36) 2, p. 227.

(180) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (61) 3, p. 232.





Yo desde la Cruz, con mi brazo izquierdo y derecho
como si quisiera abrazar a toda la humanidad, estaba ex-
presando la reconciliación de los hombres en Él, apun-
tando con su brazo izquierdo hacia el Génesis y con el
derecho hacia el Apocalipsis, desde Adán hasta el último
de los elegidos.

"¿Qué ha hecho, pues, y qué hace, la cruz de Cris-
to sino reconciliar el mundo con Dios después de ha-
ber destruido lo que les oponía el uno al otro (cf. Ef.
2, 16), y llamar todas las cosas a la verdadera paz por
el sacrificio del Cordero inmaculado?" (181).

b. La Cruz, trono de juicio y de salvación

San León concibe la cruz como la sede de un Empe-
rador, el trono real del Señor "glorificado por la elevación
de su cuerpo crucificado (crucifixi corporis elevatione su-
blimnis)" (182).

El trono de los reyes era el lugar supremo de la jus-
ticia. Sentado en el trono oc su cruz el Señor comenzará
su actividad judicial. San León la describe en los siguien-
tes términos:

"Habiéndose cumplido todas las cosas que la divi-
nidad, cuyo velo de carne volaba su poder, había permi-
tido, Jesucristo, Hijo de Dios, fue clavado en la Cruz
que El mismo había llevado. Dos ladrones fueron para-
lamente crucificados, uno a la derecha y otro a la iz-
quierda. De este modo, en el espectáculo que ofrecía
su patíbulo se mostraba la separación que se hará de
todos los hombres en el Juicio.

La fe del ladrón que creía ofrecía, en efecto, la im-
gen de los que serán salvados, mientras que la imple-
dad del que blasfemaba prefiguraba la condición de los
condenados. La pasión de Cristo contiene, pues, la gra-
cia de nuestra salvación, y del instrumento de suplicio
que había preparado la iniquidad de los judíos, el poder

(181) Hom. sobre la Pasión del Señor 15 (68) 3, p. 272.

(182) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (61) 3, p. 233.

del Redentor hizo una grada para elevarnos hasta la gloria (et de instrumento quod Iniquitas Judaeorum paravit ad poenam. potentia Redemptoris gradum nobis fecit ad gloriam). Esta pasión la ha abrazado el Señor Jesús por la salvación de todos los hombres hasta tal punto, que, sujeto al madero de los clavos, suplicaba la clemencia del Padre en favor de los que le mataban, y decía: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen (Lc. 23, 34)" (183).

Trono de justicia porque, sentado en él, el Señor ha adelantado en cierta manera lo que será el juicio final, con la separación definitiva de los buenos a su derecha y de los malos a su izquierda, y a la vez trono de salvación porque también comienza desde allí su tarea salvadora, como queda evidenciado por su diálogo con el buen ladrón:

"Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino (Lc. 23, 42). ¿Qué exhortación ha persuadido esta fe? ¿Qué enseñanza la ha inculcado? ¿Qué predicador la ha inflamado? El no había visto primero ningún milagro: había terminado entonces la curación de enfermos, el dar vista a los ciegos, la vida a los muertos, todas cosas que pronto tendrían lugar, pero que por entonces habían desaparecido: y, sin embargo, confiesa Señor y Rey al que ve que participa de su mismo suplicio. Este don vanía, pues, de la fuente de donde su misma fe recibió una respuesta, pues Jesús le dice: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. Tal promesa sobrepasa la condición humana. Es promulgada menos del árbol de la cruz que de lo alto de un trono de poder (nec tam de ligno crucis quam de throno editur potestatis). Desde esta altura recibe la fe su recompensa" (184).

Volviendo sobre el mismo hecho, dice San León en otro lugar: "Aquel que estaba fijado al patíbulo pasó a Cristo, y a quien la impiedad personal le infirió la pena, la gracia de Cristo le da el premio (haerens patibulo transit

(183) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (135) I, p. 226.

(184) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (131) I, p. 220.

ad Christum; et cui propria impietas Intulit pacnam, Christi gratia dat coronam)" (185).

Hemos calificado a la Cruz como "centro irradiante de salvación". Queríamos con ello decir que desde el Calvario brotan oleadas de salvación que llegan a todos los rincones de la historia, beneficiando no sólo a los contemporáneos de Cristo sino también a los que vienen después y a los que lo han precedido, con la condición de que se unan a El por la fe y la caridad. Es como el movimiento de diástole del corazón misericordioso de Dios.

Completando esa idea diremos ahora con San León que la Cruz, sede del misterio de la Pasión, es como un imán que hace gravitar todo hacia ella. Seria el movimiento de sistole del corazón de Dios. Se refiere nuestro Santo a aquella atracción salvífica que ejerce la Cruz, y que el mismo Jesús describiera al decir: **Cuando fuere levantado, atraeré todo hacia mí** (Jo. 12, 32). Algunos Padres entendieron la expresión como referida a la Ascensión del Señor, pero la mayor parte la aplicó a su elevación en la cruz. Son dos interpretaciones complementarias, como lo son también los dos misterios, ya que la Cruz, trono real, es el comienzo de la Ascensión gloriosa. Leamos lo que dice San León:

"...nunca la muerte de un inocente fue la propiciación del mundo. Los justos han recibido coronas, pero no las han dado. La fortaleza de las almas fieles ha producido ejemplos de paciencia, pero no dones de justicia. La muerte de cada uno permanece propia para sí, ninguno ha saldado con su fin la deuda de otro. Solo nuestro Señor Jesucristo ha sido el único entre los hombres en el cual todos han sido crucificados, todos han muerto, todos han sido sepultados, todos también han sido resucitados. Refiriéndose a ellos, decía El mismo. **Cuando fuere levantado, atraeré todo a mí.** En efecto, la verdadera fe que justifica a los impíos (cf. Rom. 4, 5) y crea a los justos (cf. Ef. 2, 10), atraída al que

(185) Hom. sobre la Pasión del Señor I (53) 3, p. 227.

participa de su naturaleza, adquiere la salvación sólo en Aquel en quien el hombre se ha encontrado inocente: puesto que no hay más que un solo mediador entre Dios y los hombres. Cristo hombre Jesús (cf. 1 Tim. 2, 8), por la comunión en su raza es por la que el hombre ha encontrado la paz con Dios (per communionem sui generis, ad pacem pervenit de tatis)" (186).

En otro sermón destacará cómo toda la humanidad es atraída desde la Cruz, y no sólo la humanidad sino también la tierra, el cielo y los infiernos:

"Con razón había dicho el Señor antes de ser entregado: Cuando fuere levantado, atraeré todo hacia mí; esto es, tomaré sobre mí toda la causa del género humano y restableceré en su integridad la naturaleza antes perdida. En mí toda debilidad será suprimida y toda herida será curada. Luego no sólo su pasión, soportada en nuestra naturaleza, sino también la conmoción de todo el universo, han mostrado que Jesús, una vez levantado, todo lo ha atraído hacia sí. Mientras pendía el Creador del patíbulo, la creación entera gemía, y todos los elementos sintieron con El los clavos de la cruz (et Crucis clavos omnia simul elementa senserunt). Ninguna cosa permaneció extraña a esto suplicio; por él atrajo el cielo y la tierra a unirse con sus sufrimientos, por él se quebraron las rocas, se abrieron los sepulcros, se desataron los infiernos y el sol ocultó sus rayos con el horror de unas densas tinieblas. Pues el mundo debía este testimonio a su Autor, de modo que en la muerte de su Creador todas las cosas hubieran querido desaparecer. Mas la paciencia de Dios conserva en las cosas y en los tiempos su orden y excita más bien en nosotros el deseo de pedir la salvación de aquellos, cuyo crimen detestamos" (187).

c. La Cruz, victoria sobre el demonio

Es ésta la faceta invisible del triunfo de Cristo en la Cruz, al tiempo que su aspecto más paradójico. ¿No era

(186) Hom. sobre la Pasión del Señor 13 (84) 3, pp. 264-265.

(187) Hom. sobre la Pasión del Señor 6 (57) 4, p. 234.

A esta hora de la Pasión la hora del Príncipe de las tinieblas? ¿No soñaba el demonio con la aniquilación del Redentor? Y, sin embargo, no fue sino en la Cruz donde Cristo pisoteó definitivamente el poder de Satanás. Por eso cuando estando a punto de ser detenido en Getsemani, desenvainó Pedro la espada para defenderlo, el Señor no permitió que el ardiente apóstol prosiguiera su generoso movimiento, y le ordenó que volviese la espada a su lugar:

"Era contrario al misterio de nuestra redención que el que había venido a morir por todos rehusase dejarse prender, no sea que, aplazando el triunfo de su cruz gloriosa, prolongase la tiranía de diablo o hiciese durar la esclavitud de los hombres" (188).

San León habla con frecuencia de "la tiranía del diablo". La sangre del Cordero, dice en un sermón, anuló "el pacto de la antigua prevaricación" (cf. Col 2, 14); allí — en la Cruz — "quedó totalmente destruida la hostilidad de la tiranía diabólica" (189). Nuestro Santo entiende que al cometer el pecado original, el primer hombre se había sometido a Satanás mediante un "pacto de esclavitud", en virtud del cual el demonio podía reivindicar cierto derecho sobre la humanidad. La victoria de Cristo, lograda sobre el campo de batalla de la Cruz, implicó la anulación de dicho pacto.

Toda la vida de Cristo fue un prolongado duelo con Satanás. Siendo aún niño, a través de Herodes el demonio lo quiso matar. Lo tentó luego de todas formas posibles tras su ayuno en el desierto, insinuándole un mesianismo puramente terreno, que no pasase por la Cruz: **Si eres Hijo de Dios, tírate abajo...** (Mt. 4, 6): lo invitaba a ser el Mesías de la popularidad en vez del Siervo de Yavé; mostrándole luego todos los reinos del mundo y su gloria, le dijo: **Todo esto te dará si postrándote me adorares**

(188) Hom. sobre la Pasión del Señor I (52) 4, p. 218.

(189) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (53) 3, p. 227.

(Mt. 4, 9): le ofrecía la Realeza del mundo a cambio de un acto de idolatría. Y en el Calvario, al verlo clavado en el madero, gritó por la voz de los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos allí presentes: **Que baje ahora de la cruz y creéremos en Él** (Mt. 27, 42), en perfecta continuidad con las tentaciones del desierto.

Es que el demonio, a lo largo de toda la vida de Cristo, no pudo descubrir en Él sino a su más perfecto antagonista. Vea en Él al hijo de una Virgen, nacido sin mancha, en todo semejante a los hombres menos en el pecado. Encontraba en Él la inocencia perfecta y el verdadero modelo de quien había sido creado a imagen y semejanza de Dios. El fue el único de la descendencia de Adán — junto con su Madre — en quien el diablo no encontró nada que pudiera pertenecerle. Y por eso en la cruz ejerció toda la fuerza de su furor contra este hombre que no estaba bajo la ley del pecado (190).

Al contemplarlo clavado en la cruz, el demonio creyó llegada la hora de su victoria. Sin embargo, como dice San León, y ya hemos aludido a ello en otra parte, si bien Jesús "al morir, se sometió efectivamente a las leyes del sepulcro, al resucitar las quebrantó; cayendo bajo el golpe de la muerte, que no hace excepciones, ha convertido en temporal lo que era eterno" (191). La muerte, que de por sí había de ser perpetua para todos, al ser asumida por Cristo se convirtió en temporal. Como se lee en el prefacio de Pascua, "muriendo, destruyó nuestra muerte". La muerte, que era el salario del pecado, la hija predilecta de Satanás, se entabló en duelo con la vida, que era Cristo en cuanto Dios. La victoria de la vida fue absoluta: según reza la secuencia pascual, "el jefe de la vida, muerto, reina vivo". San León lo dice con palabras incisivas:

"Exaltado Cristo Jesús sobre el madero, hizo recaer

(190) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 13 (64) 2, p. 261.

(191) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 8, p. 246.

la muerte sobre el Autor de la muerte, y quebrantó por la carne pasible a todos los principados y a las potencias adversas (cf. Col. 2, 15)... Aquellos clavos que taladraron las manos y los pies del Señor han fijado al diablo con heridas eternas, y el suplicio de los miembros sagrados causó la muerte de las potencias enemigas. De tal modo consumó Cristo su victoria, que en El y por El triunfarian todos los que en El creyesen" (192).

A la luz de esta grandiosa visión de la Cruz como expresión del triunfo de Cristo, cobra todo su sentido lo que declamamos más arriba acerca de las antiguas representaciones iconográficas que nos muestran a Cristo llevando triunfalmente el lábaro de la cruz, en actitud de vencedor. San León es un exponente fiel de la concepción teológica que se transparenta en dichas representaciones.

"Entregado el Señor a la voluntad de los furiosos, para insultar su dignidad real le obligan a llevar el instrumento de su suplicio; de este modo se realiza lo que había previsto el profeta Isaías cuando dijo: Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía (Is. 9, 6). Cuando el Señor cargó con el madero de la cruz, que había de transformar en un cetro de poder (cum ergo Dominus lignum portaret crucis, quod in sceptrum aibi converteret potestatis), aparecía ciertamente a los ojos de los impíos como un objeto de burla; mas para los fieles se manifestaba en eso un gran misterio, pues este gloriosísimo vencedor del diablo y triunfador omnipotente de las fuerzas adversas llevaba brillantemente el trofeo de su triunfo, y sobre sus espaldas, con una invencible paciencia, presentaba el signo de la salvación a la adoración de todos los reinos (quia gloriosissimus diabolus victor, et inimicarum virtutum potentissimus debelator, pulchra specie triumphi sui portabat trophaeum; et invictae patientiae humeris, signum salutis, adorandum regnis omnibus interebat); como si confirmase a todos sus imitadores con la misma imagen de su obra y dijese: El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Mt. 10, 38)" (193).

(192) Hom. sobre la Pasión del Señor 10 (81) 4. pp. 252-253.

(193) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 4. p. 243.

d. La Cruz, fuente del Bautismo y de la Eucaristía

Otro signo del poder victorioso de la Cruz lo constituye un hecho que acaeció en el Calvario, aparentemente banal, pero que en el fondo está lleno de significado. Cuando el soldado, dándole a Cristo por muerto, le atravesó el costado con su lanza, nos dice el evangelio que "al instante salió sangre y agua" (Jo. 19, 34). San Juan atribuye a este hecho singular importancia, ya que sobre él insiste una y otra vez, asegurando que fue testigo presencial y fidedigno del mismo (cf. Jo. 19, 35-37). Los Padres de la Iglesia, por su parte, afirmaron que esta efusión de agua y sangre no fue tan sólo un hecho histórico, sino también altamente simbólico, representando a: agua el Bautismo y la sangre la Eucaristía. Cristo muerto en cruz, hizo brotar de su costado la vida sacramental de la Iglesia, ya que estos dos sacramentos son los principales y resumen en cierta manera todo el orden sacramental. Como el fin de los sacramentos es dar o aumentar la vida sobrenatural, podemos concluir que Cristo crucificado, el nuevo Adán, es fuente de vida para la Iglesia, más aún, engendra a la Iglesia, la nueva Eva, que brota de su costado, simbolizada en esos dos sacramentos que le dan vida y la mantienen en su ser de Esposa de Cristo.

No es casual que sea precisamente en diversos sermones sobre la Pasión donde San León se refiera tanto al Bautismo como a la Eucaristía. Así por ejemplo dice en uno de ellos:

"Si la divinidad del Verbo no hubiese asumido esta naturaleza en la unidad de su persona, no hubiera habido ni regeneración en el agua del bautismo ni redención en la sangre de la pasión. Mas como nosotros no admitimos nada falso ni simulado en el misterio de la encarnación de Cristo, no en vano nos creemos muertos con Cristo que muere y resucitados con Cristo que resucita" (194).

(194) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (69) 5 p. 287.

En otro de sus sermones relaciona San León más explícitamente la Pasión con el Bautismo. Comienza entonando un canto de alabanza a la misericordia de Dios que se ha dignado justificar por la fe incluso a muchos del antiguo pueblo elegido, "y a nosotros, en otro tiempo condenados a perecer en la noche profunda de la antigua ignorancia nos ha adoptado para admitirnos en la sociedad de los patriarcas y nos hace participar en la condición de la raza escogida...; recordemos de qué esclavitud, de qué miserable cautividad y a qué precio hemos sido rescatados, qué brazos nos han conducido..." (195). Reflérese al brazo poderoso de Dios, que ha obrado para la liberación del pueblo de Israel los prodigios que recordará unas líneas más abajo, las plagas de Egipto, la muerte de los primogénitos, el paso del Mar Rojo. Pues bien, ese mismo brazo divino es el que por la Pasión libra al nuevo Israel de la esclavitud del demonio figurado por el Faraón; por la sangre del verdadero Cordero protege ahora del Ángel de la cólera a los que han sido marcados por el bautismo; las nuevas aguas del Mar Rojo son las aguas bautismales, que al tiempo que salvan al hombre que por ellas pasa, devoran al enemigo perseguidor. Al predicar San León sobre la Pasión tiene ya en vista la noche pascual, en que los catecúmenos se sumergirán en las olas del bautismo para recoger los frutos de gracia adquiridos por la cruz de Cristo (196).

Cristo comparó su Pasión con una cáliz de dolor que habría de sorber hasta las heces. Efectivamente, "bebió el cáliz del dolor y de la muerte...", y el mundo recibió un nuevo comienzo (cf. Col. 1, 18) para que dejase de existir la generación con el signo de la condenación en aquellos a los que la regeneración había venido a salvar" (197). En el lenguaje patristico, la re-generación está

(195) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (55) 5, p. 228.

(196) Cf. R. Dölle, *León la Grande, Sermons II*, ed. Sources Chrétiennes 74, pp. 38-39, nota 3.

(197) Hom. sobre la Pasión del Señor 18 (80) 4, p. 288.

esencialmente conectada con el Bautismo, al punto que llegó a ser uno de los nombres de este sacramento, por cuanto engendra por segunda vez a la vida divina. Ahora bien, tal re-generación fue hecha posible por la Cruz de Cristo. De ahí que, según afirma San León, "todos los que son regenerados participan, por Él y con Él, en su pasión y en su resurrección (*per ipsum et cum ipso una est et passionis societate et resurrectionis aeternitas*)" (198). Y así como la redención es más admirable aún que la misma creación, de manera semejante la regeneración sacramental del cristiano resulta más sublime que su generación natural, "pues la restauración por Dios en los últimos tiempos de lo que había perecido es mucho más importante que la creación al principio de lo que no existía" (199).

En otro sermón es todavía más explícito. Tras afirmar que el mejor modo de honrar la pasión, muerte y resurrección de Cristo es sufriendo, muriendo y resucitando con Él, agrega:

"Este misterio comenzó en los hijos de la Iglesia con su bautismo, en el cual la muerte del pecado es vida del que renace, y la triple inmersión (200) imita los tres días de la muerte del Señor (*et haec quidem in omnibus Ecclesiae filiis, ipso iam regenerationis sunt inchoata mysterio, ubi peccati interitus, vita est nascentia, et triduanam Domini mortem imitatur trina demersio*). Se vio, por decirlo así, entreabrirse la tumba y salir revestidos de nueva juventud a los que habían descendido viejos a la fuente bautismal (*ut dimoto quodam aggre sepulturae, quae velares suscepit sinus fontis, eosdem novae edat unda baptismatis*;" (201).

La Cruz está asimismo en el origen del sacramento de

(198) Ibid.

(199) Hom. sobre la Pasión del Señor 25 (66) 1. p. 270.

(200) La liturgia antigua exigía que los catecúmenos al bautizarse se sumergiesen tres veces en la piscina bautismal. A tal rito alude nuestro Santo.

(201) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) 4. p. 290.

la Eucaristía. Cristo instituyó este gran sacramento en la Última Cena —“cena mística”, la llama San León (202)—, adelantando en cierta manera su Pasión. Allí el Salvador, que no excluyó siquiera a Judas de “la comunión de su cuerpo y de su sangre”, así como no se negaría a recibirle sus labios “el beso de la paz” cuando luego viniese a prenderle (203), “al instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, enseñaba qué víctima se debía ofrecer a Dios (*corporis et sanguinis sui ordinans sacramentum, docebat qualis Deo hostia deberet offerri*)” (204). Es, en última instancia, el sacramento de su pasión y de su muerte (205). Al ser clavado en la Cruz, quedaron abolidos todos los sacrificios de animales carnales: “la sola oblación de tu cuerpo y de tu sangre ocupa el lugar de todas las víctimas que la representaban”, le dice San León al Cristo crucificado (206).

No en vano el Señor se hace real y sustancialmente presente en el seno del Sacrificio de la Misa, que renueva el Sacrificio de la Cruz. En el Calvario, Cristo “derramó la sangre inocente que debía ser la reconciliación del mundo y nuestra bebida (*et pretium esset et poculum*)” (207). La Cruz es la Misa formal, la fuente de toda Misa. Como lo dice admirablemente nuestro Santo, “la cruz de Cristo encierra el sacramento del verdadero altar anunciado de antemano, sobre el cual, por medio de una hostia salvífera, será celebrada la oblación de la naturaleza humana (*crux ergo Christi sacramentum veri et praenuntiatum habet altaris, ubi per hostiam salutarem, naturae humanae celebraretur oblatio*)” (208). Cristo, la víctima que salva, se inmola a sí mismo, ofreciendo su propia humanidad so-

(202) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 7 (58) 3, p. 231.

(203) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) 3, p. 223. ¿No se podría ver en esta referencia al “beso de paz” una velada pero hermosa alusión al “osculum pacis” de la Santa Misa?

(204) Hom. sobre la Pasión del Señor 7 (58) 3, p. 231.

(205) Cf. *ibid.*, 4, p. 239.

(206) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 1, p. 245.

(207) Hom. sobre la Pasión del Señor 11 (62) 3, p. 266.

(208) Hom. sobre la Pasión del Señor 4 (55) 3, p. 227.

bre el altar que había sido profetizado, la cruz. Allí la sangre del Cordero inmaculado anuló la antigua prevaricación, allí quedó vencido Satanás. La sangre de Cristo que está en el cáliz de la Misa no es sino la sangre derramada en la Cruz, que sigue brotando, aún palpitante, de su costado abierto.

Todo lo dicho acerca del carácter glorioso de la cruz de Cristo encuentra una expresión resumida en un notable texto de San León. Se trata de una página inspirada, al estilo de los místicos, de un himno de alabanza semejante a los que San Pablo dedicara a la esperanza y a la caridad (cf. Rom. 8, 35-39 y 1 Cor. 13), cuyo lirismo alcanza las cumbres de la poesía. La belleza y armonía interior de este himno a la Cruz sólo se deja aprehender plenamente en su versión latina original, con esa puntuación tan peculiar que confiere a las frases una especie de balanceo rítmico y hasta una suerte de rima. Como dice R. Dolle, "la Inspiración cristiana de San León, metiéndose en el molde de la retórica clásica, ha producido acá una obra maestra" (209).

"¡Oh admirable virtud de la santa cruz! ¡Oh inefable gloria de la Pasión! En ella podemos considerar el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del crucificado. ¡Oh sí, Señor; atrajiste a ti todas las cosas cuando, teniendo extendidas todo el día vuestras manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde (Is. 65, 2), el universo entero comprendió que debía rendir homenaje a tu majestad! Atrajiste a ti todas las cosas cuando todos los elementos se juntaron en una sola voz para condenar la injusticia de los judíos; cuando, habiéndose oscurecido los astros y trocándose en tinieblas la claridad del día, la tierra fue conmovida por extraordinarias sacudidas y toda la creación se negó a servir a aquellos impíos. Atrajiste a ti todas las cosas porque, habiéndose rasgado el velo del templo, el santo de los santos rechazó a sus indignos pontífices, como indicando que la figura se convertía en realidad; la profecía,

(209) Leon le Grand, *Sermons* III, ed. Sources Chrétiennes 74, p. 62, nota 4, fin.

on revoluciones manifiestas, y la Ley en Evangelio. Atrajiste a ti, Señor, todas las cosas para que la piedad de todas las naciones celebrase, como un misterio lleno de realidad y libre de todo velo, lo que tenías oculto en un templo de Judea a la sombra de las figuras. Ahora, en efecto, el orden de los levitas brilla con mayor resplandor, y la dignidad sacerdotal tiene una mayor grandeza, y la unción que consagra a los pontífices una mayor santidad. Y esto porque la fuente de toda bendición y el principio de todas las gracias se encuentra en tu cruz, la cual hace pasar a los creyentes de la debilidad a la fuerza, del oprobio a la gloria, de la muerte a la vida. Ahora es también cuando, abolidos ya los sacrificios de animales carnales, la sola oblación de tu cuerpo y de tu sangre ocupa el lugar de todas las víctimas que la representaban. Por eso tú eres el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (Jo. 1, 29) y todos los misterios se cumplen en ti de tal suerte que, así como todas las hostias que se te ofrecen no forman más que un solo sacrificio, así todas las naciones de la tierra no forman más que un solo reino" (210).

D. CRISTO SUFRE POR NOSOTROS

Así lo afirma el Credo: "passus est pro nobis". Nótese que la preposición "pro" no significa solamente "en favor de" sino también "en lugar de". En ambos sentidos padeció Cristo "por" nosotros.

Se podría decir que el Verbo de Dios, al asumir la naturaleza humana, tomó en cierta manera nuestro cuerpo y lo llevó a la cruz. Clavado en el leño, su cuerpo humano se está inmolando en lugar del nuestro. La cruz es nuestro lugar, no el lugar de Cristo. Allí debíamos estar nosotros, no Él. Si Él está allí es por un acto de suplicia, fruto de su infinita caridad. San León tiene al respecto textos notables, por ejemplo el que sigue:

"Puesto que Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (cf. 2 Cor. 5, 19) y el Creador llevaba

(210) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 7. pp. 245-246.

El mismo a la criatura para reformarla según la imagen de su autor (*et creaturam ad conditoris sui imaginem reformandum, Creator Ipse gestaret*); habiendo concluido los milagros de las obras divinas que anunció en otro tiempo el espíritu profético: Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo, y la lengua de los mudos cantará gozosa (Is. 35, 5-6); conociendo Jesús que había llegado el tiempo de su gloriosa pasión, dice: Mi alma está triste hasta la muerte (Mt. 26, 38); y más aún: ¡Padre, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz! (ibid., 39). Por estas palabras, reveladoras de cierto temor, curaba las emociones de nuestra debilidad tomando parte en ellas y las destruía sometién dose al temor de la pena que había de sufrir. En nosotros temblaba el Señor con nuestro pavor, de modo que, tomando nuestra debilidad y revistiéndose de ella, vestía nuestra inconstancia con la firmeza de su fuerza (*in nobis ergo Dominus nostro pavore trepidabat, ut susceptionem nostrae infirmitatis indueret, et nostram inconstantiam suae virtutis soliditate vestiret*)" (211).

Resulta interesante advertir cómo San León transfiere a nosotros las frases que Jesús pronunciara y los sufrimientos que padeciera durante los días de su Pasión, desde el Huerto de los Olivos hasta la Cruz, como si esas frases hubiesen sido pronunciadas por nosotros y esos sufrimientos padecidos por nosotros. No es de extrañar, ya que la voz de la cabeza es la voz de todo el cuerpo:

"El que ha tomado, amadísimos, una verdadera e íntegra naturaleza humana, ha tomado en toda su realidad los sentidos de nuestro cuerpo y los sentimientos de nuestra alma. Porque todo El estaba lleno de gracias, lleno de milagros, no por eso lloró con falsas lágrimas, simuló el hambre al tomar los alimentos, o fingió el sueño cuando dormía. En nuestra humillación ha sido despreciado, en nuestra aflicción ha sido contristado, en nuestro dolor ha sido crucificado, pues su misericordia ha soportado los sufrimientos de nuestro estado mortal para curarlos, su fuerza los ha aceptado para vencerlos...

(211) Hom. sobre la Pasión del Señor 3 (54) 4, p. 224.

Por eso, amadísimos, cuando el Hijo de Dios dijo: Padre, si es posible, **pase** de mí esta cáliz, usa la voz de nuestra naturaleza (*nostrae utitur voco naturae*) y definiendo la causa de nuestra fragilidad y de la pusilanimidad humanas, para que, en los sufrimientos que había de soportar, la paciencia sea fortalecida y el temor alejado. En fin, cesando de pedir esto mismo, después de haber excusado, en cierto modo, el miedo propio de nuestra debilidad, miedo en el que no nos conviene permanecer, pasa a otro sentimiento, y dice: Sin embargo, no se haga como yo lo quiero, sino como lo quieres tú; y más aún: Si no puede pasar de mí esta cáliz sin que lo beba, **cúmplase tu voluntad**. Esta palabra de la cabeza es la salvación de todo el cuerpo (*haec vox capitis salus est totius corporis*). Esta palabra ha instruido a todos los fieles, ha llamado a todos los confesores, ha coronado a todos los mártires. ¿Quién, en efecto, podría superar los odios del mundo, las tempestades de las tentaciones, los terrores de las persecuciones, si Cristo no hubiera dicho a su Padre en todos nosotros y por todos nosotros (*In omnibus et pro omnibus*): **Cúmplase tu voluntad**? Aprendan, pues, esta palabra todos los hijos de la Iglesia, rescatados por un precio elevado (cf. 1 Cor. 6, 20), justificados gratuitamente (cf. Rom. 3, 24); y cuando irrumpa sobre ellos el asalto de cualquier furiosa tentación, que recurran al auxilio de la oración más poderosa, para que, superado el temblor del miedo, sepan soportar el sufrimiento" (212).

Cristo asume nuestro miedo y lo quita en su paciencia, toma nuestro temor a las persecuciones, lo hace suyo, y lo supera. Sufre desde nosotros, desde nuestro abandono. De ahí que, como dice San León, "transformando en sí todos los miembros de su cuerpo (*omnia in se corporis sui membra transformans*)" (213) exclamara con gran voz en nombre de todos los que había rescatado: **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?** Estas palabras, agrega, no son palabras de lamentación sino de enseñanza. Porque no habiendo en Cristo más que una

(212) Hum. sobre la Pasión del Señor 7 (56) 4-5, p. 240.

(213) Hum. sobre la Pasión del Señor 18 (67) 7, p. 278

persona, no pudo ser abandonado del que nunca podía estar separado; es por nosotros por quienes pide, para que cuando llegue el sufrimiento — merecido en nosotros, inmerecido en Él — no nos desesperemos (214). Él ha venido del cielo, dirá en otro sermón, como un negociante rico y blenhechor, "y por un intercambio admirable, realizó un negocio salvador, tomando lo que era nuestro y dando lo que era suyo (*venerat enim in hunc mundum dives atque misericors negotiator e caelis, et commutatione mirabili inerat commercium salutis, nostra accipiens, et sua tribuens*): por los oprobios, el honor; por los dolores, la salud; por la muerte, la vida" (215).

En última instancia, lo que está en el telón de fondo de esta consoladora verdad que es la suplencia divina — el que debería estar en la cruz soy yo y no Cristo, Él está allí reemplazándome — no es sino ese misterio tan amado por San León, el misterio de la unión hipostática:

"En el cuerpo de Cristo, como dice el Apóstol, habita toda la plenitud de la divinidad, y estáis llenos de Él (Col. 2, 9-10). Pues siendo la sustancia de Dios incorporeal, ¿cómo podía ella habitar corporalmente en Cristo sino porque la carne de nuestra raza ha venido a ser carne de la divinidad (*nisi quia caro nostri generis facta est caro Deitatis*)? Y nosotros estamos llenos de Dios en Él, en el cual hemos sido crucificados, sepultados y aún resucitados (*et in illo sumus Deo repleti, in quo crucifixi, in quo sepulti, in quo sumus etiam suscitati*)" (216).

El Señor asume lo mío, lo hace suyo, lo crucifica en su Pasión, y me entrega su victoria:

"Nada ha hecho, nada ha sufrido más que por nuestra salvación, a fin de que la virtud que se encuentra en la cabeza se halle también en el cuerpo (*ut virtus*

(214) Cf. *ibid.*

(215) *Hom. sobre la Pasión del Señor* 3 (54) 4, p. 224.

(216) *Hom. sobre la Pasión del Señor* 14 (65) 5, p. 282.

quae inerat capiti inesset etiam ot corpori). En primer lugar (nam primum) esta asunción de nuestra naturaleza en la divinidad, por la cual el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn. 1, 14). ¿A qué hombre, excepto al Iniel, ha dejado extraño a su misericordia? ¿Y quién no tiene una naturaleza común con Cristo si recibe al que la ha asumido y si ha sido regenerado por el mismo Espíritu por el cual El ha sido engendrado? Luego (deinde), ¿quién no reconoció en El sus propias debilidades? ¿Quién no ve que el hecho de haber tomado alimento, de haber descansado con el sueño, de haber experimentado la angustia y la tristeza, de haber conocido las lágrimas de la piedad no revela la condición de siervo?... Así como es nuestro lo que la Virgen madre ha dado a luz en su unión con la divinidad, así también es nuestro lo que los judíos han crucificado en su impiedad. Nuestro es lo que ha sido colocado en el sepulcro y ha resucitado al tercer día, y lo que ha subido por encima de los auras celestes hasta la derecha de la majestad del Padre (Sicut itaque nostrum est quod cum un oia Dicitatis peperit materna virginitas, ita nostrum est quod Judaica crucifixit impietas. Nostrum est quod oxamino in sepulchro jacuit, et quod die tertia resurrexit, quodque super omnes altitudines caelorum ad dexteram paternae majestatis ascendit)" (217).

R. Dolle comenta así este texto: "San León desarrola en dos términos la afirmación que ha hecho algunas líneas más alto: 'Virtus quae inest capiti inest etiam et corpori'. Ante todo (nam primum), como consecuencia de la asunción de la carne por el Verbo, todo hombre revestido de la misma carne tiene derecho a su misericordia si abraza la fe; más aún, se hace partícipe de la naturaleza divina de Cristo si es regenerado por el mismo Espíritu que ha sido principio de su nacimiento carnal. Luego (deinde) los hechos relatados por el Evangelio prueban que Cristo ha tomado verdaderamente nuestra naturaleza integral puesto que ha sufrido todas sus debilidades como nosotros. Finalmente las ha superado elevando nuestra humanidad a la derecha del Padre en la gloria celestial" (218).

(217) Hom. sobre la Pasión del Señor 15 (46) 4, p. 273.

(218) Léon le Grand, Sermons III, ed. Sources Chrétiennes 74, p. 88, nota 2.

E. LA PASION Y LA VIDA ESPIRITUAL

En un texto anteriormente citado se encuentra esta notable frase de San León, referida precisamente a la Pasión: "Lo que se ha iniciado en la Cabeza se ha de terminar en los miembros (quod est in capite inchoatum, in membris quoque esse complendum)" (219). La Pasión de Cristo no es un misterio que debe ser tan sólo contemplado y admirado; ha de ser también imitado y completado, ya que incluye un ineludible respecto a la vida espiritual de cada cristiano.

a. La Pasión, sacramento y ejemplo

La doctrina que sustenta esta necesidad de que los cristianos "completen lo que falta a la Pasión" es la del cuerpo místico de Cristo. Hay un texto revelador de nuestro Santo en relación con el presente tema:

"Sin duda alguna, amadísimos, que el Hijo de Dios, habiendo tomado la naturaleza humana, se le ha unido tan íntimamente, que no sólo en ese hombre es el primogénito de toda criatura (Col. 1, 15), sino también en todos los santos no hay más que un solo y mismo Cristo (sed etiam in omnibus sanctis suis unus idemque sit Christus); y así como no se puede separar la Cabeza de los miembros, tampoco se puede separar en adelante los miembros de la Cabeza (et sicut a membris caput, ita a capite membra dividi non possint). Aunque no pertenece a esta vida, sino a la eterna, que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor. 15, 18), sin embargo, aún ahora El habita inseparablemente en su templo que es la Iglesia (quamvis enim non istius vitae sit, sed aeternae, ut sit Deus omnia in omnibus, tamen etiam modo templi sui, quod est Ecclesia, indivisus habitator est), según lo ha prometido por estas palabras: Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo (Mt. 28, 20)" (220).

Podría decirse que en cierta manera las acciones de

(219) Hom. sobre la Pasión del Señor 14 (63) 4, n. 269.

(220) Hom. sobre la Pasión del Señor 12 (61) 3, p. 259.

Cristo han quedado inconclusas. Las ha terminado, sí, el Señor, como cabeza, pero deberán ser completadas por los miembros de su cuerpo, según aquello de San Pablo: **Cumplo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo** (Col. 1, 24). San León nos ofrece un texto sumamente preciso, donde se señala esta pervivencia mística de Cristo en los miembros de su cuerpo:

"Todo lo que hizo y enseñó (cf. Act. 1, 1) el Hijo de Dios para la reconciliación del mundo, no lo conocemos sólo por el relato de las acciones pasadas, sino que lo sentimos también por la virtud de las obras presentes (non in historia tantum praeteritorum nocuimus, sed etiam in praesentium operum virtute sentimus). El mismo es el que, nacido de una madre virgen por obra del Espíritu Santo, fecunda con el mismo Espíritu a la Iglesia, para que por el parto del bautismo sea engendrado para Dios una multitud inenarrable de hijos (ipse est qui de Spiritu sancto ex matre editus virgine incontaminatam Ecclesiam suam eadem Inspiratione fecundat, ut per baptismatis partum innumerabilis filiorum Dei multitudo gignatur), de los cuales se dice: **Que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios, son nacidos** (Jo. 1, 13). El mismo es el que ha sido bendecida la descendencia de Abraham (cf. Gen. 22, 18) por la adopción del mundo entero, y el patriarca vino a ser padre de las naciones cuando los hijos de la promesa nacen no de la carne, sino de la fe. El mismo es el que, no haciendo acepción de ningún pueblo, forma de todas las naciones que están bajo el cielo (cf. Act. 2, 5) una sola grey de ovejas santas, realizándose de este modo cada día lo que El había prometido: **Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor** (Jo. 10, 16). Aunque diga principalmente a San Pedro: **Apacienta mis ovejas**, sin embargo solamente es el Señor quien gobierna a todos los pastores, y nutre a todos los que vienen a la piedra con pastos pingües y tan fertilizados, que un número infinito de ovejas, fortalecidas con la abundancia de su amor, no dudan morir por el nombre de su Pastor, del mismo modo que El, el Buen Pastor, se ha dignado dar su vida por sus ovejas (cf. Jo. 10, 15). Es el mismo en cuyos sufrimientos participen no sólo los mártires fuertes y gloriosos, sino también en su misma regeneración todas las fieles que renacen.

Efectivamente, cuando se renuncia al diablo para creer en Dios, cuando se pasa de la vejez a la vida nueva (cf. Rom. 7, 6), cuando se deja la imagen del hombre terrestre para tomar la forma del hombre celestial (cf. 1 Cor. 15, 49), se produce como una especie de muerte y una suerte de resurrección, de tal modo que quien es recibido y quien recibe a Cristo, después del bautismo no es ya lo que era antes, sino que el cuerpo del regenerado viene a ser la carne del Crucificado (ut susceptus a Christo Christumque suscipiens non idem sit post lavacrum qui ante baptismum fuit, sed corpus regenerati fiat caro Crucifixi)" (221).

Es interesante advertir que el texto que acabamos de citar integra uno de sus sermones sobre la Pasión. Pareciera que San León se hubiese visto obligado a recordar algunos misterios anteriores de la vida de Cristo para dejar más en claro que la Pasión del Señor, presentándose como la culminación de una serie dinámica de hechos salvíficos, no es un misterio absolutamente concluido, sino que debe ser terminado en los miembros de Cristo, hasta que todos "los cuerpos de los regenerados lleguen a ser la carne del Crucificado", como le hemos oído decir, en atrevida fórmula.

Será pues menester mirar largamente la Cruz para penetrar en la hondura de su misterio, y animarse a reeditarla en la propia vida. No la miremos, nos exhorta San León, como la miraron los Impíos. Porque hay muchas maneras de mirar a Cristo. También los judíos miraron la Cruz, pero en ella vieron su propio crimen, por lo que temblaron despavoridos, mas no con aquel temor que es el comienzo del arrepentimiento sino con el que atormenta a los conciencias culpables. Nosotros, en cambio, "debemos abrazarnos con libertad y pureza de corazón a la cruz, aquella cruz cuya gloria resplandece en el cielo y en la tierra, y aplicar toda nuestra atención a penetrar el misterio" (222).

(221) Ibid. II, pp. 210-211.

(222) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) II, p. 214.

Al escuchar la lectura del relato evangélico de la Pasión, los fieles no deberán apartar su mirada del Cristo que sufre. Esa mirada será una contemplación que se traducirá en conversión de vida. Porque, como enseña San León, si bien es cierto que los fieles deben meditar los sufrimientos de Jesús y creer en las acciones que se realizaron en aquel tiempo, "mas también comprender que Cristo no sólo realiza el perdón de los pecados, sino, más aún, propone un modelo de justicia (*formam iustitiae*)" (223). Porque la Pasión no es sólo un misterio — "*sacramentum*" —, que procura la gracia, sino también una imitación — "*exemplum*" —, que muestra el camino:

"Estos testimonios y otros muchos más, ¿qué insinúan en nuestros corazones sino que hemos de renovarnos por todas las cosas a imagen de Aquel que, permaneciendo en la condición de Dios, se ha dignado ser semejante a la carne del pecado? Todas nuestras debilidades, que proceden del pecado, las ha acoplado, en efecto, sin tener parte en el pecado. Ha conocido el hambre y la sed, el sueño y el cansancio, la tristeza y las lágrimas. Ha sufrido los dolores más intensos y hasta los supremos sufrimientos de la muerte... Por eso, nuestro Salvador, Hijo de Dios, ha dejado a todos aquellos que creen en El un sacramento y al mismo tiempo un ejemplo; obtienen lo primero al renacer, siguen al segundo al imitarlo (*et sacramentum condidit, et exemplum: ut unum apprehenderent renascendo, alterum sequerentur imitando*). Esto es lo que enseñó el bienaventurado Apóstol Pedro al decir: Cristo ha padecido por vosotros, y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos... (1 P. 2, 21 ss.)" (224).

b. La Pasión, comienzo de la mortificación

En Cristo la Pasión implicó una vida espiritual, un verdadero arrancón de este mundo. La palabra "*Pascua*" aplicada a Jesús significa precisamente eso: el "paso" o

(223) Hom. sobre la Pasión del Señor 11 (62) 5, p. 237.

(224) Hom. sobre la Pasión del Señor 12 (63) 4, pp. 259-260.

"tránsito" del mundo al Padre. A imitación de Cristo, también nosotros debemos realizar dicho "paso". La celebración de la fiesta pascual y la penetración en su Inefable misterio nos recuerda que siendo nuestra vocación la gloria eterna no nos es lícito sumergirnos en las ansiedades y avaricias de la vida presente. Será la primera forma de mortificación (225).

"Los que siguen a Cristo no tienen derecho a separarse del camino real (cf. Num. 21, 22), pues es indigno de los que tienden a las realidades eternas ser absorbidos por las cosas temporales (sed dignum est temporalibus non occupari, ad aeterna tendentes)" (226).

El desafincamiento de las cosas del mundo, aun de las cosas legítimas, exige el espíritu de mortificación, que es la forma más idónea de "imitar la Pasión" de nuestro Señor. No nos resistimos a transcribir un texto de San León, a pesar de que ya hemos analizado más arriba parte del mismo, por cuanto tiene especial relación con lo que estamos tratando:

"Es necesario, amadísimos, para adherirnos inseparablemente a este misterio, hacer los mayores esfuerzos del alma y del cuerpo; porque si es malo permanecer ajeno a la solemnidad pascual, es aún peor asociarse a la comunidad de los fieles sin haber participado antes en los sufrimientos de Cristo. El Señor lo ha dicho: Quien no toma su cruz y me sigue no es digno de mí (Mt. 10, 38); y añadió San Pablo: Si participamos de sus sufrimientos, también participaremos de su reino (Rom. 8, 17). Así, pues, el mejor modo de honrar la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo es sufrir, morir y resucitar con Él (Iquale vere Christum passum, mortuum et resuscitatum colit, nisi qui cum ipso et patitur, et moritur, et resurgit)? Este misterio comenzó en los hijos de la Iglesia con su bautismo, en el cual la muerte del pecado es vida del que renace, y la triple inmersión limita los tres días de la muerte del Señor. Se vio, por decirlo así,

(225) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 16 (66) 4. pp. 212-273.

(226) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (53) 3, p. 221.

entresabirse la tumba y salir revestidos de nueva juventud a los que habían descendido viejos a la fuente bautismal. Mas conviene que responda la vida a la significación del sacramento y que todos los nacidos del Espíritu Santo no pretendan eximirse, mientras vivan en este cuerpo, de cargar la cruz sobre sus hombros (sed impendum est nihilominus opera quod celebratum est sacramento, et natis de Spiritu sancto quantumcumque superest mundani corporis, non sino crucis susceptione ducendum est). Aunque el poder de la cruz de Cristo ha arrebatado al tirano fuerte y cruel los frutos de sus antiguas rapiñas (cf. Mt. 12, 29), y la dominación del príncipe de este mundo ha sido arrancada del cuerpo de los redimidos, sin embargo, la misma malicia suya intenta atrapar en sus redes a los mismos que han sido justificados, y ataca de muchas maneras a aquellos sobre los cuales no reina más... Por eso, cuando se da cuenta que sobrepasa los límites de la disciplina cristiana y que sus deseos van hacia lo que le haría desviar del camino recto, que recurra a la cruz de Cristo y clave en el árbol de la vida los movimientos de la voluntad malvada (recurrat ad crucem Domini, et ligno vitae motus noxiae voluntatis affigat), y, tomando las palabras del profeta, clame al Señor: Fija mi carne con los clavos de tu temor, pues temo tus juicios (Ps. 118, 120). ¿Qué es tener la carne traspasada con los clavos del temor de Dios sino guardar sus sentidos de los atractivos de los deseos ilícitos por el temor del juicio divino?" (227).

Rescatemos de tan hermoso texto sus palabras más famosas: "implendum est opero quod celebratum est sacramento". Hay que pasar el sacramento a la vida, a las obras, en este caso hay que hacer pasar el misterio-sacramento de la muerte de Cristo a la propia muerte ascética, que es a la vez mística, ya que consiste en "clavar en el árbol de la vida los movimientos malvados", con-crucificarse con Cristo a través de la mortificación, palabra que significa "dar muerte" a todo lo que en nosotros persista de incoherente con la cruz de Cristo. San León sigue diciendo en el mismo sermón:

"Por eso, las almas sabias que han aprendido no te-

(227) *Inm. sobre la Pasión del Señor* IV (70) 4, pp. 280-291.

mor más que al Señor, no amar más que a El, no esperar más que en El, mortifican sus concupiscencias y crucifican sus sentidos, y no se rebajan nunca a temer a sus enemigos o a rendirlos algún homenaje. Llegan hasta a preferir la voluntad de Dios a sí mismas, y tanto más so aman cuanto más dejan de amarse por amor de Dios (tanto amplius se amant quanto amplius pro Dei amore se non amant)... Por eso, al rehusarse a sí mismas por una parte, se pierden en todo lo que desean carnalmente y se encuentran en todo lo que desean espiritualmente (ut ex quadam se parte sibi donegent, perdentes se in illis quae carnaliter cupiunt, et inveniunt se in illis quae spiritaliter concupiscunt)" (228).

c. La Pasión y la disposición al martirio

Cristo clavado en cruz es el protomártir de la Iglesia, el arquetipo del martirio, perseguido y crucificado por el demonio, con la complicidad de sus edláteres de la tierra, tanto de los que se mueven en el ámbito de la sensualidad (Herodes), como de la política (Pílaros), como de las mayorías (el pueblo que pide su muerte) e incluso de la religión (el Sanedrín). Pues bien, si la Pasión es, al decir de San León, no sólo "sacramentum" sino también "exemplum", también lo será en su aspecto martirial. Así como el demonio persiguió a Cristo hasta la muerte, de manera semejante no se cansa de perseguir a los miembros del cuerpo de Cristo, si es posible también hasta la muerte. Y lo suele hacer a través de instrumentos humanos. La única manera de salvar la vida es perdiéndola por Cristo.

Al recopilar los textos de nuestro Santo que hacen referencia al tema de la persecución, nos ha resultado llamativo el hecho de que coloque entre los perseguidores a las propias pasiones desordenadas que conspiran contra el orden interior. Notable acierto el de San León: en última instancia dichas pasiones tienen algo de asesinas, pues conspiran contra la vida, ya que la gracia es la vida

(228) Ibid. 5, p. 293.

del alma. Por otra parte, la persecución interna que desencadenan las pasiones se prolonga en la persecución externa de los enemigos visibles de Cristo. Transcribamos el texto al que estamos aludiendo:

"Si sufrimos con El, seremos también glorificados con El (Rom. 8, 17). Esta recompensa no ha sido preparada únicamente para los que ha hecho perecer la crueldad de los impíos por el nombre del Señor, pues la lealtad de los que sirven a Dios y que viven por El será coronada en Cristo del mismo modo que ha sido crucificada en Cristo. Sin duda sobresaldrán en toda gloria aquellos que han triunfado soportando hasta el último suspiro una muerte terrible y crueles tormentos; pero los seguirán también los que, mortificando su carne, han vencido a la avaricia, la avaricia, la hinchazón del orgullo y los deseos de la lujuria. Por eso con razón dice el Apóstol: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo serán perseguidos (2 Tim. 6, 12)." (229).

Sin embargo, como es natural, cuando San León habla del martirio en sentido estricto no se refiere sino al que sufren aquellos cristianos que por dar testimonio —eso significa la palabra griega "martirio"— son objeto de persecución externa, que puede llegar hasta causarles la muerte. Es cierto que en la época de nuestro Santo ya habían terminado hacía tiempo las grandes persecuciones de los primeros siglos. Sin embargo la persecución es un fenómeno ininterrumpido en la historia de la Iglesia. Quien ignora la persecución, dirá nuestro Santo en frases inspiradas, da muestras de una vida tibia y mediocre; quien busca la paz a toda costa, aun al precio de la gracia y de la verdad, es un apóstata de Cristo. Citemos sus palabras, tan llenas de vitalidad:

"Fije su morada el cristiano allí donde Cristo ha sido levantado con él, dirija todos sus pasos hacia el lugar donde se obró la salvación del mundo (ibi ergo se constituit Christianus, quo eum secum sustulit Christus; ut ad id dirigat omnem viam suam, ubi scit humanam

(229) Hum. sobre la Pasión del Señor 18 (68) 3, p. 287.

salvatem esse naturam). Y así como El es amado y honrado en sus santos, y alimentado y vestido en la persona de los pobres, así también es El quien padece en los que sufren persecución por la justicia. No vayamos a creer que, extendida la fe por todo el mundo y disminuido el número de los impíos, hayan terminado las persecuciones y batallas emprendidas en otro tiempo contra los santos mártires. Muy otra es la experiencia de los fieles servidores de Dios y la enseñanza del Apóstol, que dice: *Cuantos aspiran a vivir placidamente en Cristo Jesús sufrirán persecución* (2 Tim. 3, 12). Estas palabras acusan de tibieza y de cobardía a quien no está sometido a ninguna persecución. Para tener paz con el mundo es preciso ser amigo suyo; pero no hay unión entre el bien y el mal, ni concordia entre la mentira y la verdad, ni convivencia entre las tinieblas y la luz (*pacem enim cum hoc mundo nisi amatores mundi habere non possunt, et nulla umquam iniquitati cum aequitate communio, nulla mendacio cum veritate concordia, nullus est tenebris cum luce consensus*). Pues aunque la piedad de los buenos desea la omisión de los malos y obtiene la conversión de un gran número por la gracia del Dios de misericordia, sin embargo, jamás cesan los malos espíritus de tender sus lazos a los santos, y ya sea por engaños ocultos o en lucha abierta, atacan a todos los fieles y a sus buenos propósitos. Para ellos es enemigo todo lo recto y todo lo santo... Engañan también a muchos, cosa lamentable, por la perversidad de sus artificios, y hacen que algunos teman sufrir las consecuencias de su descontento e intentan apaciguarlos (*et vellent habere placatos*). En realidad, los beneficios de los demonios son más nocivos que todas sus heridas, pues un hombre es más seguro cuando ha merecido la enemistad del diablo que cuando ha obtenido su paz (*cum beneficia daemonum omnibus sint nocentiora vulneribus, quia tutius est homini inimicitiam diaboli meruisse quam pacem*)" (230).

d. La Pasión, exigencia de nueva vida

El deber de la mortificación, que puede llegar hasta la persecución y el martirio, se completa con su reverso, la necesidad de llevar una vida nueva, la que Cristo vino

(230) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (70) D. pp. 291-292.

traer mediante su cruz. Al fin y al cabo la resurrección de Cristo no es sino el reverso de su muerte. Si Cristo murió fue para resucitar. Si, siguiendo sus pasos, el cristiano debe morir con Cristo, es en orden a su resurrección final y, mientras permanece en esta tierra, a llevar adelante un proyecto de vida superior, celestial.

San León es taxativo al respecto. Sólo celebra "solemnemente" la fiesta pascual, nos dice en una de sus homilias, quien la festeja no con la vieja levadura, la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ázimos de la pureza y la verdad (cf. 1 Cor. 5, 8); sólo celebra con verdad la Pasión de Cristo quien ya no vive según el primer Adán, sino de acuerdo al segundo (231).

Ni basta con decidirse a llevar una vida suficientemente honesta, enseña en otro lugar. El cristiano que ha tomado parte en el misterio de Aquel que amándonos nos amó hasta el extremo, es decir hasta la muerte, hasta el colmo del amor, no podrá contentarse con una vida instalada en la mediocridad; deberá ser un eterno insatisfecho, tendiendo a ir siempre más allá:

"Realícese, amadísimos, lo que dice el Apóstol Pablo: Que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó (2 Cor. 5, 15); y porque lo antiguo ha pasado y todas las cosas han sido renovadas (ibid. 7), que nadie permanezca en la vejez de su vida carnal (cf. Rom. 6, 4-6), sino renovémonos todos por el progreso de la piedad, avanzando de día en día (cf. 2 Cor. 4, 16). Por justificado que uno esté, mientras permanece en esta vida, tiene en qué llegar a ser más puro y mejor. Pues el que no avanza desfallece, y el que nada adquiere algo pierde (qui autem non proficit, deficit; et qui nihil acquirit, nonnihil perdit). Es necesario correr por los pasos de la fe, por las obras de la misericordia, por el amor de la justicia, para que, celebrando espiritualmente el día de nuestra redención, no con la vieja levadura de la malicia y la maldad, sino con los ázimos de la pureza y de la verdad (1 Cor. 5,

(231) Cf. hom. sobre la Pasión del Señor 18 (60) 5, p. 227.

8), merezcamos tener parte en la resurrección de Cristo" (232).

La alusión a los ázimos, con que termina el texto recién citado, nos trae de nuevo el recuerdo de la Eucaristía que, como vimos, brota de la Pasión del Señor. Tanto el Bautismo como la Eucaristía contienen la muerte y la vida, la muerte al hombre viejo y la vida según Cristo. Pero en el Bautismo, si bien encontramos por primera vez la vida divina de la gracia, se acentúa el aspecto necrótico; en la Eucaristía, en cambio, si bien está presente la muerte de Cristo con quien debemos inmolarnos, se destaca el aspecto vital, el aumento de gracia, de vida divina, el contacto con Aquel que dijo: Yo soy la Vida, transformándonos en Él y embriagándonos en su amor. San León lo dice con palabras inspiradas:

"Eso es por lo que celebramos como conviene la Pascua del Señor con los ázimos de pureza y de verdad cuando, una vez arrojada la levadura de la antigua malicia, la criatura nueva se nutre y ombriga del mismo Señor (nova creatura de ipso Domino inebriatur et pascitur). La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo no hace, en efecto, otra cosa que nos transformemos en lo mismo que tomamos, y que llevemos en todo, en el espíritu y en la carne, a Aquel en el cual hemos sido muertos, sepultados y resucitados (non enim aliud agit participatio corporis et sanguinis Christi, quam ut in id quod sumimus transeamus: ut in quo commortui, et consepulti, et conresuscitati sumus, ipsum per omnia et spiritu et carne gestemus), según la palabra del Apóstol: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestará glorioso con Él* (Col. 3, 3-4), el cual, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén" (233).

Tales son las maravillas que realiza la Eucaristía, que no es sino la cruz redilviva para nosotros, una cruz que se

(232) Hom. sobre la Pasión del Señor 8 (59) 8, pp. 240-247.

(233) Hom. sobre la Pasión del Señor 12 (63) 7, p. 262.

abre a la futura resurrección gloriosa, cuyo anticipo nos comunica haciendo que desde ya "nos transformemos en lo mismo que tomamos".

Cerremos este comentario a las medulosas homilias de San León sobre el misterio de la Pasión de nuestro Señor, con un texto exhortativo que resume bien su pensamiento:

"Abrecemos este admirable sacramento de la Pascua saludable, reformémonos según la imagen de Aquel que se ha hecho conforme a nuestra deformidad (*et ad ejus imaginem, qui deformitati nostrae conformis factus est*), reformemur; (234). Elevémonos hasta Aquel que al polvo de nuestra abyección lo hizo cuerpo de su gloria (*ergamur ad eum qui pulverem abjectionis nostrae, corpus fecit gloriae suae*). Y a fin de tener parte en su resurrección, pongámonos de acuerdo con su humildad y con su paciencia (*et ut resurrectionis ejus mereamur esse consortes, humilitati et patientiae ipsius per omnia congruamus*)" (235).

2. EL MISTERIO DE LA RESURRECCION

Si del misterio de la Pasión nos quedan 19 homilias de San León, del misterio de la Resurrección sólo tenemos 2, la primera pronunciada el sábado santo, en el curso de la vigilia pascual, y la segunda probablemente en la Misa del día mismo de Pascua. Para los antiguos, ambos misterios, el de la Pasión y el de la Resurrección, estaban más estrechamente ligados que lo que lo están para nosotros. Así, en sus homilias sobre la Pasión, nuestro Santo se refiere repetidas veces, como lo hemos comprobado, a la Resurrección, y algo semejante sucede en sus homilias

(234) Advierte R. Dolle, en su comentario a los sermones de San León, que en este texto el Santo juega de una manera difícilmente traducible con la palabra "forma" en sus derivados "deformis", "conformis", "reformare". Cristo tomó la "forma" de esclavo, que se había hecho en nosotros una "deformidad", y así nos hizo capaces de volver a la "forma", auténtica ésta, de la imagen de Dios en el hombre: cf. ed. Sources Chrétiennes 74, p. 29, nota II.

(235) Hom. sobre la Pasión del Señor 2 (51) 3, p. 221.

acerca de la Resurrección, donde frecuentemente alude a la Pasión. Al comenzar, por ejemplo, la primera de estas últimas homilias, hace referencia a su sermón anterior sobre la Pasión, y a la necesidad de participar en la cruz de Cristo (236); en la segunda vuelve sobre el tema de la cruz, considerada como misterio a la vez que como ejemplo, misterio porque en ella se realiza la plenitud del poder divino, y ejemplo porque incita a los hombres a ser generosos imitando la entrega de nuestro Señor (237).

A. DIOS RESUCITA EL CUERPO QUE ASUMIO

Sabemos que durante los tres días que Cristo estuvo en el sepulcro, la divinidad no se distanció de su naturaleza humana. Y que fue esa misma divinidad la que, no queriendo retener durante largo tiempo su alma en los Infiernos ni su cuerpo en el sepulcro, resucitó el cadáver del Señor. Volvió tan pronto la vida a la carne incorrupta de Jesús que, al decir del Santo, más bien parecería que hubiese estado dormido y no muerto (238). La divinidad que, como dijimos, no se había retirado de las dos sustancias que componen al hombre que había asumido, reunió con su poder lo que con su poder había separado (239).

El misterio de la Resurrección es medular en nuestra fe católica; sin ella nuestra esperanza sería vana pues giraría sobre el vacío. Por eso quiso Dios que la verdad de la resurrección de Cristo fuese históricamente comproba-

(236) Cf. hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 1, p. 233.

(237) Cf. hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 1, p. 238. Dicho sermón comienza así: "El relato evangélico nos ha presentado todo el misterio pascual"; ibid. p. 237. Esta referencia muestra que el relato de la pasión y de la resurrección, *coram paschale sacramentum*, había sido leído en el curso de la vigilia pascual, como lo confirma la frase siguiente, que detalla los hechos contenidos en dicha lectura: "con qué impiedad ha sido entregado, con qué juicio ha sido condenado, con qué crueldad ha sido crucificado y con qué gloria ha sido resucitado".

(238) Cf. hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 2, p. 235.

(239) Cf. ibid.

lile, basada en un hecho real, visible y tangible, y que fueran numerosos los testigos que viesen y tocasen al Cristo resucitado de entre los muertos. Sobre esos testimonios se afirma la fe de los que no lo hemos visto con los ojos de la carne ni lo hemos tocado con nuestras manos. San León enumera las pruebas:

"Muchas son las pruebas que siguieron, destinadas a fundar la autoridad de la fe que debía ser predicada a través del mundo, y aunque la piedra removida, el sepulcro vacío, los lienzos puestas aparte, los ángeles narrando todo el acontecimiento, fundamentaban solidamente la verdad de la resurrección del Señor, sin embargo, El se manifestó y apareció (*manifestus apparuit*) (240) a las mujeres, y varias veces a los discípulos (cf. Act. 1, 3; Mt. 28, 9). No sólo habló con ellos, sino que moró con ellos, comiendo en su compañía, y dejándose examinar y tocar cuidadosamente por los que aún dudaban (cf. Lc. 24, 39). Entraba, con las puertas cerradas, donde estaban sus discípulos (cf. Jo. 20, 19) y les daba el Espíritu Santo sopiendo sobre ellos; iluminaba sus inteligencias y los abría al secreto de las santas Escrituras (cf. Lc. 24, 27); les mostraba la herida de su costado y las lagas de los clavos y todas las señales de la pasión, aún reciente (cf. Jo. 20, 27)" (241).

Es difícil para nosotros conocer con precisión cómo es la "carne gloriosa". La experiencia que en esta vida tenemos sólo nos da a conocer una carne debilitada, cansada, deudora del pecado de origen. Sin embargo debemos decir que la carne de la resurrección es sustancialmente la misma que la carne de la pasión. La carne que Cristo mostró a sus apóstoles es la misma que tenía en la Última Cena, aunque ya no en estado pasible. San León destaca este aserto:

"No disiente de esto Pablo, apóstol de los gentiles, cuando dice: Si bien a Cristo lo conocimos según la car-

(240) La misma expresión, que no se encuentra en la Escritura, se halla en el Prefacio de la Ascensión: "Qui post resurrectionem suam omnibus discipulis manifestus apparuit..." Lo que muestra el influjo de San León en los formularios litúrgicos.

(241) Hom. sobre la Resurrección del Señor I (71) 3, p. 263.

ne, ahora ya no lo conocemos así (2 Cor. 5. 16). Pues la resurrección del Señor no ha puesto fin a su carne, sino que la ha transformado, y su sustancia corporal no ha sido consumida por el aumento de su poder. Han cambiado las propiedades, no ha pasado la naturaleza. El cuerpo que había sido crucificado se ha hecho impasible; el que había podido ser muerto se ha hecho inmortal; el que pudo ser herido se ha convertido en incorruptible. Por eso dice el Apóstol con razón que él ignora la carne de Cristo en el estado en que ella era conocida, pues ya nada hay en ella pasible o enfermo, de modo que siendo la misma en su esencia, ya no es la misma en su gloria" (242).

El proceso de anonadamiento y exaltación ya se ha realizado, aun cuando falte su momento consumante en la Ascensión. No era otro el proyecto de Dios al tomar carne: allegarse hasta el hombre enfermo, que zozobraba en el tremedal de su angustia, y elevarlo a la vida gloriosa y bienaventurada. San León lo dice con expresivos términos:

"El invisible hace su esencia visible, el intemporal se somete al tiempo, el impasible se vuelve pasible: no para que su fuerza desaparezca en la debilidad, sino para que la debilidad pueda ser transformada y revestida de una fuerza incorruptible: non ut virtus deficeret in infirmitate, sed ut infirmus in incorruptibilem posse transire virtutem" (243).

Esto es lo fundamental. Dios no se hizo hombre para diluirse y perderse en la humanidad asumida, como parecieran afirmar algunos teólogos contemporáneos de la muerte de Dios según los cuales, al encarnarse Dios habría renunciado a su divinidad: Dios ha muerto, dicen, sumerso en la historia y en la temporalidad humana. San León rebate, por anticipado, tan falsa teología: si Dios se hace hombre no es para perder su divinidad, sino para injertarla en la humanidad y ser en ella como la levadura

(242) *Ibid.* 4, pp. 255-298.

(243) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (22) 5, 2. 301.

en la masa, de modo que todo el que se deje fermentar por Cristo, se convierta en hijo de Dios.

Estos herejes modernos no pueden celebrar "legítimamente", "solemnemente", según gusta decir San León, la fiesta de la Resurrección, como no lo podían aquellos que en su época ponían en cuestión no ya la divinidad de Cristo, cual los herejes de ahora, sino la verdad de su humanidad. Refiriéndose a ellos, en uno de sus sermones sobre la Pasión (244), así los increpa nuestro Santo:

"Digan, pues, esos cristianos fantasmáticos (*phantasmatici Christiani*) (245), cuál es la sustancia del Señor que fue clavada en el madero, sepultada en el sepulcro; cuál es la carne que resucita al tercer día removida la piedra del sepulcro. Digan cuál es el cuerpo de Jesús que se presenta a la vista de los discípulos cuando entra estando cerradas las puertas, y para quitar la desconfianza de los que miran los obliga a que vean bien, y a tocar con los dedos las heridas aún patentes de los clavos y la llaga aún reciente de su costado. Y si, en medio de tan gran luz extendida por la verdad (*tanta luce veritatis*), los corazones endurecidos de los herejes no disipan sus tinieblas, muestren de dónde les viene la esperanza de la vida eterna, de dónde les viene la fe en la participación de la resurrección de Cristo. No pueden, electivamente, decir con el Apóstol: Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren (1 Cor. 15, 20), pues no hay primicias de los hombres si no se proviene de la estirpe de la naturaleza humana. Pues el primero de los hombres que resucitó forma parte de la totalidad a la que procede. Se cree piadosamente que lo que se ha iniciado en la Cabeza se ha de terminar también en los

(244) Tenemos aquí otro ejemplo de cómo el Santo no teme entremezclar sus consideraciones sobre la Pasión y la Resurrección del Señor.

(245) Se refiere a aquellos cristianos que consideran "aparente" la humanidad de Cristo, como si se tratase de un fantasma. San León juega con el adjetivo "*phantasmatici*", mediante el cual intenta caracterizar no sólo la doctrina de tales herejes sino también su mentalidad interior, por lo que en la ed. de *Sources Chrétiennes* 74 se dice en nota que la frase del Santo podría también traducirse: "esos cristianos imaginarios": cf. *Sermons* III, p. 92, nota 5. La traducción que se ofrece en la versión francesa es: "*ces chrétiens qui ne voient qu'un fantôme*".

miembros (et pie creditur, hoc quod est in capite inchoatum, in membris quoque esse complendum). pues así como todos mueren en Adán, así en Cristo todos serán vivificados (ibid., 22)" (246).

La ortodoxia de la fe, lo hemos repetido en diversas ocasiones, es condición ineludible para una auténtica celebración. San León lo recuerda una vez más en relación con el misterio que nos ocupa:

"Pues si es cierto que ni el impúdico, ni el lujurioso, ni el soberbio, ni el avaro celebran la Pascua del Señor, ninguno sin embargo, esté más fuera y lejos de esta fiesta que los herejes, principalmente los que interpretan mal la encarnación del Verbo, disminuyendo en Jesús lo que es propio de la divinidad o suprimiendo lo que en Él pertenece a la carne" (247).

B. LA RESURRECCION Y LA VIDA NUEVA

La Resurrección no es un misterio que concierne tan sólo a Cristo. Nos atañe, y en cierto modo más que a Cristo, a nosotros. Cristo, como Dios, era la Vida indestructible. Si tomó un cuerpo mortal fue para introducirlo en la masa humana y rescatar luego ese cuerpo, como primicia de los demás. Por eso San León no teme afirmar que así como hemos sido crucificados con Cristo y hemos sido sepultados en Él, también en Él hemos resucitado al tercer día (248).

La exaltación de la humanidad de Cristo por parte del Verbo mediante su resurrección implica así, en cierta manera, la exaltación de nuestra propia humanidad:

(246) Hom. sobre la Pasión del Señor 14 (65) 4-5, pp. 268-269.

(247) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 3, p. 300.

(248) Cf. ibid. 7, p. 219. Esta inserción en los misterios de Cristo se produce por el bautismo. No hay que olvidar que en la antigüedad el bautismo era conferido a los catecúmenos en el transcurso de la vigilia pascual (con la que están muy relacionados los dos sermones de San León sobre la resurrección) y en la vigilia de Pentecostés; cf. hom. sobre Pentecostés 2 (76) 1, p. 313.

"Por eso, esta fiesta, que nosotros llamamos Pascua, los hebreos la nombran Phase, es decir, paso, como lo indica el evangelista cuando dice: Ante la fiesta de Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre (Jo. 13, 1). Mas ¿a cuál de sus dos naturalezas estaba reservada este paso sino a la nuestra, puesto que el Padre estaba inseparablemente en el Hijo, y el Hijo en el Padre? Sin embargo, no siendo el Verbo con su carne más que una sola persona, la naturaleza asumida no esté separada de la que asume, y el honor debido al que va a ser levantado se dice que es un aumento para el que lo levanta, según afirma el Apóstol en el texto ya recordado: Por lo cual Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre (Fil. 2, 9). Se trata aquí de la exaltación del hombre asumido por el Verbo. Del mismo modo que la divinidad es inseparable de El en sus sufrimientos, así también El es coeterno en la gloria divina. El mismo Señor preparaba a sus fieles un paso feliz para hacerles participar de su don inefable cuando en los instantes próximos a la pasión suplicaba a su Padre no sólo por sus apóstoles y discípulos, sino por toda la Iglesia, de esta manera: Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos creen en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros (Jo. 17, 20-21)" (249).

Ahora bien, la exaltación de nuestra humanidad en la humanidad de Cristo implica el paso de un estado a otro: del estado antiguo, al que se ha muerto, al estado nuevo, al que hay que abocarse. Así como en los cuarenta días de la Cuaresma nos fuimos disponiendo para esa muerte sacramental, pero también ascética y hasta mística, que implica nuestra participación en la Pasión de Cristo, a los clavos de cuya cruz quisimos adherirnos para morir al hombre viejo, así en estos días pascuales debemos dedicarnos a consolidar el nuevo estilo de vida exigido por nuestra participación en la Resurrección del Señor. Digámoslo con las palabras del Santo:

"Puesto que nosotros hemos querido trabajar por la observancia de los cuarenta días para sentir algo

(249) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 6, p. 301.

de la cruz durante el tiempo de la pasión del Señor (*ut aliquid sentiremus crucis in tempore Dominicae passionis*), esforcémonos también para unirnos a la resurrección de Cristo y pasar de la muerte a la vida mientras estamos aún en este cuerpo. Pues, para cualquier hombre, pasar por una conversión, de cualquier naturaleza que sea, de un estado a otro, significa el fin de algo: no ser lo que era, y el comienzo de otra cosa: ser lo que no era (*finis est, non esse quod fuit, et ortus, esse quod non fuit*). Mas importa conocer para quién se muere y para quién se vive, pues hay una muerte que hace vivir y una vida que hace morir (*quid est mors quae causa est vivendi, et est vita quae causa est moriendi*)... Muramos a la iniquidad para resucitar a la justicia. Desaparezca lo antiguo para que se levante lo nuevo. Y, puesto eso, según la palabra de la Verdad, nadie puede servir a dos señores (Mt. 6, 24), tomemos por Señor no al que conduce a la ruina a los que están levantados, sino al que levanta a los caídos a la gloria (*dominus sit non ille qui stantes impulit in ruinam, sed ille qui doctos erexit in gloriam*)" (250).

Para tan elevado objetivo San León nos invita a "armarnos siempre con la cruz del Señor", ya sean nuestros combates contra el espíritu del mundo, ya contra los deseos de la carne o los dardos de los herejes. Si así lo hacemos, si verdaderamente pasamos de la muerte a la vida, de un estilo de vida adamítico a un estilo de vida crístico, entonces "jamás nos alejamos de la fiesta pascual (*unquam a paschali festo recedimus*)" (251).

Esta necesidad de anclarse en la resurrección de Cristo muestra que los efectos del misterio pascual no pueden limitarse tan sólo al día de Pascua sino que han de hacerse pie! en los cristianos. Al menos con el retorno cíclico de los misterios pascales, el impulso hacia arriba debe irse haciendo cada año más y más exigitivo. Así lo recomienda nuestro Santo:

"Reconozca, pues, el pueblo de Dios que ha venido

(250) Hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 1, pp. 203-204.

(251) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 4, p. 209.

a ser una nueva criatura en Cristo y esté atento a comprender por quién ha sido recibido y qué ha recibido. Lo que ha sido renovado no vuelva a la inconstancia de su estado antiguo y no renuncie a su trabajo quien ha puesto la mano en el arado (cf. Lc. 9, 62), sino que mire a lo que siembra y no vuelva a lo que abandonó... Tal es el camino de la salvación, tal es la manera de imitar la resurrección comenzada en Cristo; puesto que no faltan las caldas en el camino resbaladizo de esta vida, que los pasos de los que andan cambien lo movido por lo sólido, según está escrito: El Señor ordena los pasos del hombre y se complace en sus caminos (Ps. 36, 23).

Esta meditación, amadísimos, no sólo conviene para la fiesta pascual, sino que hemos de retenerla aún para santificar toda nuestra vida. Los ejercicios actuales deben tender a transformar en hábito las prácticas cuya corta experiencia ha hecho la alegría de las almas fieles, conservando la pureza y destruyendo, por una pronta penitencia, todo pecado que podría sorprendernos. Porque la curación de las enfermedades antiguas es difícil y larga, aplíquense tanto más velozmente los remedios cuanto más recientes son las heridas, para que, levantándonos siempre totalmente de nuestras caídas, merezcamos llegar en Cristo Jesús, nuestro Señor, a esta incorruptible resurrección de la carne llamada a la glorificación" (252).

Cristo ha pasado a vivir del ámbito terreno al ámbito celeste. Es verdad que ya durante su estadía en la tierra su alma gozaba de la visión beatífica, pero su cuerpo estaba todavía sometido a las penurias de la presente vida, signada por las huellas de la caída original. Ahora Cristo se ha elevado al orden celeste, incluso en su cuerpo, glorificado, irradiante de gloria. Esta realidad producida en el Cristo resucitado ha de reflejarse también en nosotros que, si bien penamos todavía en este mundo, debemos desde ya vivir una vida en cierto modo celestial. En tal sentido, aconseja San León:

"No nos dejemos llevar por las cosas temporales,

(252) Hom. sobre la Resurrección del Señor I (71) 6, pp. 206-207.

que no son más que apariencias; ni los bienes de la tierra desorienten nuestra contemplación de los bienes del cielo. Tengamos por sobrepasado lo que en máxima parte ya no existe, y, adherida la mente a lo que ha de permanecer, fije su desco allí donde lo que se ofrece es eterno (*pro transactis habeantur quae ex maxima parte iam non sunt; et mens intenta mansuris, ubi desiderium suum figat, ubi quod offertur aeternum est*). Aunque no seamos salvos más que en esperanza (cf. Rom. 8, 24) y llevemos aún una carne corruptible y mortal, sin embargo, se puede decir con razón, que no estamos en la carne si no nos dominan las pasiones carnales" (253).

En la misma homilía sigue San León insistiendo sobre la necesidad de hacer esta pascua o tránsito de lo carnal a lo espiritual. Trae allí a colación aquella frase del Apóstol: **No déis a la carne para satisfacer sus concupiscencias** (Rom. 13, 14), y explica que San Pablo no intenta con ello prohibirnos lo que es conveniente a la salud o lo requiere la debilidad propia del hombre, sino exhortarnos a que no dejándonos arrastrar por los deseos y apetencias de nuestra carne, adoptemos una regla de templanza por la que verdaderamente el alma gobierne al cuerpo. Por eso el mismo Apóstol dice en otro lugar: **Nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abraza** (Ef. 5, 29). Hemos pues de alimentarla y cuidarla, concluye San León, no por cierto para fomentar sus inclinaciones tortuosas, sino para ponerla al servicio de lo que constituye su misión, a saber, someterse a lo espiritual. Tenemos, sí, una carne que cuidar, pero no por ello seamos "carnales". Si queremos participar realmente en la resurrección del Señor será necesario poner orden en nuestra vida, lograr que "las partes inferiores no prevalezcan perversa y torpemente sobre las superiores, o las superiores se sometan a las inferiores, de manera que, triunfando los vicios del alma, no se encuentre más que la esclavitud allí donde ha de reinar la autoridad" (254).

(253) Ibid. 3, p. 216.

(254) Ibid.

La Resurrección de Cristo es, finalmente, la base más sólida de nuestra esperanza:

"Nuestra resurrección, puede decir [San Pablo], ha comenzado en Cristo desde el momento en que en El, que ha muerto por todos, la forma de toda nuestra esperanza nos ha precedido (*totius spei nostrae forma praecessit*). No desconfiamos ni flotamos en una expectación incierta, sino que, aceptado el comienzo de lo que se nos ha prometido, ya vemos con los ojos de la fe lo que vendrá más tarde. Alegres por la elevación de nuestra naturaleza, tenemos ya lo que creemos (*non haesitamus diffidentia, nec incerta expectatione suspendimur, sed accepit promissionis exordium, fidei oculis quae sunt futura, jam cernimus; et naturae provocatione gaudentes, quod credimus jam tenemus*)" (255).

La gozosa esperanza de la gloria suscita el júbilo en el corazón de San León, ese júbilo que, como hemos repetido varias veces, es el desemboque normal de la celebración de los misterios de Cristo. En una visión sintética de todo el proceso salvífico, partiendo del pecado original y culminando en la Resurrección, canta nuestro Santo:

"Al caer todo el género humano en la persona de nuestros primeros padres, quiso Dios en su misericordia socorrer, por medio de su Hijo Jesucristo, a la criatura, formada a su imagen y semejanza; quiso reparar su naturaleza sin salir de ella, y al mismo tiempo elevarla a una dignidad mayor que la original. Dichosa si no hubiera caído del lugar en que Dios la creó, pero más dichosa aún si sabe mantenerse en el que de nuevo ha sido colocada. Ya era mucho haber recibido de Cristo su condición, pero es todavía más tener en Cristo su sustancia. La naturaleza divina de Cristo nos tomó y nos hizo propiedad suya. El unió en sí, en la unidad de la persona, la naturaleza divina y la naturaleza humana... El que nada debía se ofreció al cruelísimo acreedor, y permitió que las manos de los judíos, instrumentos del demonio, atormentasen su carne sin mancilla. Quiso que su carne fuese mortal hasta su resurrección de tal modo que para los que creen en El ni la persecución se hiciese insostenible ni la muer-

(255) *Ibid.* 4, p. 296.

te terrible; seguros de pertenecer a su misma naturaleza, lo estamos de participar de su gloria" (256).

El gozo es el sentimiento que mejor corresponde a esta "pascua", por la que pasamos de la oscuridad terrestre a la dignidad celeste, gracias a un efecto de la inefable misericordia de Aquel "que para elevarnos hasta su dominio ha descendido al nuestro (ut nos in sua proveheret, in nostra descendit)" (257).

(256) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 2, p. 258. R. Delle dice encontrar en este segundo párrafo del sermón un comentario teológico del "Exsultet", que la Iglesia canta el día de la vigilia pascual en homenaje al río: cf. Léon le Grand, *Sermons* III, ed. Sources Chrétiennes 74, p. 131, nota 1.

(257) Hom. sobre la Resurrección del Señor 1 (71) 2, p. 204.

III. LA CONSUMACION:

EL MISTERIO DE LA ASCENSION Y DE PENTECOSTES

Llegamos así al fin de este largo proceso salvífico, presente desde toda la eternidad en la mente divina, que comenzó a concretarse con la creación de nuestros primeros padres, siguió con el pecado de origen, se prolongó en la pedagogía misericordiosa de Dios que a través de los tipos y figuras del Antiguo Testamento fue preparando a la humanidad para el acontecimiento central de dicho designio cual es la Encarnación del Verbo, que culminó con su muerte en cruz y su gloriosa resurrección.

En cierta manera, todo ha terminado. Sólo queda el momento de la consumación: cuando Cristo retorne al Padre, no como Verbo, ya que como tal jamás se alejó del seno de la Trinidad, sino como carne del Verbo, porque ahora podrá poner su naturaleza humana glorificada junto con su divinidad, a la diestra del Padre. Desde esa carne glorificada entregará a la Iglesia el Don supremo: el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo.

1. EL MISTERIO DE LA ASCENSION

Dedicamos nuestro Santo a la Ascensión 2 de sus homilias. Si bien todo el misterio pascual, incluida la muerte del Señor, tiene en la predicación de San León una impronta de victoria, ésta se hace más evidente en el misterio que vamos a tratar. Nuestro Santo lo contempla des-

de dos puntos de vista: el que atañe a Cristo y el que nos atañe a nosotros.

A. LA ASCENSION, TRIUNFO DE CRISTO

Detalladamente describe San León el estaco en que se encontraban los Apóstoles durante los cuarenta días sagrados que transcurrieron después del resplandiente acontecimiento de la resurrección del Señor, cuando "el poder divino restableció el verdadero templo de Dios que la impiedad de los judíos había destruido" (258). Dios determinó ese número de días, afirma el Santo, para utilidad y enseñanza nuestra, ya que al prolongarse durante ese espacio de tiempo la presencia corporal del Señor, la fe en su resurrección se vio confirmada por las pruebas necesarias.

Se detiene San León en ponderar el significado de aquellos graves momentos de turbación que conocieron los discípulos luego de la muerte de Cristo y de las dudas que siguieron a su Resurrección. En efecto, con motivo de la muerte de Cristo los discípulos habían quedado entristecidos y la desconfianza se había apoderado de ellos. Cuando las santas mujeres vinieron a contarles que habían visto el sepulcro vacío y a los ángeles dando testimonio de que Jesús estaba vivo, todo ello no les pareció sino un delirio. San León nos explica así la causa de tal turbación y descreimiento:

"Jamás el Espíritu de verdad hubiera permitido que tal duda entrase en el corazón de sus heraldos, víctimas de la fragilidad humana, si tal agitación temerosa y tal circunspección, llena de interrogación, no hubiesen sentido las bases de nuestra fe (nisi illa trepida sollicitudo et curiosa cunctatio nostrae fidei fundamenta jecisset). En los apóstoles, pues, se prevían nuestras turbaciones y peligros. En esos hombres somos nosotros los que recibimos instrucción para hacer frente a las ca-

(258) Hom. sobre la Ascensión del Señor I (73) I, p. 303.

lumnias de los Impíos y a los sofismas de la sabiduría terrena. Somos nosotros los que hemos aprendido cuando ellos miraban, los que hemos sido instruidos cuando ellos escuchaban, los que hemos sido fortalecidos en la fe cuando ellos tocaban (*nos illorum Instruxit aspectus, nos eruditavit auditus, nos confirmavit attactus*). Damos gracias a la divina Providencia y a la tardanza necesaria de nuestros Santos Padres. Ellos han dudado, a fin de que nosotros no dudemos (*dubitatum est ab illis, ne dubitaretur a nobis*)" (259).

Tampoco pasaron infructuosamente los días que siguieron a la Resurrección del Señor, hasta el momento de su Ascensión, sigue diciendo nuestro Santo, "sino que en ellos recibieron su confirmación grandes sacramentos y se nos revelaron grandes misterios (*sed magna in his confirmata sacramenta, magna sunt revelata mysteria*)" (260). En esos días el Señor soplando sobre ellos les dio su Espíritu Santo, para que pudiesen perdonar los pecados. En esos días el Señor se hizo compañero de camino de los dos discípulos que iban a Emaús, "y para disipar todas las tinieblas de nuestra Incertidumbre" (261), les reprendió su lentitud para creer; sus corazones fríos se abasaron con la llama de la fe, y al entender el sentido último de las Escrituras su tibieza se convirtió en ardor; abriéronseles luego los ojos cuando, sentados a la mesa con el Peregrino, Éste renovó para ellos el gesto de la fracción del pan. "Mucho más felices fueron aquellos discípulos al contemplar la glorificación de la naturaleza humana del Salvador que nuestros primeros padres, a quienes, como castigo de su pecado, se les abrieron los ojos para la propia confusión" (262).

En fin, todos esos días que transcurrieron entre la Resurrección y la Ascensión no constituyeron sino el marco de un acto de alta docencia del Maestro, la última gran clase que quiso dar a sus discípulos. El Señor les mostró

(259) Ibid.

(260) Ibid. 2, p. 304.

(261) Ibid.

(262) Ibid.

las señales de la crucifixión que quedaban en sus manos, en sus pies y en su costado, los invitó a examinarlas, a tocarlas. Tales señales "habían permanecido en su cuerpo para curar las heridas de los corazones infieles y para que se creyera, no con fe dudosa, sino con certeza firmísima, que la misma naturaleza que estuvo en el sepulcro había de sentarse, juntamente con Dios Padre, en su trono" (263).

Tras esta mistagogia de cuarenta días llegó el momento de la Ascensión gloriosa. Jesús sube a las alturas como vencedor, al modo de un "Imperator" o general que ha reportado una gran victoria sobre los enemigos de su pueblo. "Llevó entonces a los cielos el triunfo de la victoria que había logrado entre los muertos (donec triumphum victoriae, quam reportarat a mortuis, inferret et caelis)", proclama gozosamente nuestro Santo (264).

Una vez más, San León se detiene para ofrecernos una visión panorámica del proceso de la redención, reducible a dos grandes y solemnes movimientos, uno que viene de arriba hacia abajo, proceso de humillación y anonadamiento, desde la Encarnación hasta la muerte en cruz; y el segundo, que va de abajo hacia arriba, proceso de exaltación y victoria, que comienza en la Resurrección y culmina a la diestra del Padre:

"El misterio de nuestra salvación, que el Creador del universo estimó en el precio de su sangre, se fue realizando, desde el día de su nacimiento hasta el fin de la pasión, mediante su humildad. Y, aunque bajo la forma de siervo, se manifestaron muchas señales de su divinidad, con todo, su acción durante este tiempo estuvo encaminada a mostrar la verdad de su naturaleza humana. Pero después de su pasión, libre ya de las ataduras de la muerte, las cuales habían perdido su fuerza al sujetar a Aquel que estaba exento de todo pecado, la debilidad se convirtió en valor; la mortalidad, en inmortalidad; la ignominia, en gloria. Esta gloria

(263) *Ibid.* 3, p. 304.

(264) *Hom. sobre la Ascensión del Señor* 2 (74) 1, p. 306.

la declaró nuestro Señor Jesucristo, mediante muchas y manifiestas pruebas, en presencia de muchos, hasta que llevó a los cielos el triunfo de la victoria que había logrado de entre los muertos" (265).

No deja de impresionar la imponencia del panorama que nos presenta San León, a la luz del misterio de la unión hipostática, sobre el que ha insistido tanto en todas las fiestas, materia de polémica, por cierto, que mantuvo contra las herejías de la época, pero tema también que constituyó el objeto central de su contemplación. Cada misterio de la vida de Cristo revela la doble naturaleza del Señor. Mas, si quisiéramos esquematizar, podríamos decir con San León que en los misterios de su anonadamiento resalta la naturaleza humana, quedando la divina en un segundo plano, y en los misterios de su exaltación se destaca la naturaleza divina, permaneciendo la humana en un cono de sombra.

Lo cierto es que ahora, en el estallido de su gloria, Cristo sube al cielo para sentarse a la diestra del Padre, en espera del fin de la historia, cuando deba volver para juzgar a los vivos y a los muertos. El Símbolo de nuestra fe eslabona esos tres momentos: *ascendit in caelum* — *sedet* — *iterum venturus est*. En un texto sintético, San León expone dicha concatenación:

"Para hacernos capaces de esta bienaventuranza, amadísimos, nuestro Señor Jesucristo, habiendo realizado todo lo que convenia a la predicación del Evangelio y a los misterios de la Nueva Alianza, cuarenta días después de su resurrección se elevó al cielo en presencia de sus discípulos. Puso fin a su presencia corporal para permanecer a la derecha de su Padre hasta que se terminen los tiempos divinamente previstos para que se multipliquen los hijos de la Iglesia (*donec tempora multiplicandis Ecclesiae filiis divinitus praestituta peragantur*) y venga a juzgar a los vivos y muertos en la misma carne en que ha subido (*in eadem carne in qua ascendit adveniat*)" (266).

(265) Ibid. pp. 305-306.

(266) Ibid. 2. pp. 306-307.

Destaquemos la última frase: vendrá "en la misma carne en que ha subido". La misma carne que tomó de las entrañas de su Madre es la que clavó en la cruz, la que resucitó, la que está a la diestra del Padre y la que vendrá a juzgar.

B. LA ASCENSION Y LA ELEVACION DE LOS CORAZONES

Según decíamos más arriba, la Ascensión no es un misterio que compete tan sólo a Jesucristo; como todos los misterios del Señor, nos interesa también a nosotros. Porque si gracias al bautismo ya hemos muerto-con Cristo y resucitado-con Él, también se puede decir con toda verdad que hemos ascendido-con Cristo al cielo, al menos en esperanza.

Si me amaseis, os alegraríais de que vaya al Padre, dijo Jesús a sus discípulos (Jo. 14, 28). San León, en uno de sus sermones sobre Pentecostós, comenta así dicha frase del Señor:

"es decir, si por un conocimiento perfecto pudieseis ver lo que os llena de gloria el hecho de que, engendrado de Dios Padre, haya nacido de una madre de vuestra raza; que, Señor de la eternidad, haya querido ser uno de los mortales; que, siendo invisible, me haya mostrado visible; que, permaneciendo en la condición de Dios, haya tomado la condición de esclavo, os alegraríais de que vaya al Padre. Por vosotros, en efecto, se realiza esta subida. Es vuestra humildad la que en mí es elevada más alta que todos los cielos, hasta ser colocada a la derecha del Padre (et super omnes caelos ad Patris dexteram collocanda vestra in me humilitas elevatur). En cuanto a mí, soy con el Padre lo que el Padre es en sí mismo, permanezco inseparablemente unido al que me ha engendrado. Al venir a vosotros, no me he alejado de El, del mismo modo que, al volver a El, no os abandono. Alegraos, pues, de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os he unido a mí y he venido a ser hijo del hombre para que vosotros podáis ser hijos de Dios (univi enim vos mihi, et factus

sum filius hominis, ut vos filii Dei esse possitis)... La naturaleza, que es inferior al Padre, va, pues, al Padre, para que la carne esté allí, donde está siempre el Verbo: (ut ibi sit caro ubi semper est Verbum)" (267).

No podía la carne separarse del Verbo; si cuando era aún posible permanecía anclada en la tierra, ahora ha soltado amarras. Ya nada detiene a esa carne gloriosa para que acompañe al Verbo, ubicándose con Él a la diestra del Padre. Tal fue el motivo por el cual, contra toda lógica, la Ascensión de Cristo llenó de alegría el corazón de los que la presenciaron:

"Los bienaventurados apóstoles y todos los discípulos, que se habían alarmado por la muerte de cruz y habían vacilado en la fe de la resurrección, de tal suerte fueron confortados ante la evidencia de la verdad, que, al subir el Señor a lo más sublime de los cielos, no sólo no experimentaron tristeza alguna, sino que se llenaron de una gran alegría (cf. Lc. 24, 52). Y ciertamente había motivo de extraordinaria e inefable exultación al ver cómo, en presencia de aquella santa multitud, una naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las criaturas celestiales, elevándose sobre los órdenes de los ángeles y a más altura que los arcángeles (cf. Ef. 1, 31), no teniendo ningún límite su exultación, ya que, recibida por su Eterno Padre, era asociada en el trono a su gloria después de haberla unido en su Hijo a su propia naturaleza. La Ascensión de Cristo constituye pues nuestra elevación, y el cuerpo lleno la esperanza de estar algún día en donde lo ha precedido su gloriosa Cabeza (quia Igitur Christi ascensio, nostra provectio est. Et quo praecessi gloria capitis, eo spes vocatur et corporis). Hoy no sólo hemos sido constituidos poseedores del paraíso, sino que con Cristo hemos ascendido a lo más elevado de los cielos (nunc enim non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam caelorum in Christo superna penetravimus), consiguiendo una gracia más inefable por Cristo que la que hablamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el malvado enemigo arrojó del paraíso, el Hijo de Dios, juntándolos consigo, los colocó a la diestra de Dios Padre (nam quos virulentus inimicus primi habitacu-

(267): Hom. sobre Pentecostés 3 (77) 5, pp. 321-322.

Il felicitate deiecit, eos sibi concorporatos Dei Filius ad dexteram Patris collocavit), con el cual vive y reina, en unión con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén" (268).

Notemos la intensidad de la expresión "sibi concorporatos", tan coherente con todo el pensamiento del Santo. En el cuerpo de Cristo hemos ascendido también nosotros, pues por su Encarnación nos había hecho concorporales suyos. Desde ahora el miembro más eminente de la Iglesia, su cabeza, está en lo alto, irradiando a los otros miembros de su cuerpo. Lo afirma San León con toda claridad:

"Ya lo dijo el Espíritu Santo por Isaías: Su nombre sera Emmanuel, es decir Dios con nosotros (Is. 7, 14). Jesús cumple lo que su nombre significa. Al subir al cielo no abandona a sus hermanos de adopción. Sentado a la diestra del Padre se mantiene presente en todo su cuerpo [místico]. E, invitándonos desde arriba a la gloria, nos da aquí la fuerza de la paciencia (qui ascendit in caelos, non deserit adoptatos; qui sedet ad dexteram Patris, idem totius habitator est corporis; et ipse deorsum confortat ad patientiam, qui sursum invitat ad gloriam;" (269).

Desde arriba nos invita a la gloria, "sursum invitat". Tales palabras nos recuerdan aquella fórmula que se emplea en el prefacio de la Santa Misa: "sursum corda" (levantemos los corazones), que no por azar muchos Padres de la Iglesia han comentado relacionándola con el misterio de la Ascensión.

La ausencia de Cristo es la perfección de su presencia. Ya no será por cierto una presencia captable por los sentidos; será una presencia espiritual, lo que no significa en modo alguno menos real. Se hace por ello necesario que los corazones de los creyentes se dirijan hacia lo al-

(268) Hom. sobre la Ascensión del Señor 1 (73) 4, p. 305.

(269) Hom. sobre la Resurrección del Señor 2 (72) 3, p. 299.

to, sin pretender sensibilizar la presencia de Cristo, como quería la Magdalena. A ello alude en uno de sus sermones nuestro Santo:

"El hijo del hombre se mostró Hijo de Dios de una manera más excelente y misteriosa cuando fue recibido en la gloria de la majestad paterna, y comenzó, de un modo inefable, a ser más presente por su divinidad al alejarse más su humanidad (et ineffabili modo coepit esse Divinitate praesentior, qui factus est humanitate longinquior). Entonces fue cuando la fe, más ilustrada, se puso espiritualmente en camino para acercarse al Hijo, igual al Padre; ya no tuvo necesidad de tocar en Cristo su sustancia corporal, por la cual es inferior al Padre (cf. Jo. 14, 28), ya que, permaneciendo la misma la naturaleza del cuerpo glorificado, la fe de los creyentes fue llamada allá donde, no con mano carnal, sino con espiritual inteligencia, pudiese tocar al Unigénito, igual al que le había engendrado. Por eso, después de su resurrección, el Señor dice a María Magdalena, que representaba la persona de la Iglesia, al acercársele para tocarla: No me toques, pues aún no he subido a mi Padre (Jo. 22, 17). Es decir, no quiero que busques mi presencia corporal ni que me reconocas con los sentidos carnales. Por mi ausencia te invito a cosas más altas (ad sublimiora te differo), te preparo cosas mayores. Cuando subiera al Padre, entonces me tocarás más perfecta y verdaderamente, debiendo alcanzar lo que no tocas y creer lo que no ves (cum ad Patrem meum ascendero, tunc me perfectius veriusque palpabis, apprehensura quod non tangis, et creditura quod non cernis)" (270).

Así obraron los apóstoles, no obstante la distancia física que de ellos tomaba el Señor. Una vez que su fe se vio confirmada por la ascensión de Jesús y fortificada por los dones del Espíritu Santo, a pesar de que ya no lo tenían cerca al Señor, como cuando navegaba con ellos en medio de la tempestad, nada ni nadie fue capaz de hacer vacilar la intrepidez de estos hombres a los que antes el Señor les había recriminado su poca fe; ni el terror, ni las cadenas, ni las cárceles, ni el destierro, ni la refinada cruel-

(270) Hom. sobre la Ascensión del Señor 2 (74) 4, p. 308.

dad de sus perseguidores, ni el martirio. Aquellos que tanto se habían acobardado durante la Pasión, y que tan numerosas vacilaciones habían incubado después de la Resurrección, se aprovecharon en tal alto grado de la Ascensión del Señor que todo lo que antaño los llenaba de miedo se convertía ahora en motivo de gozo:

"Desde aquel momento elevaron toda la contemplación de su alma a la divinidad sentada a la diestra del Padre (*totam enim contemplationem animi in Divinitatem ad Patris dexteram considentis erexerant*). La misma visión de su cuerpo en nada impedía el ejercicio de su inteligencia, que, iluminada por la fe, ya creía que Cristo ni al descender se había apartado del Padre ni con su ascensión se había separado de sus discípulos (*quod nec a Patre descendendo abfuerat, nec a discipulis ascendendo discesserat*." (271).

Termina San León sus análisis exhortándonos a fijar los ojos en Cristo. El Santo de la mirada contemplativa, que se deleitaba mirando a Cristo en la cuna, a Cristo en la cruz, a Cristo resucitado, al tiempo que nos incitaba a imitar las virtudes que tales escenas trasuntaban, nos invita ahora a fijar nuestros ojos en el que es á sentado a la diestra del Padre. Esa mirada nos recordará que en esta vida no somos sino extranjeros, que nuestra verdadera patria está en lo alto, y que debemos sentir vivamente la nostalgia de Dios. Citemos su texto:

"Alegrémonos, amadísimos, con una alegría espiritual y, gozándonos delante de Dios con una digna acción de gracias, elevamos libremente las miradas de nuestros corazones hacia estas alturas donde se encuentra Cristo (*liberos cordis oculos ad illam altitudinem in qua Christus est erigamus*). Nuestras almas están llamadas a lo alto; por lo mismo, no la depriman los deseos terrestres; están predestinadas a la eternidad, no las ocupen, por lo mismo, las cosas llamadas a perecer; han entrado en el camino de la verdad, no la entretengan los atractivos falaces (*sursum vocatos animos desideria terrenae non depriment; ad aeterna praelectos peritura non*

(271) *Ibid.* 3, pp. 307-308.

occupant; viam veritatis ingressos fallaces illecebrae non retardent). De tal modo han de recorrer el tiempo de la vida presente, que se consideren extranjeros que van de viaje por el valle de este mundo, en el cual, aunque se ofrezcan algunas comodidades, no las han de abrazar culpablemente, sino sobrepasarlas con energía (*et ita a fidelibus haec temporalia decurrantur, ut peregrinari se in hac mundi valle cognoscant, in qua etiamsi quaedam commoda blandiantur, non amplectenda nequiter, sed transeunda sunt fortiter*)" (272).

Ni podía faltar la invitación final a la alegría al advertir que el designio redentor de Cristo ha quedado plenamente cumplido:

"Por lo mismo, así como la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría en la solemnidad pasqual, así su ascensión a los cielos es causa del gozo presente, ya que nosotros recordamos y veneramos debidamente este día en el cual la humildad de nuestra naturaleza, sentándose con Cristo en compañía de Dios Padre, fue elevada sobre todos los órdenes de los ángeles, sobre toda la milicia del cielo y la excelcitud de todas las potestades (cf. Ef. 1, 21). Gracias a esta economía de las obras divinas, el edificio de nuestra salvación se levanta sobre sólidos fundamentos" (273).

2. EL MISTERIO DE PENTECOSTES

Era costumbre en el Imperio Romano que el "imperator" o general victorioso en la batalla, entrase triunfalmente en Roma llevando consigo a los cautivos ganados en la lucha, y repartiase luego regalos a sus soldados. Tras su campaña redentora, al subir el Señor a lo más alto de los cielos, llevó consigo cautiva a la que había sido la cautividad de Satanás, y repartió dones a sus fieles. ¿Cuáles fueron estos dones? Variados y numerosos. Pero el principal de ellos, el Don por excelencia fue el Espíritu Santo,

(272) *Ibid.* 8, p. 309.

(273) *Ibid.* 1, p. 306.

a quien la secuencia de Pentecostés llama "Altissimi Donum Dei".

Tres sermones nos ha dejado San León sobre la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, una de las principales del círculo del año. El hecho sucedió el quincuagésimo día después de la Resurrección del Señor y diez días después que subió a los cielos para sentarse a la diestra del Padre. San León encuentra en el Antiguo Testamento un antecedente de esta fiesta, lo que le sirve para confirmar que el Evangelio es el cumplimiento de la vieja alianza. En efecto, cincuenta días después de la inmolación del cordero, Dios entregó la Ley al pueblo judío, ya liberado del yugo egipcio (cf. Ex. 19,17 ss.). "Del mismo modo, después de la pasión del Señor y muerto el verdadero Cordero de Dios, a los cincuenta días después de su resurrección, descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles" (274). Queda una vez más de manifiesto que el Antiguo Testamento estaba al servicio del Nuevo, y "que la segunda alianza fue fundada por el mismo Espíritu que había instituido la primera" (275).

Por lo que acabamos de leer se ve que San León no considera esta intervención del Espíritu Santo en la historia de la salvación como si se tratase de algo absolutamente nuevo. La dación del Espíritu el día de Pentecostés no fue el principio del don divino sino una cierta plenitud del mismo. Los patriarcas y los profetas, los sacerdotes y todos los santos que vivieron en los tiempos antiguos fueron beneficiarios de la santificación del Espíritu Santo (276). La historia salvífica conoció pues una serie de daciones que ahora, en la plenitud de los tiempos, encuentra su momento culminante (277).

(274) Hom. sobre Pentecostés 1 (73) 1, p. 310.

(275) Ibid.

(276) Cf. hom. sobre Pentecostés 2 (76) 3, p. 313.

(277) En la época de San León coincidía con esta fecha el ayuno de las Temporas de verano, que se practicaba después de las celebraciones pascuales, incluida la solemnidad de Pentecostés, "con el fin de que, si entre las alegrías de las fiestas se hubiesen sobre-

A. EL ESPÍRITU SANTO EN LA TRINIDAD

La fiesta de Pentecostés le ofrece a San León un excelente motivo para referirse al misterio de la Santísima Trinidad. Ya en diversas ocasiones había aludido a ese misterio insondable, pero quizás le resulte éste el momento más oportuno para tratar de él con detenimiento, ya que, al culminar el proceso salvífico, se percibe con mayor claridad la actuación de las tres Divinas Personas: el designio eterno del Padre, la empresa redentora del Hijo y la obra santificadora del Espíritu.

Su espíritu contemplativo lo impele a considerar en primera instancia el misterio de la Santísima Trinidad tal cual es en sí mismo, desde el punto de vista "teológico", antes que desde el prisma "económico", es decir, de la economía de la salvación:

"Cuando aplicamos la mirada de nuestra alma para comprender la dignidad del Espíritu Santo, guardémonos de pensar algo en El que diliera en excelencia del Padre y del Hijo, pues la esencia de la Trinidad divina coincide en todo con su unidad. Pertenecen eternamente al Padre engendrar a su Hijo, coeterno a El; pertenece eternamente al Hijo ser engendrado intemporalmente por el Padre; pertenece también al Espíritu Santo ser el Espíritu del Padre y del Hijo. Estando excluido todo progreso en la existencia, ninguna persona hay que sea anterior, ninguna que sea posterior. La inmutable divinidad de esta bienaventurada Trinidad es, en efecto, una

divino la negligente libertad y la desordenada licencia, lo corrija ahora la severidad de la religiosa abstinencia... Por lo cual, habiendo sido hechos nosotros templos del Espíritu Santo y regados con mayor abundancia por el río divino, jamás debemos ser vencidos por ninguna concupiscencia ni poseídos por ningún vicio, para que la morada de la virtud nunca sea corrompida por alguna contaminación": hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporas de verano 1 (78) 3, p. 324. El Espíritu Santo, dice en otro sermón, se ha prodigado con generosa abundancia dando origen a "la gracia del ayuno", que sigue inmediatamente a su fiesta, "pues así como la concupiscencia fue el principio del pecado, del mismo modo la continencia sea el origen de la virtud": hom. sobre el ayuno de Pentecostés o temporas de verano 2 (79) 1, p. 328. Tal ayuno "será estéril si no procede de la irrigación del Espíritu Santo": ibid. 3, p. 328.

en su sustancia, sin división en su obrar, unánime en su voluntad. la misma en su poder, igual en su gloria" (278).

Es admirable la exactitud teológica con que se expresa San León cuando trata del misterio trinitario. Tornada en su conjunto, y que diciendo, la Trinidad es un solo poder, una sola majestad, una sola sustancia, indistinta en su acción, inseparable en su amor, sin diferencia en su poder, toda al mismo tiempo llenándolo todo y conteniéndolo todo (279).

Consciente de la inefabilidad de un misterio que tan abrumadoramente nos excede, San León pide una y otra vez a sus fieles que cuando intenten pensar en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, alejen de su alma las formas de las cosas visibles y la caducidad de las naturalezas sometidas al desgaste del tiempo, rechacen la imagen de cuerpos ligados a lugares determinados, retiren de su imaginación lo que se extiende en el espacio, lo que se limita con un término, lo que no está siempre entero en todas las partes, y no tengan el atrevimiento de rehusar a una de las personas lo que se afirma de otra (280).

En una segunda instancia considera San León el aspecto "económico" de la Trinidad. Tras afirmar que las actividades hacia afuera son comunes a las tres Divinas Personas, dice que legítimamente se atribuyen al Padre obras propias de Él, así como al Hijo y al Espíritu Santo, que "vienen a ser una disposición en orden a nuestra redención, un designio para nuestra salvación" (281). En el mismo sermón usa una fórmula notable, casi imposible de traducir al castellano: "una es la persona del enviado, otra la del que envía, y otra la del que promete" (*missi..., mittentis..., promittentis*; el Espíritu Santo es "*missus*", el

(278) Hom. sobre Pentecostés 2 (76) 2, p. 314.

(279) Cf. *ibid.* 3, p. 315.

(280) Cf. hom. sobre Pentecostés 3 (77) 4, p. 321.

(281) *Ibid.* 2, p. 319.

Padre "mittens", el Hijo es "oro-mittens") (282). Y agre-

"La misericordia de la Trinidad se repartió así la obra de nuestra restauración: el Padre aceptó el sacrificio, el Hijo lo ofreció, y el Espíritu Santo aportó el fuego (divisit sibi opus nostrae reparationis misericordia Trinitatis; ut Pater propitiaretur, Filius propitiaret, Spiritus sanctus ignitret). Era menester también que los que debían ser salvados realizasen alguna cosa por ellos mismos y, volviendo su corazón hacia el Redentor, rompiesen con la tiranía del enemigo, ya que, según las palabras del Apóstol, envió Dios a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo, que grita: Abba! ¡Padre! (Gal. 4, 6). Donde está el Espíritu del Señor está la libertad (2 Cor. 3, 17). Y: Nadie puede decir 'Jesús es el Señor' sino en el Espíritu Santo (1 Cor. 12, 3)" (283).

También aquí, como repetidamente nos lo ha ido diciendo al tratar de los otros misterios, recuerda San León la necesidad de conocer y aceptar la verdadera doctrina, rechazando las herejías que la enfrentan, si es que se pretende celebrar "legítimamente" la fiesta de Pentecostés. Entre los herejes que se oponen a la ortodoxia respecto al Espíritu Santo nombra a los macedonianos y a los maniqueos:

"Así como detestamos a los arrianos, que ponen cierta distancia entre el Padre y el Hijo, así también detes-

(282) Ibid.

(283) Ibid. 2, p. 320. Para R. Dolle el sermón tercero sobre Pentecostés constituye un verdadero "compendium de Trinitate". Trata primero San León de la unidad de acción en las operaciones "ad extra", al bien indicando que las "misiones" diferentes especifican las personas (párrafo 1). Estas misiones tienen por motivo la obra de nuestra salvación y por razón la misericordia de la Trinidad, cuyas personas se distinguen su ejecución (párrafo 2). Una de estas personas se humilla, aun cuando nada de esta humillación voluntaria repercute sobre la esencia única (párrafo 3), porque tal esencia divina escapa a toda condición espacio-temporal en las relaciones de las personas entre sí (párrafo 4). Sin embargo una de las personas se ha unido para siempre a la humanidad, habiendo asumido una naturaleza humana íntegra (párrafo 5) sin por ello haber perdido nada de la naturaleza única que desde toda la eternidad comparte con las otras dos personas en la unidad de la esencia divina (párrafo 6); cf. León le Grand, *Sermons* III, ed. Sources Chrétiennes 74, p. 161, nota 3.

mo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer (Jo. 16, 12-14)" (287).

Líneas más adelante explica San León lo que significa aquella expresión de Jesús: **cuando viniere el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa** (Jo. 16, 13):

"No se trataba de enseñar otra verdad ni de predicar otra doctrina, sino que convenía que fuese aumentada la capacidad de aquellos que iban a ser instruidos (*sed oportebat capacitatem eorum qui docebantur augeri*), y que se multiplicase la firmeza de la caridad, que debería ahuyentar todo temor (cf. 1 Jo. 4, 18), y no temiese el furor de los perseguidores. Pues los Apóstolas, una vez llenos y con más abundancia del Espíritu Santo, comenzarían a querer esto con más ardor y a poderlo más eficazmente, pasando del conocimiento de los preceptos a soportar efectivamente los tormentos (*proficientes a praeceptorum scientia ad tolerantiam passionum*); para que, sin temer ante las tempestades, llegasen a ser capaces de conculcar, por la firmeza de la fe, las olas del siglo y las irrupciones del mundo (*fluctus saeculi et elationes mundi*), y, despreciando la muerte, llevasen a todas las naciones el Evangelio de la verdad" (288).

C. EL ESPIRITU SANTO Y LA PREDICACION DE LA IGLESIA

Cuando en los comienzos de la nascente Iglesia el poder omnipotente vino en ayuda de los discípulos de Cristo, nos dice San León en frase densa, "toda la divinidad del Padre y del Hijo, en presencia del Espíritu Santo, presidía" (289). El Espíritu, activamente presente en la Iglesia apostólica, constituyó la fuerza operante de los cristianos.

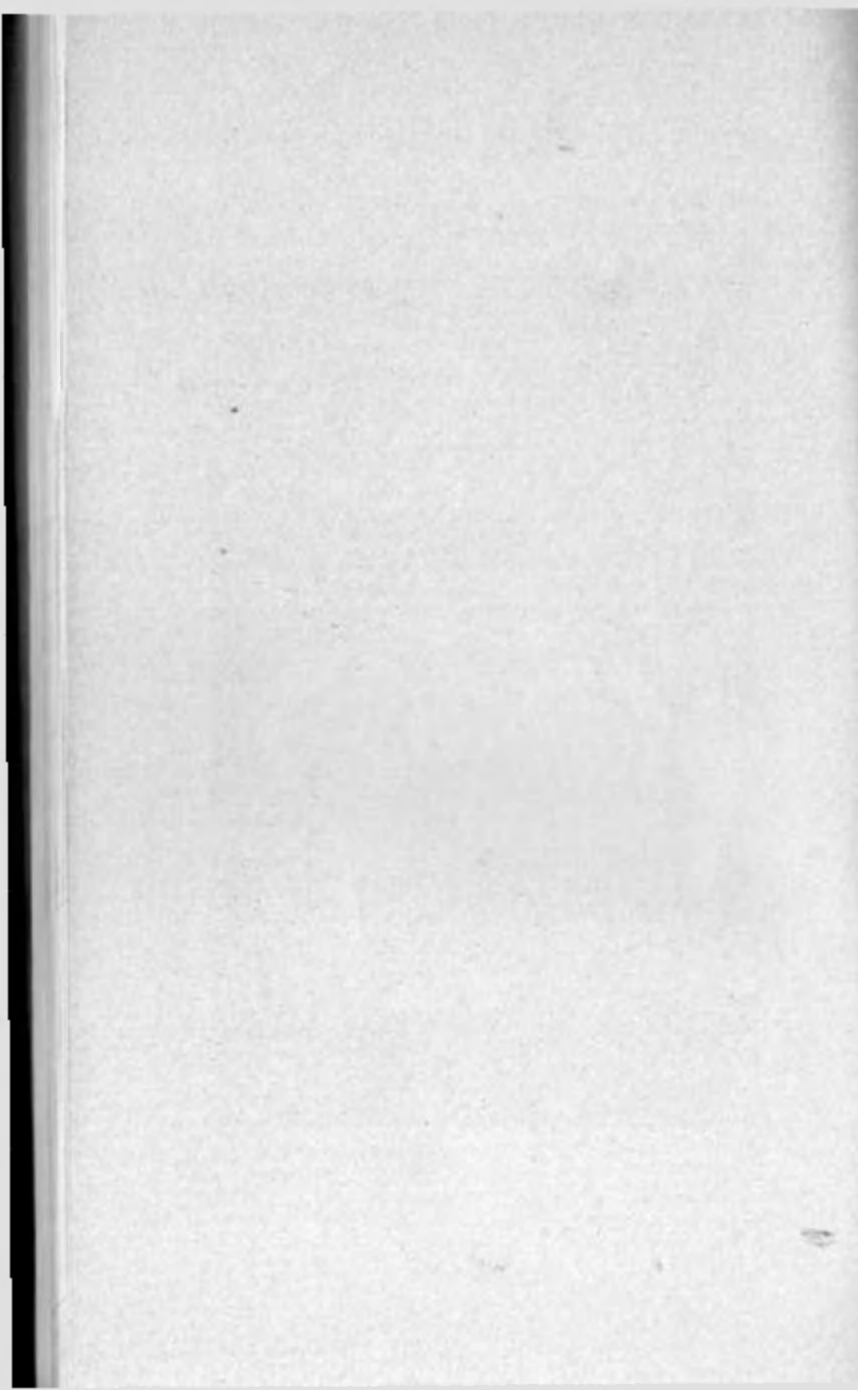
Su influjo se manifestó de manera notoria en la inesperada elocuencia de los apóstoles. Luego que las len-

(287) Hom. sobre Pentecostés 2 (76) 4, p. 316.

(288) Ibid. 5, pp. 316-317.

(289) Hom. sobre el ayuno de Pentecostés u temporas de verano 1 (78) 1, p. 323.





guas de fuego se posaron sobre sus cabezas, de tímidos que eran para confesar su fe, comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu Santo les daba (Act. 2,4). Lo que así comenta San León:

"¡Qué rápida es la palabra de la Sabiduría y, cuando el maestro es Dios, qué pronto se aprende lo que se enseña! No se necesita traducción para comprender, ni ejercicios para adquirir el uso, ni tiempo para estudiar, sino que, soplando el Espíritu de verdad donde quería (cf. Jo. 3, 8), las palabras que eran particulares a cada pueblo, vinieron a ser comunes en la boca de la Iglesia (sed spirante ubi voluit Spiritu veritate, propriae singularum gentium voces factae sunt in Ecclesiae ore communes). Desde ese día sonó la trompeta de la predicación evangélica: desde ese día la lluvia de los carismas, los ríos de bendiciones, regaron todo el desierto y toda la tierra árida (cf. Is. 35, 6); pues, para renovar la faz de la tierra (cf. Ps. 103, 30), el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas (Gen. 1, 2), y, para disipar las antiguas tinieblas, brillaban los fulgores de una nueva luz cuando por el esplendor de las lenguas centelleantes nacía no sólo la luminosa palabra del Señor (cf. Ps. 18, 8) sino también la palabra inflamada que, para crear la inteligencia y consumir el pecado, tiene el poder de iluminar y la fuerza de quemar (et efficacia illuminandi, et vis inesset urendi)" (290).

Iluminar y quemar: tales son las dos tareas principales del Espíritu Santo. Iluminar las inteligencias conduciéndolas a "la verdad completa" y quemar los corazones llevándolos a la fidelidad hasta el holocausto. Para significar ambas cosas se dio bajo la forma de lenguas de fuego.

San León, exultante ante la grandeza del misterio, nos invita, como de costumbre, al gozo espiritual que debe imbuir toda auténtica celebración:

"Que estos testimonios, amadísimos, juntos con otros innumerables que resplandecen en las divinas palabras,

(290) Hom. sobre Pentecostés 1 (75) 2, pp. 310-311.

suprema autoridad, nos inclinan unánimemente a venerar la fiesta de Pentecostés, alegrándonos en honor del Espíritu Santo, que santifica a toda la Iglesia Católica y que instruye a toda alma espiritual (*per quem omnis Ecclesia catholica sanctificatur, omnis anima rationalis imbuitor*). El es el Inspirador de la fe, el doctor de la ciencia, la fuente del amor, el sello de la castidad y el principio de toda virtud (*qui Inspirator fidel, doctor scientiae, fons dilectionis, signaculum castitatis, et totius est causa virtutis*)" (291).

Y en otro sermón:

"Nosotros, amadísimos, que hemos recibido la gracia de la adopción por la regeneración en el Espíritu Santo en favor de la bienaventurada eternidad del alma y del cuerpo, celebremos con un homenaje espiritual y con una pladosa alegría la santísima fiesta de este día. Proclamemos con el bienaventurado apóstol Pablo que el Señor Jesucristo, subiendo a las alturas, llevó cautiva la cautividad, repartió dones a los hombres, para que toda voz humana anuncie el Evangelio de Dios y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre (Fl. 2, 11)" (292).

(291) *Ibid.* 5, p. 313.

(292) *Hom. sobre Pentecostés* 2 (76) 8, p. 218.

ESCOLIO. EL CULTO DE LOS SANTOS

Junto al año litúrgico o "círculo del año", como lo llamaban los antiguos, se veneraba a lo largo del año las figuras de algunos Santos más destacados, lo que fue constituyendo poco a poco el llamado "ciclo santoral". Ambos ciclos están, como dice San León, estrechamente relacionados, ya que "en sus santos es Cristo quien es honrado y amado" (293).

San León nos ha dejado 4 homilías sobre las fiestas de los Santos, 3 dedicadas a los Santos Pedro y Pablo, y otra para la fiesta de San Lorenzo; asimismo, un notable sermón sobre las Bienaventuranzas, que comentaremos en primer lugar.

1. LAS BIENAVENTURANZAS

Las Bienaventuranzas no son sino el código de la santidad cristiana. En un herrrosísimo texto, San León presenta la proclamación de las mismas en continuidad con la promulgación de la antigua alianza, si bien en un plano infinitamente superior:

"Para trasladar las cosas externas a los remedios interiores y después de las curaciones de los cuerpos se obrase la salud de las almas, apartándose de las turbas que lo rodeaban, subió a una colina cercana y llamó a los apóstoles para informarles de una doctrina más sublime desde la altura de la cátedra mística, significando con la cualidad del lugar y de la obra que se trataba de aquello que ya habló a Moisés, con la diferencia de que entonces se hizo con una justicia severa y ahora con benigna clemencia... El que habló entonces a Moisés habló ahora a los apóstoles, y la mano veloz del

• 293) Hom. sobre la Pasión del Señor 19 (79) I, p. 291.

Verbo que escribía plasmó los decretos del Nuevo Testamento en los corazones de los discípulos (el in cordibus discipulorum velox scribentis Verbi manus novi Testamenti decreto condebat); pero no como entonces, rodeado de una densa nube, ni con los truenos y relámpagos, que atemorizaban al pueblo al acercarse al monte, sino con la manifiesta tranquilidad del que habla a los que le rodean, a fin de que por la benignidad de la gracia se anulase la aspereza de la Ley y el espíritu de adopción suplantase al temor de la servidumbre" (294).

El Santo analiza bienaventuranza por bienaventuranza. Limitémos a transcribir sus párrafos más salientes. Refiérese en uno de ellos a la pobreza de espíritu:

"Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt. 5. 3). De qué clase de pobres habla la Verdad, tal vez podría dudarse si al decir: Bienaventurados los pobres, no añadiese qué calidad de pobres se ha de entender; y pareciese ser suficiente para alcanzar el reino de los cielos la sola indigencia que muchos padecen, con grave y dura necesidad. Mas al decir: Bienaventurados los pobres de espíritu, muestra que el reino de los cielos se ha de dar a los que recomienda la humildad del alma más que la escasez de fortuna. Mas no puede dudarse que el bien de esta humildad lo consiguen más fácilmente los pobres que los ricos, ya que aquéllos en su pobreza se hacen amigos de la mansedumbre, y éstos en su riqueza se familiarizan con la soberbia. Sin embargo, en muchos ricos se encuentra la disposición de no usar sus riquezas para ensoberbocerse, sino para las obras de misericordia, y consideran grandes ganancias los gastos que hacen para aliviar la miseria de la fatiga ajena. A todo linaje y a toda clase de hombres se da participación en esta virtud, pues pueden ser igualados en el deseo los que no lo son en la fortuna. Importa poco la diferencia en la fortuna terrena si en los bienes espirituales se encuentran iguales. Dichosa, pues, la pobreza que no es cautivada por el amor de las cosas temporales ni desea crecer en las riquezas de este mundo, sino que ambiciona enriquecerse con los bienes celestiales" (295).

(294) Ilum. sobre las Bienaventuranzas (95) I, pp. 368-369.

(295) Ibid. 2, p. 369.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos (Mt. 5, 6). Rescatamos el hermoso comentario que hace de esta bienaventuranza:

"Ninguna cosa corporal apolce esta hambre ni ninguna cosa terrena anhele esta sed, sino que desea saciarse del bien de la justicia y, oculta a la mirada de todos, desea llenarse del mismo Dios (*ipso Domino optat impleri*). Dichosa la mente que ambiciona esta comida y arde por esta bebida, que no la desearía si no hubiese ya gustado de su suavidad (*Felix mens quae hunc concupiscit cibum, et ad talem aestuat potum; quem utique non expeteret, si nihil de ejus suavitate gustasset*). Al escuchar al espíritu profético que le dice: *Gustad y ved qué suave es el Señor* (Ps. 33, 9), recibió una porción de la dulzura celestial y se inflamó en amor del casto placer, de modo que, abandonando todas las cosas temporales, anhele con todo su afecto comer y beber la justicia, y abraza la verdad del primer mandamiento que dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (Deut. 6, 5) porque amar la justicia no es otra cosa que amar a Dios. Y, puesto que al amor de Dios se une el cuidado del prójimo, a este deseo de justicia se añade la virtud de la misericordia, y se dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios será misericordioso con ellos* (Mt. 5, 7). Reconoce, oh cristiano, la dignidad de tu sabiduría, y entiende cuál ha de ser tu conducta y a qué premios eres llamado. La misericordia quiere que seas misericordioso; la justicia, que seas justo, a fin de que en la criatura aparezca el Creador y en el espejo del corazón humano resplandezca expresada por la imitación la imagen de Dios" (296).

Transcribamos finalmente un fragmento de su comentario a las palabras del Señor: **Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8):**

"Gran felicidad es aquella, amadísimos, a la cual se prepara tan gran premio... ¿Qué felicidad será ver a Dios, ya que ni la mente puede concebirlo ni expresarlo la boca? Y esto se conseguirá cuando se transforme la naturaleza humana, de modo que entonces, no en espejo

ni en enigma, sino cara a cara, voa, como es, la divinidad, que ningún hombre ha podido ver jamás, y lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre (1 Cor. 2, 9), lo obtendrá por el gozo inefable de la contemplación eterna. Con razón se promete esta bienaventuranza a la pureza. La vida manchada no podrá ver el esplendor de la luz verdadera. Huyan, pues, las tinieblas de las vanidades terrenas y sean purificados los ojos interiores de toda inmundicia de iniquidad" (297).

2. EL APOSTOL SAN PEDRO

Especial aprecio mostró San León por su ilustre antecesor en la sede romana. Con frecuencia lo recuerda en sus sermones, pero de una manera peculiar en las homilias con motivo de su fiesta.

A. PEDRO, ROCA DE LA IGLESIA

En sus predicaciones sobre el Príncipe de los Apóstoles recurre nuestro Santo con predilección a la promesa del Señor: **Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella** (Mt. 16,18), promesa que sigulera a la confesión de Pedro: **Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo** (ibid. 16). Por haber sido el primero en afirmar la fe en la unión hipostática, Pedro debía ser el primero en la dignidad apostólica, el apóstol principal. La solidez de su fe sería garantía de la victoria de la Iglesia sobre el paganismo, la herejía y los asaltos del demonio. La promesa de Cristo funda así la consistencia y solidez que la Iglesia obtiene en Pedro:

"Y yo te digo, esto es, como mi Padre te ha manifestado mi divinidad, del mismo modo te manifiesto tu excelencia. **Tú eres Pedro**, esto es, siendo yo piedra Inconmovible, piedra angular, que hago uno ambas cosas; sin em-

(297) Ibid. 8, p. 372.

bargo, tú también eres piedra, pues estás consolidado con mi virtud, a fin de que las cosas que me pertenecen te sean comunes a ti por la participación que tienes conmigo" (298).

Pedro es piedra por ser vicario de Cristo, que es la piedra fundamental. Los dos constituyen por así decirlo una sola piedra, o mejor, Pedro se hace pétreo por su peculiar inserción en Cristo. El carácter fuerte y rocoso de la Iglesia es el presupuesto básico de su vocación a las alturas:

"Sobre esta fortaleza, dice el Señor, edificaré el templo eterno y en la firmeza de esta fe se elevará la sublimidad de mi Iglesia para ser colocada en el cielo (et Ecclesiae meae coelo inserenda sublimitas, in hujus fidei firmitate consurget)" (299).

En uno de los sermones pronunciados con motivo del aniversario de su consagración episcopal, vuelve nuestro Santo sobre el mismo tema, casi con idénticas palabras:

"Sobre esta fortaleza, dice el Señor, construiré el templo eterno, y la sublimidad de mi Iglesia, que llegará hasta el cielo, se levantará de la firmeza de esta fe" (300).

Se ve que era ésta una idea muy arraigada en San León: sólo porque la Iglesia se apoya sobre una roca es capaz de aspirar a las alturas y a la perennidad. Lo que nuestro Santo llama "la firmeza de la fe", que caracteriza a Pedro, es la razón de su impresionante solidez capaz de resistir sobre sí el formidable peso de la arquitectura eclesial. San León aclara aún más su pensamiento, trayendo a colación otra de las palabras que Jesús le dirigiera a San Pedro: **Simón, Simón, Satanás te busca para ahecharte**

(298) Hom. en la fiesta de San Pedro (III) 1, p. 359.

(299) Ibid. 2, p. 360.

(300) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal) 4, p. 322.

como trigo; pero yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirmes a tus hermanos, para que no entréis en tentación (Lc. 22, 31-32). Y comenta:

“Era común a todos los apóstoles el peligro de la tentación del temor y necesitaban igualmente el auxilio de la protección divina, pues el diablo a todos quería perseguir y perder. Sin embargo, el Señor cuida especialmente de Pedro y propiamente ruega por la fe de Pedro, como si el estado futuro de los demás estuviese más seguro si la mente del príncipe no fuere vencida (*namquam aliorum status certior sit futurus, si mens principis vicia non fuerit*). Así, pues, en Pedro se robustece la fortaleza de todos, y de tal modo se ordena el auxilio de la gracia divina, que la firmeza que se confiere a Pedro por Cristo se da a los demás apóstoles por Pedro” (301).

B. LEON SE FUNDA EN PEDRO

Pedro fue puesto por Cristo como fundamento de la Iglesia. Pero Pedro como hombre que era, algún día debía morir. No era posible, sin embargo, que la Iglesia, tras la desaparición física de su “piedra”, quedara sin fundamento hasta el fin de los siglos. Sobre esta argumentación se funda básicamente la necesidad de la sucesión en el primado. Así como siempre perdura Cristo, la Piedra invisible, de manera semejante siempre ha de subsistir un sucesor de Pedro, una piedra visible de toda la Iglesia. Porque Cristo, como enseña San León,

“aunque delegó en muchos pastores el cuidado de sus ovejas, sin embargo no abandonó la custodia de su grey amada. De su principal y eterna ayuda hemos recibido la fortaleza de la obra apostólica, y nunca deja su oficio. La estabilidad del fundamento, sobre el cual está constituida toda la Iglesia, no se debilita por la mole del templo que sustenta. Pues es perpetua la solidez de aquella fe que fue alabada en el Príncipe de los Apóstoles. Y así

(301) Hom. en la fiesta de San Pedro (83) 3, p. 220.

como permaneca lo que Pedro creyó en Cristo, así también perdura lo que Cristo instituyó en Pedro (sicut permanet quod in Christo Petrus credidit, ita permanet quod in Petro Christus instituit)" (302).

Altamente delicadas son las últimas palabras del texto recién citado. El diálogo entre Cristo y Pedro, al que antes aludíáramos, en que Pedro le dijo a Cristo: "Tú eres el Hijo de Dios vivo", y Cristo le respondió: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia", nunca se interrumpe a lo largo de la historia.

San León es perfectamente consciente de que está ocupando la sede y sucesión de Pedro, llamado a continuar el diálogo de amor con Cristo que iniciara su antecesor, porque si es cierto que "a todos los rectores de la Iglesia se impone la forma de Pedro" (303) cuánto más cuando se trata de su sucesor en la Iglesia de Roma. Nuestro Santo tiene plena conciencia de la grandeza de su dignidad. Tras su primera homilía, el día de su consagración episcopal como obispo de Roma (304), cada año celebraría, el 29 de septiembre, el aniversario de la misma; los sermones 2 a 5 han sido pronunciados en esa fecha (305). En uno de ellos leemos:

"Se inserta en la razón de esta solemnidad no sólo la dignidad apostólica, sino también episcopal, del beatísimo Pedro, que no deja de presidir su propia sede y goza de un consorcio indolente con el Sacerdote eterno. Pues aquella solidez que recibió de la Piedra Cristo, hecho él mismo piedra, la transmitió a sus sucesores, y donde se muestra alguna firmeza, allí aparece también la fortaleza del pastor (et ubicumque aliquod ostenditur firmitatis, non dubie apparet fortitudo pastoris)" (306).

(302) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3. 2. pp. 377-378.

(303) Hom. en la fiesta de San Pedro (83) 2. p. 360.

(304) Cf. p. 373.

(305) Cf. pp. 375-380.

(306) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3 (3) 4. p. 385.

Por consiguiente, la obra de Pedro no ha terminado. Al ser llamado Piedra fundamental, al recibir las llaves del reino, al prometérselo que sería corroborada en el cielo la decisión de sus juicios, se muestra con suficiente claridad el grado de su unión con Cristo, una unión tan estrecha que lo sobrevive en sus sucesores. San Pedro sigue palpitando en San León:

"El ahora, con mayor plenitud y fuerza, realiza todas las cosas que le fueron encomendadas y cumple totalmente los oficios y cuidados que le fueron impuestos por Aquel que le ha glorificado. Si algo hacemos dignamente y rectamente decretamos, al algo alcanzamos de la misericordia de Dios por las diarias plegarias, es obra y mérito de aquel en cuya sedo vive su potestad y es grande su autoridad. Esto, amadísimos, lo obtuvo aquella confesión que, inspirada por Dios Padre en el corazón del apóstol, sobrepasó las inciertas opiniones de los hombres, y recibió la firmeza de la piedra, que por ningún impulso será conmovida. Pues en toda la Iglesia dice diariamente Pedro: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, y toda lengua que alaba al Señor está imbuida por el magisterio de esta voz. Esta te vence al diablo y rompe las cadenas de sus cautivos. Esta te conduce al cielo a los sacados del mundo, y las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella. Ha sido robustecida divinamente con tanta firmeza, que ni la maldad de los herejes podrá corromper jamás ni la perfidia de los paganos podrá superar" (307).

La fiesta del 29 de junio se celebraba en todas las Iglesias locales del mundo cristiano. Roma debía conmemorarla con un gozo especial. Porque si el oficio pastoral de Pedro, predica San León, se sigue realizando en todos los sitios y en todos los lugares, como se ha de creer,

"¿cuánto más se dignará conceder su ayuda a nosotros, que inmediatamente fuimos instruidos por él, que estamos junto al sagrado lecho de su sueño, donde descansa la misma carne con la que presidió?" (308).

(307) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3. 3. pp. 378-379.

(308) Hom. en la fiesta de San Pedro (63) 3. p. 361.

San León resplandece con toda la majestad, humilde pero digna, de quien se sabe heredero de tan notable primado sobre la universal Iglesia. La grandeza de sus sermones, que hemos ido vislumbrando a lo largo de estas páginas, no es sino la consecuencia del elevado concepto que tenía de su oficio pontifical y primacial. Resulta pues natural verlo predicar así en el día aniversario de su consagración episcopal:

"De esta forma, amadisimos, con razonable obsequio se celebra la presente festividad, para que en la humildad de mi persona se entienda y se honre a aquel en el cual persevera la sollicitud de todos los pastores, con el cuidado de las ovejas que le han sido encomendadas, y cuya dignidad no se eclipsa ni siquiera en su indigno sucesor. Por eso, la deseada y preclara presencia de mis dignos hermanos y coacerdotes me es más sagrada y devota, si la piedad de este oficio, en el que se han dignado estar presentes, se dirige principalmente hacia aquel en quien no sólo han reconocido al que preside esta sede, sino también al primado de todos los obispos" (309).

C. PEDRO Y PABLO: FUNDAMENTOS DE LA ROMA CRISTIANA

Ya hemos dicho que la fiesta de San Pedro y San Pablo se festejaba universalmente en la época de San León, el 29 de junio, día aniversario de su martirio. Pero especialmente lo era en Roma, donde no permanecía ningún fiel que dejase de visitar las dos basílicas de los Apóstoles. Por una carta de San Paulino de Nola a San Agustín sabemos que cada año aquel Santo solía ir a Roma para la fiesta de los Apóstoles y que siempre encontraba allí una verdadera multitud (310). Prudencio, el gran poeta español de la antigüedad, tras peregrinar a Roma

(309) Hom. en el aniversario de su consagración episcopal 3, 4, p. 378.

(310) Cf. PL 33, 347.

el año 398, cantó en uno de sus poemas las alabanzas de los Apóstoles, cuyas tumbas había visitado (311). Se ve que, además de los romanos, acudían a Roma, con motivo de dicha fiesta, numerosos peregrinos. San León, testigo de esta multitudinaria devoción, consideró deber suyo el fomentarla más y más, como nos lo da a entender en uno de sus sermones alusivos:

"Sin duda alguna, amadísimos, que el mundo entero toma parte en las solemnidades religiosas, y que una piedad fundada en una misma fe exige que se celebre en todas partes, con júbilo común. lo que se realizó para la salvación de todos. Esto no obstante, la fiesta de hoy, además de que se ha hecho digna de ser celebrada en todo el orbe de la tierra, debe ser en nuestra ciudad objeto de una veneración especial, acompañada de una alegría particular. de modo que allí donde murieron tan gloriosamente los dos principales apóstoles, haya, en el día de su martirio, mayor explosión de gozo" (312).

Bueno es alegrarnos en la conmemoración de todos los santos que nos han sido dados para ejemplo de paciencia y confirmación de la fe, dirá en otro sermón, pero mayor gozo deben producirnos estos padres, "a los cuales la gracia de Dios ha exaltado entre todos los miembros de la Iglesia, de modo que en el cuerpo cuya cabeza es Cristo, ellos vienen a ser como la luz de los ojos" (313). Por eso el Santo se ve inclinado a cantar la grandeza de ambos Apóstoles. Exalta sobre todo la figura de Pedro, sus milagros, sus carismas, su apostolado entre los pueblos de la circuncisión, su fundación de la iglesia de Antioquía y, sobre todo, lo dice en forma de oración, porque "vienes a enarbolar sobre las murallas de Roma el trofeo de la cruz de Cristo, allí mismo donde los de-

(311) Cf. *PL* 61. 260.

(312) Hom. en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (82) 1, p. 354.

(313) *Ibid.* 7, p. 357.

cretos del cielo te han preparado el honor del poder y la gloria de la pasión" (314).

San León es un espíritu aristocráticamente romano. Al igual que San Pablo, él hubiera podido exclamar con orgullo: "civis romanus sum". Por eso se goza en destacar ante sus fieles el papel providencial que le tocó cumplir a Roma. Estaba en los planes de Dios la existencia de un gran Imperio, el de la Roma pagana, que asociase en su seno a todos los pueblos del orbe, y que fuese luego convertido por Pedro. El texto no tiene desperdicio:

"Para extender por todo el mundo todos los efectos de gracia tan inefable, preparó la divina Providencia el imperio romano, que de tal modo extendió sus fronteras, que asoció a sí las gentes de todo el orbe. De este modo halló la predicación general fácil acceso a todos los pueblos unidos por el régimen de una misma ciudad. Pero esta ciudad, desconociendo al autor de su encumbramiento, mientras dominaba en casi todas las naciones, servía a los errores de todas y creía haber alcanzado un gran nivel religioso al no rechazar ninguna falsedad. Así, cuanto con más fuerza la tenía aherrojada el diablo, tanto más admirablemente la libertó Cristo.

Cuando los doce apóstoles se distribuyeron las partes del mundo para predicar el Evangelio, el beatísimo Pedro, príncipe del orden apostólico, fue destinado a la capital del Imperio romano, para que la luz de la verdad, revelada para la salvación de todas las naciones, se derramase más eficazmente desde la misma cabeza por todo el cuerpo del mundo. Pues ¿de qué raza no había entonces hombres en esta ciudad? ¿O qué pueblos podían ignorar lo que Roma aprendiese? Aquí había que refutar las teorías de la falsa filosofía, aquí deshacer las necedades de la sabiduría terrena, aquí destruir la impiedad de todos los sacrificios, aquí, donde con diligentísima superstición se había ido reuniendo todo cuanto habían inventado los diferentes errores.

A esta ciudad, tú, beatísimo apóstol Pedro, no temes venir con tu compañero de gloria, el apóstol Pablo, ocu-

(314) *Ibid.* 5, p. 368.

el año 398, cantó en uno de sus poemas las alabanzas de los Apóstoles, cuyas tumbas había visitado (311). Se ve que, además de los romanos, acudían a Roma, con motivo de dicha fiesta, numerosos peregrinos. San León, testigo de esta multitudinaria devoción, consideró deber suyo el fomentarla más y más, como nos lo da a entender en uno de sus sermones alusivos:

"Sin duda alguna, amadísimos, que al mundo entero toma parte en las solemnidades religiosas, y que una piedad fundada en una misma lo exige que se celebre en todas partes, con júbilo común, lo que se realizó para la salvación de todos. Esto no obstante, la fiesta de hoy, además de que se ha hecho digna de ser celebrada en todo el orbe de la tierra, debe ser en nuestra ciudad objeto de una veneración especial, acompañada de una alegría particular, de modo que allí donde murieron tan gloriosamente los dos principales apóstoles, haya, en el día de su martirio, mayor explosión de gozo" (312).

Bueno es alegrarnos en la conmemoración de todos los santos que nos han sido dados para ejemplo de paciencia y confirmación de la fe, dirá en otro sermón, pero mayor gozo deben producirnos estos padres, "a los cuales la gracia de Dios ha exaltado entre todos los miembros de la Iglesia, de modo que en el cuerpo cuya cabeza es Cristo, ellos vienen a ser como la luz de los ojos" (313). Por eso el Santo se ve inclinado a cantar la grandeza de ambos Apóstoles. Exalta sobre todo la figura de Pedro, sus milagros, sus carismas, su apostolado entre los pueblos de la circuncisión, su fundación de la iglesia de Antioquía y, sobre todo, lo dice en forma de oración, porque "vienes a enarbolar sobre las murallas de Roma el trofeo de la cruz de Cristo, allí mismo donde los de-

(311) Cf. PL. 62, 260.

(312) Hom. en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (82) I. p. 354.

(313) Ibid. 7, p. 357.

cretos del cielo te han preparado el honor del poder y la gloria de la pasión" (314).

San León es un espíritu aristocráticamente romano. Al igual que San Pablo, él hubiera podido exclamar con orgullo: "*civis romanus sum*". Por eso se goza en destacar ante sus fieles el papel providencial que le tocó cumplir a Roma. Estaba en los planes de Dios la existencia de un gran Imocrio, el de la Roma pagana, que asociase en su seno a todos los pueblos del orbe, y que fuese luego convertido por Pedro. El texto no tiene desperdicio:

"Para extender por todo el mundo todos los efectos de gracia tan inefable, preparó la divina Providencia el Imperio romano, que de tal modo extendió sus fronteras, que asoció a sí las gentes de todo el orbe. De este modo halló la predicación general fácil acceso a todos los pueblos unidos por el régimen de una misma ciudad. Pero esta ciudad, desconociendo al autor de su encumbramiento, mientras dominaba en casi todas las naciones, servía a los errores de todas, y creía haber alcanzado un gran nivel religioso al no rechazar ninguna falsedad. Así, cuanto con más fuerza la tenía atarrojada el diablo, tanto más admirablemente la libertó Cristo.

Cuando los doce apóstoles se distribuyeron las partes del mundo para predicar el Evangelio, el beatísimo Pedro, príncipe del orden apostólico, fue destinado a la capital del Imperio romano, para que la luz de la verdad, revelada para la salvación de todas las naciones, se derramase más eficazmente desde la misma cabeza por todo el cuerpo del mundo. Pues ¿de qué raza no había entonces hombres en esta ciudad? ¿O qué pueblos podían ignorar lo que Roma aprendiese? Aquí había que refutar las teorías de la falsa filosofía, aquí deshacer las necedades de la sabiduría terrena, aquí destruir la impiedad de todos los sacrificios, aquí, donde con diligentísima superstición se había ido reuniendo todo cuanto habían inventado los diferentes errores.

A esta ciudad, tú, beatísimo apóstol Pedro, no temas venir con tu compañero de gloria, el apóstol Pablo, ocu-

(314) *Ibid.* 8, p. 336.

pado aún en organizar las otras Iglesias: te metes en esta selva de bestias rugientes y caminas por este océano de turbulentos abismos con más tranquilidad que sobre el mar sosegado (cf. Mt. 14, 30), a ti, que en la casa de Caifás temblaste ante la criada del sacerdote, ya no te arredra Roma, la señora del mundo. ¿Y por qué hablas de temer a los que has recibido el encargo de amar?" (315).

Si Roma es grande, más que a Rómulo y Remo se lo debe a estos segundos fundadores, los que la convirtieron en ciudad santa, los que le dieron un nuevo Imperio espiritual sobre todas las naciones:

"Porque ellos son, oh Roma, los dos héroes que hicieron resplandecer a tus ojos el Evangelio de Cristo, y por ellos, tú, que eras maestra del error, te convertiste en discípula de la verdad (que eras magistra erroris. facta es discipula veritatis). He ahí tus padres y tus verdaderos pastores, los cuales, para introducirte en el reino celestial, supieron fundarte mucho mejor y más felizmente que los que se tomaron el trabajo de echar los primeros fundamentos de tus murallas, uno de los cuales, aquel de quien procedo el nombre que llevas, te manchó con la muerte de su hermano. He ahí a esos dos apóstoles que te elevaron a tal grado de gloria, que te has convertido en la nación santa, en el pueblo escogido, en la ciudad sacerdotal y real y, por la cátedra sagrada del bienaventurado Pedro, en la capital del mundo: de modo que la supremacía que te viene de la religión divina, se extiende más allá de lo que jamás alcanzaste con tu dominación terrenal. Sin duda que con tus innumerables victorias robusteciste y extendiste tu imperio tanto sobre la tierra como por el mar. Sin embargo, debes menos conquistas al arte de la guerra que súbditos te ha procurado la paz cristiana" (316).

3. LOS OTROS SANTOS

En sus diversos sermones sobre los Santos Pedro y

(315) Ibid. 2-4, pp. 355-356.

(316) Ibid. 1, pp. 334-335.

Pablo, aprovecha San León para exaltar también a otros santos. Especialmente a los mártires, que en un comienzo fueron los únicos santos que gozaron de veneración y conmemoración litúrgicas. A propósito de ellos, dice San León a sus fieles que la Iglesia de Cristo no puede ser destruida por ningún género de crueldad. No se la disminuye por las persecuciones; antes al contrario, se la acrecienta, la cosecha se hace más rica; cuando los granos que caen, mueren en el surco, renacen multiplicados. Pedro y Pablo inauguraron la era del martirio en Roma, primeras semillas de esa sangrienta cosecha sobrenatural. Tras estos dos gérmenes de la siega divina, brotó una gran multitud de mártires que "émulos de los triunfos apostólicos, rodearon nuestra ciudad por todas partes con una multitud purpúrea y la coronaron con una diadema compuesta de muchas piedras preciosas" (317). Las murallas de Roma quedaron duplicadas por esta nueva línea de defensa que son las tumbas de los mártires, que rodean y abrazan la Ciudad. ¿A quién sino a ellos atribuiría nuestro Santo la liberación en tiempos de la invasión de Genserico?

Tanto aprecia San León el martirio que pareciera identificar santidad con martirio. El mártir, dice en un sermón en honor de San Lorenzo, es como la suma de todas las virtudes; si la perfección de la justicia nace del amor a Dios y al prójimo, en ninguno se encuentra este amor con más excelencia que en el santo mártir, que está tan próximo a Cristo por la imitación de la caridad llevada hasta el extremo de la pasión (318). Canta especialmente los loores del mártir Lorenzo, el santo diácono tan amado del pueblo romano, cuya fiesta se celebraba el 10 de agosto:

"En este género excelentísimo de doctrina brilla con gloriosa dignidad el bienaventurado mártir Lorenzo, cuya

(317) *Ibid.* 8, p. 357.

(318) Cf. hom. en la fiesta de San Lorenzo (85) 1, p. 364.

pasión celebramos hoy... destinado no sólo al sagrado ministerio, sino también a la administración del tesoro de la Iglesia... Presentóse este hombre [el perseguidor] ávido de riquezas y enemigo de la verdad, armado como de dos antorchas encendidas: su avaricia para arrebatarse a Lorenzo el oro de la Iglesia y su impiedad para arrebatarse a Cristo...

Al ensañarte, oh perseguidor, en este mártir, te has puesto a su servicio, consiguiendo añadirle una nueva corona por cada suplicio... Llenémonos, por lo mismo, amadísimos, de gozo espiritual. Y en la bienaventurada muerte de este héroe glorifiquemos al Señor, que es admirable en sus santos y nos da en ellos, a la vez, el socorro y el ejemplo. Ha hecho resplandecer su gloria del uno al otro confín del orbe al disponer que, desde el Oriente al Occidente, brillen los fulgores del diaconado, y que así como es Jerusalén ilustre por Esteban, lo sea igualmente Roma por Lorenzo" (319).

(319) Ibid. 2-4, pp. 365-367.

APENDICE

CARTA A FLAVIANO, OBISPO DE CONSTANTINOPLA

A lo largo de este libro ha quedado patente que el misterio de la unión hipostática fue el misterio central en el pensamiento de San León Magno. No sólo en el San León polemista contra los diversos herejes que diluían o negaban dicho misterio, sino también en el San León espiritual, contemplativo del Verbo encarnado.

Creemos que esta esplendorosa carta, el "Tomus ad Flavianum", de cuyos aspectos históricos hemos tratado ya suficientemente en la introducción del presente libro, carta plenaria de lírica belleza y de precisión dogmática, constituye un verdadero broche de oro.

Transcribimos la traducción publicada en la Revista MIKAEL 11 (1976) 107-115. Su versión original se encuentra en PL 54, 755-782.

1. La ignorancia y la presunción impulsaron a Eutiques al error

Sólo al leer tus amables cartas, cuyo envío tan tardío nos ha sorprendido, y examinando la actuación de los obispos, hemos advertido que un grave peligro se había producido entre vosotros para la integridad de la fe; lo que antes parecía oscuro, al presente lo vemos con claridad. Ahora entendemos cómo el que creíamos digno de su sacerdocio, se ha mostrado imprudente e ignorante hasta el exceso, como si pensando en él hubiera dicho el

profeta: No quiso instruirse para obrar bien; en su lecho maquinó la maldad (Ps. 34, 4-5). Porque ¿qué puede ser más inicuo que aferrarse a la impiedad y no ceder siquiera ante los más sabios y doctos?

Caen en este grado de insensatez aquellos que cuando encuentran algún punto oscuro en el conocimiento de la verdad, no recurren ni a las palabras de los profetas, ni a las cartas de los apóstoles, ni a la autoridad de los evangelios, sino sólo a sí mismos. Se convierten, así, en maestros del error, por no haber querido ser discípulos de la verdad (*et ideo magistri erroris existunt, quia veritatis discipuli non fuere*). ¿Qué conocimientos puede haber extraído de las sagradas páginas del Nuevo y del Antiguo Testamento, aquel que ni siquiera comprendió el comienzo del mismo Símbolo, y que, viejo como es, no entiende aún el sentido de las palabras que repiten los catecúmenos de todo el mundo?

2. Eutiques y el testimonio de la Sagrada Escritura

Si ignoraba lo que debía creer acerca de la encarnación del Verbo de Dios, y no quería investigar en el vasto campo de las Sagradas Escrituras para merecer la luz de la inteligencia, hubiera al menos escuchado con un poco de atención aquella común e indivisible confesión que profesa la totalidad de los fieles: creo en Dios Padre omnipotente, y en su Hijo único Jesucristo nuestro Señor, que nació del Espíritu Santo y de María Virgen.

Esas tres afirmaciones bastan para destruir las maquinaciones de casi todos los herejes. Pues cuando se cree que Dios es omnipotente y Padre, se demuestra que el Hijo es coeterno con Él, en nada diferente del Padre, porque Dios de Dios, omnipotente de omnipotente, coeterno nacido del eterno, no posterior en el tiempo, ni inferior en poder, no diferente en gloria, ni distinto en esencia; asimismo que el Unigénito sempiterno del sempiterno Padre nació del Espíritu Santo y de María Virgen.

Este nacimiento temporal en nada disminuye aque-
llo nacimiento divino y sempiterno. De nada abdicó sino que
se consagró por entero a rescatar al hombre que había
sido engañado, para vencer a la muerte, y destruir con
su poder al demonio, que tenía el imperio de la muerte.
Por cierto que no hubiéramos podido derrotar al autor del
pecado y de la muerte, si Cristo — a quien ni el pecado
pudo contaminar, ni la muerte retener — no hubiera asu-
mido nuestra naturaleza y la hubiera hecho suya. Pues fue
concebido del Espíritu Santo en el seno de la Madre Vir-
gen, la cual lo dio a luz salva su virginidad, de la misma
manera que, salva su virginidad, lo había concebido.

Pero si de este purísimo manantial de la fe cristia-
na no pudo Eutiques obtener para sí un conocimiento sin-
cero, por haber entenebrecido con su propia obcecación
el esplendor de la verdad, hubiérase al menos sometido
a la doctrina del Evangelio. Y diciendo con Mateo: **Genea-
logía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham** (Mt.
1, 1), se hubiese instruido con la predicación de los após-
tles. Y leyendo en la epístola a los Romanos: **Pablo, sier-
vo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el
Evangelio de Dios, que por medio de sus profetas había
ya prometido en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hi-
jo, nacido del linaje de David según la carne** (Rom. 1, 1-3),
hubiese dedicado su solicitud a las páginas de los profe-
tas. Y encontrando en ellas la promesa que Dios le hizo a
Abraham: **Serán bendecidas en ti todas las familias de la
tierra** (Gen. 12, 3 y 22, 18), para que no dudara de la
propiedad de su origen, hubiera seguido al Apóstol que
dice: **Las promesas fueron dadas a Abraham y a su des-
cendencia. No dice: y descendientes, como a muchos, si-
no como a uno. Y a tu descendiente, que es Cristo** (Gal.
3, 16). Hubiera también escuchado en su interior la pre-
dicación de Isaías: **He aquí que una Virgen concebirá y
dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel,
que quiere decir Dios con nosotros** (Is. 7, 14; Mt. 1, 23).
Y del mismo profeta hubiera leído fielmente estas pala-

bras: Nos ha nacido un niño, nos ha sido ~~como~~ un hijo que tiene sobre sus hombros la soberanía, y será llamado Angel del gran consejo, Admirable, Consejero, Dios fuerte, Príncipe de la paz, Padre del futuro siglo (Is. 9, 6).

Ni hablando engañosamente, hubiera Eutiques afirmado que el Verbo de tal suerte se hizo carne, que al ser Cristo engendrado en el seno de la Virgen, lo que habría tomado fue la forma de hombre pero no la realidad del cuerpo materno. ¿No era acaso que al leer las palabras que el ángel dijo a la bienaventurada María siempre virgen: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el Hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 35) pensó que nuestro Señor Jesucristo no tenía nuestra naturaleza? Como si aquel que la Virgen concibió fuera de tal modo obra divina que su carne no fuese de la misma naturaleza de quien lo concibió.

Aquella generación singularmente admirable y admirablemente singular (singulariter mirabillis, el mirabiliter singularis) no debe ser entendida como si la novedad de dicha procreación hubiera anulado las propiedades de la naturaleza humana. Porque si bien es cierto que la Virgen fue hecha fecunda por el Espíritu Santo, no lo es menos que su cuerpo dio a luz otro cuerpo. La Sabiduría edificó para sí una casa (cf. Prov. 9, 1): el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jo. 1, 14), es decir, el Verbo habitó en esta carne que asumió del hombre y que animó con el hábito de la vida racional.

3. El plan de Dios acerca de la Encarnación del Verbo

Salvas, pues, las propiedades de una y otra naturaleza y sustancia, y unidas ambas en una sola persona, la humildad fue asumida por la majestad, la debilidad por la fortaleza, la mortalidad por la eternidad y, para pagar las deudas de nuestra raza, la naturaleza inaccesible al

sufrimiento se unió a una naturaleza capaz de sufrir, de modo que, como convenía para nuestra salvación, el único y el mismo mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo, pudiera morir en su naturaleza humana permaneciendo inmortal en su naturaleza divina.

Así el verdadero Dios tomó, al nacer, la naturaleza perfectamente íntegra de un verdadero hombre, de tal modo que todo Él está en lo suyo, y todo Él está en lo nuestro (*totus in suis, totus in nostris*). Llamarnos "nuestro" a lo que el Creador puso en nosotros desde el comienzo, y lo que asumió para reparar. Pues de aquello que el engañador inspiró y el hombre engañado admitió no hay vestigio alguno en el Salvador. Y no por haberse sometido solidariamente a las debilidades humanas, se hizo por ello partícipe de nuestros delitos. Asumió la condición de siervo sin la mancha del pecado, fortaleciendo lo humano sin debilitar lo divino (*humana augeat, divina non minuat*); pues aquel anonadamiento por el cual el invisible se mostró visible, y el Creador y Señor de todas las cosas quiso ser uno de los mortales, fue una condescendencia de su misericordia, no un abandono de su poder (*inclinatio fuit miserationis, non defectus potestatis*). Y de este modo el que hizo al hombre sin dejar su condición divina, él mismo se hizo hombre tomando la condición de siervo. Ambas naturalezas mantienen sus propiedades sin detrimento, y así como la condición de Dios no anula su condición de siervo, así la condición de siervo no disminuye su condición de Dios.

El diablo se gloriaba de que el hombre, engañado por sus fraudes, se hubiera visto privado de los dones divinos, y despojado del don de la inmortalidad hubiese quedado sometido a la dura sentencia de la muerte; con la complicidad de Adán transgresor había encontrado cierto consuelo para sus males. Se gloriaba asimismo de que Dios, por las exigencias de su justicia, hubiese tenido que mudar su designio sobre el hombre, al que había creado en tanta nobleza. Necesitábase, pues, un ordenamiento

de su designio, según el cual Dios, que es inmutable, y cuya voluntad no puede prescindir de su benignidad, completara la primera disposición de su piedad hacia nosotros con un misterio más recóndito; y de esta manera el hombre, arrastrado a la culpa por la astucia de la diabólica iniquidad, no pereciese contrariando el plan de Dios.

4. Las propiedades de ambas naturalezas

Así, pues, el Hijo de Dios, descendiendo del trono celeste, penetró en este bajo mundo, aunque sin apartarse de la gloria del Padre, engendrado para un nuevo orden de cosas por medio de un nuevo nacimiento. Engendrado, digo, para un nuevo orden de cosas ya que, invisible por su naturaleza, se hizo visible asumiendo la nuestra; incomprehensible, quiso ser comprendido; existiendo desde toda la eternidad, comenzó a existir en el tiempo; Señor del universo, tomó la condición de siervo, cubriendo con un velo lo inmenso de su majestad (obumbrata maiestatis suae immensitate); Dios impasible, no rehusó ser hombre pasible; inmortal, se sometió a la ley de la muerte. Y fue engendrado por un nuevo nacimiento, porque la intacta virginidad de María no conoció la concupiscencia y proporcionó la materia corporal. Nuestro Señor recibió de su madre la naturaleza, no la culpa, y aunque su nacimiento fue milagroso por haber sido engendrado del seno de una virgen, no por eso la naturaleza de nuestro Señor Jesucristo es distinta de la nuestra.

El que es verdadero Dios es también verdadero hombre, y no hay falsedad alguna en esta unidad, al coexistir la pequeñez del hombre con la excelsitud de Dios. Pues así como Dios no se muda por la misericordia, así tampoco el hombre se anula por la dignidad. Cada una de las dos formas hace lo propio en comunión con la otra, es decir, el Verbo obra lo que es propio del Verbo y el cuerpo realiza lo que es propio del cuerpo. El Verbo re-

fulge en los milagros, el cuerpo sucumbe bajo las injurias. Y así como el Verbo no pierde la igualdad de la gloria paterna, así tampoco el cuerpo abandona la naturaleza de nuestro linaje.

Uno y el mismo es, no temamos repetirlo, verdaderamente Hijo de Dios y verdaderamente hijo de hombre. Dios porque: en el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jo. 1, 1); hombre porque: el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (ibid. 14). Dios porque: por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él nada se hizo (ibid. 3); hombre porque: nacido de mujer, nacido bajo la Ley (Gal. 4, 4). El nacimiento de la carne es la manifestación de la naturaleza humana; el parto de una virgen es la señal del poder divino. La infancia del niño se manifiesta en la humildad de la cuna (cf. Lc. 2, 7); la grandeza del Altísimo es proclamada por las voces de los ángeles (cf. Lc. 2, 13). Aquel a quien el impío Herodes había querido matar (cf. Mt. 2, 16), entra en la vida como todos los hombres; pero aquel a quien los magos humildemente se alegran de adorar, es el Señor de todo.

Cuando Jesús fue a recibir el bautismo de manos de Juan, su precursor, para que no quedara oculto lo que la Divinidad había cubierto con el velo de la carne, se oyó del cielo la voz del Padre que decía: **Este es mi Hijo amado, en quien me complazco** (Mt. 3, 17). Y aquel a quien la astucia diabólica lo tienta como hombre, es el mismo a quien los ángeles lo asisten y sirven como a Dios (cf. Mt. 4, 1-11). Tener hambre, sentir sed, fatigarse y dormir, es cosa evidentemente humana. Pero alimentar a cinco mil hombres con cinco panes (cf. Jo. 6, 10), ofrecer agua viva a la samaritana (cf. Jo. 4, 10) para que el que nie ella beba ya nunca tenga sed, caminar sobre la superficie del mar con pie firme (cf. Mt. 14, 25) y, al encrespase la tempestad, humillar la arrogancia de las olas (cf. Lc. 8, 24), cosa es sin duda divina.

Asimismo, para citar tan sólo algún ejemplo, no es propio de la misma naturaleza llorar de compasión por la muerte de un amigo (cf. Jo. 11, 35) y resucitar al mismo amigo con el poder de su palabra del sepulcro en que reposaba desde hacía cuatro días (ibid. 43); o yacer colgado en la cruz y, convirtiendo el día en noche, hacer temblar todos los elementos; o ser traspasado por los clavos y abrir las puertas del Paraíso a la fe del ladrón (cf. Lc. 23, 43). Como tampoco es propio de la misma naturaleza decir: **Yo y el Padre somos uno** (Jo. 10, 30) y decir: **El Padre es mayor que yo** (Jo. 14, 28). Pues aunque Cristo hombre y Cristo Dios sea una sola persona, sin embargo uno es el origen de la común ignominia, y otro el de la gloria común. Por nuestra causa posee Él una humanidad según la cual es menor al Padre, pero por el Padre posee Él una divinidad que lo iguala al mismo Padre.

5. Realidad de la carne de Cristo

Para darnos a entender la unidad de persona en ambas naturalezas, se nos dice que el Hijo del hombre, al asumir el Hijo de Dios la carne de la Virgen, descendió del cielo. Y asimismo se dice que el Hijo de Dios fue crucificado y sepultado, aun cuando ello no acaeció en la misma Divinidad, por la que el Unigénito es coeterno y consustancial al Padre, sino en la debilidad de la naturaleza humana. Por eso todos confesamos en el Símbolo que el Hijo Unigénito de Dios fue crucificado y sepultado, según aquello del Apóstol: **Pues si lo hubieran conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria** (1 Cor. 2, 8).

El mismo Señor y Salvador nuestro, queriendo educar mediante preguntas la fe de sus discípulos, les interrogó: **¿Quién dicen los hombres que os el hijo del hombre?** (Mt. 16, 13). Y como ellos les refiriesen las diversas opiniones de los demás, volvió a preguntar: **Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?** (ibid. 15). Yo, que soy el hijo

del hombre, y al que veis en mi condición de siervo y en la realidad de mi carne, ¿quién decís que soy? Entonces el bienaventurado Pedro, divinamente inspirado, hizo esta confesión que sería provechosa para todas las naciones: **Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo** (ibid. 16). No sin razón el Señor llamó bienaventurado a aquel que habiendo recibido de esta piedra principal, que es Cristo, no sólo la solidez de su poder sino hasta su mismo nombre, por revelación del Padre lo confesó como Hijo de Dios y como Cristo. Porque si hubiera confesado uno de esos datos sin el otro no hubiese aprovechado para la salvación; igualmente peligroso hubiera sido creer que el Señor Jesucristo era tan sólo Dios sin ser hombre, o sólo hombre sin ser Dios.

El Señor, después de su resurrección — la cual fue ciertamente de su verdadero cuerpo, porque no resucitó otro cuerpo sino el mismo que había sido crucificado y muerto — ¿qué otra cosa hizo durante sus cuarenta días de permanencia en la tierra sino purificar de toda oscuridad la integridad de nuestra fe? Por eso hablaba con sus discípulos, convivía y comía con ellos (cf. Act. 1, 4), e incluso permitía que lo palpasen cuidadosamente aquellos que no acababan de salir de la duda, pero al mismo tiempo entraba en la casa donde estaban los discípulos aun estando las puertas cerradas, les daba el Espíritu Santo soplando sobre ellos (cf. Jo. 20, 22) y, comunicándoles la luz de la Inteligencia, les abría los secretos de las Santas Escrituras; y una vez más les mostraba la herida del costado (ibid.), las llagas de los clavos y todas las señales de la reciente pasión: **Mirad mis manos y mis pies — les decía —, soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo** (Lc. 24, 39). Quería con ello hacerles comprender que tanto las propiedades de la naturaleza divina como las de la naturaleza humana permanecían en Él; quería que, sin identificar el Verbo con la carne, confesáramos que el Hijo Unico de Dios era Verbo y era también carne.

Es esta una verdad de nuestra fe que Eutiques parece ignorar del todo, no queriendo reconocer en el Hijo de Dios nuestra naturaleza, ni en la humildad de su muerte, ni en la gloria de su resurrección. No parece temer aquella sentencia del bienaventurado apóstol y evangelista Juan: **Todo aquel que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; y todo aquel que disuelve a Jesús, no viene de Dios, sino que es anticristo** (1 Jo. 4, 2-3). ¿Qué significa disolver a Jesús, sino separar de Él la naturaleza humana y vaciar con desvergonzada ficción el único misterio por el cual hemos sido salvados?

No viendo claro la naturaleza del cuerpo de Cristo, necesariamente y con la misma obcecación dirá insensateces cuando trate de su pasión. Pues si no considera falsa la cruz del Señor ni duda de que haya sido verdadero el suplicio aceptado por la salvación del mundo, ya que cree que su muerte fue real, reconozca también la realidad de su cuerpo; no niegue la humanidad del cuerpo cuya posibilidad reconoce, porque la negación de la carne verdadera implica también la negación de la pasión corporal. Si acepta la fe cristiana y no aparta su oído de la predicación del Evangelio, considere cuál fue la naturaleza que traspasada por los clavos colgó del madero de la cruz, y cuando el soldado abrió su costado con la lanza entienda de dónde fluyó la sangre y el agua, para que la Iglesia de Dios fuera regenerada por ese baño y por esa bebida (*et aperto per milltis lanceam latere crucifixi, intelligat unco sanguis et aqua fluxerit, ut Ecclesia Dei et lavacro rigaretur et poculo*). Escuche cómo el bienaventurado apóstol Pedro enseña que la santificación del Espíritu se hace por la aspersión de la sangre de Cristo. Ni lea de corrido las palabras del mismo apóstol: **sabiendo que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con la preciosa sangre de Jesucristo, como cordero sin tacha y sin mancha** (1 P. 1, 18-19). Ni resista al testimonio del bienaventurado apóstol Juan que

dice: La sangre de Jesús, Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado (1 Jo. 1, 7). Y también: Esta es la victoria que venció al mundo, nuestra fe (1 Jo. 5, 4). Y ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el que vino por el agua y por la sangre, Jesucristo; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres son uno (ibid. 5-8). O sea que el Espíritu de la santificación, la sangre de la redención y el agua del bautismo, siendo tres son uno y permanecen tales, y ninguno de los tres se separa de esta unidad. La Iglesia Católica vive y progresa en la fe de que en Cristo Jesús la humanidad no está sin la verdadera Divinidad, ni la Divinidad sin la verdadera humanidad.

6. Conclusión

Cuando Eutiques, respondiendo a vuestras preguntas, os dijo: "Confieso que nuestro Señor antes de la unión tuvo dos naturalezas, pero después de la unión no confieso en él sino una sola naturaleza", me sorprende que una afirmación tan absurda y perversa no haya sido censurada por los jueces, y que éstos hayan dejado pasar esas palabras insensatas y blasfemas, como si no hubiese en ellas nada escandaloso; tan impío es decir que el Hijo Unigénito de Dios antes de la encarnación tuvo dos naturalezas como sostener que una vez hecho carne no tiene sino una.

Para que a Eutiques no se le ocurra pensar que su afirmación es correcta o al menos tolerable por el simple hecho de que no ha sido refutado por ninguna sentencia vuestra, esperamos ardientemente de tu diligente solicitud, queridísimo hermano, que si por inspiración de la misericordia de Dios la causa llega a un término satisfactorio, también este hombre ignorante quede purifica-

do de la peste imprudente de su opinión. Es cierto que éste, como ilustra el curso de los acontecimientos, había comenzado felizmente a apartarse de su manera de pensar cuando, puesto en aprietos por vuestra sentencia, reconoció afirmar lo que antes no había afirmado y aceptar aquella fe a la que antes había sido extraño. Sin embargo como no hubiese querido prestar su consentimiento para anatematizar el dogma impio, entendisteis que él permanece en su perfidia y era digno de ser condenado.

Por lo si Eutiques muestra un sincero y saludable arrepentimiento, reconociendo, aunque tardíamente, con cuánta rectitud procedió la autoridad episcopal, o si ofrece plena satisfacción condenando de viva voz y por escrito sus propios errores, la indulgencia hacia el arrepentido, por grande que sea, no será reprobable. Porque nuestro Señor, verdadero y buen Pastor, que **expuso su vida por sus ovejas** (Jo. 10, 11), y que vino a salvar las almas de los hombres, no a perderlas (cf. Lc. 9, 55-56), quiere que de tal manera seamos imitadores de su piedad, que la justicia corrija a los que pecan, pero la misericordia no rechace a los que se convierten. Al fin y al cabo la fe verdadera nunca será mejor defendida que cuando el error es también condenado por sus propios adeptos.

Para que piadosa y fielmente demos fin a esta causa, enviamos en representación nuestra a nuestros hermanos, el obispo Julio y el presbítero Renato, del título de San Clemente, y también a mi hijo, el diácono Hilario. A los cuales agregamos a Duicicio, nuestra notario, de cuya fe tenemos constancia, confiando que no faltará el auxilio divino para que, condenada la maldad de su opinión, se salve el que había errado.

Dios te conserve Incólume, queridísimo hermano. Dada en los idus de junio, siendo cónsules Asturio y Protógenes, hombres ilustres.

Impreso en Talleres Gráficos de
ACOSTA LINOS.
Santa Fe

